

LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN

OSCURA ROMA



D.J.57

SAGA MARCO LEMURIO I

OSCURA ROMA
SAGA MARCO LEMURIO I

Oscura Roma. Saga Marco Lemurio I

Luis Manuel López Román

Madrid 2018

Prohibida la reproducción total o parcial de la obra sin autorización expresa del autor.

*A Julia, que siempre confió en mí y me animó a seguir escribiendo incluso cuando yo mismo
había perdido de vista mis propios sueños*

Roma 687 A.U.C.

Roma. Año 687 *ab urbe condita*. La República parece haber superado los oscuros tiempos de las guerras civiles. Las luchas entre los partidarios de Cayo Mario y los de Lucio Cornelio Sila han dejado tras de sí un recuerdo de muerte y violencia que a punto estuvieron de acabar con la propia existencia de Roma. Tras la victoria de Sila, el general se proclamó dictador y comenzó a perseguir a todos sus adversarios. Las largas y temidas proscripciones llevaron a la muerte a miles de romanos, cuyas familias tuvieron que sufrir además la confiscación de sus propiedades y su subasta pública a favor de los partidarios del dictador. Años duros, de sangre y hierro, que fueron seguidos de la renuncia voluntaria de Sila a la dictadura y el retorno a la legalidad republicana. Los hombres del viejo dictador se reparten las magistraturas año tras año, mientras los partidarios de Mario que han logrado sobrevivir a las matanzas esperan un momento más propicio para regresar a primera fila de la política.

Un nombre resuena por encima de todos los demás. Cneo Pompeyo Magno. El general que había demostrado su habilidad, y su infinita crueldad, combatiendo al lado de Sila y derrotando a los rebeldes de Sertorio en Hispania y a los esclavos de Espartaco en la propia Italia. El pueblo ve en Pompeyo a su nuevo héroe, más aun después de que el general, elegido cónsul de forma totalmente irregular, devolviera a los tribunos de la plebe sus antiguos poderes arrebatados por Sila.

Al margen de las intrigas de los aristócratas, el pueblo romano continúa con su dura vida cotidiana. Decenas de miles de mujeres y hombres que nacen, viven y mueren en la ciudad de Rómulo, mirando de lejos la gloria de la República al tiempo que pasan hambre y penurias. Un pueblo que ama a Roma y que apenas recibe de ella una magra ración de trigo repartida por algún candidato que busca comprar sus votos. Una Roma que aún no es de mármol, sino de adobe, de piedra innoble, de madera y estiércol. Una Roma de calles estrechas y sucias, donde las personas y los animales compiten en hacer más ruido, en generar más

desechos, en procrear y traer más criaturas a la ciudad para que el ciclo de vida y muerte no se detenga nunca.

Una Roma que oculta en sus sombras mucho más de lo que los viejos sacerdotes son capaces de confesar. Los viejos dioses reciben silenciosos sus ofrendas en los grandes altares de los templos. A la luz del día, los romanos veneran a Júpiter, a Ceres, a Apolo y a Juno. Pero al caer la noche sobre Roma, los viejos dioses se retiran a sus templos como los hombres y las mujeres de bien se recogen en sus casas. Es entonces cuando las calles de Roma son tomadas por asesinos, ladrones y maleantes... Y por todo tipo de brujos y hechiceras a la busca de nuevas víctimas, de siniestros ingredientes para sus pociones y ungüentos. La Roma de la noche, la Roma oscura, pertenece a las criaturas de las sombras y a aquellos que han aprendido a vivir entre ellas.

Esta es la historia de un hombre que aprendió a vivir en las sombras de la noche de Roma. Esta es la historia de Marco Lemurio.

Capítulo 1

Dei inferi

Ante la atenta mirada del matrimonio, Marco terminó de mezclar las hierbas y la cera de abeja. Lo machacó todo con un mortero y le fue añadiendo unas gotas de un líquido ambarino que extrajo de una pequeña botella de cristal. Cuando se hubo convertido todo una pasta densa y grumosa, Marco se lo mostró a sus clientes.

—Esto solucionará todos sus problemas— dijo, orgulloso.

—¿Podemos saber qué ingredientes ha utilizado?

Marco negó con la cabeza.

—*Domine*, aunque supiera todos y cada uno de los ingredientes que he utilizado para fabricar este pasta no le serviría de nada. Porque aún falta lo más importante. Hay que ganarse el favor de los *dei inferi*. Los dioses del mundo subterráneo.

El matrimonio se miró, con rostro preocupado. Eran una pareja de romanos acaudalados. Él, Tito Pomponio, un miembro de la clase de los caballeros que había hecho fortuna con el comercio marítimo y soñaba con entrar a formar parte de la aristocracia senatorial. Ella, Marcia, hija de un rico artesano propietario de varios talleres en la propia Roma y en varias ciudades de la Campania. Dos personas respetables que, en otras circunstancias, jamás se habrían dignado a detener su mirada en alguien como Marco salvo para hacerlo con desprecio.

Sin embargo, allí estaban, poniendo su tranquilidad en manos del hombre que les había prometido la solución a todos sus males.

—Necesito que todo el mundo abandone la casa— dijo Marco—. Todos sin excepción. Esclavos y miembros de la familia. Deben dejarme solo un rato. Cualquier interferencia podría adulterar el ritual que me dispongo a hacer. Las consecuencias serían... impredecibles.

El hombre miró a su mujer con rostro severo. Aunque apenas había cumplido los cuarenta, la calvicie le había obligado a peinarse el poco pelo que le quedaba hacia la frente, dándole un aspecto prematuramente envejecido.

—Entienda que no podemos dejarle solo en la casa.

Marco asintió. Ningún romano dejaría su *domus* en manos de un desconocido. Menos aún un desconocido de fama tan dudosa.—Está bien, lo comprendo. Me ofende ligeramente su desconfianza, pero me hago cargo de la situación. Fiarse de un recién llegado no suele ser un buen negocio. Puede quedarse uno de sus esclavos de confianza, pero necesito la promesa solemne de que no intervendrá en el ritual por muy extrañas que sean las cosas que vea y oiga. Prefiero que sea un hombre, me transmiten más confianza...— Y al decirlo hizo un guiño hacia el dueño de la casa, para ganarse su solidaridad masculina. Un truco que rara vez fallaba—. Un hombre joven. No podemos arriesgarnos a que la visión de determinados fenómenos altere el corazón de un anciano. Un hombre que lleve el suficiente tiempo en la casa como para que usted se marche libre de toda sospecha.

El dueño de la casa reflexionó unos instantes.

—Tengo el hombre perfecto. Marcia, haz venir a Aristóbulo. Tengo una total confianza en él. Además, es un chico valiente que no se dejará impresionar con facilidad. Avisa al resto de los esclavos de que deben abandonar la casa hasta que les informemos de lo contrario.

La esposa pareció dudar unos instantes. Miró a su esposo y a Marco, como a punto de decir algo. Finalmente, ante una dura mirada del *pater familias*, obedeció, abandonando el estudio en el que estaban reunidos y dejando solos a su esposo y a Marco.

—¿Confía usted por completo en ese Aristóbulo?— preguntó Marco—. No querría tener que interrumpir el ritual porque un esclavo griego se desmaye a mis pies...

—Como he dicho, Aristóbulo es un joven que cuenta con toda mi confianza. Nació en esta casa hará algo más de veinte años. Su padre fue fiel al mío hasta el mismo día de su muerte. Si tuviera que confiar mi vida y la de mi esposa a un esclavo, sin duda le elegiría a él.

—Si usted tiene ese concepto del joven, sin duda será el hombre perfecto para ayudarme en mi propósito.

Y para vigilar que tus manos no toquen lo que no deben, pensó Tito Pomponio.

—Aprovecho que no está mi mujer presente para aclararte un par de puntos — dijo—. En primer lugar, soy un hombre piadoso, cumplo mis obligaciones con todos los dioses de forma puntual, y mantengo satisfechos a mis *lares* y *penates* con los sacrificios necesarios. Sin embargo, no me considero un hombre supersticioso. Toda mi vida he creído que los fantasmas, los aparecidos y las criaturas monstruosas que llenan las historias y los poemas son sólo eso: material de cuentos que las viejas nodrizas utilizan para asustar a los niños. Por este motivo, lo que está ocurriendo en esta casa... Todo me resulta muy extraño. Animales mutilados, manchas de sangre en las paredes, extraños gritos y aullidos en medio de la noche... Mi Marcia lleva semanas aterrorizada, y reconozco que yo también he sentido cierta inquietud. No sé si lo que hay detrás de todo esto es una broma de mal gusto, un malentendido o un fantasma vengativo. Lo que quiero es que todo esto termine, y la paz vuelva a reinar en la casa de Tito Pomponio. Una vez todo haya terminado, no se volverá a mencionar este incidente. Por eso te pido, te exijo, la máxima discreción. Nadie debe saber que Tito Pomponio ha contratado tus servicios. ¿He sido lo suficientemente claro?

Marco sonrió con humildad. Estaba acostumbrado a que los caballeros y nobles le hablaran con desprecio. Era una realidad que había conocido desde la niñez, y que tendría que afrontar hasta el final de sus días.

—*Domine*, la discreción y la efectividad son los motivos que justifican mis honorarios. Nadie sabrá que Marco Lemurio estuvo en esta casa, ni aunque me sometan a las más horribles torturas.

—Confío en ello— dijo Tito Pomponio. No lo había dicho, pero había una amenaza implícita en sus palabras. Tito Pompón tenía el poder y el dinero

suficientes como para conseguir que alguien como Marco Lemurio acabara flotando en la Cloaca Máxima, más muerto que el mismísimo Catón el Censor.

—Me permito, sin embargo, hacerle una advertencia respetuosa, *domine*.

Pomponio no dijo nada. ¿Qué advertencia podía hacerle un miserable habitante de los suburbios de Roma a un hombre como él?

—Los fantasmas, los aparecidos y las criaturas monstruosas no son sólo material para cuentos de viejas. Hay más seres en el mundo de los que podemos ver y tocar, y muchos están más cerca de nosotros de lo que nos imaginamos. Conviene respetar las fuerzas invisibles, *domine*. Pues nos acechan desde la oscuridad de nuestras propias casas.

—Destierra esas fuerzas invisibles de mi casa y te pagaré el precio pactado.

Marco sonrió de nuevo, servicial.

—A eso me dedico, *domine*.

En ese preciso instante entró en la habitación un joven alto, con el pelo oscuro y rizado. Se detuvo ante Tito Pomponio y agachó la cabeza.

—¿Me habéis mandado llamar, amo?

—Aristóbulo— dijo el romano tomando al joven del brazo—, este es Marco Lemurio. Marcia ha decidido contratarle para acabar con los... fenómenos extraños que están teniendo lugar en la casa últimamente. Se dispone a hacer una serie de rituales, e insiste en que todos los habitantes de la casa debemos abandonarla para dejarle hacer su trabajo de forma adecuada. Sólo tú te quedarás con él, vigilando que todo vaya bien.

Aristóbulo levantó la mirada.

—¿Qué tipo de rituales, amo?— preguntó, con un deje de temor en la voz.

—Francamente, ni lo sé, ni me importa. Sólo quiero que esto termine de una vez. Ayuda a Marco Lemurio a hacer lo que los dioses quieran que tenga que hacer y avísanos cuando todo haya terminado. Estaremos en casa de mi hermana Pomponia hasta entonces.

—Pero, amo...

—Nada de peros. Ahora, mientras Marco Lemurio termina con sus preparativos, acompáñame para que termine de darte tus instrucciones.

Amo y esclavo salieron del estudio, dejando solo a Marco. Caminaron en silencio por el pasillo hasta salir al pequeño patio, en cuyo centro una pequeña fuente refrescaba el calor primaveral.

—Aristóbulo, no me fío de ese hombre. Pero ya no sé qué más hacer para acabar con esta situación. Me lo ha recomendado un amigo, y dice que en su caso fue muy efectivo... Yo no termino de creerme nada, y Marcia me dice que estoy loco dejando entrar a este tipo en nuestra casa. Ayúdale en lo que necesite, pero sobre todo mantén los ojos muy abiertos. No quiero que ninguna de nuestras pertenencias acabe en la bolsa de ese loco, ¿entendido?

El joven asintió.

—Así se hará, amo.

Tito Pomponio asintió, complacido.

Cuando todos los sirvientes de la casa se hubieron marchado, Tito Pomponio llamó aparte a otro de sus esclavos, Áyax, llamado así en honor del héroe griego que había combatido en Troya. Y al igual que el personaje homérico, el esclavo era una masa de músculos con un entendimiento bastante limitado. Un hombre fornido, que servía de escolta a Tito Pomponio y su esposa cada vez que tenía que moverse por las inseguras calles de Roma.

—Hoy no será necesario que escoltes nuestra litera. Quiero que te quedes aquí, escondido en el *impluvium*, y que tengas los ojos muy abiertos mientras ese Marco Lemurio hace sus rituales. Aristóbulo estará con él en todo momento, pero cuatro ojos ven más que dos. Además, en caso de que haya que utilizar la fuerza, dudo mucho de que el muchacho que pueda valerse por sí mismo. Intervén sólo si ves que ese Marco Lemurio intenta llevarse algo de la casa. Si no, mantente escondido veas lo que veas.

—Así lo haré, amo— respondió Áyax.

Tito Pomponio y su esposa se subieron a una litera sostenida por seis esclavos, echaron las cortinas y desaparecieron calle abajo. Algunos de los esclavos acompañaron a sus amos. Otros, se dispersaron por la ciudad, encantados de tener una tarde libre alejados de sus tareas cotidianas. Unos pocos, en voz baja, bendijeron al fantasma que había encantado la casa de su amo por haberles regalado esas horas de ocio. Finalmente, la casa de Tito Pomponio quedó desierta, con la excepción de Aristóbulo y Marco Lemurio, que continuaban encerrados en el estudio del amo realizando preparativos para el ritual.

Áyax se deslizó con cautela hasta el *impluvium*, el patio interior principal de la casa, y, una vez allí, se ocultó detrás de una gruesa cortina. El escondite no era muy bueno, pues su enorme masa creaba un bulto que se veía desde el exterior, pero el esclavo creyó estar perfectamente escondido. Aguardó un rato, hasta que Marco Lemurio y el joven esclavo salieron del estudio.

—Aún no es el momento adecuado. Hay que esperar al instante justo en el que el sol comience a ponerse. Ese es el momento en el que los espíritus se muestran más vulnerables— le explicaba el romano al esclavo.

Aristóbulo, observó Áyax, se limitaba a seguir a aquel extraño personaje, sin decir nada. El fornido esclavo no vio nada sospechoso. Marco Lemurio no hizo amago alguno de visitar más estancias que aquellas que estaban abiertas a todos los invitados. En ningún momento trató de guardarse objeto alguno en sus bolsas.

Marco Lemurio dispuso varios cuencos de madera, llenos de sustancias pringosas y espesas, en los bancos que rodeaban la fuente central del patio. Murmurando una serie de ensalmos inteligibles, fue encendiendo incensarios que llenaron el patio con aromas exóticos y embriagadores. Él mismo sacó de una de sus bolsas una toga de color oscuro y se cubrió con ella la cabeza y los hombros. Con aquella ropa, iluminado sólo por la luz del crepúsculo y un par de lucernas que había dispuesto en los extremos del patio, Marco Lemurio tenía un aspecto siniestro, pensó Áyax. Él era un hombre práctico. Devoto de los dioses, pero seguro de que no había ninguna criatura en el mundo a la que no pudiera herir con su espada o estrangular con sus poderosas manos. Sin embargo, al ver a aquel tipo vestido de negro no pudo evitar un escalofrío. Áyax lo achacó a los

efectos del incienso quemado en los pebeteros.

—Ha llegado el momento— dijo al fin Marco Lemurio. El cielo había adoptado un color escarlata—. Veas lo que veas y oigas lo que oigas, no intervengas. por tu propio bien.

Aristóbulo se apartó hasta un rincón del patio. Áyax pudo ver que el joven esclavo estaba aterrado de miedo.

Marco Lemurio extendió los brazos, con las palmas abiertas hacia el cielo. Con los ojos cerrados, comenzó a murmurar una salmodia monótona, sin apenas mover los labios. estuvo un buen rato en esa postura, sin parar de murmurar. Cuando el color del cielo hubo pasado del escarlata al azul oscuro, Marco Lemurio abrió los ojos.

—*Dei inferi*, dioses de las profundidades, vosotros que guardáis los secretos del Inframundo, que conocéis los destinos de todas las almas y las juzgáis con severidad. Señora Perséfone, dama de las profundidades. Señor Hades, soberano de los muertos. Jueces de los Infiernos, que por vuestra sabiduría fuisteis honrados más allá de la muerte. Y tú, dios desconocido, divinidad sin rostro cuyo nombre no ha sido revelado. Ayudadme a guiar este alma perdida hasta vuestro seno. Ayudadme a dar descanso a la criatura que atormenta a los moradores de la casa de Tito Pomponio.

Marco Lemurio se dirigió a uno de los bancos y cogió un cuenco. Metió los dedos de su mano derecha la sustancia pringosa y fue recorriendo una tras otra todas las puertas que salían del patio, untando las jambas con aquella pasta mientras retomaba la salmodia inicial. De cuando en cuando volvía a invocar a los dioses del Inframundo, solicitando su concurso en aquel trance.

—Señora Perséfone, haz que ningún espíritu pueda atravesar esta puerta. Señor Hades, que las almas errantes abandonen esta morada y vayan a tu encuentro.

El romano repitió el mismo procedimiento con todos los cuencos, untando la pringosa sustancia en puertas, ventanas y paredes, hasta que su contenido se hubo terminado. Entonces regresó al centro del patio, se situó de nuevo junto a la fuente y volvió a abrir los brazos, mirando hacia el cielo.

—Y vosotros, *dei superi*, dioses que habitáis las esferas superiores, sed

testigos de que este ritual se ha hecho conforme está escrito en los textos sagrados. Júpiter Óptimo Máximo, que riges el orbe y gobiernas Roma, sé garante y testigo de mi humilde súplica.

En ese preciso momento, el sol desapareció en el horizonte, sumiendo la casa en una oscuridad total, sólo rota por las dos lucernas. Marco Lemurio, como si algún poder extraño se hubiera enseñoreado de su alma, se dejó caer al suelo y comenzó a convulsionarse de forma violenta. Una espuma blanca y espesa brotó de sus labios y manchó el suelo de piedra. El romano empezó a gritar palabras ininteligibles, con los ojos casi en blanco. Aristóbulo dio un paso al frente, pero al recordar las instrucciones que se le habían dado, se detuvo. Áyax, detrás de la cortina, se echó mano a la espada de forma inconsciente, sólo para darse cuenta de que no iba armado. Pensó en intervenir, pero recordó que su amo le había dicho explícitamente que sólo revelara su presencia si el patrimonio de la casa se veía en peligro. Que aquel hombre muriera víctima de unos extraños espasmos no era de su incumbencia.

El cuerpo de Marco Lemurio siguió convulsionándose unos instantes, hasta que finalmente el romano fue capaz de controlar de nuevo sus movimientos. Lentamente, se puso en pie, aún con la boca cubierta de espuma y saliva. Sus extremidades aún sufrían alguna acometida de los espasmos, por lo que Marco tenía que moverse despacio, encorvado. Lo primero que hizo fue volver a colocar la toga oscura sobre su cabeza, y una vez ataviado de forma adecuada, echó a andar por el patio, murmurando de nuevo una salmodia. Su voz, como pudieron observar los esclavos, pasaba de grave a aguda y de nuevo a grave de forma continua. Era como si varias personas estuvieran hablando por la voz de Marco Lemurio.

Deambuló por el patio sin rumbo aparente, tocando las paredes, las puertas, los grandes maceteros donde crecían plantas y flores. Finalmente, se detuvo al pie de una pequeña estatua. Era una representación del dios Mercurio, realizada en mármol blanco y pintada con colores chillones. Marco Lemurio se arrodilló junto a la escultura y metió la mano detrás del pedestal. Tanteó con cuidado hasta que con el tacto encontró lo que estaba buscando.

—Aquí estás— dijo, ya con su propia voz.

Tras dar un par de tirones, sacó un objeto de color metálico, algo semejante a un rollo de papiro, pero hecho de un metal fino y blando. Marco Lemurio

desplegó el rollo y sonrió satisfecho. Era una fina plancha de plomo, con extraños símbolos y dibujos grabados sobre ella.

—El ritual ha terminado— dijo.

Aristóbulo corrió finalmente a su encuentro y le ayudó a ponerse en pie.

Horas después, Marco Lemurio se reunía de nuevo con Tito Pomponio y su esposa Marcia en el estudio del *pater familias*. Con cuidado, desenrolló la placa de plomo y se la mostró a los dueños de la casa.

—Este es el motivo por el que ocurrían esos extraños fenómenos en su casa, *domine*. Alguien realizó un conjuro y dejó esta tablilla bajo la estatua de Mercurio.

Tito Pomponio cogió la tablilla con mucho cuidado, como si estuviera al rojo vivo, y la observó detenidamente.

—No entiendo nada de lo que pone— dijo al fin—. ¿Qué extraña lengua es esta?

—Es la lengua de la magia, *domine*. Sólo unos pocos en Roma podemos entenderla.

Entre los símbolos podían reconocerse algunas letras latinas y griegas, trazadas de forma irregular. Otros eran simples garabatos que no se parecían a ningún tipo de escritura que Tito Pomponio hubiera visto antes.

—¿Y estos dibujos?

Tito Pomponio señaló a dos formas, dibujadas de forma tosca y esquemática, que asemejaban a dos cuerpos humanos. Ambos cuerpos aparecían atravesados por líneas más marcadas, como si el autor hubiera querido apuñalar los dibujos con el punzón.

—Somos nosotros— dijo Marcia, con el rostro más pálido de lo habitual en una matrona romana. Marco no supo interpretar si el color de su piel se debía al

miedo o a la ira, abos sentimientos lógicos en aquel tipo de situaciones.

—En efecto, *domina*. Quienquiera que realizara el conjuro deseaba vuestra muerte— dijo Marco—. Por suerte, el conjuro ha sido anulado y la presencia que se había instalado en esta *domus* no molestará más. El ritual fue todo un éxito.

Marcia asintió. Tito Pomponio tendió a su esposa la lamina de plomo, pero ella lo rechazó, con cara de desagrado.

—Es mejor que sea yo quien guarde este objeto— intervino Marco—. Debe ser destruido por el fuego, de forma adecuada. Tito Pomponio buscó con la mirada al joven Aristóbulo, por si quería añadir algo. El joven esclavo había permanecido en un rincón de la estancia, prudentemente apartado de la conversación.

—Fue algo milagroso, *domine*— intervino—. Los dioses se apoderaron del cuerpo de Marco Lemurio y le indicaron dónde estaba escondida esa tablilla del infierno. Nunca antes vi nada igual.

El señor de la casa asintió, con rostro grave. Previamente había interrogado a su fiel Áyax, que le había contado la misma historia. Fuese cierto o no, al menos ese tal Marco Lemurio no había intentado robar nada, lo cual ya era más de lo que él mismo esperaba.

—Supongo que todo ha terminado, entonces— dijo.

—Un último detalle, *domine*. Aguardad hasta que el ciclo lunar se haya completado antes de limpiar las puertas y ventanas. Al haber retirado la tablilla estoy seguro de que no volveréis a notar nada extraño, pero por precaución, hay que dejar que los hechizos protectores de la casa hagan su efecto. Que nadie limpie lo que yo marqué hasta que termine el ciclo lunar.

—Así se hará— respondió Marcia de inmediato, en un tono que dejó claro a su marido que no habría réplica posible—. Os estamos eternamente agradecidos, Marco Lemurio. Informaré al atriense de que prepare el pago convenido. Y le añadiremos una pequeña propina, cortesía de Tito Pomponio.

—Vuestra generosidad no conoce límites, *domina*.

El propio Tito Pomponio miró a su mujer de reojo, visiblemente disgustado

ante una munificencia que consideraba excesiva. ¿Qué había hecho que su mujer cambiara de opinión de forma tan radical? De no querer ni oír hablar de llamar a Marco Lemurio para que se ocupara de aquel asunto había pasado a insistir en darle más dinero del convenido. Sin embargo, Pomponio no dijo nada. La paz del hogar y la vuelta a la normalidad bien valían unas cuentas monedas de más.

—Bien, Marco Lemurio, si necesitamos algo más, sabremos donde encontrarte.

Marco asintió con una sonrisa en los labios. Sabía que aquellas palabras no eran tanto una promesa de volver a contratarle como una amenaza en caso de que todo aquel asunto del ritual resultara haber sido un fiasco.

—*Domine*, gracias por abrirme las puertas de su *domus*.

Aristóbulo escoltó a Marco Lemurio hasta la salida trasera de la gran casa, el lugar por el que entraban y salían los esclavos y sirvientes. Tito Pomponio jamás habría consentido que un hombre de fama tan dudosa como Marco Lemurio fuera visto saliendo por la puerta principal de su *domus*.

—Espera aquí— dijo el esclavo—. El atriense vendrá en seguida.

Marco Lemurio tomó asiento en un banco de madera junto a la puerta. Aquella zona de la *domus* era muy distinta de la ocupada por los señores de la casa. En lugar de mármol y piedras nobles, los muros eran de ladrillos ennegrecidos por el humo de las cocinas. Los suelos, en lugar de mosaicos, eran de tierra o, como mucho, de grandes losas de fría piedra. Marco contempló el ajetreo de la casa a su alrededor. Esclavos y sirvientes iban de un lado a otro ajenos a su presencia. ¿Cuántos de ellos sabían lo que había ocurrido allí aquella noche? Si aún no se habían enterado, al día siguiente la historia se sabría en toda la casa. Si había algo con lo que se podía contar, pensó Marco, era con la indiscreción de los esclavos en lo tocante a una buena historia.

Al cabo de un tiempo se presentó frente a él un hombre menudo y calvo, con la frente surcada de arrugas. Marco le reconoció como el atriene, el responsable de gestionar quién entraba y salía de la *domus*, recibir a los invitados y expulsar a los indeseables. El hombre entregó a Marco una bolsa llena de monedas.

—¿Quieres contarlas?— preguntó.

—No es necesario— dijo Marco. El tono de su voz, antes dulce, meloso y seductor, había cambiado por completo. Como en un actor que, acabada la función, se bajaba del escenario y olvidaba su papel para retomar su propia personalidad—. Me fío de ti.

Guardó la bolsa en el interior de su túnica y se dispuso a salir.

—Una última cosa— dijo el atriense antes de dejarle marchar—. Mi amo me ha ordenado que te recuerde vuestra conversación acerca de la discreción con la que debes llevar este asunto. Supongo que entiendes las consecuencias de enfadar a Tito Pomponio.

—No jodas a los ricos y ellos no te joderán a ti. Esa es mi norma— dijo Marco, y salió al exterior de la casa.

La noche de finales de primavera recibió a Marco con sus cálidos brazos. Después del largo invierno y las largas lluvias que habían azotado Roma, se agradecían las temperaturas más benévolas de aquellos meses. Marco se cubrió con un ligero manto y echó a andar por las calles de Roma, sumidas en la oscuridad. La mayoría de hombres y mujeres de la Urbe evitaban salir a la calle después de la puesta del sol, a sabiendas de los peligros que acechaban a los viandantes en cualquier esquina o callejón. Roma era una ciudad muy peligrosa si uno no sabía moverse con cuidado. Pero Marco Lemurio conocía a la perfección cada rincón de la ciudad de Rómulo, y sabía moverse por sus calles tanto de día como de noche. Al fin y al cabo, ¿qué podía temer de los hombres quien estaba acostumbrado a lidiar con fantasmas, engendros y todo tipo de criaturas extrañas?

A medida que se alejaba del aristocrático barrio donde se alzaba la casa de Tito Pomponio, en una de las laderas del monte Palatino, Marco extremó las precauciones. Llevaba una buena cantidad de dinero bajo la túnica, una cantidad por la que la mayoría de los habitantes de las zonas bajas de Roma le habrían matado sin dudarle. Pegada a la pierna y sujeta por dos tiras de cuero llevaba también una daga larga y afilada, por si alguien se atrevía a molestarle. Marco había tenido que utilizarla en más de una ocasión. Y en más de diez y de veinte ocasiones. Pero aquella noche prefería no tener que hacer uso de ella. Había sido un día glorioso en el que todo había salido bien. No quería enturbiarlo

manchándose las manos de sangre.

Evitó de forma consciente las calles más estrechas y escogió los caminos más transitados. Incluso en plena noche, Roma bullía de actividad. Carros que transportaban sus mercancías de un lugar a otro, literas cerradas por gruesos cortinajes y escoltadas por esclavos armados, prostitutas que se ofrecían a los clientes desde diversas esquinas. Para desesperación de los vecinos que trataban de dormir en los pisos más bajos de las *insulae*, la ciudad nunca descansaba.

Marco caminó un buen rato, siempre cuesta abajo, hasta llegar al que era su barrio, el lugar en el que había nacido hacía ya treinta años. La Subura, un valle situado entre dos colinas, habitado desde tiempo de los reyes por la plebe romana de clase más baja. El barrio más peligroso de toda Roma, pero también el más vivo, el más bullicioso, el que representaba la auténtica esencia de la ciudad de Rómulo. Un barrio en el que nunca se veía a la rancia aristocracia patricia salvo cuando querían conseguir votos durante las campañas electorales. Un barrio en el que las casas de varios pisos coexistían con pequeñas viviendas bajas, establos, tabernas, comercios y prostíbulos. Si el Capitolio era el rostro patricio de Roma, la Subura era su corazón plebeyo.

En lugar de dirigirse a su casa, un simple piso de dos habitaciones en una quinta planta, situado en lo más profundo del barrio, Marco Lemurio, giró en un callejón lleno de barro y entró por una puerta de madera. Sobre la entrada del local colgaba un cartel de madera, con el dibujo desgastado de una golondrina en pleno vuelo.

La taberna de Quelidón era uno de los locales más conocidos de aquella parte de la ciudad. Bebidas y comidas a precios muy asequibles, y los servicios sexuales de una veintena de mujeres y hombres llegados de todos los rincones del Imperio, hacían de él un local popular que estaba lleno a cualquier hora del día y de la noche. Porque esa era otra de las normas de la taberna de Quelidón: nunca cerraba sus puertas. Un cliente podía llegar en lo más oscuro de la noche y encontrar un plato de comida caliente y un lecho amoroso en el que descansar y desfogar sus ardientes deseos. Siempre que en su bolsa tintinearán buenas monedas de cobre o plata, claro.

Marco Lemurio era un cliente habitual de aquella taberna. Cada vez que su bolsa estaba llena, gastaba gran parte de su contenido en aquel lugar. A Marco le encantaba el ambiente de la taberna, en el se sentía como en su propia casa.

Prostitutas, esclavos, libertos y hombres libres compartían mesa, bebida, conversación y peleas. No era raro el día en el que los enfrentamientos se saldaban con puñaladas y heridas de gravedad. Más de una vez, los esclavos que trabajaban en la taberna tenían que deshacerse de un cadáver arrojándolo de forma furtiva al Tíber o a la Cloaca Máxima. La taberna de Quelidón representaba lo mejor y lo peor de la Subura. Un lugar en el que se podía reír, beber, amar y disfrutar, pero en el que, si no tenías cuidado, también podías morir.

Aquella noche, la taberna de Quelidón estaba prácticamente llena. Todo tipo de hombres bebían y comían en las mesas y en el gran mostrador de piedra, tras el cual varias esclavas se afanaban en atender a los clientes. En el ambiente, cargado por el humo de la gran chimenea que ardía en una esquina de la gran sala, se podían escuchar una veintena de lenguas diferentes que competían con el latín de Roma.

En cuanto entró, Marco saludó al guardia que vigilaba la puerta como un Cerbero implacable. Era un hombre fornido y bajito, con brazos y piernas gruesos y fuertes como toneles. Estaba sentado en un taburete junto a la puerta, y a su lado, en un lugar bien visible para todos los clientes, había una enorme maza de madera con manchas oscuras en un extremo. Marco era un cliente conocido, y siempre se le permitía pasar. El portero, sin embargo, hosco y desagradable como solía ser, no le devolvió el saludo.

Marco Lemurio se dirigió directamente a la barra y depositó una moneda de plata sobre ella. La camarera, una esclava de pelo rizado y negro, observó la moneda un instante antes de guardársela en el delantal.

—¿Has cazado algún licántropo esta noche?— preguntó, en un latín con fuerte acento extranjero.

—Tráeme vino y algo de cenar, hispana— dijo el romana—. Y tal vez esta noche este cazador de licántropos te haga ganar algo de dinero.

La joven sonrió. Todas las chicas que trabajaban en la taberna ofrecían sus servicios sexuales a los clientes, siempre que éstos pudieran pagar el precio estipulado por el propietario. Un propietario que nunca se dejaba ver en la taberna y al que ninguno de los clientes ponía rostro ni nombre. Marco Lemurio, que a pesar de sus treinta años seguía soltero, recurría con frecuencia a los

servicios de aquellas chicas.

La mayor parte de las esclavas que trabajaban en la taberna conocían a Marco al menos de vista. Conocían su generosidad y su tendencia a gastarse hasta la última moneda de su bolsa cada vez que cobraba un trabajo. Conocían sus cambios de humor y la forma en la que, en ocasiones, la tristeza se adueñaba de su alma y prefería beber solo durante horas. Y conocían los rumores acerca de su trabajo como espiritista, hechicero y cazador de demonios. La mayor parte de las chicas bromeaban con él acerca de su oficio, a sabiendas de que no era más que uno de los muchos estafadores que había en Roma y que afirmaban poder comunicarse con los espíritus y conocer la voluntad de los dioses mirando las llamas de una hoguera. Otras, en cambio, temerosas de las fuerzas sobrenaturales que Marco fuera capaz de conjurar, le miraban con respeto. Para todas, sin embargo, era un cliente habitual y una fuente de ingresos regular, por lo que le atendían de forma solícita y amable.

—¿Está libre mi mesa?— preguntó.

—Si tu bolsa está llena, tu mesa siempre estará libre— respondió la joven, e hizo una señal con la mano al portero, que desde su puesto vigilaba todo lo que ocurría en el local. El hombre se puso en pie y se acercó a la barra y saludó con un gruñido a Marco Lemurio.

—Despeja la mesa del fondo para nuestro amigo. Hoy viene dispuesto a gastar dinero.

El hombre gruñó de nuevo y se dirigió hacia una esquina de la sala, la más alejada de la gran chimenea. Aunque la mesa favorita de Marco estaba ocupada por tres hombres que bebían vino y jugaban a los dados, el portero tardó unos instantes en convencerles de que se cambiaran de sitio. Sólo tuvo que enseñar el mango de su daga, oculto bajo un pliegue de la túnica, para conseguirlo.

Satisfecho, Marco Lemurio se dirigió a la mesa y depositó en la gran manaza del portero una moneda de bronce.

—Si alguien pregunta por mi, indícale dónde está mi mesa.

—Tú mandas, *domine*— respondió el hombretón, pronunciando con sorna el título de señor. Marco Lemurio sabía que en aquel local, como en todas las tabernas de la Subura, uno valía tanto como llena estuviera su bolsa. Aquella

noche, él valía mucho.

La esclava hispana llegó al poco rato, cargada con un plato de madera lleno a rebosar de un estofado caliente, una hogaza de pan y una jarra de vino. Lo depositó todo en la mesa y, tras lanzar una mirada cargada de picardía a Marco, regresó a su lugar detrás del mostrador.

Marco comió con avidez el estofado, mojando trozos de pan en el caldo y reservando los trozos de carne de cerdo para el final. Cuando probó el vino se dio cuenta con satisfacción de que no le habían servido el habitual caldo mediocre que escanciaban a la mayoría de los clientes, sino uno más delicado que la taberna reservaba para aquellos que podían permitirse su precio. La moneda de plata había dado sus frutos. Marco se preguntó si con lo que había pagado podría disfrutar también de una noche con la esclava hispana.

Estaba sumido en sus cavilaciones cuando un hombre joven tomó asiento junto a él.

—Espero que no te hayas gastado mi parte, cazador de licántropos.

Marco levantó la vista del plato.

Aristóbulo, el joven criado de la casa de Tito Pomponio, le miraba con rostro divertido.

—Muy realistas esos espasmos. Por un momento llegué a creer de verdad que te había poseído un demonio.

—No olvides que trabajé una temporada de actor— respondió Marco, tras tragar un trozo de pan.— ¿Crees que Tito Pomponio sospecha algo?

—Nada en absoluto. Si su fiel Aristóbulo le dice que todo ha ido bien, Tito Pomponio cree que todo ha ido bien. Ese viejo verde sólo tiene dos preocupaciones, su dinero y su polla. El atriense se ocupa de lo primero; y yo de la segundo. Puedes estar tranquilo.

La joven hispana regresó y trajo otro jarro de vino para el recién llegado. En otras tabernas se negaban a servir a esclavos que llegaran al local sin sus amos. En la taberna de Quelidón sabían que si adoptaban esa política, perderían a la mitad de su clientela. Siempre que tuvieras dinero para pagar y supieras

comportarte, nadie en aquel lugar te preguntaría por tu condición.

—Y ese bruto de Áyax, escondido detrás de la cortina y creyendo que no podíamos verle. Casi me muerdo del dolor al tratar de contener las carcajadas. Una pena no poder burlarme de él en su cara.

—Yo no lo haría si quieres conservar intacto ese culo tuyo que tantos beneficios te reporta.

Marco Lemurio sacó la bolsa que le había entregado el atriense de Tito Pomponio y extrajo de ella tres monedas de plata. Tres denarios relucientes, casi recién acuñados. El esclavo se los guardó con avidez.

—Si ese Pomponio no fuera tan tacaño no habría tenido que recurrir a esto...

—No hace falta que te excuses delante de mi. Ha sido un negocio redondo para los dos. Sin embargo, procuraré mantenerme alejado del Palatino una temporada.

—Tal vez dentro de unos meses vuelva a resucitar al fantasma que atormentaba la casa de Tito Pomponio. Fue fácil deslizarme por las noches en las alcobas de otros sirvientes, hacer ruidos, aullar como un lobo, pintar las paredes con sangre de pollo... Así nos sacaríamos otra bolsa de monedas.

—O yo acabaría en el banquillo de los acusados y tú colgando de una cruz, por avaricioso—dijo Marco, apurando el vino de su jarra—. No hago el mismo número dos veces en la misma casa. Es muy arriesgado.

—Tú sabrás— dijo el esclavo—. Yo sigo pensando que podríamos sacarle más partido a este cuento de los espíritus.

Marco Lemurio miró al esclavo muy serio. Habían concebido el plan para estafar a Tito Pomponio en aquella misma mesa, hacía ya casi un mes. Sin embargo, sabía que aquel joven era demasiado ambicioso para ser un esclavo, y que en algún momento sus correrías serían descubiertas por su amo. Para cuando eso sucediera, Marco esperaba no tener ninguna relación con él. Tito Pomponio podía ser un hombre crédulo, pero su ira, como la de todos los romanos ricos, podía llegar a ser terrible.

—Yo que tú no jugaría más con los espíritus. Créeme. Sé de lo que hablo—

dijo.

—Vamos. No me dirás en serio que crees en esas historias de viejas. Pensaba que sólo era un truco que utilizabas para asustar a las matronas romanas y sacarles el dinero a sus maridos.

Marco hizo una señal hacia el mostrador y la joven hispana les trajo otras dos jarras de vino. A su alrededor, la taberna comenzaba a vaciarse a medida que la noche avanzaba. Pronto sólo quedarían allí los bebedores más contumaces y aquellos a los que no les importaba que el amanecer les encontrara abrazados a una jarra de vino.

—Los fantasmas no son historias de viejas— dijo, y dio un largo trago a su jarra—. No juegues con ellos si no quieres tener problemas serios.

Aristóbulo sonrió, mostrando una dentadura blanca perfecta.

—Siempre podré recurrir a ti, Marco Lemurio—. El esclavo apuró su jarra de vino y se puso en pie—. Me marcho antes de que me echen en falta en casa. Hoy por fin podré dormir tranquilo sin tener que fingir que un espíritu anda suelto por los pasillos. Salve, Marco Lemurio. Un placer hacer negocios contigo.

El joven se perdió entre la multitud, dejando a Marco solo con sus cavilaciones. Llevaba años dedicándose a aquellas pequeñas estafas, realizadas tanto en Roma como en las ricas ciudades de la Campania a las que en ocasiones se desplazaba por petición de un cliente. El procedimiento era siempre muy parecido. Se ponía de acuerdo con un esclavo de la casa para que éste fingiera que había espíritus o algún tipo de fantasma acechando el lugar, de modo que los amos se vieran obligados a recurrir a los servicios de un exorcista profesional. De modo disimulado, el esclavo sugería que fuera Marco Lemurio el contratado, abriéndosele de este modo las puertas de la casa. Su capacidad para la interpretación y la credulidad de la mayoría de sus víctimas hacían el resto.

Marco sacó la fina tablilla de plomo que había encontrado tras la escultura de Mercurio en casa de Tito Pomponio y la desplegó sobre la mesa. Con prudencia, cubrió la tablilla con el brazo, de modo que nadie viera qué ocultaba. Cualquiera de los presentes habría reconocido una tablilla mágica de maldición en el momento de verla, y eso habría bastado para que le echaran a patadas de la taberna. Con dinero en la bolsa o no, nadie quería que se jugara en su presencia con asuntos que involucraran a los dioses infernales.

Con delicadeza, pasó los dedos sobre las marcas realizadas sobre la tablilla. Aquella pieza en concreto era una burda falsificación realizada por él mismo para hacer más creíbles sus estafas. Letras escritas al azar, garabatos sin sentido y, lo mejor de todo, el dibujo de un hombre y de una mujer, símbolos con los que cualquiera podía identificarse, tachados con furia y rabia. Aquella tablilla de plomo le había proporcionado mucho dinero en los últimos años.

Sin embargo, Marco había visto muchas tablillas como aquella a lo largo de su vida. Y sabía que no todas eran falsificaciones. Había mucho poder en el plomo si se trataba de forma adecuada, si se conocían las palabras y los símbolos precisos. Un poder del que no convenía abusar y del que, sin embargo, él se estaba burlando y del que estaba sacando provecho para lucrarse.

Marco Lemurio sabía que la mayoría de los fenómenos extraños que se producían en el mundo tenían una explicación lógica. Fantasmas aulladores, hombres que se convertían en bestias, mujeres que levantaban a los muertos, monstruos que devoraban el ganado... Había dedicado toda su vida a investigar esos fenómenos, y en la mayoría de los casos se trataba de un esclavo bromista, un vecino vengativo o un lobo rabioso. En la mayoría de los casos. En otros, sin embargo...

Marco acarició la fría superficie de plomo y elevó una disculpa a los dioses infernales. ¿Cuánto tiempo más permitirían los señores del Inframundo que se burlara de ellos? Marco sospechaba que a los dioses les importaba muy poco lo que los hombres hicieran o dejaran de hacer. Pero, por si acaso, cada vez que culminaba uno de aquellos planes con éxito, realizaba un sacrificio expiatorio que fuera del agrado de las divinidades. Marco había visto con sus propios ojos el resultado de jugar con las fuerzas oscuras. No quería tentar a la suerte demasiado.

Guardó de nuevo la tablilla de plomo en la túnica y se dedicó a vaciar una jarra de vino tras otra, en silencio y sin que nadie le molestara. Cuando iba por la sexta jarra de vino, la esclava hispana se acercó a su mesa, sonriente. La taberna estaba casi vacía.

—Has bebido mucho esta noche, cazador de licántropos— dijo ella, retirando de la mesa las jarras vacías.

—No lo suficiente— respondió Marco—. Tengo mucho que celebrar hoy.

—¿Y no se te ocurren otras formas de celebrar que vaciar una jarra de vino tras otra?— preguntó ella tras sentarse en una silla junto a Marco. Tomó las manos del hombre entre las suyas y sonrió con picardía.

—Lo cierto es que sí— respondió él.

Capítulo 2

Recuerdos

Marco se removió en el cama. La joven hispana, tumbada junto a él, le acariciaba el pecho y le miraba sonriente.

—¿No puedes dormir?— preguntó.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza— respondió él, y la besó de nuevo. Por algún motivo, los besos de aquella esclava le habían parecido diferentes. Como si, de algún modo, fueran besos reales y no besos comprados.

—Tal vez compartirlas conmigo te alivie— dijo ella.

—Ni siquiera sé tu nombre, hispana. No llevas mucho tiempo en esta taberna.

—Puedes llamarme Alda. Aunque me gusta que me llames hispana. Me recuerda a mi tierra.

—Alda...— repitió él—. Curioso nombre.

—¿Me lo dices tú, Marco Lemurio? ¿Quién lleva ese extraño cognomen en Roma?

Alda sabía el suficiente latín para conocer el significado de la palabra lemur. Fantasma. Espíritu.

—Era el apodo de mi padre— respondió él, recostándose en las almohadas y mirando hacia el techo—. También él se llamaba Marco Lemurio. Aunque creo que empezaron a llamarle así desde que llegó de Grecia, con mi madre, Neóbula. Antes era simplemente Marco, como tantos otros.

La esclava se recostó en su pecho, sintiendo su respiración.

—¿Viven aún tus padres, Marco Lemurio?

Él guardó silencio, como si dudara si responder a aquella pregunta. No le gustaba hablar de su familia con desconocidos. Dar demasiada información, destapar viejos recuerdos, podía resultar peligroso en un tiempo en el que todo el mundo en Roma tenía viejas rencillas guardadas, viejas venganzas aparcadas. El tiempo en el que la sangre de cientos de romanos había corrido por las calles, primero derramada por un bando y después por el otro, estaba demasiado reciente. La dictadura de Sila aún era un recuerdo fresco para todos, y las crueles proscripciones que habían condenado a muerte a senadores, caballeros y hombre y mujeres de la plebe aún eran tema de conversación en todas las tabernas de la Urbe. Raro era el romano que no había perdido algún ser querido en las guerras civiles y en las represiones que los generales victoriosos habían desatado sobre la ciudad tras imponerse con las armas. Marco Lemurio era uno de los romanos que había perdido a su familia víctima de aquella época sangrienta.

Sin embargo, aquella noche Marco sentía una extraña necesidad de hablar. Y aquella esclava parecía tener un interés sincero en escuchar su historia.

—Murieron los dos hace tiempo—. Aunque ella no preguntó nada, Marco continuó hablando—. Mi padre luchó en las legiones en Asia y Grecia durante años. Allí conoció a mi madre, en Tesalia. Cuando le licenciaron, regresó a Roma con ella. Fueron felices, tanto como se podía ser en aquellos tiempos tan difíciles. La guerra con los itálicos, los disturbios en la ciudad. Mi padre tenía alma y corazón de soldado, pero mientras muchos de sus antiguos compañeros se reenganchaban en las legiones y volvían a la guerra, él prefirió quedarse en Roma, con mi madre y conmigo.

—Un hombre sensato— comentó ella.

Marco sonrió, con una inmensa melancolía.

—Lo fue durante toda su vida. Pero cuando estalló la guerra civil, escogió el bando equivocado. Él siempre fue un gran admirador de Cayo Mario. Había luchado bajo su mando, en Numidia primero y contra los bárbaros del norte después. Recuerdo cómo hablaba del general... Cayo Mario había salvado Roma. Cayo Mario había dignificado el ejército. Cayo Mario era el único que se preocupaba por el pueblo. Cayo Mario esto, Cayo Mario aquello... Era incapaz

de concebir que nada malo pudiera salir de la mente de aquel hombre. Por eso, cuando Sila marchó sobre Roma para aplastar a Mario y los suyos, mi padre decidió tomar las armas de nuevo. A pesar de que Mario murió al principio de la guerra, él siguió siendo fiel a su legado. Hasta el final.

—¿Qué ocurrió con él?— preguntó Alda.

—Las últimas noticias que recibimos mi madre y yo fue que combatía en el norte de Italia contra las tropas de Sila y Metelo. Nunca regresó. Las legiones de Sila entraron en Roma y se desencadenaron las matanzas y las proscripciones. Supongo que murió en combate.

La esclava hispana besó el pecho de Marco y le acarició el rostro.

—¿Qué ocurrió con tu madre?

—Cuando Sila y los suyos entraron en Roma, todos los que habían luchado por Mario sufrieron las consecuencias. Cualquiera podía denunciar a su vecino y conseguir que le condenaran a muerte. En la mayoría de los casos, las denuncias ocultaban sólo venganzas personales o deseos de enriquecerse. Fueron unos años horribles.

—Lo recuerdo— dijo ella—. Yo era sólo una niña que acababa de llegar a Roma, muerta de miedo. Pero recuerdo las cabezas de los hombres asesinados, clavadas en picas junto a la tribuna de los oradores. Pensé que me habían traído al mismísimo infierno.

—No andabas desencaminada— dijo Marco—. Mi madre fue una de las víctimas de las proscripciones. Alguien la denunció, acusándola de haber utilizado su brujería para matar a varios senadores. De haber envenenado con sus pócimas las fuentes de la ciudad. Vinieron una mañana a llevársela. Un grupo de hombres, armados con palos. Nunca la volví a ver. Supongo que su cuerpo acabaría flotando en el Tíber, como el de tantos otros en aquellos días.

Alda no dijo nada. Después de toda una vida dedicada a dar placer a los hombres, sabía cuándo había llegado el momento de callar o cambiar de tema. Siguió acariciando el pecho de Marco hasta que sus dedos tropezaron con un pequeño colgante que reposaba sobre la piel del hombre. Era una fina cadena de metal, de la cual colgaba una pieza en forma de gota de agua. Era de color negro, muy oscuro y brillante.

—Bonito adorno— dijo ella, y lo tomó entre sus dedos. De inmediato, sintió un terrible frío que se clavaba en la piel de sus dedos como agujas y soltó el colgante.

—Es mejor que no juegues con él. Los cazadores de licántropos tenemos nuestros secretos. Podrías convertirte en una gorgona, con serpientes en el pelo.

La joven esclava rió, y continuó acariciando el pecho de Marco con ternura, pero con cuidado de no volver a tocar aquella extraña lágrima negra. Al poco tiempo, se quedó dormida con la cabeza sobre la almohada.

Marco continuó mirando el techo de la habitación. El vino, el sexo y la melancolía le habían dejado en un estado de extraña confusión. Miles de ideas se agolpaban en su cabeza. Su padre, caído en combate por defender a unos senadores que nunca llegaron a saber ni tan siquiera su nombre. Su madre, asesinada por un grupo de hombres cuyos rostros Marco no era capaz de recordar. Una preciosa esclava hispana durmiendo junto a su hombro. Una bolsa llena de monedas guardada en su túnica. Una mezcla de sensaciones de alegría y tristeza que le ponía una sonrisa en los labios y una lágrima en los ojos.

Al cabo de un rato, también Marco Lemurio consiguió quedarse dormido.

Marco sintió un súbito frío que le recorría la cabeza y el cuerpo y se despertó de golpe. Alarmado, se puso en pie de un salto, sacando la daga del lugar bajo el colchón en el que la había ocultado antes de acostarse la noche anterior.

—Guarda la espada, Aquiles. Troya ya cayó anoche.

Marco miró a su alrededor, desorientado. Finalmente, reconoció el lugar. Seguía en la taberna de Quelidón, en la habitación en la que, la noche anterior, se había acostado con la esclava hispana. La luz del día ya entraba por la pequeña ventana y por la puerta. Sentía el cuerpo dolorido por haber dormido en una postura incómoda y, por algún motivo, tenía el pelo y la cara empapados de agua helada.

Frente a él, Alda, la esclava hispana, reía a carcajadas. Tenía un cubo de madera en la mano. Ese era el motivo por el que estaba empapado, pensó Marco.

—Muy divertido— dijo guardando el puñal de nuevo. Con cuidado, comprobó que todas sus pertenencias siguieran en su sitio. La bolsa de dinero seguía guardada bajo la túnica.

—Tranquilo, no he dejado que nadie se acerque a ti mientras dormías. En la casa de Quelidón sabemos cuidar a los buenos clientes.

—¿Hace mucho que ha amanecido?— preguntó.

—Una hora más o menos. ¿Quieres comer algo?

Marco negó con la cabeza.

—Es mejor que vuelva a casa— dijo—. Gracias por todo.

Ella sonrió.

—Vuelve pronto, Marco Lemurio. Ha sido una noche agradable.

Marco se peinó el pelo empapado con el dorso de la mano, se vistió con rapidez y salió de la habitación. Bajó al piso inferior, corriendo. La taberna estaba casi vacía. Un par de borrachos dormitaban en las mesas, y dos hombres vestidos con ropas de viaje apuraban un desayuno copioso. Marco sentía que las sienes le latían con fuerza. El vino que le habían servido no era tan bueno como él había imaginado en un principio.

—La resaca. Este es el castigo de los dioses infernales— murmuró, y salió a las calles de Roma.

Capítulo 3

La insula

Marco Lemurio se abrió paso por las atestadas calles de la Subura. Si por la noche la inseguridad dejaba casi vacías la mayor parte de las calles de aquel barrio, durante el día era casi imposible moverse por ellas. Puestos de venta ambulantes que invadían aceras y carretera, carros llenos de mercancía que intentaban abrirse paso a gritos y golpes de fusta, corros de gente charlando, pregoneros vociferando su mercancía y sacerdotes de religiones orientales tratando de ganar fieles para sus dioses.

A pesar de que Marco sabía moverse entre el gentío con naturalidad, tardó un buen rato en llegar hasta el pequeño callejón donde se alzaba la *insula* en la que vivía. Era una calle estrecha, sin empedrar, que en verano era un nido de polvo y en invierno un barrizal impracticable. Estaba tan apartado de las calles principales que los locales bajos estaban ocupados por viviendas y no por tiendas o tabernas. Un lugar solitario y pobre, que tenía la ventaja de estar a salvo de los ruidos insoportables de las zonas más concurridas.

Antes de subir a su casa, Marco echó un vistazo al local de la planta baja, cuya puerta estaba cerrada y sellada por varios maderos clavados sobre ella. Siempre que entraba o salía contemplaba aquella puerta de madera vieja. Aquel lugar le traía muchos recuerdos de la infancia, tiempos en los que su madre aún vivía y regentaba aquel establecimiento. Hacía ya quince años que su madre había muerto, pero no pasaba un solo día sin que Marco pensara en ella.

La *insula* tenía cinco plantas, cada una de ellas con un número variable de viviendas. En ellas se hacinaban familias enteras de romanos, itálicos, griegos, sirios, egipcios y gentes llegadas de todos los rincones del Imperio. Marco vivía en un pequeño apartamento, en el piso más alto. Las escaleras de madera crujián a cada paso que daba, amenazando con partirse. Marco estaba acostumbrado a

aquel amenazador sonido. Llevaba oyéndolo desde que era niño, y los peldaños seguían aguantando el paso del tiempo y las pisadas de las decenas de inquilinos que subían y bajaban cada día por ellos. En la tercera planta, Marco se detuvo a recuperar el aliento. El dolor de cabeza y las náuseas no ayudaban a subir aquellas interminables escaleras. Una vez hubo descansado, continuó el ascenso hasta su casa.

Entró en el pequeño apartamento, una vivienda que contaba sólo con dos habitaciones. Una de ellas era empleada por Marco como dormitorio y estudio personal. La otra albergaba el resto de funciones de la casa: cocina, sala de estar, recibidor y dormitorio de Céfiro, el pequeño esclavo que vivía con él. El niño, de apenas diez años, estaba dormido sobre su jergón cuando Marco entró en la habitación. El amo no quiso despertarlo. Se suponía que a aquellas horas de la mañana, Céfiro debería estar limpiando la casa o en el mercado haciendo la compra, y sin embargo dormía profundamente. Marco sonrió al verlo. Su relación con Céfiro se parecía más a la de un hombre con su hermano menor que a la de un amo con su esclavo.

Marco entró en su dormitorio, una estancia que, pese a que era ligeramente más grande que la que hacía las veces de salón, estaba tan atestada de muebles, rollos de papiro y artefactos extraños que parecía diminuta. Marco saltó sobre un baúl para llegar hasta su cama. Tiró al suelo una decena de rollos de papiro y se dejó caer sobre ella. Al cerrar los ojos, sintió un alivio inmediato del dolor de cabeza.

Antes de quedarse dormido, Marco sacó de la túnica la bolsa de monedas que le había pagado Tito Pomponio y la dejó sobre una mesa cercana.

Marco Lemurio durmió durante buena parte de la mañana. Sin obligaciones a las que atender, sin relaciones sociales que lo ataran, la bolsa de monedas sobre la mesa suponía una tranquilidad más que suficiente para abandonarse a un sueño reparador. Cuando el sol estaba en lo más alto del cielo, el pequeño Céfiro, que llevaba despierto un buen rato, decidió despertar a su amo.

—Amo, ya es mediodía, amo— dijo, zarandeándole con toda la fuerza de que era capaz. El olor a alcohol que se había apoderado de la habitación dejaba claro dónde había estado Marco Lemurio la noche anterior.

Marco se removió en el lecho, gruñendo fastidiado.

—Déjame dormir...— murmuró.

—Me diste orden de no dejarte dormir más allá del mediodía. Sólo cumplo con lo que se me mandó. Pero si quieres dormir la borrachera, por mi adelante... Más comida para mi.

Marco abrió los ojos y le dio un pescozón al esclavo.

—No me hables así. Tenme un poco de respeto, por los dioses— dijo.

—Es difícil respetar a un amo que huele como un odre de vino tinto...

Marco se dispuso a golpear de nuevo a Céfiro, pero éste, más rápido y sabiendo la respuesta que recibirían sus insolentes palabras, dio un salto hacia atrás.

—Esclavo insolente... Debería venderte al dueño de un prostíbulo barato. O a unas minas de sal. ¿Sabes cómo viven los esclavos de las minas de sal?

—Me escaparía y volvería contigo, ya lo sabes.

Marco Lemurio sonrió mientras se incorporaba. Lo peor del dolor de cabeza había pasado, pero las sienas aún le latían con fuerza. Alargó la mano, aún somnoliento, y cogió la bolsa de monedas. Sacó una de bronce y se la arrojó a Céfiro, que la atrapó en el aire con destreza.

—Compra algo de comida decente. Se acabó el pasar hambre. Durante un tiempo al menos.

El niño dio un salto de alegría y salió corriendo del dormitorio de su amo.

Marco terminó de incorporarse y se llevó la mano al pecho. Algo había estado presionando su pecho durante toda la mañana. Metió la mano bajo la túnica y sacó la fina lámina de plomo que había utilizado para engañar a Tito Pomponio y su esposa. Con cuidado, la desenrolló y la dejó sobre una estantería que estaba repleta de tablillas de ese tipo. Más grandes, más pequeñas, cuadradas o alargadas, todas ellas cubiertas de signos y dibujos extraños que el mismo Marco había trazado con un punzón. Tras dejar la lámina en su lugar, echó una

mirada de reojo a un pequeño baúl que había en una esquina. Las tablillas que había en la estantería eran todas falsas, imitaciones para engañar a los crédulos. Las que guardaba en el pequeño baúl... Aquellas eran de otra naturaleza.

Tras apartar unos cuantos rollos de papiro de la mesa, cogió uno de ellos, lo abrió y se recostó de nuevo en la cama. Encima del lecho había una pequeña ventana de madera, por la que entraba algo de luz. Aquel ventanuco estaba cerrado durante el invierno y abierto en primavera y en verano, permitiendo que entrara la luz y el aire fresco del exterior. Gracias a aquella ventana, Marco podía leer en la cama durante el día.

Abrió el rollo de papiro y trató de leer, pero cuando llevaba apenas dos líneas, su mente comenzó a divagar. Pensó en su madre, muerta quince años atrás, y en la forma en la que había insistido desde tuvo uso de razón en que aprendiera a leer y a escribir de forma correcta, en griego y en latín. Ella misma le había enseñado las letras griegas con gran dedicación, obligando al niño a que completara aquella formación por medio de diversos maestros. De ese modo, Marco Lemurio había aprendido a leer y a escribir con soltura, algo extraño entre la gente de su clase social. Al morir su madre, le había legado una gran cantidad de rollos de papiro, que ella misma había traído a Roma desde su Tesalia natal. Algunos de aquellos papiros contenían obras literarias de todo tipo, desde los poemas de Homero a fragmentos de poesía lírica. Otros, aquellos que su madre había guardado con más celo, contenían secretos que ni el mismo Marco había sido capaz de desentrañar.

Incapaz de concentrarse, Marco decidió salir al exterior a respirar aire fresco. Se subió sobre la cama y se encaramó a la ventana que había en el techo de la habitación. Aquel ventanuco no sólo servía para iluminar la estancia: eran también una salida perfecta hacia el tejado de la *insula*. Marco Lemurio había encontrado aquella utilidad para la ventana cuando era niño y buscaba escapar de las largas y tediosas tardes de obligado estudio a las que su madre le sometía. La primera vez que el pequeño Marco se había colado por aquel hueco, había estado a punto de resbalar y caer deslizándose sobre las viejas tejas gastadas hasta el alero de la *insula*. La diosa Fortuna quiso que el niño consiguiera agarrarse a un madero que resistió su peso. Con el paso de los años, Marco había acondicionado el espacio del tejado sobre su dormitorio, apartando algunas tejas, colocando tablones para asegurar sus pasos... y finalmente había creado una pequeña terraza en la que podía sentarse a tomar el aire en las largas tardes de primavera.

Marco salió por la ventana y miró a su alrededor. El sol del mes de *Aprilis* calentaba la piel sin llegar a ser molesto. Una suave brisa acariciaba los tejados de la ciudad de Roma. Era un perfecto día de primavera. Marco salió por completo y se sentó sobre los maderos que hacían de suelo de su particular terraza. La *insula* en la que estaba su apartamento era la más alta de los alrededores, por lo que desde aquella posición se disfrutaba de una envidiable vista de los tejados de la Subura. En la lejanía podían divisarse las partes más altas de las colinas que rodeaban Roma, con sus laderas llenas de templos y casas aristocráticas.

Marco se tumbó boca arriba y respiró el aire fresco. Allí arriba no llegaban los malos olores de la ciudad, ni los gritos de las calles atestadas de gente. Allí arriba no alcanzaban los problemas. Marco cerró los ojos y dejó que el sol de primavera calentara su cuerpo.

Marco volvió a bajar al cabo de un rato. Hasta el dormitorio llegaba el aroma de la comida preparada por Céfiro en el cuarto contiguo. Sus tripas comenzaron a removerse inquietas. Llevaba sin comer nada desde la noche anterior. Salió al pequeño salón justo cuando el esclavo servía dos escudillas de lo que parecía ser un espeso guisado de carne y verduras. En la mesa había además media empanada con un aspecto delicioso.

—¿Alguna novedad en las calles?— preguntó Marco tras sentarse a la mesa.

—Los tribunos de la plebe siguen discutiendo sobre esa ley para concederle a Pompeyo poderes extraordinarios. Un tal Aulo Gabinio es el que dirige toda la operación. No se hablaba de otra cosa en el mercado.

—La gente demostrará poca memoria si conceden a ese carnicero más poder del que ya tiene— murmuró Marco antes de lanzarse sobre su plato de tosca cerámica—. Les devuelve hace unos años los poderes a los tribunos de la plebe y se convierte en el héroe del pueblo. Y ya nadie se acuerda de los tiempos de Sila, cuando Pompeyo y su padre llenaron de sangre romana toda Italia...

—Te sugiero que no hagas esos comentarios en público. Yo no sé nada de lo ocurrió en época de Sila, pero Pompeyo es hoy un héroe para la mayoría. Si le criticas en según qué lugares puedes acabar flotando en el Tíber boca abajo—.

Céfiro se sentó junto a su amo y comenzó a comer. Marco observó que lo hacía con desgana, señal inequívoca de que se había dado un buen atracón en el propio mercado con parte del dinero que le había dado. Su esclavo era tan manirroto como él mismo, pensó. En unos pocos días no les quedaría nada del dinero de Pomponio.

—Todos acabaremos flotando en el río como no se solucione el problema de Mitrídates.

El rey Mitrídates VI llevaba años guerreando contra Roma en toda Asia. Desde su pequeño reino del Ponto, este monarca, medio bárbaro, medio griego, había derrotado a las legiones romanas una y otra vez, aprovechando la situación de caos en Italia provocada por las guerras civiles entre Mario y Sila. Mitrídates había llegado incluso a ordenar la muerte de todos los ciudadanos romanos de las ciudades de Oriente y Grecia, desencadenando con ello la masacre de miles de hombres, mujeres y niños.

—No digas eso. El rey Mitrídates está muy lejos.

—También lo estaba Aníbal y se presentó en las puertas de Roma con sus elefantes— dijo Marco, a sabiendas del miedo que provocaban aquellas historias en su esclavo.

Céfiro reprimió un escalofrío. Las historias sobre Aníbal, el general cartaginés que cien años antes había estado a punto de destruir la propia Roma, le ponían los pelos de punta.

—Ni Mitrídates ni Aníbal van a impedir que nos terminemos esta comida. Da gracias a los dioses por vivir en Roma, y disfruta de lo que el presente te brinda— dijo Marco, en tono sentencioso.

—Muy filósofo te has levantado hoy.

—Con la barriga llena, la cabeza trabaja mejor— dijo, y cortó con las manos un enorme trozo de empanada.

Cuando terminaron de comer, Marco llenó una de las escudillas con lo que

había sobrado de estofado y la cubrió con un viejo paño. Céfiro se dejó caer sobre la cama, con el estómago lleno y una sonrisa de satisfacción.

—Volveré dentro de un rato— dijo Marco.

—¿Vas a ver a Periandro?— preguntó el esclavo— No creo que su nieta esté en casa a estas horas...

Marco no respondió. Salió del apartamento con la escudilla caliente y bajó dos pisos, sintiendo el crujido de las escaleras bajo sus pies. Al llegar al rellano de la tercera planta se detuvo ante una de las tres puertas de madera. Dudó unos instantes si entrar o no. Si Céfiro estaba en lo cierto, la joven que habitaba aquella casa estaría fuera. Marco no quería encontrarse con ella. No después de la pelea que habían tenido en su último encuentro. Decidió arriesgarse. Marco golpeó la puerta con suavidad para anunciar su presencia y entró en el apartamento.

—Adelante— dijo una voz desde el fondo de la casa. Una voz débil, casi quebrada.

Marco conocía bien aquella casa. De niño había pasado muchas horas en ella, jugando y aprendiendo. Era más grande que su pequeña buhardilla. Tras un pequeño recibidor, un salón con una gran mesa. Una mesa en la que Marco había aprendido a leer y a escribir, años atrás. De aquella estancia salían otras dos puertas. De una de ellas salía aquella voz débil y rasposa.

—¿Eres tú, Antígona?

—No— respondió Marco, aliviado. Aquella pregunta indicaba que Antígona, la joven a la que Marco quería evitar por todos los medios, no estaba en casa—. Soy Marco.

Marco retiró la pesada cortina que separaba el salón de una de las habitaciones. La estancia tenía un olor rancio a enfermedad larga y penosa. Apenas un hilo de luz entraba por un pequeño ventanuco situado en una de las paredes. El mobiliario de la habitación era tan humilde como el del resto de la casa. Una cama estrecha y destartada, una silla y un pequeño baúl a los pies del lecho. Pese a sus esfuerzos por evitarlo, Marco no pudo evitar arrugar la nariz ante el olor de la habitación.

—Marco... Pasa, por favor. Siéntate a mi lado, en la cama.

Sobre el lecho yacía un anciano delgado, con una barba blanca descuidada y unos ojos azules, casi grises, que destacaban en su rostro arrugado.

—Periandro. Te veo bien— dijo Marco, tomando asiento a los pies de la cama.

—Por favor, mentiras piadosas a estas alturas de mi vida... Creo que me merezco más que eso, Marco Lemurio.

Marco sonrió y dio unas palmadas afectuosas en el bulto que eran las piernas del anciano bajo las mantas. Unas piernas muy delgadas incluso para un anciano como aquel.

—Te he traído un poco de estofado. Esta vez Céfiro se ha esmerado de verdad.

Periandro se incorporó con grandes esfuerzos, impulsándose con los brazos para quedar sentado y recostado sobre los almohadones. El anciano tomó la escudilla que Marco le ofrecía y retiró el paño que la cubría. Tras oler el guiso y dar un sorbo de caldo, sonrió satisfecho.

—Ese esclavo tuyo es una joya. ¿Cuántos años hace ya que está contigo?

—Nueve años— respondió Marco—. Nueve años ya.

Le vinieron a la mente las imágenes de aquella noche de invierno en la que, mientras pasaba por el Foro Boario rumbo a casa, después de un trabajo especialmente complicado, Marco escuchó el llanto de un niño. Las calles de esa zona de Roma, cercana al río Tíber, estaban desiertas debido al frío y la humedad. En un primer momento, Marco pensó en seguir su camino, sin detenerse. El exceso de curiosidad era la primera causa de mortandad en las calles romanas. Sin embargo, algo le impidió continuar caminando. El llanto del niño era especialmente violento, desesperado. Un llanto que sólo un niño abandonado y en un estado de desesperación absoluta podía entonar. Marco se acercó al lugar de donde procedían los lloros, las escaleras del templo de Hércules, una construcción circular rodeada de columnas. Sobre el primero de los escalones de piedra había un montón de mantas, raídas y empapadas, bajo las cuales algo se movía. Marco retiró las mantas y se encontró con el rostro de un

bebé, azulado por el frío y el esfuerzo. No lo dudó un instante. Cubrió de nuevo al bebé y lo cargó en sus brazos antes de retomar el camino a casa.

De ese modo Marco encontró a Céfiro, cuando estaba a punto de morir de frío y de hambre bajo el pórtico de un templo.

El anciano Periandro devoró el contenido de la escudilla. Era evidente que tenía hambre atrasada.

—¿Cómo van las cosas?— preguntó Marco.

—Puedes verlo tu mismo— dijo, haciendo un gesto para que Marco mirara a su alrededor—. Hemos tenido que vender algunos muebles más a ese usurero... Y no sé en qué gasta su tiempo mi Antígona. Trae dinero a casa, pero no sé cómo lo gana. Y nunca responde a mis preguntas... Me temo lo peor, Marco Lemurio.

—Tu hija es una buena chica, Periandro. No tienes nada que temer— respondió Marco, tratando de tranquilizar al anciano a pesar de que él mismo tampoco estaba muy seguro de dónde sacaba el dinero Antígona. La hija de Periandro era muy reservada en lo que concernía a su forma de ganarse la vida.

—¿Y qué hay de ti, Marco? ¿Cómo te van las cosas?

—No puedo quejarme. Los dioses me han dado salud y fuerzas para ganarme la vida. Soy un hombre afortunado, supongo.

—Tu voz no es la de un hombre afortunado, Marco. Te conozco desde que naciste. A mi no puedes engañarme... ¿Qué te ocurre?

Marco dudó. ¿Cómo explicarle al anciano todo lo que bullía en su mente? ¿Cómo contarle la sensación de impotencia, la necesidad de hacer uso de unas habilidades que le estaban prohibidas? ¿Cómo contarle a nadie el origen de su amargura, de la frustración que le quemaba por dentro desde años atrás? No, era una carga que debía llevar él solo.

—Estoy bien, Periandro. Supongo que la primavera me pone triste, eso es todo.

El anciano se movió sobre los almohadones, buscando una postura más cómoda.

—El mundo se llena de flores y tu alma se llena de penas. Siempre nadando contra la corriente. Igual que tu madre.

Marco no dijo nada. Sonrió con tristeza. Eran muy pocas las personas que recordaban a Neóbula, su madre. La mayoría de los que se decían sus amigos habían desaparecido después de la muerte de ella. Sólo algunos permanecieron fieles a su recuerdo y al hijo adolescente que quedó casi desamparado.

—Los que hicieron aquello...— continuó el anciano, pero Marco le interrumpió.

—Prefiero no hablar de eso, Periandro. Es un tema doloroso.

Y peligroso también, pensó. Los responsables de la muerte de su madre ocupaban los altos cargos de la República romana, y aunque era improbable que ninguno de ellos recordara un caso como el de Neóbula o se fijara en su insignificante hijo, era preferible ser precavido.

—Como quieras— concedió Periandro. El anciano se restregó con fuerza las piernas sobre las mantas, para tratar de reactivar la circulación sanguínea y eliminar el picor y la hinchazón— Hablemos de cosas más alegres. Cuéntame novedades de Roma. Ya conoces a mi hija Antígona. Apenas consigo arrancarle cuatro palabras seguidas.

—Roma sigue ahí fuera, Periandro, tal y como la conociste.

—Cuéntame novedades políticas. ¿Qué se sabe de la guerra contra Mitrídates? ¿Alguna noticia de las legiones de Lúculo?

Normalmente, Marco se desentendía de los temas de la alta política romana. Rara vez acudía a votar cuando se convocaban los comicios por tribus y trataba de no dar su opinión en voz alta acerca de los temas de actualidad. Gane quien gane, el pueblo siempre pierde. Aquella era la máxima que gobernaba su vida y marcaba su inexistente ideología política. Sin embargo, como todo romano que habitara en la Urbe, no podía evitar estar al día de los temas de actualidad. Se hablaba de política en las tabernas, se hablaba de política en los mercados, se hablaba de política en los prostíbulos, y hasta Céfiro hablaba de política en ocasiones. Era imposible vivir en Roma y sustraerse por completo a la actualidad de la República y las provincias.

—Parece que Lúculo sigue atascado en Asia. Ha conseguido algunas victorias, pero no consigue aprovecharlas. Mitrídates se esconde en su reino, a salvo de las legiones. La gente comienza a estar cansada de esta situación. Hay quien habla de enviar a Pompeyo a Oriente con algún tipo de mando extraordinario.

Periandro negó con la cabeza.

—Por Zeus que ese Pompeyo no es trigo limpio. Algún día, la República lamentará haberle dado tanto poder a ese hombre ambicioso... Aprendió bien de su maestro Sila, no hay duda.

—La gente ya no recuerda a Sila. Recuerdan que Pompeyo dio el golpe final a los esclavos de Espartaco, y que como cónsul devolvió sus poderes a los tribunos de la plebe. Todos le miran como un héroe. Y como el único capaz de derrotar a Mitrídates de una vez por todas.

Periandro continuó interrogando a Marco durante un buen rato acerca de los resultados en las últimas votaciones sobre leyes, decretos del Senado y juicios públicos. El joven romano respondió lo que pudo, tratando de hacer el relato interesante para un hombre que llevaba años sin salir de aquella casa. Marco sabía que él y su hija Antígona eran los ojos y los oídos que mantenían a Periandro conectado con el mundo, por lo que trataba de hacer algo más ameno su obligado encierro.

Cuando la luz que entraba por el ventanuco comenzó a declinar, Marco decidió marcharse. Periandro daba muestras evidentes de cansancio. Sus piernas no eran las únicas partes del cuerpo del anciano que comenzaban a fallar. Era mejor dejarle descansar. Además, no quería estar allí cuando Antígona regresara a casa.

—Vendré a verte en poco tiempo— prometió tras levantarse de la cama—. Y te traeré más novedades de la calle.

—Envíame a Céfiro alguna tarde. Acabará haciendo de ese niño un erudito.

Marco había tratado por todos los medios de que Céfiro estudiara con Periandro y aprendiera a escribir y leer en latín y griego como él mismo había hecho de niño. Por un lado, era un medio para ayudar al anciano, haciéndole aceptara un dinero que de otro modo habría rechazado por orgullo. Por otro,

Céfiro podría aspirar en el futuro a ser algo más que un simple esclavo doméstico. Sin embargo, sus planes no habían tenido mucho éxito. Céfiro no mostraba entusiasmo alguno por las letras, y prefería pasar los días correteando por las calles de Roma haciendo sólo los dioses sabían qué cosas. Periandro además ya no tenía las energías de antaño, y cuando finalmente lograban que el niño aceptara recibir unas horas de clase, éste conseguía enredar al anciano para que le contara historias de su vida y sus viajes por el Mediterráneo. Marco, resignado, continuaba enviando a Céfiro a casa de su antiguo maestro, más para que le hiciera compañía y alegrara sus últimos años de vida que porque creyera que el niño iba a aprender algo de provecho.

—Si consigo sacarle de las calles, intentaré que venga a verte— dijo antes de despedirse. Dio un caluroso apretón de manos al anciano y salió de la estancia.

Una vez en el salón, Marco miró a su alrededor. Aquella sala estaba antaño llena de estanterías con todo tipo de rollos de papiro convenientemente etiquetados. Apenas quedaba ya nada de esa riqueza bibliográfica. Periandro y su hija se habían visto obligados a vender su biblioteca para poder subsistir. El propio Marco le había comprado algunas de aquellas obras, también como medio para ayudar al anciano. Sabía que a Periandro le dolía desprenderse de aquellos volúmenes como le habría dolido desprenderse de una de sus manos. Si al menos acababan en casa de uno de sus alumnos, el dolor sería menor, había pensado Marco.

Al salir al rellano escuchó unos pasos que subían las escaleras, de forma lenta pero firme. Se asomó por el hueco de la escalera y sintió que el corazón le daba al vuelco al descubrir la silueta de Antígona llegando a la planta inferior. Marco echó a correr a toda prisa por las escaleras, rumbo a su propia casa. Cuando llegó a su piso, entró en el apartamento y cerró la puerta.

¿Le habría visto ella? No estaba seguro. Marco se dejó caer sobre una silla para recuperar el aliento. Sabía que su comportamiento era más propio de un adolescente que de un hombre con la treintena cumplida. Sin embargo, no podía evitar perder cualquier atisbo de comportamiento racional cuando Antígona entraba en escena. Era algo superior a él.

—¿Te ha perseguido un fantasma por la escalera?— preguntó Céfiro, asomándose desde el interior del dormitorio.

—¿Qué haces ahí dentro?— preguntó Marco enfadado—. Sabes que no me gusta que toques mis cosas.

—He subido un rato al tejado a ver el atardecer. Tranquilo, no he tocado ninguno de tus preciosos papeluchos...

En ese cuarto hay papeluchos que podrían darte un escarmiento, pensó sin decirlo. Marco dio un pescozón al niño cuando pasó a su lado.

—¿No tienes nada que hacer? ¿Limpiar la casa por ejemplo?

Céfiro sonrió con picardía y se echó sobre su propio jergón, situado en una esquina del cuarto.

—Parezco yo el esclavo y tú el amo...— comentó Marco, pero no pudo evitar que una sonrisa iluminara su rostro.

Capítulo 4

La sombra

Cuando cayó la noche sobre Roma, Marco decidió hacer una visita a la taberna de Quelidón. Como cada vez que salía después de la puesta de sol, ordenó a Céfiro que no abandonara la casa, haciéndole todo tipo de advertencias acerca de lo que podía ocurrirle a un niño que deambulara por las calles de Roma durante la noche, y abandonó el apartamento. Sabía que el pequeño esclavo acabaría saliendo si le apetecía, pero las advertencias nunca estaban de más. Al bajar las escaleras pasó corriendo frente a la puerta de Periandro para evitar un poco probable encuentro con Antígona, y salió finalmente a la calle.

Marco respiró el aire nocturno de la ciudad. Cargado de aromas, de olor a humo, especias, pescado, podredumbre, basura, perfumes, excrementos e incienso. El olor de Roma. Aquella noche, la luna lucía en todo su esplendor en el cielo, por lo que la oscuridad no era muy espesa. Mala noche para los ladrones nocturnos, pensó. Y buena para otro tipo de criaturas...

Echó a caminar por el callejón sin iluminación, con la mano cerca de la pequeña daga que llevaba atada a la pierna. Aquella zona de la Subura estaba muy poco transitada, por lo que Marco no contaba con cruzarse con nadie hasta llegar a las calles más concurridas en las que estaban las tabernas y los lupanares. Sólo escuchaba el sonido de sus pasos sobre el barro endurecido, y el eco lejano de las conversaciones y los gritos procedentes de los mal insonorizados edificios de alrededor.

Cuando estaba a punto de girar para salir del callejón, escuchó un sonido a su espalda. Un siseo agudo y penetrante, como el ruido del viento colándose por el agujero de una cerradura. Marco no dudó un instante. Sacó la daga de su funda y la empuñó con firmeza. En la noche romana un momento de vacilación podía suponer la diferencia entre la vida y la muerte. De forma instintiva buscó la

protección de la pared contra su espalda, para evitar que pudieran atacarle por detrás. Miró a su alrededor, sin ver movimiento alguno.

Marco sabía por experiencia que la visión de la daga en su mano debería bastar para disuadir a cualquier posible atacante. Los ladrones preferían atacar a víctimas indefensas antes que arriesgarse a una puñalada entre las costillas. Si el que había causado aquel extraño ruido era un ladrón, Marco confiaba en que continuara su camino.

El siseo se repitió, más cerca, esta vez sobre su cabeza. Marco alzó la mirada, justo a tiempo para ver una sombra que reptaba sobre el muro blanco del edificio antes de fundirse de nuevo en la oscuridad.

Marco actuó con rapidez. Nunca antes se había enfrentado a una criatura como aquella, pero había leído mucho acerca de su naturaleza y el modo de hacerles frente. Como siempre que se veía ante una situación de aquel tipo, Marco desterró de su cabeza todo pensamiento. En su pecho, el colgante con forma de lágrima negra comenzó a calentarse.

De uno de los bolsillos de su túnica sacó un trozo de carbón y con él trazó una serie de dibujos sobre el muro. Círculos atravesados por líneas que convergían en su centro, palabras escritas en griego y en latín, y garabatos sin sentido alguno en cualquier lengua que se hablara en Roma. Cuando hubo acabado, tomó de nuevo la daga y se hizo un pequeño corte en la palma de la mano, que comenzó a sangrar de inmediato.

—Hécate, mi sangre a cambio de tu favor. Muéstrame la criatura que me acecha— dijo, y golpeó la pared, justo en el centro del dibujo, con la palma abierta y cubierta de sangre.

De inmediato, los círculos y líneas rectas comenzaron a iluminarse con una extraña luz propia. Marco mantuvo la mano pegada al muro, con el rostro mudado por un gesto de dolor. Sintió cómo la herida abierta se agrandaba y la sangre comenzaba a manar con más rapidez, como si la propia pared estuviera succionándola. La luz que emanaba del dibujo comenzó a concentrarse en una forma amorfa al principio, que finalmente acabó convertida en una esfera luminosa.

—Hécate, muéstrame la criatura que me acecha— repitió Marco, en voz baja y firme.

La esfera se lanzó hacia el otro extremo del callejón y se estrelló contra el muro del edificio, rompiéndose en miles de fragmentos de luz. Un grito agudo retumbó entre los edificios. Por un instante, Marco pudo ver una silueta recortándose contra los fragmentos de luz, una forma que, aunque presentaba aspecto humano, tenía los brazos demasiado largos y las piernas demasiado cortas para tratarse de una persona real. La sombra se agitó y prorrumpió en chillidos durante un instante, antes de disolverse sin dejar rastro de su existencia. Cuando los últimos fragmentos de luz se hubieron apagado, el callejón volvió a sumirse en el silencio.

Marco separó la mano de la pared y se dejó caer al suelo. Sentía el brazo derecho muy frío, como si lo hubiera sumergido en un cubo de agua helada durante demasiado tiempo. Había perdido bastante sangre, pero nada que no se pudiera solucionar con una buena cena y una jarra de vino. A pesar de tener la mano cubierta de sangre y de que aún sentía el vello de todo el cuerpo erizado por el susto y la emoción, Marco sonrió.

—Gracias, Hécate, por atender mi súplica— murmuró, y, sin saber él mismo por qué, se echó a reír a carcajadas.

Marco Lemurio llegó a la taberna de Quelidón sin más sobresaltos. Aún sentía un frío terrible en el brazo derecho, pero la herida casi estaba cerrada por la sangre coagulada. Pese al encuentro que había tenido, algo bastante poco habitual, tenía ganas de emborracharse con un buen vino y distraerse con la conversación de los clientes habituales de la taberna. Y tal vez aceptar la compañía de aquella joven hispana que tan amable se había mostrado la noche anterior. Al día siguiente habría tiempo de indagar acerca de aquella misteriosa sombra. Las criaturas de la noche parecían menos amenazadoras cuando se las analizaba a la luz del sol.

Por algún motivo, la taberna estaba casi vacía aquella noche. Sólo un grupo de cuatro hombres bebían apoyados en la barra de piedra, mientras dos o tres bebedores solitarios ahogaban sus penas en vino, sentados cada uno en una mesa. El portero dormitaba recostado en una silla junto a la puerta, con su gran maza de madera apoyada junto a él. Marco se dirigió a la barra y saludó a la camarera, una joven gala de pelo rubio ceniciento y el rostro cubierto de acné. A pesar de que era un cliente habitual, nunca antes había visto a aquella chica. Por

algún motivo, las camareras y prostitutas que trabajaban en aquella taberna cambiaban tan a menudo como las estaciones del año. Confiaba en que la joven hispana no hubiera desaparecido sin dejar ni rastro.

—¿Qué te sirvo?— preguntó de forma brusca.

—Vino y una respuesta.

—El vino depende del color de tu dinero. Las respuestas dependen de las preguntas—respondió ella.

Una mente ágil, pensó Marco. Abrió la bolsa y sacó una moneda de plata que mostraba en una de sus caras a dos jinetes de perfil.

—¿Qué te parece este color?

Ella asintió, satisfecha, y se guardó la moneda en el delantal.

—¿Quieres el vino con especias?— preguntó, con más amabilidad después de que Marco hubiera demostrado su solvencia.

—Vino con especias...— murmuró con desagrado—. No, sólo vino, y no me sirvas esa porquería que ponéis a los extranjeros.

La chica entró en la cocina y regresó con una jarra de barro llena a rebosar de vino.

—¿Y la pregunta?

—¿Dónde puedo encontrar a la chica que ayer atendía la barra? Pelo negro rizado, ojos negros...

—¿La hispana? Hoy no está aquí. El amo la ha requerido para otros servicios— respondió.

Marco maldijo en silencio a los dioses y al dueño de la taberna. El misterioso dueño de la taberna de Quelidón, al que ningún cliente había visto nunca y del que todos los trabajadores tenían terminantemente prohibido hablar. Marco sospechaba desde tiempo atrás que el hombre al que todas las camareras del local llamaban amo era en realidad un importante senador que trataba de ocultar

sus negocios en un terreno tan poco noble como la explotación de una taberna y la prostitución. Si los censores llegaban a saber que la fortuna de un senador procedía de ese tipo de negocios, podían quitarle el rango senatorial en menos que Júpiter tardaba en fulminarte con un rayo.

—Vaya... mala suerte la mía.

La esclava sonrió de forma sarcástica y continuó atendiendo a los clientes. Marco se acomodó en su mesa habitual, vacía aquella noche, y dio un largo trago de vino. No era tan bueno como el que le habían servido la noche anterior, pero se podía beber. Cuando la jarra se terminó, hizo un gesto a la joven tras la barra para que le trajera otra. Ella obedeció sin rechistar, a sabiendas de que la moneda que Marco le había entregado bien valía varias de aquellas jarras de vino y temiendo que éste le pidiera el cambio. Marco continuó bebiendo y observando el movimiento de los clientes que entraban y salían, de las chicas que bajaban del piso de arriba, coqueteaban con los hombres y regresaban a las habitaciones, solas o acompañadas. De cuando en cuando era un joven esclavo, vestido con una túnica corta que dejaba ver sus muslos, el que se dejaba ver por la taberna, en busca de clientes que prefirieran pasar el rato con un hombre. Varias de las esclavas y el joven esclavo miraron a Marco insinuantes, pero él les dejó claro con un gesto que no estaba interesado en contratar sus servicios. No aquella noche al menos.

Marco no estaba de humor para entregarse a una noche de pasión. Todavía podía sentir el brazo derecho frío por la falta de sangre, y tardaría un par de días en recuperarse del todo. Lo que había visto aquella noche, aquella sombra acechando en el callejón, tenía tantas consecuencias que no se veía capaz de pensar en ello. Hacía mucho tiempo que no experimentaba nada semejante. Aquella sombra, aquellas criaturas, formaban parte de una existencia que creía haber dejado atrás.

Le vino a la mente la voz de su madre, siempre tan severa al hablar de aquellos temas.

—Esto forma parte de lo que eres, Marco. No puedes escapar de ello.

Había conseguido escapar durante unos años, pero finalmente el destino le había alcanzado. Tal y como su madre le había vaticinado.

Bebió sin pensar en la resaca del día siguiente, dejando que los vapores del

alcohol embotaran sus sentidos. Marco había vaciado ya tres jarras cuando un alboroto llamó su atención en la entrada. El portero salió de su letargo y se puso en pie, aferrando la maza con las dos manos. Un grupo de hombres discutía acaloradamente, haciendo gestos y ademanes que demostraban que en cualquier momento su disputa verbal podía llegar a las manos. El portero balanceó la maza delante de ellos de forma amenazadora. En la taberna de Quelidón casi todo estaba permitido, pero la violencia física debía quedar relegada al exterior de sus puertas. Aquella era una norma que a muchos les había costado un buen dolor de cabeza aprender.

Marco, al que el vino había hecho perder la prudencia, se levantó y se instaló una mesa más cerca del tumulto, deseoso de conocer el motivo de la disputa. Aquellos hombres estaban tan borrachos y enfadados que prometían dar un espectáculo interesante. Al menos le serviría para no pensar en lo que había visto en el callejón.

—Te digo que ese Lúculo está alargando la guerra para sacar beneficio de ella— decía un hombre con una espesa barba negra—. Mitrídates está encerrado en su reino, sin ejército, y Lúculo pierde el tiempo organizando banquetes en las ciudades de Asia.

—No sabes lo que dices— respondió el que se había erigido como su rival—. Yo estuve en Asia, luchando contra Mitrídates, bajo el mando directo de Sila. Varias veces le llevé agua en medio de la batalla a ese cabrón de pelo rubio. Era tan buen militar como grandísimo hijo de perra fue como dictador. Si Sila no pudo derrotar al rey de Ponto en combate abierto, alguien como Lúculo tampoco podrá hacerlo. Prudencia, es lo que yo digo. Que se pudra en su reino de las montañas. Que no salga de ahí.

—¿Prudencia? Cobardía, lo llamo yo, por Júpiter. Cobardía y egoísmo. Lúculo no va a derrotar a Mitrídates hasta que se haya llenado los bolsillos en Oriente. Nada de prudencia.

—Pompeyo— intervino un tercer personaje, un hombrecillo calvo de voz aguda—, Pompeyo es el único capaz de acabar con esta guerra de una vez por todas. Hay que escuchar lo que dicen Gabinio y los otros tribunos de la plebe. Pompeyo debe ser enviado a Oriente.

—¿Es que no te enteras de nada? Gabinio no ha propuesto enviar a Pompeyo

a luchar contra Mitrídates, sino a limpiar los mares de piratas. Eso y no otra cosa es lo que se va a votar en los comicios.

El hombre calvo prorrumpió en carcajadas, más molestas de lo normal por su tono agudo y nasal.

—Y dice que no me entero de nada... ¿Crees que Pompeyo se conformará con acabar con los piratas? En el momento en el que tenga bajo su mando todos esos barcos llenos de soldados irá contra Mitrídates. Y daremos gracias a los dioses si no se vuelve contra la propia Roma... Ese Pompeyo no es más que un nuevo Sila, os lo digo yo.

El hombre de la barba dio un golpe en la mesa.

—Nadie insulta a Cneo Pompeyo Magno en mi presencia. Pompeyo es un hombre de ley, leal al pueblo de Roma. Yo combatí bajo su mando en Hispania contra aquellas ratas traidoras que seguían a Sertorio. Nunca hemos tenido un general semejante. Ni el mismísimo Escipión el Africano podría compararse con él, ¿me oyes? Así que un respeto o...

—¿O qué?— dijo su rival levantándose de la mesa.

—O nada.—La enorme porra del portero cayó sobre la madera de la mesa, interponiéndose entre los tres hombres—. Os avisé de que no queríamos peleas aquí dentro. La próxima vez será mi estaca la que hable por mi. ¿Queda claro?

Los tres hombres se calmaron. Pese a que al menos dos de ellos eran soldados veteranos, ninguno quería probar la porra de Tito el portero en sus costillas o su cabeza. Habían visto a Tito utilizarla en alguna ocasión y no querían acabar en la calle cubiertos de golpes y con una brecha en la cabeza.

—Así que más vale que cambiéis de tema— sentenció Tito antes de regresar a la silla junto a la puerta.

Marco había escuchado la conversación con interés. No dejaba de sorprenderle que tres hombres que apenas tenían para pagarse un vaso de vino y un plato de comida discutieran por los enfrentamientos entre dos nobles romanos a los que la vida de los habitantes de la Subura les importaba menos que el pedo de uno de sus caballos. Él tenía muy claro que tanto Lúculo como Pompeyo miraban única y exclusivamente por sus intereses, y que cualquiera de ellos

sacrificaría la vida de veteranos como aquellos sin dudarlo un instante. Naturalmente, se guardaba de dar su opinión en público, a sabiendas de que en ocasiones los que no se posicionaban eran los que peor parados salían en los conflictos.

Los tres hombres parecieron calmarse. Durante un rato se dedicaron a beber en silencio. Sin embargo, cuando Tito y su maza estuvieron convenientemente lejos, uno de ellos, el que había defendido a Pompeyo, retomó un tema del que parecían haber estado hablando antes de que la discusión se caldeara.

—Como os decía, la muerte de ese tipo resulta muy sospechosa. Los que encontraron el cuerpo dicen que no tenía heridas, ni golpes. Y que su rostro era el de un hombre aterrado... ¿Cómo se mata a un hombre de miedo? Es cosa de brujería, sin duda.

Marco, cuya atención se había dispersado tras la intervención del portero, volvió a escuchar la conversación.

—Cuentos de viejas. El muerto era un hombre de Gabinio, todo el mundo lo sabe. Lo han matado como aviso al tribuno de la plebe, para meterle miedo y que no presente su proyecto de ley. El brazo de Lúculo es muy largo...

—Lúculo tiene hombres en Roma que velan por sus intereses. Todos esos nobles, tan estirados, prefieren que sea uno de los suyos el que acabe con Mitrídates. No consentirán que Pompeyo se quede con la gloria, podéis estar seguros. Harán todo lo posible para evitar que el Magno vuelva a ponerse al frente de un ejército.

El hombre calvo bufó con desprecio, pero no se atrevió a volver a hablar mal contra Pompeyo. No quería volver a encender los ánimos y que Tito regresara con su porra.

—Gabinio haría bien en tener cuidado. Brujería o no, la muerte de ese hombre es sólo el comienzo. Pronto volveremos a ver correr la sangre por las calles.

Marco decidió acercarse al grupo. En otras circunstancias se habría mantenido al margen, pero el tema del hombre muerto le había llamado la atención. Un hombre asesinado sin restos de violencia y con aspecto de haber muerto de miedo. Era demasiado sospechoso para mantenerse al margen. Más

teniendo en cuenta la experiencia que él mismo había vivido aquella misma noche en el callejón.

—Disculpad— intervino Marco, tratando de que su voz no sonase demasiado pastosa. Había bebido demasiado para poder hablar con claridad. Por suerte para él, los tres hombres a los que quería sonsacar información habían bebido incluso más—, me encantaría invitaros a una ronda, amigos míos.

Antes de que le respondieran, Marco hizo un gesto a la camarera, que entendió a la perfección lo que quería.

—No sabemos quién eres, pero tu invitación es bien recibida— dijo el hombre de la barba negra.

Marco sonrió y tomó asiento. En las tabernas de Roma no existía mejor carta de presentación que una bolsa abierta y dispuesta a invitar a una ronda o dos. La camarera se apresuró a traer una gran jarra, llena de vino, con la que llenó los vasos de los tres hombres.

—Deja la jarra— ordenó Marco. La camarera obedeció, echando cuentas mentalmente del crédito que le quedaba a Marco después de todo lo que había bebido.

Los tres hombres bebieron con avidez, haciendo gestos de evidente satisfacción.

—Por Baco que este vino no es el mismo que nos han estado sirviendo a nosotros— dijo el hombre calvo.

—Soy un viejo cliente de la taberna. Me tratan bien— dijo Marco. Siempre y cuando tenga dinero en la bolsa, pensó. Una bolsa que cada vez estaba más vacía.

—¿Y a qué se debe tanta generosidad?— preguntó el calvo.

—Me ha parecido interesante lo que decíais. Ese hombre de Gabinio al que han hallado muerto... ¿Conocéis más detalles del caso?

—Era un pobre diablo sin donde caerse muerto— respondió el de la barba—, miembro de un *collegium* del Aventino. Hijo de un liberto, o eso dicen. Siempre

se le veía cerca de Gabinio, escoltándole o moliendo a palos a los que hablaban mal de él.

—¿Sabéis su nombre?— preguntó.

Los tres hombres negaron con la cabeza.

—Supongo que si preguntas en el *collegium* al que pertenecía te lo dirán. Creo que tiene su sede en la parte baja del Aventino, junto a la fuente del tritón. ¿La conoces?

Marco asintió. Conocía aquella fuente. La parte baja del Aventino era un barrio populoso, muy semejante a la Subura. Una zona de casas abarrotadas, tabernas y prostíbulos en la que las clases altas de Roma rara vez entraban. Todo el monte Aventino, de hecho, era una región habitada por la plebe, que tenía en el templo de Ceres, levantado en aquella colina en tiempos de los reyes, su santuario más importante.

—Dices que su cuerpo no presentaba heridas de ningún tipo...

—Eso escuché esta mañana en el foro. Ni marcas de golpes, ni heridas. No había sangre. Lo encontraron los sacerdotes de ese extraño templo de Apolo egipcio, ese pequeño cerca del Aventino. El de los sacerdotes con la cabeza rapada.

Marco no sabía dónde estaba aquel templo. En Roma había casi tantos edificios dedicados al culto de los diversos dioses como viviendas y tabernas. Todo el mundo conocía los grandes templos, como los de Júpiter en el Capitolio, el de Hércules en el Foro Boario o el de Ceres en el Aventino, pero era imposible estar familiarizado con los miles de templetos, capillas y santuarios que proliferaban en la ciudad como las chinches en una manta vieja.

—Por lo visto estaba tirado en las escaleras del templo, junto a una columnata. Quien quiera que lo matara hizo un buen trabajo.

—Al menos no profanó el templo con su sangre. No creo que a Apolo le hubiera gustado mucho, la verdad— dijo el hombre de la barba.

Marco Lemurio abandonó la taberna de Quelidón un rato después, habiendo pagado a los tres hombres un total de cuatro rondas de vino. Tras un rato de conversación comprobó que ninguno de ellos podría facilitarle más datos acerca del hombre muerto en el templo de Apolo. Un hombre muerto sin restos de violencia. Marco supuso que el pobre diablo podría haber sufrido algún repentino problema de salud. Pero eso no explicaba el rostro de terror del que habían hablado quien descubrieron el cuerpo. No, una muerte así sólo podía tener una explicación. Y estaba relacionada con lo que él mismo había experimentado aquella misma noche en el callejón de su casa.

Recorrió con rapidez las calles de Roma, atento a cualquier movimiento extraño a su alrededor. La luna había descendido, ocultándose tras los edificios y haciendo que la noche fuera más oscura que cuando había salido. Un par de mujeres, con la cara pintada y las ropas raídas, se le ofrecieron desde los soportales de algún edificio. Un hombre le pidió un as para poder comer algo caliente. Marco los ignoró a todos. Por primera vez en mucho tiempo, tenía prisa por llegar a su casa.

Al girar la esquina del callejón, echó un vistazo de reojo a la pared en la que había dibujado el diagrama para acabar con la sombra que le acechaba. Para el ojo profano, parecía un simple garabato sin sentido. No había peligro de que nadie le relacionara con aquel dibujo. Además, se borraría en cuanto llegaran las primeras lluvias de la primavera. En el interior del dibujo no había rastro alguno de la sangre que había manado de la herida en su mano. De alguna manera, la pared, o algo a través de la pared, la había succionado.

Subió las escaleras de su *insula* todo lo deprisa que pudo, sin pararse a recuperar el aliento hasta llegar a su propio piso. Una vez allí, se detuvo ante la puerta y comenzó a recorrer el marco con los dedos. La madera estaba salpicada por lo que parecían pequeños cortes, hechos con un cuchillo muy afilado. Había sido Neóbula, la madre de Marco, quien había dibujado aquellas formas sobre la madera, tiempo atrás. No eran simples cortes, eran símbolos mágicos, colocados cada uno de ellos en un lugar concreto, trazados con una profundidad y un grosor determinados para que cumplieran a la perfección su cometido. Eran símbolos de protección, que aseguraban que ninguna presencia, ningún ente sobrenatural pudiera entrar en aquella casa.

Aquellos símbolos habían sido el regalo de Neóbula a su hijo. Un hogar seguro en el que poder descansar.

Marco comprobó que todos los dibujos estuvieran en su sitio. Su madre le había obligado a memorizar sus formas y el lugar exacto en el que se encontraban. Por desgracia, no le había transmitido a su hijo antes de morir el arte de hacer aquellos complejos grabados. Si alguno de ellos se dañaba, el hechizo protector quedaría anulado. Marco era consciente de ello, y ponía sumo cuidado en conservar intacto el marco de aquella puerta. Una labor, por otro lado sencilla, pues, ¿quién iba a molestarse en subir cinco pisos para dañar una miserable puerta de madera?

Una vez hubo comprobado que los dibujos estuvieran intactos, Marco entró en el interior de su hogar. Céfiro dormía plácidamente en su jergón, ajeno a todo lo que le había ocurrido a su amo aquella noche. Marco miró al esclavo con detenimiento. Era aún muy pequeño para poder ayudarle en su tarea. Céfiro ya había sido instruido en los primeros rudimentos de su oficio, pero aún no podía dar el siguiente paso.

Marco entró en su propio dormitorio y se dejó caer sobre la cama. Al tumbarse y mirar hacia el techo, sintió que el mundo daba vueltas a su alrededor. Llegaba la peor fase de la borrachera. Como el bebedor experimentado que era, Marco puso un pie en el suelo para calmar la sensación de mareo. Aquel truco aplacó ligeramente la sensación de que todo giraba en torno a su cabeza. Marco cerró los ojos, tratando de reflexionar. Tenía que poner en orden sus ideas, pero la borrachera le impedía pensar con claridad.

Pista uno, pensó. Una sombra le había atacado en su propia calle, lo cual resultaba altamente inquietante. Aquellas criaturas no atacaban al azar. Eran invocadas por brujos y brujas poderosos para acabar con un objetivo determinado. Había que suponer, por tanto, que alguien había tratado de matarlo por medio de la brujería.

Pista dos. Un hombre había aparecido muerto en la escalinata de un templo. Los que habían encontrado el cadáver habían coincidido en que el hombre había muerto de miedo. Unos síntomas muy semejantes a los que presentan las víctimas de una sombra invocada por un brujo. Era muy probable que aquel hombre del tribuno Gabinio hubiera muerto atacado por la misma criatura que le había acechado a él aquella noche.

Marco tenía muy claros aquellos dos elementos. ¿Pero qué tenían en común él, un simple habitante de la Subura sin oficio conocido, con uno de los líderes

de un *collegium* del Aventino? Era imposible que el brujo que había atacado a Marco tuviera alguna motivación política. Desde un punto de vista político resultaba un elemento insignificante, del que no valía la pena preocuparse. Por no participar en política, no acudía ni a las asambleas en las que los tribunos y pretores regalaban dinero y alimentos a la plebe. Nada en apariencia le unía al hombre de Gabinio asesinado en el templo de Apolo.

Tratando de encontrar un nexo de unión entre los dos elementos, Marco se quedó dormido.

Capítulo 5

El collegium del tritón

A pesar de lo que había bebido y en contra su costumbre, Marco se despertó cuando las primeras luces del alba comenzaban a iluminar las calles de Roma. Un rayo de sol caía sobre su cama, calentando su cuerpo. Como cada mañana después de haber cogido una buena borrachera, Marco maldijo a Baco y al vino bebido la noche anterior, prometiéndose que no volvería a beber y sabiendo al instante que sería incapaz de cumplir aquella promesa. Se levantó de la cama y se dirigió a la esquina del dormitorio en la que estaba la pequeña palangana que utilizaba para asearse. Se suponía que era tarea de Céfiro mantener aquel agua limpia, cambiándola cada día por agua fresca de una de las fuentes cercanas. Sin embargo, como solía ocurrir con la mayor parte de las obligaciones del pequeño esclavo, el agua de la palangana estaba turbia después de varias semanas de uso continuado. Maldiciendo a Céfiro, Marco se lavó la cara y el torso, frotando bien cada rincón y sintiendo un alivio inmediato en el persistente dolor de cabeza. El agua fría le despejó y le aclaró las ideas. Tenía un largo día por delante.

Salió al recibidor y descubrió con sorpresa que el esclavo no estaba en su jergón. ¿Era posible que aquel niño que por lo general dormía hasta bien entrado el día hubiera madrugado el único día que su amo precisaba de sus servicios? Marco resopló, fastidiado, y regresó a su dormitorio. Comenzó a rebuscar entre los rollos de papiro de las estanterías, mirando las etiquetas que colgaban de cada uno de ellos. Aquella era una parte de la biblioteca personal de su madre, traída desde Tesalia en un largo viaje hasta aquella modesta casa de la Subura. Contenía toda la sabiduría, todos los conocimientos que Neóbula había atesorado a lo largo de su vida. El resto de los ejemplares, aquellos que eran más avanzados o de lectura más compleja y peligrosa, estaban en el local que ocupaba uno de los bajos de la *insula*, acumulando polvo desde hacía años.

Marco no tenía ni la más remota idea de dónde había sacado su madre

aquellos rollos de papiro. Lo único que tenía claro era el inmenso valor que ella les daba. La única vez que Neóbula había pegado a su hijo había ocurrido al encontrar a éste jugando con aquellos volúmenes. Neóbula le había propinado al pequeño Marco una bofetada tan sonora que al niño le zumbaron los oídos durante varias horas. Con el tiempo, Marco había entendido el motivo de aquella bofetada.

Aquellos papiros contenían información muy valiosa, pero también cosas que podían llegar a ser muy peligrosas si caían en malas manos. Neóbula lo sabía, y en el poco tiempo del que dispuso, consiguió hacérselo comprender a su hijo Marco.

Marco Lemurio encontró finalmente el rollo que estaba buscando. Lo abrió con cuidado y comenzó a enrollar y desenrollar hasta encontrar el pasaje adecuado. Era un texto escrito en griego, con caracteres pequeños y apretados. Era un griego peculiar, diferente del ático que enseñaban en las escuelas. Marco no era capaz de entender todas las palabras, y algunas expresiones le resultaban oscuras. Los dibujos que acompañaban al texto eran, sin embargo, totalmente esclarecedores. Junto a las largas parrafadas, el autor había dibujado, con más voluntad que habilidad, extrañas criaturas de formas y tamaños diversos. Hombrecillos de largos brazos y lo que parecían largas garras. Perros con dientes enormes y el pelo del lomo erizado. Seres humanos con cabeza de reptil. Y, junto al pasaje que Marco estaba buscando, una simple silueta que recordaba vagamente una forma humana.

—Aquí estás— murmuró, y comenzó a leer.

“Las sombras son, si seguimos las clasificaciones del Estagirita, criaturas sin materia, formas puras, que acechan cuando la ausencia de luz las permite medrar. Son entidades sin voluntad, simples recipientes vacíos que el invocador puede llenar con su propio odio, su rencor, y sus deseos de venganza. Sólo un brujo experimentado en las artes de Hécate puede invocar una sombra. Las consecuencias para todo aquel que lo intente sin haber atesorado previamente los conocimientos necesarios podrían ser fatales”.

Marco recordó algunas historias que su madre le había contado acerca de brujos y brujas ambiciosos que trataban de realizar conjuros por encima de sus poderes reales. Muchos de ellos acababan arrastrados al mismísimo Hades, donde purgaban su osadía con un tormento eterno. Marco nunca supo si aquellas

historias eran reales o exageraciones de su madre para meterle miedo en el cuerpo y evitar que jugara con unas fuerzas que muy pocos podían controlar.

“No se conoce ningún caso de un brujo que haya conseguido invocar y controlar a más de una sombra. Las viejas crónicas cuentan que cuando el rey Halcón de Egipto, pretendiendo librarse de sus enemigos del norte, trató de invocar a un ejército de sombras, atrajo la destrucción para si mismo y para su propio país, que quedó sumido en el caos durante siete generaciones. Esto ocurrió, si hacemos caso a las crónicas, doscientas generaciones antes de que el rey Minos se convirtiera en señor de los mares desde su palacio de Creta. Nadie después del rey Halcón ha intentado de nuevo convocar un ejército de sombras”.

Como tantas otras historias recogidas en aquellos viejos papiros, la historia del rey Halcón era tan antigua que se perdía en la noche de los tiempos. Marco sospechaba que en ella se mezclaba una pequeña parte de realidad histórica con grandes dosis de imaginación por parte de generaciones y generaciones de autores que habían contado la historia de forma oral antes de que ésta quedara puesta por escrito.

“Nadie sabe dónde moran las sombras antes de ser invocadas, ni dónde se retiran una vez han cumplido su objetivo. Los antiguos textos no hablan de ello. Lo que sí sabemos es el poder terrorífico que reside en ellas. Las sombras, como entes incorpóreos que son, no pueden ser dañadas por medios físicos. Ni el metal, ni la piedra, ni el fuego pueden acabar con ellas. La única forma de acabar con una sombra es revocar el hechizo de invocación, por medio de un sacrificio de sangre dedicado a Hécate”.

Al leer aquel pasaje, Marco sintió como si la cicatriz en la mano le latiera. Un sacrificio de sangre le había salvado la vida la noche anterior. De no haber contado con aquellos conocimientos, en aquellos momentos estaría tan muerto como el mismísimo rey Halcón de Egipto.

“¿Cómo matan las sombras? Este es otro tema que permanece sumido en la controversia. Hay quien opina que estas criaturas infligen un terror tan grande a sus víctimas que sus cuerpos son incapaces de resistirlo. Otros creen que su poder se basa en el frío, y que es el contacto con la sombra lo que congela los órganos del desafortunado que se encuentra con ellas. Finalmente están aquellos que dicen que la sombra simplemente arranca el alma de su presa y la arrastra con ellas al Hades. El muerto por el ataque de una sombra no presenta heridas

físicas. No hay sangre derramada. Sólo su rostro, petrificado en un gesto eterno de terror, denota que su muerte no ha sido natural.”

Aquella descripción, aunque vaga, imprecisa y más literaria que técnica, correspondía a la perfección con lo que los hombres de la taberna le habían contado. Marco no tenía ninguna duda de que el hombre de Gabinio había sido asesinado por una sombra invocada por algún brujo o bruja poderoso. ¿Pero quién y por qué motivos había hecho aquello? ¿Y qué relación tenía con la criatura que le había atacado a él mismo en el callejón?

A decir de su madre, no quedaba en Roma ningún brujo o bruja de los que preocuparse. Neóbula, en una declaración de orgullo muy poco habitual en ella, había llegado a confesar a su hijo que probablemente ella era la única hechicera con auténtico poder en toda la ciudad. Por supuesto que había cientos de charlatanes que decían tener poderes y conocer los arcanos secretos de la magia. Pero eran simplemente eso: charlatanes y estafadores. Una o dos decenas de personas en Roma tenían ciertos conocimientos de la antigua magia, pero eran simples aficionados a ojos de su madre.

Neóbula era una bruja, y nunca había ocultado a su hijo su naturaleza. Sin embargo, nunca le había contado a Marco de dónde había obtenido sus poderes, ni dónde se había formado. Todo lo que tuviera relación con su vida antes del matrimonio con el padre de Marco era convenientemente evitado por ella en todas las conversaciones. Ante las preguntas de su hijo, ella se limitaba a sonreír y responder con evasivas.

¿Había en Roma un hechicero tan poderoso como para invocar una sombra del Hades? Neóbula había muerto hacía ya más de quince años. En aquel lapso de tiempo habían ocurrido muchos acontecimientos. La población de Roma había seguido creciendo a un ritmo acelerado. Era probable que algún hechicero de tierras lejanas, atraído por la prosperidad de la ciudad, hubiera decidido instalarse en ella en los últimos tiempos. Marco intentaba permanecer atento a cualquier indicio de que algo fuera de lo normal ocurría en Roma. Al fin y al cabo, aquel era su verdadero trabajo, el oficio para el que había sido entrenado desde niño. Sin embargo, la ausencia de fenómenos extraños reales le habían obligado a ejercer como estafador y charlatán en los últimos años para ganarse el sustento. No era algo de lo que sentirse orgulloso, pero había que pagar el alquiler de alguna manera. Era probable que, mientras él se dedicaba a estafar a matronas romanas confiadas y caballeros asustadizos, algún hechicero auténtico

hubiera medrado ante sus ojos y él no se hubiera dado cuenta.

Marco continuó leyendo el papiro, en busca de más detalles que le pudieran ayudar a entender a qué se enfrentaba. No era la primera sombra a la que tenía que enviar al Hades de nuevo en su vida. Pero sí era la primera que alguien enviaba contra él. En cuanto el hechicero descubriera que Marco seguía vivo, volvería a intentar algo para acabar con él. Marco tenía que adelantarse a su jugada, entendiendo qué relación había entre la sombra que le había atacado a él y la que había matado al hombre de Gabinio.

Por mucho que buscó, no encontró ningún pasaje que le aportara algo nuevo. Marco torció el gesto, fastidiado. Tendría que buscar en los papiros secretos de su madre. Aquellos que permanecían ocultos en la vieja tienda en la que ella había trabajado y atendido a sus clientes como curandera. Marco sintió un escalofrío. Odiaba entrar en aquel local. Demasiados recuerdos. Demasiadas fuerzas que él no comprendía. Demasiados objetos peligrosos que su madre había dejado atrás después de morir.

En el momento en el que estaba enrollando el papiro, escuchó la puerta de la calle. Marco salió al salón y se encontró con un Céfiro sorprendido por encontrarse a su amo despierto a una hora tan temprana.

—¿Ya estás despierto?

—¿Dónde has estado?

Ambos preguntaron al mismo tiempo.

—Creo que como amo que soy tengo derecho a preguntar primero— dijo Marco, tratando de mantener la seriedad. Por algún motivo que desconocía, era incapaz de enfadarse con el niño—. ¿Dónde has estado?

—Tenía asuntos que atender— respondió.

—¿Y qué asuntos puede tener un esclavo de diez años al amanecer?— insistió él.

Céfiro se encogió de hombros y se dejó caer sobre el jergón. Estaba claro que aquella mañana Marco no iba a sacar nada de información de su esclavo. Decidió no discutir con él. Había asuntos más importantes que atender.

—Ven a la mesa. Hay algo de lo que tenemos que hablar— dijo. En aquella ocasión, su tono de voz no daba pie a discusión ni bromas.

Céfiro resopló, fastidiado por tener que levantarse de la cama, pero obedeció y se sentó en una de las dos sillas de madera, frente a su amo.

—Anoche tuve un encuentro con una sombra en el callejón— dijo.

—¿Qué quieres decir con una sombra?— preguntó el niño.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Céfiro sintió un escalofrío. Nunca había visto personalmente una de aquellas criaturas, pero había oído tantas historias de boca de su amo que sólo imaginarse un encuentro con una en las calles de Roma le ponía la piel de gallina. Desde que tenía uso de razón, Céfiro había escuchado de Marco todo tipo de narraciones acerca de las extrañas criaturas que acechaban en la oscuridad. Criaturas en las que nadie reconocía creer pero que poblaban las pesadillas de todos los romanos. Pese a los esfuerzos de Marco por mantener a Céfiro al margen de ese mundo, el niño había vivido ya a su lado algunas experiencias capaces de helar el alma al hombre más valiente.

—¿Acabaste con ella?— preguntó el esclavo.

—Si no no estaría aquí hablando contigo. Conseguí devolverla al Hades por medio de un conjuro de sangre.

—Enséñame a hacerlo— pidió el niño.

Marco negó con la cabeza.

—Eres aún muy joven para aprender esas cosas. No tienes los conocimientos ni las fuerzas suficientes.

Céfiro volvió a resoplar, fastidiado. Siempre que le pedía a su amo que le instruyera en las artes secretas que él mismo dominaba, recibía la misma respuesta. Eres muy pequeño. Más adelante podrás aprender.

—Si hay una sombra deambulando por las calles de Roma— continuó Marco —, eso quiere decir que hay un hechicero capaz de invocarlas. Un hechicero que

no conozco y que podría ser peligroso. A partir de este momento quedan prohibidas las salidas secretas durante la noche. Esta casa es un lugar seguro, de modo que quiero que estés en ella desde el anochecer hasta el alba. No estoy bromeando, Céfiro. Desde el anochecer hasta el alba. ¿Ha quedado claro?

Céfiro puso un gesto de enfado. No había nada en el mundo que le disgustara más que sentirse encerrado en un lugar. Aunque fuera por su propia seguridad. El nombre de Céfiro, como el de uno de los vientos, le iba a la perfección. El niño necesitaba sentirse libre como el viento para corretear por las calles de Roma y entrar y salir de aquella casa a su antojo.

—Necesito que tengas los ojos muy abiertos. Que estés atento a cualquier rumor que surja. Alguien ha asesinado a un hombre de Gabinio, el tribuno de la plebe. Lo encontraron frente a un templo de Apolo, sin restos de heridas ni de violencia. Averigua lo que puedas, pero no te arriesgues. Creo que la propuesta de ley de Gabinio va a desatar la violencia en la ciudad, y no quiero que se nos asocie con ninguno de los dos bandos. ¿Queda claro?

Céfiro asintió. Aquella parte le resultaba mucho más atractiva. Moverse por los mercados, hablar con los esclavos, sacar información a los miembros más jóvenes de las muchas bandas que proliferaban en Roma. Aquel era su medio natural.

—Una cosa más— dijo Marco.

El niño abrió los ojos, aguardando a que se le encargara una misión fascinante, algo que requiriera astucia y valor.

—Quiero el agua de mi palangana limpia antes de esta noche. O te dejo sin comer una semana.

Marco recorrió con premura las calles de Roma. En una soleada tarde primaveral como aquella, la ciudad se convertía en un hervidero de actividad. A menos que fueras un rico aristócrata y pudieras permitirte una legión de esclavos que fueran apartando a la muchedumbre a tu paso, no te quedaba más remedio que enfrentarte a las multitudes, los carros cargados de mercancías y los puestos de venta instalados en plena calle. Marco se armó de paciencia y utilizó los

codos para abrirse un camino en medio de las transeúntes.

El monte Aventino era una zona de Roma con un significado muy especial para la plebe urbana que habitaba los barrios más populosos. Había sido en el Aventino donde los plebeyos, hartos de los abusos por parte de la nobleza patricia, se había retirado pocos años después de la proclamación de la República, amenazando con fundar su propia ciudad si no cambiaba la situación política y social. Ante aquella amenaza, los patricios habían concedido a los plebeyos la creación del tribunado de la plebe, una magistratura que tenía como principal función la defensa de los derechos del pueblo ante posibles abusos de la nobleza. El Aventino era también el lugar en el que se alzaba el templo de la llamada Tríada Plebeya, un edificio sagrado dedicado a los dioses Ceres, Líber y Líbera. Tres divinidades agrarias a las que los romanos veneraban desde tiempos muy remotos, y que habían ejercido la función de patrones de la plebe desde que Rómulo fundara la ciudad.

La zona alta del Aventino, el lugar donde se alzaba el templo, era además una zona poco poblada, donde las casas se alternaban con espacios abiertos, zonas arboladas e incluso pequeños huertas y parcelas de cultivo. Una parte de Roma muy diferente de la populosa Subura donde habitaba Marco. La ladera del monte, sin embargo, era un barrio donde las *insulae*, los grandes edificios de viviendas, habían proliferado junto con las tabernas, los prostíbulos y las tiendas. Era en aquella zona del Aventino donde se encontraba la sede del *collegium* al que había pertenecido el hombre de Gabinio asesinado.

Los hombres con los que había hablado en la taberna de Quelidón habían señalado que el *collegium* estaba junto a la fuente del tritón. Marco conocía la zona por haber realizado algún trabajo en ella años atrás. La fuente del tritón era una pequeña escultura de piedra que representaba a un joven con cola de pez sosteniendo una gran caracola sobre su hombro. Se encontraba en un rincón de una pequeña plaza, cerrada por varios edificios de gran altura. De la caracola que el tritón sostenía sobre su hombro manaba un fino chorro de agua que caía en una gran pileta. En la base de la fuente había una inscripción, con sus letras casi borradas, sin duda un recuerdo del magistrado o benefactor que la había construido para ganarse el favor y los votos de los habitantes de aquella zona del Aventino.

Marco entro en la pequeña plaza, sumida en las sombras debido a la altura de los edificios colindantes. Había dejado atrás el bullicio de las vías principales, y

podía escuchar el rumor del agua de la fuente al caer en la pileta. Se sentó en el borde de la fuente y miró a su alrededor. Era un lugar agradable y tranquilo, un pequeño oasis en medio del caos que dominaba Roma.

Tras descansar unos instantes, se dirigió a una mujer que acarreaba una gran cesta con verduras. Marco esbozó su mejor sonrisa de embaucador profesional.

—Disculpe, jovencita. ¿Sabe dónde puedo encontrar la sede del *collegium* de este barrio?

La mujer, ignorando la sonrisa de Marco y molesta por tener que detenerse en su camino, respondió de forma hosca.

—¿El *collegium* del tritón? Ahí mismo, en ese portal grande.

Marco asintió, sin perder la sonrisa. Si la respuesta de la mujer hubiera sido más amable se habría ofrecido a llevar su carga hasta casa. El rostro agrio de la matrona y la brusquedad de sus palabras quitaron a Marco las ganas de ser amable. Tras hacer una leve reverencia, se dio la vuelta y se dirigió al lugar que la mujer le había indicado.

El portal era un gran arco de piedra por el que habría podido entrar un carro tirado por dos caballos. Marco lo atravesó, mirando a su alrededor con precaución. No quería tener un mal encuentro, y sin duda los miembros de aquel *collegium*, después del brutal asesinato de uno de sus miembros, no estarían especialmente abiertos a recibir a un extraño en su sede. Más valía tener precaución.

El arco de piedra daba acceso a un pasillo corto y alto, tras el cual se accedía a un gran patio lleno de árboles que Marco reconoció como higueras. Bajo los árboles había dos grandes mesas de madera, utilizadas sin duda para las comidas y las reuniones del *collegium*, que podían reunir a varias decenas de personas. En una de las mesas, sentado bajo la sombra de una higuera, un hombre, con una barba espesa y negra, tallaba un trozo de madera con un gran cuchillo de aspecto afilado.

—Buenos días— dijo Marco, antes de acercarse demasiado. Era preferible no sobresaltar a un hombre armado con un cuchillo de aquel tamaño.

El hombre alzó la cabeza, sin dejar de cortar pequeños trozos del madero que

tenía en sus manos. Miró a Marco con desconfianza de arriba a abajo, como si analizara su forma de vestir y su postura.

—Tú no eres del Aventino— dijo finalmente—. ¿Qué quieres?

—Hacer una ofrenda en su altar— respondió, depositando una moneda de plata sobre la mesa—, y robarle un rato de su tiempo.

El hombre miró la moneda con desdén y volvió a concentrarse en el trabajo de la madera. Marco observó que estaba tallando algo parecido a un caballo. Un juguete. Era un regalo típico para un niño. Un detalle a tener en cuenta para saber abordar a aquel personaje de apariencia tan ruda.

—Nuestro altar está bien surtido. No necesitamos que vengan de otros barrios a hacer sacrificios en él.

Un interlocutor duro, pensó Marco. Dejó la moneda sobre la mesa e hizo un amago de retirar uno de los bancos de madera.

—¿Concederá al menos un rato de reposo a un caminante cansado?

El hombre emitió un gruñido inteligible que Marco interpretó como un sí. Se sentó en el banco y estiró las piernas. No había duda de que aquel lugar, a la sombra de las higueras, era un buen sitio para descansar.

—Me llamo Marco Lemurio. Vivo en la parte baja de la Subura.

Marco sabía que el hecho de vivir en una zona tan populosa como era la parte baja del Aventino tendría como efecto el relajar la desconfianza de su interlocutor. La plebe romana, especialmente los más pobres, solía desconfiar de aquellos que habitaban en zonas residenciales ricas.

—¿Y qué se le ha perdido a alguien de la Subura en el Aventino? Si vienes buscando el templo de Ceres, te has desviado de tu camino.

—Vengo buscando el *collegium* de la fuente del tritón. Quiero hablar acerca de uno de sus miembros.

El hombre levantó de nuevo la mirada del trozo de madera.

—Esta es la sede del *collegium* del tritón. Y yo, Publio, soy su magistrado. Si tienes algo que decir acerca de uno de mis colegas, habla. Pero recuerda mi advertencia. Los miembros de este *collegium* juramos fidelidad hasta la muerte. Protegemos a los nuestros, protegemos a nuestras familias y protegemos nuestro barrio. Así que sé cuidadoso con tus palabras, Marco Lemurio, o ni los mismos dioses infernales podrán salvarte de mi ira.

Marco tragó saliva. Sabía reconocer a un bravucón cuando lo veía. Aquel hombre no hacía amenazas vacías. No se llegaba a gobernar un *collegium* con amenazas, sino con actos. Tenía que andarse con cuidado si no quería despertar su cólera.

—Vuestra protección no parece haber sido muy eficiente en estos últimos días. He oído que uno de los vuestros fue asesinado junto al templo de Apolo.

Publio clavó con fuerza el cuchillo sobre la mesa de madera. Marco permaneció impasible. No podía demostrar miedo ante aquel hombre.

—Te aseguro que el que asesinó a Sexto Pedario recibirá su merecido castigo. Él y todos los que se atrevan a protegerle.

Sexto Pedario. Marco trató de grabar aquel nombre en su mente.

—Si quieres vengar a tu amigo Sexto, concédeme un rato de conversación— dijo.

Publio volvió a arrancar el cuchillo de la mesa y apuntó con él a Marco.

—¿Conoces la identidad del asesino?

—No. Pero puedo ayudaros a dar con él. Si confías en mí.

El magistrado del *collegium* no respondió de inmediato. Se puso en pie y dio un par de vueltas alrededor del tronco de la higuera, con la vista clavada en el suelo.

—No confío en nadie de fuera del *collegium*, Marco Lemurio. No confío en los nobles, ni confío en los comerciantes, ni confío en los mismos dioses desde hace muchos años. ¿Por qué habría de confiar en ti?

Marco se puso en pie y recogió la moneda de plata que había dejado sobre la mesa.

—Porque no tienes otra alternativa. Porque por mucho que habéis indagado, presionado y amenazado a decenas de personas en toda la ciudad continuáis sin saber nada acerca de quién asesinó a vuestro colega. Soy tu única opción, Publio, magistrado del *collegium* del tritón.

Publio miró a Marco unos instantes y asintió. De alguna manera, su rostro, surcado de arrugas, se suavizó. Marco había conseguido vencer su resistencia.

—Sígueme. Acepta mi hospitalidad. Comparte el pan y el vino de mi casa. Y sé consciente de que, si me traicionas, los peces del Tíber estarán dándose un banquete con tus entrañas antes de que puedas darte cuenta.

—Los peces del Tíber están demasiado acostumbrados a comer carne humana— murmuró Marco.

Publio guió a Marco al interior de la sede del *collegium*, una enorme sala con grandes mesas de madera dispuestas en hilera. En un extremo, presidiendo la habitación, había una tosca escultura de madera pintada. Representaba una mujer desnuda, con grandes senos y los brazos extendidos en paralelo al cuerpo. A los pies de la estatuilla había velas, consumidas y consumiéndose, así como lucernas e inciensarios de los que emanaba un humo cargado de aromas. Entre las velas había pequeñas figurillas de barro, madera y bronce del tamaño del puño de un niño.

—La diosa Venus del Aventino— explicó Publio al ver que Marco contemplaba la estatua—, nuestra patrona y protectora.

Marco se dirigió a la estatua y, tras musitar una plegaria en susurros, depositó a sus pies la moneda de plata que antes había dejado sobre la mesa para tratar de sobornar a Publio. Éste asintió, satisfecho ante la muestra de respeto que su invitado acaba de hacer.

—Toma asiento— ofreció el magistrado—. Traeré algo de beber.

Publio desapareció detrás de una cortina. Cuando regresó, había cambiado el cuchillo y la talla de madera por dos grandes vasos llenos de vino y una bandeja que contenía higos secos. Depositó todo en la mesa y se sentó frente a Marco

Lemurio.

—Venus es testigo de que haré todo lo posible por vengar a Sexto Pedario. No sólo era un colega. Era el marido de mi hermana, y casi un hermano para mi.

—Lamento vuestra pérdida. Os ayudaré en todo lo que esté en mi mano— dijo Marco—. Pero para ello necesito que confíes en mi.

—Ya te he dicho que no confío en nadie. Demuéstrame que me equívoco, ayúdame a encontrar al asesino de Sexto y tendrás el eterno agradecimiento del *collegium* del tritón.

Marco dio un sorbo de vino. Mal caldo, pensó. Pero, por cortesía, fingió que le gustaba.

—Trataré de ganarme tu confianza. Y empezaré por ser sincero contigo. Soy Marco Lemurio, hijo de Marco. Me gano la vida solucionando determinados problemas de la gente. Hay quien dice que soy un hechicero, un brujo. Hay quien me llama cazador de licántropos. Lo cierto es que no hay en latín un nombre adecuado para lo que yo hago.

Publio puso cara de desagrado.

—No me gustan los hechiceros. Y no sé qué es un licántropo.

—No te he dicho que yo sea hechicero— respondió Marco, pasando por alto la cuestión de los licántropos—. Es sólo lo que dicen de mi. Mi madre era curandera. Dominaba las artes de la curación, la ciencia de las plantas y sus propiedades. A ella también la llamaban hechicera. La asesinaron por ello en tiempos de Sila.

—El nombre de Sila no es bien recibido tampoco en este *collegium*, Marco Lemurio. Siento tu pérdida. Sin embargo, no entiendo qué tiene qué ver un hechicero, o lo que seas, con la muerte de Sexto.

Marco se inclinó sobre la mesa para acercar su cabeza a la de Publio.

—Las circunstancias en las que tu colega Sexto murió. ¿Qué sabes de ello? He oído rumores, pero me gustaría que me lo confirmaras.

Publio vació su vaso de vino. No era un tema del que le gustara hablar.

—Por desgracia, eso es lo que yo he oído también. Sólo rumores. No nos dejaron ver el cuerpo. Aulo Gabinio, el tribuno de la plebe, se ocupó de todo personalmente, antes de que ningún miembro del *collegium* pudiera ver a Sexto. Envolvieron su cuerpo en un lienzo y lo condujeron a las afueras de la ciudad, para incinerarlo. Cuando llegamos al lugar donde habían instalado la pira, el cuerpo ya ardía. Gabinio y sus hombres nos ofrecieron sus condolencias y se marcharon, dejando que nosotros recogiéramos las cenizas de nuestro colega.

Marco asintió con la cabeza. ¿A qué se debía aquella prisa por incinerar el cuerpo de Sexto Pedario? ¿Qué era lo que el tribuno Gabinio trataba de ocultar?

—El sacerdote de Apolo— continuó Publio— me contó que había encontrado el cuerpo aquella misma mañana, en la escalinata del templo. Parece ser que no había sangre derramada. Sexto no tenía resto de heridas, ni de golpes. Y su rostro... El sacerdote sólo hablaba de su rostro. Como si hubiera visto algo aterrador, me dijo. Eso es lo más extraño de todo. Sexto era un hombre impasible. Un hombre valiente, sin duda, pero sobre todo impasible. Ni el frío, ni el calor, ni el hambre, ni la sed le hacían cambiar de expresión. Por Venus que ni las tetas de una esclava conseguían que esbozara una sonrisa. ¿Qué vio Sexto aquella noche que le hiciera retorcerse de miedo? Eso es lo que tratamos de averiguar desde entonces.

—¿Tenéis alguna sospecha?— preguntó Marco.

—Por los dioses que tenemos sospechas. Muchas. Demasiadas. Y ninguna de ellas nos ha conducido a nada. El tribuno Gabinio está convencido de que la muerte de Sexto es un mensaje de sus rivales políticos para atemorizar a sus seguidores y conseguir que no se apruebe la ley por la que lleva meses luchando. Sexto estaba muy unido a Gabinio. Demasiado, si quieres conocer mi opinión. Ese tribuno de la plebe vino aquí hace dos años, cuando preparaba su candidatura al tribunado. Nos regaló los oídos con promesas y llenó nuestra caja común con buena plata. Me consta que hizo lo mismo con otros muchos *collegia* en en el Aventino y en toda Roma. Supo ganarse el favor de mis hombres, por Venus que lo hizo. Hablaba de devolver al pueblo los derechos que Sila nos arrebató. Y siempre repetía el mismo nombre. Pompeyo, Pompeyo, Pompeyo. Como si ese Pompeyo no fuera un cachorro de Sila más, otro carnicero que se cebó con la sangre de los romanos en el pasado.

Marco esbozó una sonrisa. Cneo Pompeyo, uno de los hombres más poderosos de Roma, había sabido jugar con la ambigüedad desde la más tierna juventud. Cuando Sila atacó Roma con sus tropas, Pompeyo estuvo a su lado, reclutando hombres y dirigiendo sus legiones. Pocos años después de la muerte del dictador, Pompeyo comenzó a desvincularse de su recuerdo, hasta el punto de que, tras ser nombrado cónsul, se dedicó con esmero a desmontar toda la labor legislativa de Sila. Y el pueblo romano, corto en memoria siempre que su estómago estuviera lleno, había convertido a Pompeyo en su nuevo héroe.

—No pareces muy convencido de la sinceridad de Gabinio— comentó Marco.

—Como te dije antes, no confío en nadie excepto en mis colegas. Y mucho menos en los políticos. Gabinio puede jugar a ser uno más del pueblo, pero en realidad es sólo otro noble estirado con una mansión en el Palatino. No, no confío en él, ni confío en ese Pompeyo. Por mucho que durante su consulado devolviera sus poderes a los tribunos de la plebe. Los nobles sólo piensan en ellos mismos, en su propio interés. Ninguno de ellos se ha preocupado nunca por Publio y los suyos más que para conseguir nuestros votos.

—¿Por qué decidisteis apoyar a Gabinio entonces?— preguntó Marco, sorprendido y agradado de ver muchos de sus propios pensamientos reflejados en las palabras de Publio.

—Como magistrado me debo al *collegium* y a sus miembros. Mi opinión tiene peso, sin duda, pero no es determinante. La mayoría, con Sexto a la cabeza, decidieron apoyar a Gabinio, en las calles y en los comicios. Finalmente, Gabinio fue elegido tribuno de la plebe, con nuestros votos y con todos los votos que pudimos comprar y conseguir mediante amenazas y coacciones. Nos convertimos en la vanguardia de su ejército urbano particular. Y Sexto se convirtió en algo así como su mano derecha para determinados asuntos.

Marco, a pesar de mantenerse al margen de la actividad política, sabía que en los últimos meses los enfrentamientos en las calles de Roma entre partidarios y detractores de Gabinio se habían multiplicado. En numerosas ocasiones, y a pesar de la prohibición de portar armas en el interior del *pomerium* de la ciudad, estos enfrentamientos se habían saldado con varios muertos en ambos bandos. Todos en Roma sabían que, aunque Gabinio fuera el rostro visible de la polémica, era en realidad el propio Pompeyo el que estaba detrás de aquellas

bandas, así como los senadores más conservadores estaban detrás de los grupos que se oponían a ellas. Una vez más, el pueblo romano se mataba en las calles mientras los aristócratas debatían cómodamente sentados en sus cátedras del Senado.

—¿Crees entonces que la muerte de Sexto está relacionada con Gabinio?

—Sin duda— afirmó Publio convencido—. No es el primer hombre que muere por defender a Gabinio. Y no será el último, desde luego. Pero Sexto es el primero que muere en circunstancias tan extrañas. El mismo Gabinio no parece tener muy claro qué hay detrás de todo esto. Vino a verme ayer, para asegurarse de que seguía contando con el apoyo del *collegium* del tritón. Pretendió fingir que la muerte de Sexto le había afligido, pero yo sé reconocer a un mentiroso cuando habla, y pocos hombres mienten tan mal como Aulo Gabinio. La muerte de Sexto no importaba en absoluto. Pero te diré una cosa: ese jodido tribuno de la plebe estaba asustado. Mucho. Sospecho que el mensaje que quisieron mandar los asesinos de Sexto ha dado sus frutos. Gabinio teme por su vida.

—Hace bien temiendo— murmuró Marco, más para sí que para su interlocutor.

—He sido sincero contigo, Marco Lemurio. Ahora dime de qué manera puedes ayudarnos a encontrar al asesino de Sexto— preguntó Publio.

—Si vuestro colega hubiera sido asesinado de forma convencional poco habría que yo pudiera hacer para ayudaros. Pero si es verdad lo que cuentan esos sacerdotes de Apolo y Sexto fue hallado muerto sin rastro alguno de violencia, entonces soy vuestro hombre.

—Explícate mejor— pidió el magistrado, removiéndose inquieto en la silla.

—Seré claro. A Sexto no le mató una mano humana. Fue otra cosa la que acabó con él.

—¿Quieres decir que murió por un acto de brujería o algo así?

Marco asintió, sin dejar de mirar a su interlocutor a los ojos. El momento en el que tenía que confesar aquel tipo de cosas era el punto clave de su trabajo. Si le creían, todo podía continuar su curso. Si, por el contrario, se encontraba con una persona escéptica que le tomara por un loco o un charlatán, todo se

complicaba enormemente.

Publio contempló a Marco en silencio unos instantes, tratando de valorar si aquel extraño personaje trataba de burlarse de él. Como todo hombre sensato, era supersticioso. Creía que había fuerzas que los hombres no eran capaces de comprender. Pero de ahí a admitir que su cuñado y amigo había sido asesinado por una de esas fuerzas distaba un abismo. No sabía si ese tal Marco Lemurio estaba riéndose de él, si era un loco que se creía sus propios delirios o si estaba diciendo la verdad. Publio se jactaba de ser capaz de ver en el interior del alma humana, de distinguir a los hombres honrados de los mentirosos. En esa capacidad para analizar las intenciones de la gente se había basado su liderazgo en el *collegium* durante años. Sin embargo, por más que su cabeza le decía que aquella hipótesis era ridícula, no veía mentira alguna en los ojos de Marco Lemurio.

—¿Tienes pruebas de lo que dices?— preguntó Publio finalmente.

—Aún no. Pero me dispongo a hacer todo lo posible por tenerlas.

Publio se levantó de la silla. Aquella era absurdo. No podía confiar un asunto del *collegium* en un individuo que se presentaba a si mismo como algo semejante a un hechicero y que afirmaba que la muerte de uno de sus colegas se había producido por medio de la magia. Tal vez la hechicería existía en tierras lejanas, en Egipto o en Siria. Incluso en algunas regiones de Grecia Publio había escuchado que allí las brujas eran tan numerosas como las estrellas en el cielo. ¿Pero en Roma? No, no podía creerlo.

Se disponía a pedir a Marco que se marchara y no volviera a molestarles con sus locuras, cuando una voz, procedente del otro lado de la cortina por la que él mismo había desaparecido un rato antes, le interrumpió.

—Publio, escucha a este hombre. Hay más verdad en sus palabras que en todas las que se han pronunciado en esta casa en los últimos días.

Marco alzó la vista y vio entrar en la sala a una mujer de piel oscura, con el pelo largo y sucio recogido en grandes y complejas trenzas que había enrollado en torno a su cabeza. Vestía ropas coloridas y holgadas, evidenciando su rigen extranjero. En un primer momento, Marco creyó que la mujer estaba mirando a alguien situado detrás de él. Sólo después, tras fijarse en sus ojos, apagados y grises, se dio cuenta de que la mujer era ciega.

Publio se puso en pie y, con un gran respeto, tomó a la mujer de la mano y la ayudó a sentarse en el banco de madera junto a él.

—Cardixa, creí que estabas descansando— dijo el magistrado.

—A mi edad la necesidad de dormir disminuye de forma considerable, Publio. Tendrás que perdonarme, pero he estado escuchando vuestra conversación. Y debo pedirte que reconsideres tu decisión de echar de aquí a patadas a este hombre.

Publio miró a Marco de reojo. No había llegado a hacer gesto alguno que indicara que se disponía a invitarle a salir. Sin embargo, la mujer negra, a pesar de ser ciega y de estar en otra habitación, había adivinado sus intenciones. No le sorprendía. Cardixa poseía una intuición muy por encima de lo normal.

—Quédate un poco más, Marco Lemurio, hijo de Neóbula. Publio nos traerá más vino y podrás deleitar a esta anciana con tu dulce voz.

Marco abrió los ojos, sorprendido.

—¿Cómo sabe el nombre de mi madre?— preguntó.

La anciana Cardixa se echó a reír, mostrando unas encías sin dientes.

—Neóbula y yo éramos viejas conocidas. No te diré que fuéramos amigas, porque no era ese el tipo de vínculo que nos unía. Pero nos respetábamos mutuamente. Tu madre era una mujer de honor. Había mucha luz en su interior. Una auténtica hija de Hécate, con la tierra y el agua de Tesalia fluyendo por sus venas. Lamenté profundamente la noticia de su muerte.

La anciana había pasado de la risa ante la sorpresa de Marco a una tristeza sincera al recordar la muerte de Neóbula. Marco no era capaz de articular palabra. ¿Quién era aquella mujer negra y por qué su madre no le había hablado nunca de ella? ¿Era acaso una hechicera como lo había sido la propia Neóbula?

—Tus silencios esconden muchas preguntas, Marco Lemurio. Y puede que yo tenga algunas respuestas. Publio, trae más vino para nuestro invitado. Yo tomaré un poco también, con mucha agua, ya lo sabes.

Publio obedeció de inmediato. El que se había mostrado como un

todopoderoso magistrado que dirigía aquel *collegium* con mano de hierro se había convertido en un sirviente atento y cuidadoso ante la llegada de Cardixa. Marco y la mujer aguardaron en silencio a que el hombre regresara. Cuando Publio volvió, la anciana dio un breve sorbo de su copa y sonrió.

—Tiempo atrás bebí los mejores vinos en casa de Cayo Mario, siendo su esclava. Sin embargo, ahora que soy libre, bebo este caldo picado y barato. Y por los dioses que me sabe mejor que cualquier cosecha atesorada en las bodegas de los nobles.

—¿Fuisteis esclava de Cayo Mario?— preguntó Marco.

Cayo Mario, el general que había salvado Roma de la amenaza de los bárbaros del norte. Siete veces cónsul y padre de la patria. Un hombre amado por el pueblo hasta la locura. Cayo Mario, el enemigo mortal del dictador Lucio Cornelio Sila, que tras la muerte de éste había hecho destruir sus monumentos y esparcir sus cenizas para que no quedara recuerdo alguno de su gloria.

—Como te he dicho, es probable que tenga respuesta a algunas de tus preguntas. Sin embargo, las respuestas tienen un precio, como todo en esta ciudad venal en la que todo está en venta.

—Cardixa, ¿estás segura de que podemos confiar en este hombre?— intervino Publio—. No lo conocemos. No es uno de los nuestros.

—Es el hijo de Neóbula, y aunque ese nombre no signifique nada para ti, para mí es garantía más que suficiente para depositar un poco de confianza en él. Ahora siéntate y escucha, Publio.

El magistrado se acomodó junto a la mujer y, sosteniendo su propio vaso de vino en la mano derecha, se quedó mirando a Marco fijamente. Aquellos ojos expresaban lo que sus palabras no habían dicho. Permíto que te quedes porque Cardixa me lo ha pedido, pero no confío en ti, Marco Lemurio.

—La muerte de Sexto Pedario es una ofensa para todo el *collegium*. Pero tanto tú como yo sabemos que no se llevó a cabo por mano humana— dijo la mujer.

—Cardixa, ¿tú también...?— intervino Publio, pero ella le tomó la mano y, mediante un apretón le conminó a guardar silencio.

—Hay fuerzas que los hombres no alcanzamos a comprender. El movimiento de los astros, el ciclo de las estaciones o el destino de las almas son algunas de ellas. Los sacerdotes te dirán que es cosa de los dioses. Pero hay otras cosas, otros seres, cuya existencia prefieren negar incluso la mayoría de sacerdotes. Y cuando alguien habla de esos seres, se les llama locos, supersticiosos o, peor aún, brujos, y se les humilla, ridiculiza e incluso se les ejecuta. ¿Sabes de lo que hablo, Marco Lemurio?

—Lo sé, Cardixa.

—Yo nací ciega. Mis ojos nunca han visto la luz del sol. Pero a quienes se nos priva de uno de los sentidos, se nos suele conceder un don mayor. En mi oscuridad eterna, he sentido cosas, he escuchado susurros en la noche, palabras de hielo que helarían el alma del más aguerrido veterano. Sé que la muerte de nuestro Sexto está relacionado con ese mundo que no podemos ver, ni vosotros ni yo. Y sé que Marco Lemurio es la única persona en Roma que puede ayudarnos a encontrar al culpable.

Marco escuchó en silencio las palabras de la anciana. Nunca, desde la muerte de su madre, había escuchado hablar con tal claridad acerca de un mundo del que creía ser el único conocedor.

—Ayúdanos a desentrañar este enigma, Marco, y obtendrás dos recompensas. La primera, el agradecimiento eterno del *collegium* del Tritón. La segunda, respuestas a algunas de las preguntas que atormentan tu alma desde hace años. Respuestas que sólo yo puedo darte.

Marco esperó unos instantes antes de responder. La propuesta de aquella mujer era una oportunidad perfecta para involucrarse en el caso de Sexto Pedario sin tener que revelar a nadie que su auténtica motivación era que él mismo había sido atacado. Por otro lado, contar con el agradecimiento de uno de los *collegia* más influyentes del Aventino resultaba siempre una tranquilidad para su normalmente ajetreada vida.

—Os ayudaré, Cardixa, en la medida de mis posibilidades. Pero si, como sospecho, hay en este asunto involucradas personas de la nobleza será difícil llegar hasta el final del asunto.

—Contarás con todo nuestro apoyo— intervino Publio, a quien la confianza demostrada por Cardixa parecía haber convencido de las buenas intenciones de

Marco Lemurio—. Y con nuestros contactos.

—¿Podrías conseguirme una entrevista con el propio Gabinio?— preguntó.

Publio puso cara de fastidio, como si Marco hubiera pedido justo aquello que no podía concederle.

—En estos días resulta difícil acceder a Gabinio. Incluso para sus más allegados. La muerte de Sexto le ha sumido en un estado de paranoia constante. No deja que nadie se le acerque a menos que sea absolutamente necesario. Sospecho que estará así hasta que se produzca la votación sobre el asunto de los poderes de Pompeyo contra los piratas.

—Es una lástima. Gabinio podría darnos datos de mucha utilidad.

—Estoy segura de que encontrarás la manera de solucionar esta situación, hijo de Neóbula. Y recuerda, una vez todo haya terminado, vuelve a verme. Y hablaremos de tu madre.

Capítulo 6

El sacerdote de Apolo

Al salir de la sede del *collegium*, Marco volvió a cruzarse con la mujer que le había indicado el camino de forma desabrida. En aquella ocasión, sin embargo, la mujer le sonrió y agachó la cabeza a modo de saludo antes de desaparecer por una calleja. Era evidente que los amigos del *collegium* del Tritón recibían un trato especial en aquel barrio. Y Marco había sido reconocido como uno de esos amigos.

Mientras deambulaba por las calles, Marco recapituló la información que había recabado durante su conversación con Cardixa y el magistrado del *collegium*. Más allá de que todo el *collegium* estaba muy enfadado por la muerte de uno de sus miembros y del nombre del fallecido, no era mucho lo que había sacado en claro. Cardixa estaba de acuerdo con él en que la muerte de Sexto se había producido por causas sobrenaturales. De Publio sólo había sacado la confirmación de que el asesinato tenía algo que ver con la campaña de Gabinio para otorgar poderes especiales a Pompeyo en Oriente. Política y magia mezclados en un asunto turbio. Marco se dijo que tenía que tener mucho cuidado en los siguientes pasos que diera. El mundo de la magia lo conocía en la medida en la que su madre había conseguido enseñarle antes de morir. El campo de la política le era, sin embargo, casi desconocido. Y en Roma, dar un paso en falso al meterse en temas políticos, podía resultar fatal. Especialmente para un miembro de la plebe sin contactos ni patrones entre la nobleza.

Su siguiente destino era el templo de Apolo en el que habían encontrado el cuerpo de Sexto. Quería hablar con el sacerdote que había descubierto el cadáver en las escaleras. Aunque no conocía la ubicación exacta del lugar, gracias a la descripción de los tres hombres de la taberna y tras preguntar a un par de transeúntes, consiguió llegar hasta el lugar sin demasiados problemas.

El templo de Apolo al que llegó Marco no tenía nada que ver con los grandes edificios sacros que se alzaban en lo alto de las colinas y en el Foro. Como la mayor parte de los miles de lugares dedicados al culto a los dioses que había en Roma, aquel templo era una humilde construcción de ladrillos y estuco, con una decoración pobre, vieja y gastada. La fachada consistía en un muro pintado de color rojo, con un pequeño pórtico sostenido por columnas de madera. La pintura que decoraba fachada y columnas estaba descascarillada y presentaba grandes desconchones que habían sido utilizados para escribir encima todo tipo de mensajes eróticos, burlescos y electorales. La entrada principal estaba elevada sobre cuatro peldaños de piedra. Marco supuso que había sido en aquella escalera donde habían encontrado el cuerpo de Sexto Pedario.

El edificio transmitía la sensación de que el culto que albergaba no era muy popular en Roma. De haberlo sido, las donaciones de los fieles y los sacrificios en sus altares habrían permitido a los sacerdotes arreglar la fachada y mantener el lugar en mejores condiciones. Apolo era un dios muy conocido, uno de los favoritos por los poetas que escribían poesía amorosa y mitológica. Era, además, un dios muy versátil, que lo mismo protegía a los artistas como curaba a los enfermos o aseguraba la luz del sol. A pesar de esto, el número de fieles que Apolo tenía en Roma no podía compararse al que poseían otras divinidades más arraigadas en el alma de los latinos.

Marco subió los tres peldaños de piedra y observó el edificio más de cerca. Fue entonces cuando se percató de la presencia de unos pequeños animales que nunca antes había visto. Eran parecidos a las comadreja, pero con el cuerpo más corto y terminado en un rabo largo y elegante que movían de forma acompasada al caminar. En total había cinco de aquellos animales, de colores muy diversos. Uno era completamente negro, con los ojos verdes brillantes, y se quedó mirando fijamente a Marco. Otro era blanco, y dormía perezosamente en el más bajo de los escalones, disfrutando del calor de la piedra al sol. El resto presentaban una curiosa mezcla de colores: gris y negro, anaranjado y blancos, y blanco y negro. El ejemplar de color anaranjado llevaba en la boca lo que parecía ser una enorme rata gris, muerta.

—¿Te gustan estos pequeños sirvientes de Apolo?— preguntó una voz tras él.

Marco se giró y se dio de bruces con un hombre muy joven, vestido con una larga túnica blanca y con la cabeza completamente rapada. El hombre portaba

una jofaina de metal llena de agua.

—¿Sirvientes de Apolo?— preguntó.

—Los gatos no son muy habituales en Roma. En Egipto, sin embargo, es muy común encontrarlos en los templos de los dioses. Estos animales son enviados del dios Apolo, para ayudar a los mortales a controlar las plagas y las enfermedades. En el país del Nilo se los considera animales sagrados, y no hay casa que no tenga al menos un gato que les ayude a mantener lejos ratas y ratones.

El sacerdote tenía una voz dulce y aterciopelada, que recordó a Marco el sonido del agua fluyendo entre las rocas. Marco le observó detenidamente. Aquel joven no podía tener más de dieciséis años a lo sumo.

—Gatos— repitió Marco, que nunca había oído hablar de aquellos animales—. Interesante.

—La gente sigue empeñada en tener en sus casas comadreja y serpientes para combatir las plagas de ratones y ratas. Un tremendo error. Las serpientes pueden ser tan dañinas como las mismas ratas. Y las comadreas... en fin. Nunca he visto a una comadreja hacer esto.

Señaló a uno de los animales, que se frotaba contra la pierna del sacerdote con evidente placer, emitiendo mientras lo hacía un extraño sonido con su garganta.

—¿Los utilizáis para cazar ratas?— preguntó Marco.

—Ellos se ocupan de mantener el templo y sus alrededores libres de roedores y nosotros les damos cobijo en los días de frío y lluvia.

Marco se agachó y alargó con cautela la mano hacia uno de los gatos. El animal le miró con recelo, dio un salto hacia el frente, olisqueó la mano tendida y se dio la vuelta para desaparecer en el interior del templo. Marco se quedó en cuclillas, observando cómo el animal se alejaba.

El sacerdote sonrió.

—Los gatos son muy independientes. Ellos eligen a quién ofrecen su cariño.

En eso, y en otras muchas cosas, se parecen mucho a los humanos.

—Creo que prefiero los perros— comentó él.

El joven sonrió, y no respondió a pesar de no compartir la afirmación del recién llegado.

—¿Has venido a visitar el santuario de Apolo?— preguntó.

—De hecho vengo a hablar con los sacerdotes del templo. Supongo que tú eres uno de ellos.

—Lo cierto es que actualmente soy el único sacerdote que vela por Apolo en este recinto sagrado. Mi compañero partió a Egipto hace unos meses. Su regreso está previsto para después del verano. Pero con las noticias que llegan de Oriente acerca del aumento de la piratería... Quieran los dioses que su viaje no tenga un final desgraciado.

Marco se puso en pie de nuevo. El joven sacerdote era más bajo que él y considerablemente más delgado. No supo averiguar si su delgadez se debía a su constitución natural, a su vida ascética o al hambre y las privaciones a las que se veía sometido.

—Querría hablar contigo, entonces. Me llamo Marco Lemurio.

El sacerdote ensanchó su sonrisa.

—Adelante, Marco Lemurio. El templo de Apolo Purificador es tu casa.

El joven entró en el santuario y Marco le siguió.

El interior era incluso más humilde que la fachada. Apenas una pequeña nave, sin más iluminación que la que penetraba por la puerta. Al fondo, rompiendo la oscuridad reinante, una gran cantidad de lucernas iluminaban una vieja escultura de piedra. Marco esperaba encontrar una representación de Apolo según los cánones griegos que se habían instalado en Roma tiempo atrás. Un joven hermoso con cabello dorado, tocado con una corona de laurel y portando un arco o una lira. La estatua presentaba un cuerpo que perfectamente podría haber pertenecido al dios Apolo que él conocía. Sin embargo, la cabeza era la de un ave de ojos grandes y pico afilado. ¿Qué extraña representación de Apolo era

aquella?

Para no ofender a su anfitrión, Marco disimuló la sorpresa y se dirigió hacia la escultura. Agachó la cabeza y guardó un silencio respetuoso durante unos instantes antes de depositar una pequeña moneda de bronce a los pies de la extraña figura. Tal y como había demostrado aquel mismo gesto ante la Venus que protegía al *collegium* del tritón, agachar la cabeza ante los dioses de aquellos con quienes pretendías hacer negocios solía resultar de lo más rentable.

Mientras Marco presentaba sus respetos al dios, el sacerdote se dedicó a verter el agua de la jarra en dos pequeños baños de mármol situados junto a la puerta. Una vez terminada la tarea, se mojó la punta del dedo índice y, mientras recitaba una plegaria, trazó con el líquido una señal en su frente. Después, sin perder la sonrisa, se dirigió a Marco Lemurio.

—¿En qué puedo ayudarte, Marco Lemurio? ¿Buscas acaso la purificación de nuestro dios?

—No, no he venido por un motivo religioso, sacerdote. ¿Puedo preguntar tu nombre antes de revelarte qué me ha traído hasta aquí?

—Mi nombre es Horemheb, Marco Lemurio.

—¿Eres egipcio?— preguntó éste.

—No nací en el país del Nilo, si eso es lo que preguntas.

Marco no quiso indagar más. El rostro del joven y su forma de hablar indicaban que o bien había nacido en la propia Roma o muy cerca de ella. Supuso que era uno de esos sacerdotes que una vez consagraban su vida a una divinidad olvidaban todo lo que concernía su pasado e iniciaban una nueva vida, con una identidad completamente nueva. Lo más probable era que Horemheb no fuese el nombre que le habían puesto sus padres al nacer, sino un nombre sagrado que habría recibido al consagrarse como sacerdote.

—Bien, Horemheb. Iré directo al motivo que me ha traído hasta tu templo. Hace unos días apareció un hombre muerto en esas escaleras. Necesito que me cuentes todo lo que sepas acerca de ese suceso. Los familiares y compañeros de *collegium* del fallecido me han encargado que investigue su muerte y trate de dar con el culpable.

La sonrisa del rostro de Horemheb se esfumó. Miró a Marco frunciendo el ceño y se dirigió hacia la escultura, apartándole de su camino.

—Ya le dije a ese tribuno de la plebe todo cuanto sé. Aquella muerte mancilló el templo de Apolo y tuve que purificar personalmente todo el recinto con agua del Nilo. Ahora sólo quiero olvidar el asunto.

Marco no esperaba encontrar resistencia en el en principio sonriente y afable sacerdote.

—¿Estuvo aquí el tribuno Aulo Gabinio?— preguntó.

El sacerdote se giró de nuevo hacia él. Justo en ese momento, la luz del exterior comenzó a menguar. Las nubes se agolpaban en el cielo, tapando el sol de primavera. Marco supuso que se acercaba una tormenta.

—¿No eres uno de los hombres de ese tribuno de la plebe?— preguntó el sacerdote.

—No tengo nada que ver con Gabinio si eso es lo que te preocupa. No trabajo para ningún noble romano, ni me interesan sus luchas políticas. Mi único interés es aclarar la muerte de un hombre. Por eso pido tu colaboración, Horemheb.

El sacerdote se agachó junto a la estatua y comenzó a encender las lucernas que se habían apagado. Los gatos, al sentir la tormenta que se aproximaba, habían entrado al templo para refugiarse de la inminente lluvia. Al grupo original de cinco animales se unieron otros cuatro, que deambulaban por la pequeña nave del templo, subiéndose a los bancos que había junto al muro y tumbándose sobre los gastados almohadones. Horemheb terminó de encender las lucernas y se puso a acariciar a uno de los gatos, el ejemplar blanco que había estado tomando el sol en uno de los peldaños de la entrada. El animal se puso panza arriba y se dejó acariciar con placer.

—Ayer por la mañana encontré a uno de nuestros gatos muerto en un callejón cercano. Tenía heridas y quemaduras por todo el cuerpo. Le habían cortado el rabo y torturado hasta que murió. No es la primera vez que ocurre. A los niños del barrio les divierte hacer sufrir a estas pequeñas criaturas cuando pueden atraparlas. Y no sólo los niños... Muchos adultos echan a patadas a los gatos de sus casas y sus patios. He tratado de explicarles que su presencia no

sólo no es dañina, sino que puede hacer mucho bien para solucionar las plagas de ratas y ratones que infestan nuestras calles. Ellos se ríen, y por poco no me echan a patadas a mi también de sus casas. Me dicen que si encuentran uno de mis gatos en sus hogares se lo entregaran a los perros como alimento. ¿Sabes por qué ocurre esto, Marco Lemurio?

Marco caminó hasta situarse junto al sacerdote y tomó asiento junto a él. La forma en la que aquel joven tenía de tratar a los animales le despertó una inmensa ternura.

—Ocurre porque los seres humanos somos estúpidos y crueles con todo lo que desconocemos. Cuando hay algo nuevo en nuestras vidas, algo que no podemos controlar, tratamos de destruirlo, bien física, bien espiritualmente. Lo ridiculizamos, nos reímos de él. Y finalmente lo golpeamos hasta matarlo. Eso es lo que ocurre con mis gatos, Marco Lemurio. La gente no los conoce, no los entiende, los teme en cierto modo. Eso es lo que ocurre en este mundo con todo lo que nos resulta extraño.

Un trueno retumbó en la lejanía. Uno de los gatos maulló, mirando hacia la calle, como si amenazara al cielo que se atrevía a perturbar su paz con semejante estruendo.

—Lo mismo ocurre con los hombres que defienden ideas nuevas, ideas que parecen extrañas. Tú mismo te has sorprendido al ver el extraño rostro del dios Apolo. Pero así es como lo veneran en Egipto. Como un halcón. Apolo recibe numerosos nombres en todo el mundo, aunque el dios es el mismo. Yo me hago llamar sacerdote de Apolo, y llamamos a este recinto templo de Apolo, aunque yo mismo, en mi interior y en mis plegarias no denomino así a mi dios. Pero lo hacemos para que nuestro credo sea familiar a la gente, para que algunos fieles se acerquen, y para evitar que una turba de exaltados prenda fuego al templo durante la noche. Yo sólo quiero rendir culto a mi dios en paz. Hacer lo que considero correcto, purificar el mundo de maldad en la medida de mis fuerzas. Y para ello a menudo tengo que callar lo que sé. ¿Entiendes lo que quiero decir?

El gato al que acariciaba Horemheb se cansó de las atenciones del sacerdote y, de un salto, se puso en pie y se dirigió a un rincón del templo, donde comenzó a lamerse las patas.

—Entiendo que no quieres hablar por miedo a las represalias. ¿Tan terrible es

lo que viste?

Horemheb asintió.

—A Gabinio le conté que no había visto nada. Él me amenazó. Con toda la prepotencia de la que es capaz un noble romano, me dijo que si descubría que yo había tenido algo que ver con la muerte de ese hombre, haría que me crucificaran y quemarían el templo hasta los cimientos. No le conté nada, a pesar de que creo que sería muy capaz de cumplir su amenaza.

—Todos los nobles romanos son capaces de eso y mucho más— dijo Marco, recordando de forma súbita la forma en que se habían llevado a su madre a la fuerza, años atrás—. Pero yo no tengo nada que ver con ellos. Mi interés en este tema es personal. El hombre cuyo cuerpo encontraste se llamaba Sexto Pedario. Era un hombre del pueblo, del Aventino. No era uno de esos patricios soberbios.

—¿Por qué debería confiar en ti, Marco Lemurio?— preguntó el sacerdote.

En el exterior, comenzó a llover. Un violento chaparrón que golpeaba con fuerza el tejado del templo. De inmediato, se formaron goteras en las esquinas de la nave. Los gatos se apartaron de las zonas en las que caían los grandes goterones formando charcos.

—Porque sé exactamente lo que viste aquella noche. Y soy la única persona en Roma que puede ayudarte a entenderlo.

Mientras la tormenta arreciaba en el exterior, Marco trataba de convencer al sacerdote Horemheb de que confiara en él. Los datos que pudiera darle aquel joven sirviente de Apolo podían ser cruciales para dar un nuevo paso en su búsqueda del hombre o la mujer que había invocado a las sombras.

—Horemheb, puedes confiar en mi.

El joven sonrió con amargura.

—Por desgracia, sólo puedo confiar en Apolo. Y en ellos, por supuesto— dijo señalando con un gesto a los gatos que correteaban por el templo.

—Dime al menos dónde estabas cuando mataron a Sexto Pedario. Qué escuchaste. Qué viste.

El sacerdote dudó. Dirigió una mirada de reojo a la estatua de Apolo con cabeza de halcón y respiró profundamente.

—Estaba aquí mismo. ¿Donde si no? Este templo no es sólo el hogar de Apolo. También es mi hogar.

Marco miró a su alrededor. Había supuesto que Horemheb tendría otro lugar en el que vivir además de aquel templo frío y mal conservado. Las goteras y las corrientes de aire debían hacer de aquel lugar un sitio tremendamente inhóspito en invierno.

—¿Duermes aquí cada noche?— preguntó.

—No es un lugar tan malo. Hay miles de personas en Roma que no tienen ni siquiera un techo que cubra sus cabezas. Apolo me ha concedido cuatro paredes y un montón de gatos para darme calor en invierno. Créeme, tengo aquí todo lo que necesito.

Marco le creyó, pero no dejó que las palabras del sacerdote le apartaran del tema que pretendía abordar.

—Si duermes aquí cada noche, tuviste que escuchar algo cuando Sexto Pedario murió. ¿Me equivoco?

Horemheb volvió a guardar silencio.

—Tal vez pueda ayudarte a recordar— dijo Marco, acercándose al sacerdote—. ¿Sentiste un descenso brusco de la temperatura? ¿Un siseo, como un silbido lejano, como si alguien con un voz fría susurrara al otro lado de la puerta? ¿Escuchaste los gritos de un hombre en la calle? ¿Fue eso lo que sentiste aquella noche, sacerdote?

Horemheb se dio la vuelta para evitar enfrentarse a la mirada penetrante de Marco.

—¿Cómo sabes esas cosas?— preguntó, sin mirarle.

—Porque yo también las he sentido. Te dije que era la única persona en Roma capaz de creerte y de ayudarte.

El sacerdote se giró. Marco pudo ver que tenía lágrimas en los ojos.

—No pude hacer nada. Todas las lucernas se apagaron de golpe, como si el viento hubiera ahogado las llamas. Escuché unos susurros al otro lado de la puerta, y entonces un hombre empezó a gritar. Oré a Apolo, le supliqué que pusiera fin a aquello, que expulsara a la criatura que acechaba en las puertas del templo. Los gatos empezaron a maullar, enloquecidos. De pronto, todo terminó... Pasaron varias horas hasta que reuní el valor suficiente para salir al exterior. Ese hombre, al que tú llamas Sexto Pedario, estaba tirado sobre los escalones, muerto. No había sangre. No presentaba ninguna herida. Pero su rostro... No puedo describirlo.

—Un rostro contraído en una mueca horrible, como si el hombre hubiera muerto de puro miedo— dijo Marco.

Horemheb asintió, muy despacio.

—He visto muchas cosas, Marco Ligurio. Durante mi iniciación contemplé los misterios del dios Apolo tal y como es venerado en Egipto. Mis maestros me enseñaron las puertas del reino de los muertos y muchas otras cosas que no me es lícito revelar. Pero el rostro de aquel hombre parecía haber visto algo mucho más horrible de lo que un mortal es capaz de soportar.

Uno de los gatos, un ejemplar delgado y con zonas sin pelo, se acercó a Horemheb y comenzó a restregarse contra su pierna, como si tratara de confortarle. El sacerdote se agachó y respondió al gato con caricias. La sonrisa había vuelto a su rostro.

—¿Qué era, Marco Lemurio? ¿Qué fue lo que mató a aquel hombre? Todavía tengo pesadillas durante las noches. Temo que la próxima vez esa criatura venga a por mí.

—Como tú mismo dijiste, los hombres tachan de loco al que cuenta cosas que no somos capaces de entender. Yo mismo vendré a contarte lo que sé cuando todo esto haya terminado. Por el momento es más seguro para ti el desconocimiento. Pero puedes estar tranquilo. Esa criatura no volverá por aquí.

Marco no estaba seguro de que lo que él mismo acababa de decir fuera cierto. Si el que había conjurado a las sombras consideraba que Horemheb sabía demasiado, podía enviar a una de aquellas criaturas a silenciarle para siempre. Había que procurar protección para el sacerdote. Marco decidió consultarlo con Publio, el magistrado del *collegium* del Tritón.

—Has hecho bien no revelando nada a nadie. Si alguien te pregunta, no escuchaste nada, no sentiste nada. Sólo encontraste el cadáver de Sexto Pedario por la mañana, al abrir las puertas del templo.

—Así lo haré— dijo el joven.

—Si observas algo extraño, pregunta por mí en la taberna de Quelidón, en la parte baja de la Subura. Allí te dirán dónde encontrarme.

Fuera del templo, la tormenta continuaba arreciando, dejando caer sobre los tejados de Roma toda la furia de los cielos.

Capítulo 7

Los tres senadores

Cuando Marco regresó a la Subura, el atardecer se cernía ya sobre Roma con sus luces anaranjadas. Con pereza, los comerciantes recogían los puestos de venta de las calles, secando las lonas y los toldos como podían tras el breve chaparrón primaveral caído sobre la ciudad. Las calles estaban llenas de charcos, en los que los niños jugaban con alegría, ajenos de los azotes que recibirían al regresar a casa por llevar las ropas manchadas de barro. Marco vio un grupo que se entretenía salpicando a los transeúntes y huyendo cuando éstos trataban de atraparles para vengarse de la broma. Otros habían construido con palos de madera y trozos de tela una flota de pequeños barcos y jugaban en un enorme charco a lo que Marco creyó que era una representación lúdica de las guerras entre Roma y Cartago. Uno de los niños se había autoproclamado almirante de la flota romana y daba órdenes con una fingida voz grave y gesto autoritario.

Marco esquivó charcos y trató de evitar las zonas más embarradas, pero cuando llegó a la Subura su calzado estaba completamente manchado. Cómo odiaba la lluvia. Por mucho que Roma presumiera de contar con un alcantarillado capaz de drenar todas las aguas de la ciudad hacia el río, lo cierto era que cada vez que se desataba una tormenta la Urbe se convertía en un barrizal impracticable. Sólo aquellas zonas cuyas calles habían sido empedradas se salvaban en parte de aquella situación. Con las ropas húmedas, el calzado sucio y el cuerpo destemplado, Marco decidió que necesitaba hacer una visita a la taberna de Quelidón antes de regresar a casa. Para poner en orden sus ideas, se dijo desde su parte responsable. Para volver a ver a Alda, la esclava hispana, se dijo su parte más realista.

La taberna estaba casi vacía, pues la tormenta había disuadido a los posibles clientes de abandonar sus casas aquella tarde. Algunos hombres bebían en las mesas, y una pareja de viajeros, que habían dejado sus empapadas capas junto al

fuego para que se secaran, devoraban con ansia un plato de estofado y una enorme hogaza de pan, sin hablar entre ellos. Algunas esclavas se movían entre las mesas, sin mucho trabajo, coqueteando con los clientes de forma perezosa. Tito, el portero, dormitaba apoyado contra la pared. Detrás de la barra, la joven Alda limpiaba unas escudillas con un paño.

Marco, tras saludar con un gruñido a un par de clientes habituales con los que en ocasiones entablaba conversación, se acercó a la barra y sonrió a la esclava hispana. Ella alzó los ojos y le devolvió la sonrisa, con menos entusiasmo del que a Marco le habría gustado.

—¿No te alegras de verme?— preguntó él.

—No tanto como tú te alegras de verme a mí, cazador de licántropos— respondió ella—. Me han dicho que anoche preguntaste Alda la hispana...

Marco sintió que la sangre se agolpaba en su rostro. No le gustaba que nadie conociera sus sentimientos. Era el primer paso para que pensarán que podían controlarte.

—Me dijeron que estabas ocupada— respondió él, fingiendo indiferencia y al mismo tiempo ardiendo en deseos de preguntarle dónde había estado.

Alda continuó limpiando las escudillas, sin perder la sonrisa.

—Asuntos del amo, ya sabes.

El amo. El maldito propietario de la taberna de Quelidón, al que ningún cliente conocía y del que se contaban todo tipo de rumores. Desde que era un rico caballero que vivía en una finca en la Campania hasta que se trataba de un senador al que no querían que se le relacionara con negocios poco honorables como aquel. Todos los esclavos que trabajaban en la taberna tenían órdenes estrictas de no revelar la identidad del propietario del establecimiento, y todos las cumplían sin rechistar. Marco no sabía cómo había conseguido aquel hombre establecer una disciplina semejante entre unos esclavos que, por lo general, eran chismosos y deslenguados. ¿Era la fidelidad o era el miedo lo que los mantenía callados? Marco suponía que era una mezcla de las dos cosas. Los esclavos, y especialmente las esclavas de la taberna de Quelidón, recibían un buen trato, nunca jamás se les golpeaba, y gozaban de una relativa libertad de movimientos e independencia. Comparada con la vida que llevaban los sirvientes de otras

tabernas, las esclavas de aquel establecimiento vivían como patricias del Palatino.

—¿Asuntos agradables o desagradables?— preguntó Marco, sin poder reprimir la curiosidad.

Ella, como era habitual, no respondió.

—¿Vino?— preguntó cuando terminó de limpiar las escudillas.

Marco asintió con la cabeza.

—¿Beberás conmigo?

—Sólo si compras mis servicios durante el resto de la noche. Si tengo que seguir trabajando detrás de la barra prefiero estar sobria.

Él sopesó la oferta. Su bolsa de monedas comenzaba a menguar de forma alarmante, y sólo habían pasado dos días desde que Pomponio le pagara por el trabajo realizado en su casa. Tenía que comenzar a racionar el gasto o en una semana se vería obligado a planear otra estafa, lo cual siempre conllevaba riesgos. Más aún cuando había alguien en Roma capaz de convocar una sombra y mandarla tras él.

—Esta noche no— respondió, esperando ver en los ojos de la chica un brillo de decepción que nunca llegó a producirse.

Ella se encogió de hombros.

—Es una pena. Me gustan las historias que cuentas, cazador de licántropos.

—Y a mi me gusta contártelas. Pero ahora mismo estoy metido en una de esas historias, y no puedo distraerme más de la cuenta.

Alda le sirvió el vino, y en ese momento se acercó otra esclava, una nómida de busto generoso a la que Marco hacía tiempo que no veía por allí. Supuso que había tenido que atender los asuntos de aquel extraño amo en las últimas semanas.

—¿Eres Marco Lemurio?— preguntó ella, en un latín cargado de un acento

exótico del norte de África.

—¿Quién quiere saberlo? ¿Tú misma o te envía alguien?

La esclava sonrió, mostrando unos dientes muy blancos, que contrastaban con su piel oscura.

—Nadie me envía. Pero un hombre ha estado preguntando por ti esta mañana, aquí y en el resto de tabernas de la zona. Es curioso que no haya ido a preguntar en los templos o en las termas. Sólo en las tabernas. Qué mala fama tienes, Marco Lemurio.

Él ignoró la broma y preguntó.

—¿Cómo era ese hombre?

—No lo recuerdo— respondió ella, con picardía, fingiendo desinterés. Marco metió la mano en el bolsillo de su túnica y depositó una moneda de bronce en la barra. A este paso, pensó, me lo gastaré todo en sobornos y vino. La joven núpida se guardó la moneda en el interior del escote.—Era un esclavo muy educado, con ropas de calidad. No dijo por qué quería encontrarte, pero supongo que venía por orden de alguien importante. ¿Tienes negocios con gente importante, Marco Lemurio?

—Nada que a ti te importe— respondió, cansado de aquella esclava descarada.

La joven núpida volvió a sonreír y se marchó hacia el interior de la cocina, dejando a Marco a solas con Alda.

—No has sido muy amable— dijo ella.

—No me gusta que me tomen el pelo— respondió. Y tampoco me gusta que me sigan ni que pregunten por mí en las tabernas, pensó. Mucho menos el esclavo de alguien importante. Si había algo de lo que Marco estaba convencido era de que cuando un noble romano buscaba a alguien de la plebe nunca lo hacía para beneficiarle, sino para causarle daño o aprovecharse de él.

—Supongo que no estás de humor para conversaciones— dijo ella—. Dejaré que bebas solo.

Marco dudó si tratar de retenerla a su lado o no hacerlo. Finalmente, el orgullo y el enfado pudieron más que las ganas de estar junto a Alda. Metió la nariz en la jarra de vino y bebió lentamente mientras la esclava se alejaba.

En algún momento de la noche, Alda desapareció. Marco no vio si se marchaba sola o acompañada de algún cliente. La segunda opción era la más probable. Pensó que era mejor no seguir pensando en aquella esclava hispana. Como todo hombre libre sabía, enamorarse de una esclava que vendía su cuerpo al mejor postor sólo conducía al sufrimiento. La esclava nómada pasó un par de veces junto a él, sonriéndole con sorna, pero Marco se limitó a ignorarla. Era cierto que aquella noche no estaba de humor para conversaciones.

Tras despachar tres jarras de vino, un cuenco de aceitunas y una buena ración de queso y pan, decidió que ya había tenido bastante por aquel día. Era hora de regresar a casa a poner en orden sus ideas y planear cuál sería su siguiente paso. Salvo que se le ocurriera alguna idea, no tendría más remedio que tratar de llegar hasta el tribuno Gabinio para sonsacarle algo de información. Una tarea que no sería fácil y que requeriría recurrir a numerosos contactos y pedir más favores de los que estaba acostumbrado.

Sin despedirse de nadie, salió de la taberna, con la cabeza ligeramente embotada por el efecto del vino. La tormenta había hecho que las temperaturas bajaran de forma brusca, por lo que las agradables noches de primavera que Roma había disfrutado durante un par de semanas habían dado paso a una especie de invierno repentino. Marco, sintió aquel cambio en el clima en cuanto puso un pie en la calle. La noche había caído sobre Roma, una noche clara y sin nubes, en la que las estrellas brillaban con fuerza. Si la luna brillaba en el cielo, Marco no podía verla desde el lugar en el que se encontraba.

Puso rumbo a su casa. Normalmente caminaba con la mano presta a empuñar la daga que llevaba en su pierna en caso necesario. Aquella noche, sin embargo, estaba más atento a otro tipo de atacantes. Atacantes contra los que de nada servía el hierro más afilado. Marco caminaba observando cada sombra que se moviera de forma sospechosa, cada rincón que pudiera servir de escondite para una de aquellas criaturas. Si el hechicero las había convocado una vez, lo haría tantas veces como fuera necesario hasta alcanzar su objetivo.

Tan atento iba a los enemigos sobrenaturales que se olvidó del auténtico peligro que acechaba en las calles de Roma: los seres humanos. Cuando giró para tomar el callejón en el que se alzaba su casa, se encontró con que un grupo de cinco hombres le cerraba el paso. Marco reaccionó de inmediato, dándose la vuelta y tratando de echar a correr, no sin antes sacar la daga de su funda. No sabía quiénes eran aquellos hombres ni cuáles eran sus intenciones. Pero en las calles de Roma, un grupo de cinco hombres emboscados en un callejón sólo podía tener un objetivo: caer sobre una víctima. No tenía sentido presentar resistencia. Él solo y con una simple daga no tenía nada que hacer contra un grupo de hombres que buscaran pelea.

En cuanto se giró, Marco se dio de bruces con otro grupo de cuatro hombres, que caminaban hacia él con paso decidido. Los cuatro portaban lo que parecían largas estacas de madera. Miró a ambos lados, tratando de encontrar una escapatoria. Las paredes de los edificios eran lisas, sin salientes, y las ventanas más próximas estaban demasiado altas para poder alcanzarlas de un salto o trepando. No había más remedio que afrontar al destino. Marco se replegó contra una de las paredes, la misma sobre la que la noche anterior había realizado el conjuro para deshacerse de la sombra. Con la espalda contra la pared al menos tendría la seguridad de que ninguno le atacaría por detrás. Tratando de mantener la calma, Marco alzó la daga y aguardó el ataque.

Los nueve hombres se situaron en círculo a su alrededor. Marco apenas podía ver sus rostros debido a la oscuridad. Era imposible que él sólo pudiera enfrentarse a un grupo como aquel. Por un momento deseó que el misterioso hechicero hubiera convocado a una sombra y que ésta se materializara en el callejón en aquel preciso momento. La sombra acabaría con él, sin duda, pero al menos se llevaría también a aquellos nueve hombres.

Marco siguió esperando, pero ninguno de los atacantes se decidía a lanzarse sobre él. Fue entonces cuando un hombrecillo, más bajo que el resto del grupo y vestido con ropas diferentes, se abrió paso entre ellos y se dirigió a él.

—¿Eres Marco Lemurio— preguntó, con una voz suave y educada.

—¿Quién lo pregunta?— respondió sin bajar la daga.

El hombrecillo rió en voz baja.

—¿Crees que estás en condiciones de hacer preguntas?— dijo—. Baja ese...

cuchillo y responde a mis preguntas. Si colaboras, es posible que no te pase nada. Si no colaboras, mis amigos se encargarán de que lo laments. Te lo preguntaré por segunda y última vez. ¿Eres tú ése al que llaman Marco Lemurio?

—Te lo diré de nuevo, por si los dioses no te han dado un buen oído. ¿Quién lo pregunta?

El hombrecillo volvió a reír.

—Cogedle— dijo tras dar un paso atrás—. Recordad que el amo lo quiere vivo, así que nada de cortes.

Los nueve hombres se lanzaron sobre él. Marco trató de mantenerles a raya trazando amplios arcos con su daga. Uno de los atacantes trató de alcanzarle con su estaca, y se llevó un tajo en el brazo como respuesta. Otro aprovechó el instante en el que Marco retiraba su arma del brazo de su compañero para golpearle con fuerza en el brazo. De forma inconsciente, Marco abrió la mano y dejó caer el puñal, que golpeó el suelo con un tintineo.

Aunque trató de defenderse con los puños, las estacas de madera cayeron sobre él sin ningún tipo de compasión. Antes de perder la conciencia, Marco pensó en las palabras del hombrecillo. El amo le quiere vivo. Era un consuelo.

Cuando se despertó, Marco Lemurio sentía como si una manada de caballos le hubiera arrollado. Le dolía cada uno de los músculos de su cuerpo. Apenas podía abrir el ojo izquierdo. De forma instintiva, recorrió sus dientes con la lengua, en busca de desperfectos. Al menos aquella parte de su anatomía estaba intacta, comprobó con alivio.

Alguien arrojó sobre él un cubo de agua helada, lo que le obligó a despertarse del todo. Marco trató de incorporarse, consiguiéndolo sólo a medias. Se quedó sentado, en un suelo de tierra, mirando a su alrededor desconcertado. Era evidente que aquellos hombres habían cumplido su misión. Le habían reducido, pero no lo habían matado.

—¿Dispuesto a colaborar por fin, Marco Lemurio?— dijo una voz frente a él.

Marco alzó la mirada con dificultad y se encontró ante un hombrecillo calvo vestido con ropajes de aspecto caro. Por la voz, dedujo que era el mismo que había dado la orden de apalearle en el callejón. Estuvo a punto de responder por tercera vez que si quería que él hablara tuviera al menos la decencia de presentarse antes. Sin embargo, el dolor que atormentaba su cuerpo le impuso silencio. Incluso el orgullo tenía que ceder en ocasiones ante la prudencia. Marco guardó silencio.

El hombrecillo pareció no darle importancia.

—Levantadlo y traedlo al interior. Iré a avisar al amo.

Unas manos le aferraron por las axilas y le obligaron a ponerse en pie. Marco sentía que las rodillas le temblaban. No creía tener ningún hueso roto, pero sí multitud de contusiones y golpes que tardarían un tiempo en dejar de doler. Con el ojo que tenía abierto miró a su alrededor. Se encontraba en un patio amplio, rodeado por un pórtico en cuyas paredes ardían antorchas. En uno de los extremos pudo ver lo que parecían ser unas cuadras. Marco supuso que se encontraba en la parte trasera de una gran casa señorial.

Le arrastraron con pocas contemplaciones hasta una puerta y le metieron al interior de la casa. Marco iba arrastrando los pies. Trató de apoyarlos en el suelo para caminar con una cierta dignidad, pero fracasó en el intento, de modo que se dejó llevar. A su alrededor desfilaron primero pasillos poco iluminados, de paredes sin enlucir, que pronto dieron paso a corredores con pinturas en los que grandes lucernas arrojaban una gran cantidad de luz. Dedujo que le llevaban a la parte de la casa en la que vivía el dueño.

Finalmente, lo arrojaron al suelo. Un suelo de mármol de colores como Marco nunca había visto antes. No pudo evitar deslizar la mano sobre la losa de piedra, pulida y brillante. Sólo el suelo de aquella habitación valía más que todo el edificio de la Subura en el que él vivía.

—Levántate, Marco Lemurio— ordenó una voz sobre él.

Marco, sin poder levantarse del suelo, alzó la cabeza. Frente a él había tres hombres, vestidos con togas blancas que lucían amplias franjas púrpuras en sus extremos. Senadores de Roma. Nobles. Aristócratas. Marco les miró con el ceño fruncido. Los tres estaban sentados en sillas de tijera y le contemplaban con rostro inexpresivo.

—Que alguien le ayude a incorporarse— ordenó uno de los tres senadores. Era un hombre imponente, de rostro ancho y cabello rubio y rizado. El más alto de los tres y, sin duda, el que gozaba de una autoridad mayor, algo que podía apreciarse en sus gestos y sus movimientos.

Marco le reconoció de inmediato. ¿Quién en Roma podía no reconocer a aquel hombre? Su rostro era amado y respetado por la mayor parte del pueblo romano. Incluso quienes le criticaban, lo hacían con un tono de respeto y prudencia. El hombre más poderoso de Roma desde la muerte de Sila. Un joven que había celebrado varios triunfos antes incluso de ser senador. Que había sido nombrado cónsul sin haber ejercido ninguna otra magistratura antes. Alguien que decía ser la reencarnación de Alejandro el Grande, y que había llevado durante casi dos décadas a las legiones de Roma a triunfar sobre sus enemigos una y otra vez.

Pompeyo hizo un gesto a los sirvientes, que se apresuraron a volver a levantar a Marco Lemurio por las axilas y a acomodarle en una silla semejante a la que usaban sus anfitriones. Marco, que apenas podía sostenerse por el mareo y el dolor, hizo grandes esfuerzos por mantenerse erguido en la silla. No daría a aquellos nobles engreídos el placer de verle caer. Alzó la mirada y trató de aparentar una cierta dignidad, algo difícil con el ojo cerrado y el rostro cubierto de sangre.

Los dos hombres que estaban sentados a ambos lados de Pompeyo le miraban en silencio. Uno era más joven que el famoso general. Tenía el pelo oscuro y muy rizado, demasiado para ser natural. Lucía un rostro agradable y armónico que comenzaba a dar los primeros signos de una vida demasiado disipada y entregada a los placeres. Una mejillas que comenzaban a descolgarse, venas azuladas en la nariz y bolsas bajo los ojos. Signos inconfundibles de quien abusaba del vino y gustaba de pasar la noche en las tabernas o en fiestas privadas. El tercero era el mayor de los tres. Un hombre no muy corpulento, con el cráneo totalmente rapado. De los tres era éste el que miraba a Marco con mayor curiosidad.

El hombre con el pelo rizado era Aulo Gabinio, el tribuno de la plebe que se había ganado el favor de la mayoría de los *collegia* de Roma, incluido el de la fuente del tritón, en el Aventino. Marco, como la mayoría de los miembros de la plebe de Roma, le había visto dando discursos y paseándose por las calles de la ciudad para ganarse el favor de la gente. Gabinio era amado por el pueblo tanto

por ser un hombre de Pompeyo como por la cercanía que demostraba a la plebe. Se decía de él que le gustaba disfrazarse de plebeyo para visitar tabernas de la Subura y el Aventino. Que su casa estaba abierta para todos aquellos romanos que necesitaran contarle un problema. Para Marco, aquella cercanía no era más que un recurso populista para ganar votos y controlar las asociaciones y los gremios de la ciudad. Pura fachada.

Pompeyo hizo una seña a los sirvientes para que se marcharan de la habitación, orden que éstos obedecieron de inmediato.

—¿Eres Marco Lemurio?— preguntó Pompeyo.

Era la cuarta vez que le hacían aquella misma pregunta en las últimas horas. Por muy tentado que estuviera de no responder o hacerlo de forma impertinente, Marco sabía que el hombre ante quien estaba sentado no admitiría ninguna salida de tono por su parte. Pompeyo había recibido el apodo de Joven Carnicero en su adolescencia debido a la brutalidad de los métodos que empleó en la guerra civil como lugarteniente de Sila. Aunque se decía que los años habían atemperado su carácter, Marco estaba seguro de que aquel aristócrata no dudaría un instante en dar órdenes de que su cuerpo fuera desmembrado y arrojado al Tíber.

—Soy Marco Lemurio, Pompeyo Magno.

El general no demostró sorpresa alguna por el hecho de que Marco Lemurio le hubiera reconocido. Estaba acostumbrado a que todo el mundo en Roma conociera su rostro.

—¿Sabes por qué te he mandado llamar a mi casa?— preguntó.

—No, no sé por qué me has hecho llamar, Cneo Pompeyo—. Marco pronunció aquellas últimas palabras con sorna evidente. No pudo evitarlo. Decir que le había hecho llamar era una burla demasiado evidente hacia quien había sufrido una paliza y había sido prácticamente secuestrado.

El general o no quiso o no supo ver la ironía en el tono de Marco.

—Supongo que conoces a Aulo Gabinio, tribuno de la plebe— dijo, haciendo un gesto hacia el hombre de su derecha—. Sin embargo, es posible que mi amigo Marco Varrón no te sea tan familiar. A diferencia de Gabinio, Varrón no suele frecuentar las calles de Roma. Ni las tabernas. Prefiere encerrarse en su

biblioteca.

Marco Terencio Varrón hizo un gesto de saludo con la cabeza hacia Marco Lemurio, que respondió en la medida que sus dolores le permitieron hacerlo.

—Ahora que todos nos conocemos, pasemos a lo que nos ha traído aquí. No me gustan los rodeos ni los grandes discursos. La lengua ha de ser tan certera y rápida como la espada. Y en mi caso lo es.

—Si te escuchara Cicerón...— comentó Gabinio en voz baja, echándose a reír. Era una risa nerviosa, propia de alguien que, aunque mantenía el buen humor, estaba sometido a mucha tensión.

Marco sabía a quién se refería Gabinio. Cicerón era un joven abogado que se había hecho célebre en los últimos años por el poder de su oratoria y por haber ganado algunos juicios contra poderosos aristócratas del Senado. Muchos veían a Cicerón como una de las grandes promesas de la política. Y todos sabían que aquel joven abogado de brillante oratoria era también un hombre de Pompeyo.

—Mis informadores me han dicho que has estado haciendo preguntas, Marco Lemurio. Se te ha visto en el *collegium* de la fuente del tritón, en el Aventino, y en cierto templo del dios Apolo. Has demostrado demasiada curiosidad en asuntos que no deberían importar demasiado a un simple... bueno, sea cual sea tu oficio. Has hecho preguntas acerca de la muerte de un hombre, un tal Sexto Pedario, un amigo de mi amigo Gabinio. Y eso nos ha llevado a pensar que, tal vez, nosotros podríamos responder a alguna de esas preguntas. ¿Qué te parece, Marco Lemurio?

Marco no respondió de inmediato. Se sentía muy mareado. Y la falsa condescendencia de Pompeyo le ponía furioso.

—Me parece que si sólo queráis hablar conmigo, podríais haberme invitado a cenar. De esa manera, ahora yo tendría los dos ojos abiertos y todos los huesos en su sitio.

Gabinio hizo un ademán de levantarse de la silla, ya sin ganas de reír, irritado por la insolencia de aquel plebeyo. Pompeyo le retuvo, tomándole del brazo. Varrón no hizo más gesto que alzar las cejas, sorprendido. El general se echó a reír.

—Tienes razón, Marco Lemurio. Mis hombres se han excedido contigo. No había necesidad de recurrir a la violencia si, como dices, estabas dispuesto a colaborar.

Marco recordó que había sido él quien había desenfundado la daga en primer lugar y guardó silencio. En las calles de Roma era preferible golpear antes de preguntar. En muchas ocasiones, era la única forma de seguir con vida.

—¿Qué sabes de Sexto Pedario?— preguntó Pompeyo, eliminando todo resto de risa en su rostro—. ¿Qué sabes de sus asesinos?

Marco, acostumbrado a responder preguntas a medias, a contar historias ocultando parcialmente la verdad, respondió sin titubear. Les contaría a aquellos aristócratas parte de lo que sabía., sin mencionar cuáles eran sus verdaderas motivaciones en este asunto. No hablaría de la sombra que le había atacado en el callejón, ni de su sospecha de que había en Roma un hechicero operando contra Pompeyo. Hablaría y trataría al mismo tiempo de averiguar qué sabían del asunto aquellos tres hombres.

—Escuché en una taberna la historia de su muerte. Que le habían encontrado junto al templo de Apolo egipcio en el Aventino, sin restos de violencia. La historia me resultó curiosa y decidí investigar por mi cuenta. En las calles de Roma, la información puede ser tan poderosa y útil como el filo de una espada.

—¿Sabes quién asesinó a Sexto Pedario?— intervino Gabinio, visiblemente nervioso. Marco pensó en las palabras del magistrado del *collegium* acerca del miedo que se había apoderado del tribuno de la plebe tras la muerte de Sexto Pedario. Gabinio estaba convencido de que quien hubiera asesinado a su hombre acabaría intentando asesinarlo a él.

—No sé nada, tribuno— respondió—. Hablé con el magistrado del *collegium* y con el sacerdote del templo de Apolo. Dudo que me contaran nada que vuestros hombres no hayan averiguado antes.

—¡Miente!— dijo Gabinio, levantándose de la silla finalmente—. Este hombre sabe más de lo que dice. ¿Por qué si no iba a interesarse por la muerte de Sexto Pedario?

—No miento, tribuno— dijo Marco, sin perder la calma. Sabía que, por mucho que Gabinio se enfureciera y le amenazara, era a Pompeyo a quien tenía

que convencer.

—Siéntate, Gabinio— ordenó el general—. Si te vuelves a poner de pie me pasaré el carácter sagrado del tribunado por las nalgas y te daré un puñetazo en tu bonita cara de efebo griego. ¿Me has entendido?

Varrón negó con la cabeza y se llevó la mano a la calva, como un padre resignado ante el mal comportamiento de sus hijos rebeldes y maleducados. Gabinio volvió a sentarse, visiblemente irritado.

—Gabinio afirma que mientes— dijo Pompeyo—, y tengo cierta inclinación a creerle. Por eso, Marco Lemurio, te haré una advertencia. Si descubro que has tenido algo que ver con la muerte de ese hombre, te aseguro que lamentarás el día en que decidiste mentir a Pompeyo el Grande. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro, Cneo Pompeyo— respondió Marco.

El general se volvió hacia Varrón.

—¿Qué crees tú, Varrón? ¿Son creíbles sus palabras?

El hombre miró a Marco Lemurio unos instantes antes de dirigirse a él.

—¿A qué te dedicas, Marco Lemurio? ¿Cuál es tu oficio?

Marco dudó. Aquel hombre no era igual que Gabinio y Pompeyo. No era un militar metido a político al que se podía engañar con facilidad. Su tono pausado y su mirada inquisitorial demostraban que se trataba de un hombre sagaz que no se dejaría convencer con cualquier argumento improvisado. Tenía cientos de historias preparadas para la eventual posibilidad de que alguien le preguntara a qué se dedicaba. Era una pregunta que se repetía muy a menudo, y Marco tenía que responderla con inteligencia. Si se conocía cuál era su auténtico oficio, si demasiada gente sabía a qué se dedicaba, podía acabar muerto, como había acabado su madre. Sin embargo, si nadie sabía que él era la persona idónea para solucionar cualquier problema relacionado con lo sobrenatural, sencillamente se moriría de hambre, porque nadie le contrataría. —Es una pregunta sencilla, Marco Lemurio— insistió Varrón— ¿Por qué dudas?

—*Domine...* Temo que la respuesta tenga consecuencias para mí.

—¿Lo veis?— intervino Gabinio—. Él mismo se acusa. Teme que descubramos su implicación en la muerte de Sexto Pedario.

Pompeyo lanzó una mirada a Gabinio, que volvió a guardar silencio.

—¿Temes que revelarnos tu oficio pueda atraer consecuencias funestas para ti?— preguntó Varrón—. No tiene sentido. Salvo que seas un criminal.

—No soy un criminal, domine. Pero a menudo la gente ignorante me trata como si lo fuera. Soy... curandero. Estudio las artes de la medicina, las propiedades de las plantas, los componentes que pueden sanar el cuerpo y calmar la mente.

Pompeyo miró a Marco de arriba a abajo.

—¿Eres un médico? Pero... no eres griego— dijo confundido. La mayor parte de las personas que ejercían la medicina en Roma eran griegos u orientales, y solían vestir de acuerdo con sus costumbres. Algunos romanos confiaban en sus artes. Sin embargo, la mayoría consideraba a los médicos griegos simples charlatanes que se lucraban con el dolor ajeno, incapaces de curar a los pacientes que trataban y más propensos a acelerar la muerte que a proporcionar un remedio. El rostro cargado de sorpresa y desprecio de Pompeyo dejaba claro que él formaba parte de estos últimos.

—Mi madre era griega— respondió Marco—. Ella fue quien me enseñó el oficio.

—Madre griega y padre romano entonces. Puedes estar tranquilo. No tenemos nada en contra de los curanderos, siempre que no usen sus conocimientos para causar el dolor de algún ciudadano romano. Supongo que no es tu caso — continuó Varrón—. Aclarado esto, dinos. ¿Qué interés puede tener un médico en conocer datos acerca de un hombre que ya está muerto? ¿Tan excelsas son tus habilidades que alcanzan a devolver la vida a los difuntos?

Marco pensó que aquella pregunta irónica se parecía más a lo que realmente se dedicaba que a la práctica de la medicina.

—No, *domine*. No puedo devolver la vida a los muertos. Eso es cosa de brujas tesalias...— dijo, sabiendo muy bien de lo que hablaba—. Pero me intrigaron los datos que me dieron acerca de la muerte de vuestro hombre.

Fallecimiento repentino, sin restos de violencia. Pensé que era un caso interesante para quien estudia el modo de burlar a la muerte. Cuando me contaron cómo fue encontrado ese Sexto Pedario pensé que... tal vez... hubiera sido envenenado. Y de ahí mi temor a revelar mi profesión.

—No te entiendo— dijo Pompeyo—. Explícate.

—A menudo, quienes estudiamos las sustancias que evitan la muerte, trabajamos con elementos que, mal administrados, pueden causarla también. Para muchos, los médicos no somos más que envenenadores profesionales. Todo es gratitud cuando curamos al enfermo. Sin embargo, cuando fracasamos... todo son acusaciones. Vosotros mejor que yo conocéis la legislación que pesa desde tiempos de Sila sobre quienes preparen filtros y pócimas dañinos. La *lex de sicariis et beneficiis* sigue tan vigente hoy como cuando fue aprobada.

—Esa ley, como ha dicho Varrón, sólo afecta a quienes causan la muerte de un romano mediante el uso de los venenos. Si eres inocente, no tienes nada que temer— dijo Gabinio, más calmado. Era evidente que la explicación de Marco Lemurio le había convencido, al menos en parte.

—Con todos los respetos, tribuno, la ley sólo protege al que puede pagar a un buen abogado. Si alguien llevara una acusación contra mi ante el pretor, pocos se molestarían en defenderme.

Ninguno de los tres senadores respondió. Ellos sabían tan bien como el propio Marco que la ley romana era esencialmente corrupta y protegía sólo a aquellos capaces de sobornar a un tribunal o contratar a un abogado habilidoso. Aunque Varrón, Gabinio y Pompeyo formaban parte de la aristocracia que había florecido a la sombra de la dictadura de Sila, no eran estúpidos y conocían el modo en el que funcionaba la ley romana para la plebe.

—Temía que si os revelaba mis verdaderas intenciones pensarais que mi mano podía estar detrás de la extraña muerte de Sexto Pedario. Pero confío en el sentido de la justicia y el honor de Cneo Pompeyo. Y confío en un tribuno de la plebe como Gabinio, de cuya buena fe y amor al pueblo habla toda la Subura. Os pido disculpas por mis temores, pues ahora sé que eran infundados.

Gabinio no pudo evitar esbozar una sonrisa. Era fácil adular a aquel hombre, pensó Marco. Pompeyo, más acostumbrado a las adulaciones de amigos y enemigos, permaneció impasible. El mismo Marco se sintió ciertamente

asqueado de tener que dirigir palabras dulces a aquel grupo de hombres por culpa de los cuales acababa de recibir una paliza. Se dijo a sí mismo que el papel de pobre hombre atemorizado ante la grandeza del gran Pompeyo le reportaría más beneficios que el tono insolente con el que había empezado la entrevista.

—Creo que Sexto Pedario fue envenenado— culminó Marco, satisfecho por la mentira que había urdido—. Mi intención era averiguar qué tipo de veneno se utilizó. Qué tipo de veneno es capaz de matar a un hombre de forma fulminante. Porque sólo conociendo el veneno se puede encontrar el antídoto.

Pompeyo reflexionó unos instantes antes de volverse hacia Varrón. Éste asintió, complacido.

—Su historia tiene sentido— dijo el general—. Ordenaré a mis hombres que comprueben algunas cosas, sin embargo. Si eres un curandero, la gente de la Subura te conocerá como tal.

Marco asintió. En ese sentido, no tenía nada que temer. La gente de la Subura le conocía tanto por curandero, como por cazador de demonios, espiritista... y estafador. Sabían que su madre era griega y que tenía la misma profesión que su hijo. Salvo que los hombres de Pompeyo se decidieran a investigar a fondo, cosa que Marco dudaba habida cuenta de las múltiples preocupaciones a las que tenía que atender el general, no tenía de qué preocuparse.

—Solucionado el problema de tu credibilidad, tenemos que discutir en qué puedes sernos útil. Serle útil a Pompeyo es tanto como serle útil a Roma. ¿Quieres serle útil a Roma, Marco Lemurio?

—Lo cierto, *domine*, es que nunca he tenido muy claro lo que entienden los senadores por Roma. Si con serle útil a Roma quieres decir evitar que un envenenador siga actuando de forma impune, entonces colaboraré en la medida de mis posibilidades. Además, le prometí al magistrado del *collegium* del Tritón que haría lo que pudiera por encontrar al asesino de Sexto Pedario.

Marco terminó de hablar, satisfecho de la forma en la que había medido sus palabras. Había sido lo suficientemente crítico como para quedarse tranquilo consigo mismo, pero al mismo tiempo había dicho lo que Pompeyo quería oír.

—Trabaja para mí, entonces— continuó el general—. Continúa con tu

investigación. Trae ante mí al asesino de ese hombre y serás recompensado.

—Así lo haré, *domine* — dijo Marco, que no tenía ninguna intención de llevar ante Pompeyo al hechicero que había acabado con la vida de Sexto Pedario.

—Por supuesto, nadie debe saber que actúas bajo mis órdenes. Mis enemigos se multiplican, y cada vez tienen más fuerza en el Senado y en las calles. No quiere que nadie te relacione conmigo. ¿He sido claro en este sentido?

Marco asintió.

—Tampoco quiero que te vean con el grupo de seguidores de Gabinio. No te mezcles con ellos más de lo necesario.

—¿A quién debo informar entonces de lo que descubra, *domine*?

—A mí— intervino Varrón—. Te presentarás en mi casa como si fueras un cliente. Esperarás tu turno en mi atrio, y no revelarás a nadie el motivo real de tu visita. Incluidos mis esclavos. Si alguien te pregunta, eres un vendedor de libros viejos que has oído hablar de mi nutrida biblioteca. Recibo a muchos, por desgracia.

Pompeyo se puso en pie, seguido de inmediato por Gabinio y Varrón. El general era el más alto de los tres. Marco le miró desde su posición. Era sin duda un hombre imponente.

—Mi atriense te entregará una bolsa de monedas. Para los gastos que puedan surgirte. Y por las molestias ocasionadas esta noche.

Marco estuvo a punto de rechazar el ofrecimiento, tanto por orgullo como por el hecho de que el general hubiera reducido una paliza de aquel calibre a unas simples molestias. Sin embargo, el recuerdo de su propia y menguante bolsa de dinero le hizo recapacitar. Si quería llegar hasta el fondo de aquel asunto necesitaba oro y plata. La obtuviera de donde la obtuviera.

Marco se levantó de la silla como pudo, notando un fuerte mareo. Su fuerza de voluntad le permitió ponerse en pie y mirar a los ojos a los tres nobles.

—Recuerda: no has estado aquí. No has hablado con Pompeyo— dijo el

general antes de abandonar la habitación. Varrón le hizo un gesto con la cabeza y siguió a Pompeyo.

Gabinio se quedó rezagado unos instantes, mirando a Marco como si quisiera añadir algo. Se colocó la toga y habló finalmente.

—Tómate un par de días de descanso antes de volver a las calles. Estás hecho un desastre.

El tribuno salió de la habitación sin esperar respuesta.

Capítulo 8

Antígona

En cuanto se quedó solo, Marco se derrumbó sobre la silla. Las rodillas se negaban a sostenerle más tiempo. Había fingido una resistencia de la que en realidad carecía. Pero había merecido la pena. Aquella entrevista le había dado lo que necesitaba. Acceso al círculo de Gabinio. Información acerca del caso. Sostenimiento económico para poder dedicarse a la investigación en exclusiva. Tardaría unos días en recuperarse de aquella paliza, pero al final habría merecido la pena.

El desdén, la condescendencia y la hipocresía con los que aquellos tres senadores le habían tratado le dolían más que todos los golpes que había recibido aquella noche. Habían actuado como si la paliza que le habían dado sus órdenes fuera algo ajeno a ellos. Como si no hubiera relación alguna entre el que da las órdenes y el que las ejecuta. Los nobles romanos, siempre impolutos, siempre con las manos limpias de sangre. Una hipocresía a la que todo romano pobre se acostumbraba desde niño. La mayoría la toleraba como algo natural. Marco Lemurio no pertenecía a aquella mayoría.

Poco tiempo después, entró en la habitación el hombrecillo que le había conducido hasta allí. El mismo que había ordenado que le apalearan. Iba acompañado de dos sirvientes, que recogieron las sillas de tijera en las que habían estado sentados los tres nobles.

—Te acompañaré a la salida— dijo con su voz aflautada.

Marco se puso en pie con dificultad. Estaba casi seguro de no tener nada roto, pero, aun así, cada movimiento suponía una auténtica tortura. Siguió al esclavo de Pompeyo a través de pasillos hasta llegar de nuevo a la zona de servicio y al patio en el que se había despertado. Marco supuso que se

encontraba en la casa que Pompeyo tenía en el Palatino, uno de los barrios más caros de Roma, en el que la aristocracia construía sus suntuosas villas urbanas. Un barrio seguro que por fortuna no se encontraba muy lejos de la Subura y de la casa de Marco.

Una vez en el patio, el esclavo de Pompeyo dio la orden de que abrieran el portón por el que entraban las caballerías, los carros cargados de mercancías para surtir la casa.

—No necesito una puerta tan grande para salir caminando...— dijo Marco.

—No vas a salir caminando— respondió el hombrecillo con sorna—. Por algún motivo, Marco Terencio Varrón ha puesto su litera a tu disposición para que vuelvas a tu callejón. Supongo que quiere asegurarse de que no sufras daño alguno por el camino. O de que no acabas en alguna taberna...

En ese momento, cuatro fornidos esclavos entraron en el patio, portando una litera cerrada, cubierta por cortinas y decorada con vistosas figuras de madera que representaban grifos y quimeras. Los cuatro hombres, cada uno portando uno de los brazos de la litera, se pararon en el centro del patio, aguardando órdenes.

—Muy amable por su parte— respondió Marco, tratando de aparentar indiferencia pero sorprendido en su interior por la amabilidad de Varrón. Nunca en sus más de treinta años de vida había conocido un caso de un noble que cediera su litera a un hombre de la plebe. Ni su litera, ni su caballo. Ni el paso, a decir verdad. ¿Por qué se mostraba Varrón en ser tan amable? Sin duda el esclavo de Pompeyo tenía razón, por muy molesto que fuera. Pompeyo y sus hombres querían asegurarse de que regresara sano y salvo a su casa para que se recuperara de sus heridas cuanto antes y pudiera continuar con sus investigaciones.

—Los esclavos tienen orden estricta de llevarte hasta la puerta de tu *insula* y regresar a casa de Varrón. De modo que no intentes convencerles de hacer una parada en un prostíbulo o algo semejante.

Marco resopló fastidiado.

—Preferiría ir montado en la espalda de tu madre. Pero me conformaré con la litera— dijo, sonriendo.

—Lenguaje típico de una rata de la Subura— dijo el esclavo con desprecio.

—A esta rata de la Subura le ha prometido tu amo una bolsa de monedas. No creas que vas a quedarte con ella.

El esclavo sacó de mala gana una bolsa de cuero del interior de su túnica y se la tendió a Marco.

—Estoy seguro de que has sisado un par de sestercios. Pero tranquilo, no se lo diré a tu amo.

Marco abrió los cortinajes de la litera y se asomó al interior. Un colchón mullido y cómodo, con almohadones de diversos colores. Marco hundió su mano en el colchón. Era más cómodo que cualquiera de las camas en las que hubiera dormido en su vida. Hizo un gesto a los esclavos para que bajaran la litera todo lo posible. Éstos obedecieron de inmediato. Marco sonrió. Era una extraña sensación que alguien le obedeciera sin rechistar. Tal vez tendría que mandar a Céfiro una temporada a casa de Varrón para aprender disciplina... Con cuidado, se subió a la litera y se recostó en ella.

El hombrecillo le miraba con desprecio y evidente desagrado. Marco pensó lo ridículo que resultaba que un esclavo, el escalón más bajo de la sociedad, se sintiera legitimado para despreciar a un hombre libre sólo por su pobreza. Una muestra más de lo absurdo que resultaba el mundo en el que le había tocado vivir.

—Una cosa más— dijo Marco, dirigiéndose al esclavo de Pompeyo—. Si paseas por las calles de Roma, asegúrate de ir bien acompañado. Porque si te sorprende a solas, te juro por Júpiter que no verás otro amanecer. Palabra de rata de la Subura.

El hombrecillo palideció, entre indignado y asustado. Era evidente que no estaba acostumbrado a que nadie lo tratase de aquella manera ni lo amenazara. Como esclavo de Pompeyo el Grande, se sentía intocable, un príncipe entre los sirvientes.

—¿Cómo te...?— comenzó a decir.

—Podemos irnos— dijo Marco en voz alta, antes de cerrar las cortinas de la litera.

Los esclavos obedecieron. Alzaron la litera con una facilidad pasmosa y echaron a andar hacia la salida, dejando al hombrecillo con la palabra en la boca.

Marco se asomó por una pequeña abertura entre las cortinas. Para él, la experiencia de moverse por las calles de la ciudad en una litera era completamente nueva. Había montado en mula en alguna ocasión, pero aquello era completamente diferente. Los cuatro esclavos de Varrón estaban perfectamente entrenados para llevar la litera sin que su pasajero notase apenas el movimiento. Viajar así era como estar tumbado en una cama viendo pasar la ciudad a tu alrededor. Marco pensó que sería muy fácil acostumbrarse a ese tipo de lujos.

Al girar la esquina de la casa de Pompeyo, un grupo de cuatro hombres se unieron a la litera y comenzaron a marchar en silencio junto a ella, cada uno de ellos protegiendo un lado del vehículo. Varrón no sólo le procuraba transporte, sino también protección. Si aquellos hombres estaban destinados a defenderle a él o a evitar que robaran la litera era algo que Marco no tenía muy claro.

Tras recostarse en los almohadones, Marco decidió disfrutar del breve viaje, pidiendo a los dioses que ninguno de sus vecinos le viese llegar a casa de aquella forma. Se dejó mecer por el suave y casi imperceptible bamboleo de la litera. ¿Cómo sería dormir cada noche en una cama así? Pensó que si le resultaba difícil despertarse temprano en su modesto catre, en una cama de plumas como aquella le sería imposible hacerlo antes del mediodía. Tal vez por eso los nobles eran tan perezosos.

Aprovechó el corto trayecto para recapacitar acerca de lo que había escuchado en casa de Pompeyo el Grande. No era mucho en realidad. Tan sólo la constatación de que los senadores estaban tan perdidos como él mismo en el asunto del asesinato de Sexto Pedario. Más perdidos incluso. Al menos él tenía clara la causa de su muerte, mientras Pompeyo y sus hombres habían aceptado sin más que ésta se había debido al uso de un veneno especialmente eficaz. Gabinio estaba asustado ante la posibilidad de que el asesino decidiera apuntar más alto y acabar con su vida. Atentar contra la integridad de un tribuno de la plebe suponía una condena y una maldición inmediata para todo aquel que osara intentarlo. Estos magistrados, desde el momento en el que asumían el cargo, recibían una protección sagrada que tenía varios siglos de historia, desde el momento mismo de la creación del tribunado de la plebe. Cualquier ciudadano romano o extranjero que hiciera daño físico a un tribuno de la plebe quedaba

sujeto de inmediato a una condena a muerte que podía ser aplicada por cualquiera que se cruzara con él. El cuerpo del condenado debía ser arrojado al Tíber y todos sus bienes confiscados y consagrados a Ceres, la principal divinidad plebeya de Roma. Era una protección sagrada que había sido concebida para impedir que los nobles amenazaran a los tribunos y estos no pudieran ejercer su cargo como defensores del pueblo. Todo en una época en la que los tribunos eran auténticos representantes de la plebe y no las marionetas del Senado que eran en su tiempo, pensó Marco. Aunque algunos tribunos, a pesar de esta protección, habían sufrido atentados a lo largo de la historia, lo cierto es que la amenaza de la maldición y la pena de muerte otorgaban a estos magistrados de un aura especial que casi ningún romano se habría atrevido a violar. Y aún así, Aulo Gabinio temía por su vida.

El hecho de que el propio Pompeyo hubiera decidido involucrarse en el asunto, aunque fuera desde el anonimato, sólo podía indicar que había cuestiones de alta política relacionadas con la muerte de Sexto Pedario. Aquel no había sido un crimen común. El hechicero tenía un objetivo muy claro: el círculo de poder de Pompeyo.

—¿Y quién puede querer perjudicar a Pompeyo y sus hombres?— murmuró Marco para sí.

Aquella pregunta suponía un problema. En lo que se refería a la vida en las calles y el trato con la plebe, Marco se movía como un pez en el agua. Si la muerte de Sexto Pedario hubiera sido un asunto entre miembros de la plebe no tendría problemas en descubrir las conexiones y llegar hasta el asesino. Sin embargo, en lo que se refería a los círculos de poder que operaban entre las clases altas de Roma, Marco Lemurio estaba completamente perdido. No conocía a los nobles, no conocía sus alianzas ni sus rivalidades. No sabía quién de entre todos los senadores estaba del lado de Pompeyo y quién estaba en su contra. Y sin ese conocimiento no podría avanzar en su investigación.

Marco no tenía más remedio que recurrir a la ayuda de alguien que conociera aquel mundo que a él le era por completo ajeno. Por fortuna, conocía a la persona idónea. Alguien que le debía más de un favor.

La marcha de la litera se detuvo súbitamente. Marco se incorporó lentamente, aún resentido por las heridas. Ni el colchón de plumas más cómodo de mundo podría curarle las lesiones que le habían causado los hombres de

Pompeyo aquella noche. Uno de los hombres que habían protegido la litera recorrió la cortina, indicándole con un gesto que habían llegado a su destino.

Marco se asomó al exterior. En efecto, estaban junto a la puerta de su *insula*, unos metros más abajo del lugar en el que le habían propinado la paliza. Estaba claro que Pompeyo y sus hombres conocían perfectamente dónde vivía. El haberle llevado hasta allí en la litera era tanto una cortesía como una advertencia. Sabemos dónde vives, así que ándate con cuidado.

Ninguno de los hombres de Varrón le dirigió la palabra ni se ofreció a ayudarlo a bajar de la litera. Una cosa era cumplir órdenes del amo y otra confraternizar con un plebeyo de la Subura. Los ocho esclavos permanecieron hieráticos, firmes y con la mirada perdida. Cuatro de ellos sosteniendo la litera, los otros cuatro flanqueándola. Marco se deslizó como pudo por el mullido colchón y bajó de un salto que le ocasionó un fuerte dolor en un costado.

—Gracias por el paseo— dijo.

En el momento en el que Marco se apartó de la litera para dirigirse hacia la puerta de su casa, los cuatro portadores alzaron la litera y echaron a correr por el callejón, seguidos de sus escoltas. Era evidente que tenían prisa por abandonar aquel barrio y regresar a la comodidad de la casa de Marco Terencio Varrón. Incluso los esclavos de los nobles vivían mejor que los pobres de Roma.

Marco se apresuró a entrar en el portal, que estaba sumido en la oscuridad. Tenía por delante una larga subida hasta su pequeño apartamento. Sólo de pensar la cantidad de escalones, cada una de las heridas de su cuerpo chillaban de dolor. Por un instante estuvo tentado de echarse a dormir en el rellano del portal, pero desechó la idea. Lo más probable era que si algún vecino lo encontraba dormido allí aprovechara para robarle o se quejara al casero. Marco, cuya máxima era llamar la atención lo menos posible, decidió que resultaba preferible sufrir una larga subida que exponerse a que sus vecinos conocieran su estado. Bastante mala fama tenía ya entre los rumores de brujería y la cantidad de veces que había vuelto a casa dando tumbos por efecto del vino.

Se disponía a subir el primer escalón cuando descubrió un pequeño bulto que se movía escaleras arriba. De forma inconsciente se llevó la mano al muslo, al lugar donde normalmente escondía su pequeña daga, sólo para darse cuenta de que ésta había desaparecido. Los hombres de Pompeyo debían de habérsela

quitado antes de meterle en la casa. Marco levantó los puños, dispuesto a defenderse con sus escasas fuerzas.

Sin embargo, al ver que la figura se alzaba y se lanzaba hacia él, se relajó de inmediato. El atacante no era otro que Céfiro. El pequeño esclavo se había tumbado en el primer rellano de las escaleras, cubierto por una fina manta, y se había quedado dormido. Céfiro se lanzó al cuello de Marco, abrazándolo con fuerza. El amo tuvo que hacer un esfuerzo por no dejar caer al niño, que no era consciente de su peso ni del estado lamentable en el que se encontraba Marco. Con suavidad se dejó caer al suelo de rodillas, abrazando también él a Céfiro.

—¿Dónde estabas?— preguntó el niño al fin. Marco vio que las lágrimas caían por su rostro—. Cuando volvía a casa vi que tú también bajabas por el callejón, y corrí a tu encuentro. Pero entonces un grupo de hombres te rodeó y empezaron a pegarte, Marco. Yo... no me atreví a intervenir. Fui un cobarde, lo siento. ¿Qué tipo de esclavo ve que dan una paliza a su amo y se esconde en un portal?

—Un esclavo sensato— respondió Marco con ternura—. No podrías haber hecho nada para ayudarme. Sólo habrías conseguido llevarte una paliza tú también.

—¿Quiénes eran, Marco? ¿Otra vez le debes dinero a alguien?

Marco sonrió.

—No, no es un asunto de dinero. Subamos a casa y te lo contaré todo. Pero tienes que ayudarme a subir las escaleras. Me han dado una buena esta noche...

Céfiro ayudó a Marco a incorporarse y dejó que éste se apoyara en su hombro. De ese modo, con la ayuda del niño, Marco se sintió más seguro para iniciar el ascenso.

—¿Qué hacías escondido en la escalera? Creí haberte dicho que tenías prohibido salir de casa cuando se pusiera el sol.

—No podía esperar en casa. Temía que no regresaras... o que si lo hacías estuvieras herido. Y no me equivocaba. Al principio pensé en salir a buscarte, pero me di cuenta de que era imposible encontrarte sin una sola pista de dónde empezar. Así que me tumbé en las escaleras a pensar algún plan o esperarte al

menos. Pero me quedé dormido.

—Hiciste bien en no deambular por las calles. Ya te dije que hay cosas peligrosas acechando en las sombras. No quiero que vuelvas a desobedecerme.

—Si no te hubiera desobedecido, ahora estarías subiendo tú solo por las escaleras.

Marco no tuvo respuesta para aquellas palabras.

Cuando por fin consiguió meterse en la cama, Marco supuso que le costaría un buen rato conciliar el sueño debido al dolor que sentía en diversas partes del cuerpo. Cuando cerraba los ojos, las sienas le latían como si fueran a estallar en cualquier momento. Al respirar profundamente, sentía una fuerte punzada en el pecho. Su madre sin duda habría sabido cómo curar aquellas heridas. Él se había limitado a untarse en diversas partes del cuerpo un ungüento maloliente que él mismo había preparado meses antes siguiendo la fórmula contenida en uno de los papiros de Neóbula. Aunque había sentido un cierto alivio, no supo decir si era debido a las propiedades del ungüento o todo era efecto de su mente agotada.

Marco se tumbó en el colchón, duro como una piedra, tan diferente del que había en la litera de Varrón. Se cambió de posición varias veces hasta dar con una, tumbado de costado, mirando hacia la pared, en la que el dolor parecía ser menos lacerante. Decidido a pasar una noche en vela, Marco cerró los ojos. Y se quedó dormido casi de inmediato.

Cuando despertó, la luz inundaba el cuarto. Marco estiró piernas y brazos, arrepintiéndose de inmediato al sentir que todos sus músculos protestaban. El dolor al respirar había desaparecido, señal de que, gracias a los dioses, no tenía ninguna costilla rota. Aquella era la lesión que más temía, pues era la más difícil de curar y la que exigía un reposo más prolongado. Un reposo que no se podía permitir. De golpe acudieron a su cabeza todas las imágenes de la noche anterior. La conversación con el magistrado del *collegium* del Aventino y el peculiar sacerdote de Apolo. Pompeyo el Grande ordenándole que trabajara para él en la

búsqueda del asesino de Sexto Pedario. La mirada inquisitiva de Varrón conminándole a que le informara de cualquier avance que hiciera en su investigación. Tenía que empezar a moverse de inmediato si quería obtener la información que necesitaba. Si tardaba demasiado, el rastro que le llevaría hasta el hechicero que había invocado las sombras desaparecería para siempre.

Con dificultad, Marco se levantó de la cama y tomó de una de las estanterías un pequeño y gastado espejo de metal, herencia de su madre. Marco no sabía si aquel objeto tenía algún tipo de poder especial. Su madre nunca le había hablado de él, pero los objetos de Neóbula tendían a ser mucho más de lo que aparentaban a simple vista. Marco se contempló en la borrosa superficie del espejo. La noche anterior no se había preocupado en lavarse, por lo que su rostro presentaba un aspecto lamentable, cubierto de costras de sangre reseca. Tenía el ojo derecho hinchado y amoratado, lo que le imposibilitaba el abrirlo por completo. La cara estaba surcada de arañazos y rasguños, aunque ninguno de ellos parecía grave. Ninguna de las heridas sangraba ya. Marco pensó que con un buen lavado de cara no quedaría del todo mal. Al menos tengo todos los dientes en su sitio, pensó, dando gracias a los dioses.

Escuchó ruidos en la sala de estar del apartamento. Céfiro debía de estar preparando algo de comer. El pequeño esclavo, que tan desobediente y rebelde solía mostrarse, había demostrado ser más fiel y valiente de que lo podía esperarse de un niño de diez años. La noche anterior no solo había esperado el regreso de Marco tumbado en el rellano de la escalera, sino que le había ayudado a subir cada uno de los peldaños con paciencia y dedicación, y hasta que éste no estuvo acostado y a salvo, se negó a retirarse él mismo a dormir. Marco salió del dormitorio, sintiendo que sus tripas rugían por el hambre y dispuesto a dar cuenta de un buen desayuno.

No llegó a traspasar del todo el umbral de la puerta. En lugar de la menuda figura de Céfiro, se encontró con una mujer alta y delgada, con una larga cabellera negra recogida en una gruesa coleta que caía sobre su hombro. La mujer estaba de espaldas a Marco, afanada en preparar algo de comida en la rudimentaria cocina de la casa. A pesar de que el olor que desprendía la comida tentó a Marco de dar un paso hacia ella, venció las ganas de comer y trató de regresar en silencio al dormitorio, con la intención de fingir que estaba dormido hasta que aquella joven abandonara la casa. Marco dio un paso atrás... y tropezó con una pequeña banqueta.

Al escuchar el ruido, la joven se giró, asustada. Al ver a Marco apoyado en el quicio de la puerta, su rostro mudó del susto a la sorpresa, y después a la fría indiferencia. Sin decir nada, volvió a concentrarse en la preparación de la comida.

—Buenos días, Antígona— dijo Marco, resignado ya a la imposibilidad de escapar de aquel encuentro.

Ella gruñó una respuesta, sin darse la vuelta.

Marco se sentó en una de las sillas y apoyó los codos en la mesa. El unguento que se había untado la noche anterior debía de haber hecho algún efecto, pues los músculos no le dolían tanto como había sospechado al levantarse de la cama.

—¿A qué debo esta visita?— preguntó con amabilidad.

La joven se giró.

—No utilices conmigo ese tono de chulo de taberna. No soy una de tus putas, Marco Lemurio.

Él encajó el golpe con entereza. Estaba acostumbrado al carácter de la hija de Periandro. La conocía desde que era una niña que correteaba por las escaleras de la casa dando gritos y provocando la cólera de algunos vecinos. Mientras Antígona fue niña y Marco adolescente, la relación entre ambos era casi inexistente. Antígona le miraba con admiración cada vez que se cruzaban; él hacía como si la niña no existiera. Cuando Antígona se convirtió en una atractiva adolescente la situación se complicó hasta límites cataclísmicos que Marco no quería recordar.

—¿Qué haces en mi casa, Antígona?— preguntó de forma directa—. ¿Prefieres este tono?

—Lo prefiero, sí— respondió ella, volviendo a su tarea—. Estoy aquí para satisfacer un deseo de mi padre. Contra mi voluntad, si eso te deja más tranquilo. En cuanto termine de preparar algo de comer y compruebe el estado de tus heridas te dejaré tranquilo.

Marco supuso que Céfiro, en cuanto había amanecido, había corrido a avisar

a Periandro del estado en el que se encontraba su amo. El anciano era, además del propio Marco, la única figura adulta en la que el pequeño esclavo podía confiar sus problemas. Poco había podido hacer Periandro estando como estaba, postrado en cama debido a la vejez y a la enfermedad que consumía sus fuerzas y su cuerpo. De modo que éste había pedido a su hija Antígona que subiera a casa de Marco a cuidar de él. Marco podía suponer el esfuerzo tan grande que había debido suponerle a ella el tragarse su orgullo y subir hasta aquella casa que tan malos recuerdos le traía.

—¿Dónde está Céfiro?— preguntó él, deseoso de cambiar de tema.

—Abajo, con mi padre. Le ha convencido de pasar la mañana con él, estudiando griego y retórica.

Marco asintió. A cambio de buscar ayuda para su amo, Céfiro había caído en las garras de su profesor. Podía imaginar al niño resoplando fastidiado y tratando de aprender algo de las enseñanzas de Periandro mientras soñaba con echar a correr por las calles de Roma, que eran su entorno natural.

—¿Qué tal está tu padre? Ayer estuve en tu casa. Le vi bastante animado.

—Se anima cada vez que tiene visita. Los golfos vividores como tú siempre han sido su debilidad, no me preguntes por qué. Supongo que le recuerdas a su propia juventud en Grecia.

—Tengo que ir a verle con más frecuencia. Sobre todo ahora que tú pasas tan poco tiempo en casa...

Marco sabía que aquella insinuación despertaría la ira de Antígona, pero no pudo evitar pronunciar las palabras. Cuando estaba con ella, sentía la necesidad incontrolable de ser todo lo irritante que podía. Como si entre ambos existiera una secreta competición para comprobar quién de los dos resultaba más ofensivo e hiriente.

—Lo que hago con mi tiempo no es asunto tuyo, Marco Lemurio— respondió ella.

—¿Tampoco de tu padre? Ayer me dijo que estaba preocupado por ti.

Antígona se giró, con una escudilla humeante en la mano y los ojos cargados

de ira. Marco había conseguido enfadarla de verdad. Dejó la escudilla encima de la mesa, haciendo que unas gotas de caldo mancharan su superficie.

—Mi padre haría bien en no confiar sus inquietudes a un extraño— dijo, con la intención evidente de herirle. Para Marco, Periandro había sido lo más parecido a una figura paterna que había conocido desde que su verdadero padre había desaparecido. Decirle que era un extraño para él era como renegar de aquel vínculo.

—Tu padre haría bien en no permitir que su hija deambulara por las calles de Roma como una...

Marco se detuvo. Incluso sus peleas con Antígona tenían un límite.

Ella se echó hacia atrás, dolida. Pero pronto se recompuso.

—¿Cómo una qué?— preguntó— ¿Cómo una qué? Vamos, Marco, termina la frase.

Él se levantó de la silla, avergonzado de hasta dónde había llevado la conversación.

—Antígona, lo siento... Nunca debí haber dicho eso...

—Sí, discúlpate. Porque eso es lo único que haces. Lo único que sabes hacer. Primero haces daño, tanto como puedes, y luego te disculpas.

Antígona tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaba furiosa, pero también muy dolida.

—Tienes la habilidad de sacar lo peor de mi— dijo él.

—Entonces lo mejor es que me marche y no vuelva. Que te mire las heridas alguna de tus putas. A ellas sí podrás decirles a la cara a qué se dedican.

La joven se dirigió hacia la puerta, sin que Marco tratara de detenerla. Sabía que cuando aquella mujer tomaba una determinación, interponerse en su camino sólo podía acabar en un enfrentamiento aún mayor. Antes de salir, Antígona se dio la vuelta y se encaró con Marco. Las lágrimas ya caían por sus mejillas dejando dos surcos a su paso.

—Cualquier otro hombre que me tratara como lo has hecho tú acabaría en el Tíber con un puñal entre las costillas. Que no se te olvide, Marco Lemurio. Algún día encontrarás a alguien que te trate como te mereces.

Y salió, dando un portazo. Marco se dejó caer sobre la silla, que crujió bajo su peso. Acercó hacia él el cuenco de estofado y comenzó a comer, con avidez. La pelea con Antígona había sido de las peores que podía recordar, y las había habido muy duras. En los apenas ocho meses que duró su relación como pareja pasaron más tiempo discutiendo que en concordia. Sin embargo, Marco nunca había visto aquella faceta de Antígona. Amenazarle con clavarle un puñal era algo nuevo en ella. ¿Qué le había pasado a la hija de Periandro para convertirse en alguien capaz de proferir esas amenazas?

Con pelea o sin ella, Marco estaba hambriento, y decidió dar buena cuenta del estofado. Cuando terminó lo que había en la escudilla, se levantó para rellenarla con lo que había en la olla. Antígona tenía un carácter endiablado, pero cocinaba de maravilla. Tal vez aquel misterioso trabajo del que no quería decir nada a su padre era como cocinera para algún noble. Sus habilidades desde luego estaban a la altura de los paladares más refinados de las mansiones del Palatino. Al terminar la segunda escudilla, acompañada de restos de una hogaza de pan duro, Marco se sintió saciado. En la olla había quedado comida para que Céfiro diera buena cuenta de ella al terminar sus lecciones con Periandro. Si es que regresaba a casa y no se marchaba a corretear por las calles como era su costumbre.

El cuerpo le pedía a gritos que regresara a la cama y durmiera una siesta de varias horas, hasta el amanecer del día siguiente a ser posible. Sin embargo, era consciente de la necesidad de realizar avances rápidos en su investigación si no quería que las pistas se enfriaran. Además, siempre cabía la posibilidad de que el hechicero convocara de nuevo a las sombras para que terminaran lo que no habían podido conseguir en el primer intento. Marco sabía que aquel hechizo de invocación requería un enorme esfuerzo por parte del ejecutante, que, salvo que fuera extraordinariamente poderoso, solía verse obligado a permanecer en reposo durante unos cuantos días antes de volver a entregarse a las artes arcanas. Ya habían pasado dos días desde que la sombra le atacara en el callejón. Un tiempo suficiente para que un mago especialmente hábil pudiera intentar de nuevo mandar a aquellos demonios contra él.

Marco estaba sumido en cavilaciones cuando el pequeño Céfiro entró por la

puerta. Aunque el esclavo solía hacer gala de una alegría casi inagotable, en aquel momento era evidente que estaba enfadado. Tenía el ceño fruncido y los puños apretados para contener la rabia. Sin saludar a Marco, se encaró con él.

—¿Qué le has dicho a Antígona?— preguntó.

Marco no pudo reprimir un suspiro de hastío. Había olvidado por completo la especial relación que unía a Céfiro con la hija de Periandro. El niño, criado por el propio Marco desde que era apenas un recién nacido, había encontrado en Antígona lo más parecido a una madre que había llegado a conocer, desarrollando una fidelidad hacia ella que, según sospechaba Marco, iba más allá de la que sentía hacia su propio amo. Sin duda, Céfiro se había encontrado con ella en casa de Periandro y había visto restos de sus lágrimas.

—Hemos tenido una pelea— respondió de forma lacónica.

—Antígona no se pondría así por una simple pelea— dijo el niño, aún con los puños apretados. Marco sospechó que, de haber tenido quince años en lugar de diez, aquellos puños ya habrían tratado de romperle la cara.

—Tal vez me excedí en mis palabras. Y me disculpé por ello. Antígona no es ninguna Lucrecia indefensa, ¿sabes? También sabe herir con la lengua.

Y según sus amenazas, por lo visto también sabía herir con el puñal, pensó Marco.

—Ella ha subido a curarte tus heridas y a prepararte la comida. ¿Y tú consigues que salga de casa llorando? ¿Qué es lo que le has dicho?

Marco empezó a sentir una creciente ira en su interior. ¿Él, un hombre libre y adulto, teniendo que dar explicaciones a un niño esclavo? En cualquier otra casa Céfiro tendría la espalda llena de cicatrices por los latigazos o estaría camino del mercado de esclavos para ser vendido como trabajador de una mina.

—No voy a darte explicaciones, Céfiro. Que Antígona aprenda cuál es su lugar. Y aprende tú cuál es el tuyo, esclavo.

Aunque pronunció aquellas palabras con dureza, se arrepintió de inmediato. Nunca antes había hablado a Céfiro de aquella manera. El niño había sido siempre como un hermano pequeño para él, y su relación se había desarrollado

con una cercanía tal que habitualmente ambos se olvidaban del hecho de que eran amo y esclavo.

El rostro de Céfiro pasó de la ira al dolor en apenas un instante. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Sus puños se aflojaron. Parecía que iba a echarse a llorar, y de haberlo hecho Marco le habría tomado en sus brazos y habría tratado de consolarle, como había hecho tantas veces a lo largo de los años. Sin embargo, en aquella ocasión, Céfiro se recompuso. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y miró a Marco con dureza.

—Este esclavo pide permiso para bajar a la fuente a por agua fresca— dijo, marcando con fuerza la palabra esclavo, en un tono que quería ser humilde pero que denotaba furia y resentimiento.

—Céfiro...— comenzó a decir Marco, pero el niño se dio la vuelta, tomó el pequeño cántaro que utilizaba para recoger agua y salió de la casa, sin permitir que su amo se disculpara ni tratara de arreglar las cosas.

Marco volvió a suspirar. Había hecho daño a Antígona. Había conseguido herir a Céfiro. ¿Qué más podía salir mal aquel día?

Capítulo 9

Una lección de política

Con los músculos aún doloridos y el rostro hinchado por los golpes, Marco se aventuró a salir a la calle. Tenía que continuar con su investigación, y no podría hacerlo si se dejaba vencer por la tentación de guardar cama hasta recuperarse por completo. Bajó las escaleras con cuidado, sorprendido de no sentir tanto dolor como esperaba. El ungüento que había utilizado la noche anterior había hecho efecto. En el camino se cruzó con una vecina, que le miró de arriba a abajo con evidente desprecio, sin decir nada pero dejando muy claro el disgusto que le producía tener que compartir edificio con un individuo que se involucraba en peleas capaces de destrozarle la cara de tal modo. Al cruzarse con ella, Marco esbozó una sonrisa, que no le fue devuelta. No lo tuvo en cuenta. Con la cara destrozada por los golpes o no, su fama en aquel edificio ya estaba arruinada desde hacía años.

Cuando llegó a la calle y comenzó a caminar, echó de menos la litera que Varrón le había prestado la noche anterior. No podía evitar cojear ligeramente, lo cual le obligaba a ir más despacio de lo que acostumbraba. Por otro lado, los hombres de Pompeyo no le habían devuelto la daga que solía llevar oculta bajo la túnica, por lo que Marco se sentía especialmente indefenso. Tendría que hacerse con otro arma cuanto antes.

Al llegar a las calles más concurridas, avanzar se hizo más difícil. Los codazos y golpes que normalmente encajaba sin problemas, resultaban especialmente dolorosos en su situación. Estuvo a punto de ser arroyado por un carro tirado por bueyes que marchaban a un paso especialmente rápido, sin preocuparse de si había o no transeúntes en su camino. Cuando por fin llegó a la taberna de Quelidón, Marco sintió como si acabara de combatir en una larga y cruenta batalla.

El hombre al que buscaba solía estar en la taberna a aquella hora del día. Las revelaciones de la noche anterior le habían convencido de que el hombre o mujer que había convocado a las sombras y había asesinado a Sexto Pedario tenía un objetivo político. La muerte de uno de los hombres de Gabinio había sido un aviso hacia el propio tribuno de la plebe y hacia el que era su patrón y protector, Pompeyo el Grande. Para averiguar quién había detrás de aquella muerte, Marco necesitaba comprender cómo se movían los hilos de la política romana. Un tema que, por desgracia, desconocía por completo. Su rencor hacia la nobleza senatorial había hecho que durante todo su vida Marco hubiera demostrado un abierto desprecio hacia la política en todas sus facetas. Pocas veces en su vida había acudido a las asambleas a ejercer su derecho al voto. Incluso cuando los candidatos a las magistraturas o los promotores de las leyes prometían comida y dinero a quienes les brindaran su apoyo, Marco solía ignorar los llamamientos a participar en los comicios. Para él, la política era un juego de poderosos que trataban de ser aún más poderosos, sin importarles si para ellos tenían que pisotear al pueblo de Roma. Un juego que no le quedaba más remedio que aceptar y sufrir, pero del que bajo ningún concepto quería participar.

Si quería avanzar en su investigación, sin embargo, tenía que internarse en las entrañas de ese juego. Por fortuna, Marco conocía al hombre idóneo para ayudarle en aquella tarea.

A aquella hora de la tarde, la taberna no estaba muy llena. Los pocos clientes que había sentados en las mesas miraron de reojo a Marco. Algunos le conocían de vista y de intercambiar algunas palabras al calor de la chimenea y el vino, pero ninguno le preguntó por el motivo de sus heridas. Tito, el esclavo que se encargaba de la seguridad, apostado junto a la puerta con una larga estaca de madera junto a él, le miró de forma algo más descarada, pero tampoco dijo nada. En la taberna de Quelidón nadie se metía en los asuntos de nadie. Era una de las causas por las que, entre los miles de tabernas y prostíbulos que había en Roma, Marco elegía siempre aquel local.

Se acercó a la barra, sin poder disimular la cojera, y llamó a la camarera. Como era habitual, era una joven a la que no había visto antes. Una muchacha con el pelo rubio y la piel del rostro muy clara.

—¿Sabes si ha venido por aquí un tal Lucio Saturnino?— preguntó.

—Aquí servimos vino, no respuestas— dijo ella, demostrando que, aunque

fuera nueva en aquella taberna, estaba bien adiestrada en el oficio.

—¿Y qué tal una jarra de vino acompañada de una respuesta? El vino mezclado con agua, por favor— dijo él. Lo que en otras circunstancias habría sido una blasfemia en sus labios, aquella mañana de resaca y músculos doloridos era una necesidad imperiosa.

Ella sonrió.

—Siempre que puedas pagar por ello.

Marco puso una moneda sobre la barra, y la joven la guardó en su bolsa. Le sirvió una jarra de vino, del más corriente. Marco no protestó. Aquella tarde no había ido allí a beber.

—¿Cómo es el hombre que buscas?— preguntó ella, más dispuesta a colaborar.

—Alto, con el pelo castaño, muy espeso. Más o menos de mi edad. Bien vestido, como si quisiera hacerse pasar por alguien importante. Suele venir por aquí a estas horas, a buscar la compañía de alguna chica. Puede que alguna de tus compañeras le conozca.

Ella sonrió.

—Le conozco. Muy generoso con sus palabras, y muy tacaño con sus monedas. Creo que está arriba, con la chica africana. ¿Quieres que mande a buscarle? Por dos monedas como esa yo misma le sacaré de la cama y te lo traeré hasta aquí.

Marco le devolvió la sonrisa. No sabía si la joven esclava bromeaba o hablaba en serio, pero no estaba dispuesto a averiguarlo. Necesitaba a Lucio Saturnino satisfecho y dispuesto a colaborar, y sacarlo de la cama a la fuerza no contribuiría precisamente a crear en él una buena disposición.

—No es necesario. Esperaré— dijo.

—Tienes aspecto de necesitar que alguien cuide de tus heridas. ¿Y si esperamos a tu amigo los dos juntos, en una habitación? Le diremos a alguien que nos avise si aparece por aquí.

Marco sintió la tentación de aceptar la propuesta. Con la bolsa llena del dinero que le había dado Pompeyo resultaba difícil resistirse a la tentación que aquella joven representaba.

—Más tarde tal vez.— Marco se sorprendió a si mismo al pronunciar aquella palabras. Recordó las palabras de Antígona, palabras que tantas veces le había escuchado decir en los últimos años. Sólo le interesaban el vino y las putas. Tal vez tenía razón. Pero al menos sabía diferenciar los momentos en los que había que dejar el vino y las putas a un lado y centrarse en ciertas obligaciones.

Ella dejó de sonreír e hizo un mohín de pena fingida antes de alejarse. Marco se sentó en una mesa con vistas a la puerta que conducía al piso superior. Aquella era la única manera de acceder a los cuartos de arriba, donde las esclavas y esclavos atendían las necesidades sexuales de sus clientes. Si Lucio Saturnino estaba en la taberna, tendría que salir por aquella puerta. Marco probó el vino que le habían servido. Malo y aguado. La peor combinación posible. Pero tenía que mantener los sentidos alerta. Nada de vino fuerte y bueno por aquel día.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho. Al poco rato, apareció por la puerta un hombre muy semejante al que Marco había descrito a la camarera. Una frondosa melena castaña enmarcando un rostro agradable y proporcionado. Ropas limpias y cuidadas. Y unos andares que evidenciaban que o bien aquel hombre formaba parte de la aristocracia o al menos se sentía parte de ella de algún modo. Marco sabía que se trataba del segundo caso.

Estaba a punto de levantarse para dirigirse a él cuando sintió que le daba un vuelco el corazón. Detrás de Lucio Saturnino apareció la que sin duda era la esclava que había compartido con él las últimas horas. Alda, la esclava hispana que se había convertido casi en una obsesión para Marco. Maldijo su suerte. ¿No podía haber elegido Lucio otra chica para llevarse a la cama?

Alda le descubrió entre los clientes. Por un instante, Marco creyó notar en su mirada un rastro de preocupación al ver las heridas de su rostro. Sin embargo, ella desvió la mirada de inmediato. La hispana también estaba bien entrenada. Los esclavos no debían inmiscuirse en los asuntos de los clientes, y mucho menos crear lazos de afectividad con ellos.

Alda le dedicó una sonrisa a Lucio Saturnino antes de desaparecer por otra

puerta, la que daba a las cocinas. El propietario de la taberna de Quelidón tenía dada la orden estricta de que todos los esclavos y esclavas que cumplieran algún servicio sexual debían descansar y asearse en profundidad después del mismo. Sin excepciones de ningún tipo. Los buenos esclavos eran caros y difíciles de encontrar, y el misterioso amo sabía que había que cuidarlos para que ellos cuidaran a sus clientes. Sin duda, Alda se disponía a disfrutar de un bien merecido descanso, pensó Marco.

Marco Lemurio respiró hondo para controlar sus celos. Era absurdo encapricharse de una esclava como aquella. Ni podía pagar sus servicios en exclusiva ni podía pretender que ella rechazara a otros clientes. Tenía que centrarse en su tarea. Aunque lo que el cuerpo le pedía era dar un buen puñetazo a Lucio Saturnino, en realidad debía invitarle a tomar una copa. Y era eso precisamente lo que se disponía a hacer.

—Lucio Saturnino— dijo Marco, saludando al hombre que estaba a punto de marcharse. Lucio se dio la vuelta.

—¿Te conozco?— preguntó al ver el rostro amoratado y desfigurado de su interlocutor. Pero de inmediato reconoció a Marco Lemurio bajo las heridas e hinchazones.— Marco... te han dado una buena. ¿Alguna clienta despechada porque el filtro de amor que le vendiste no ha funcionado?

—Es una larga historia...— respondió él, dando a Saturnino la mano para saludarlo—. ¿Puedo invitarte a una copa?

—Lo cierto es que tenía un compromiso... Nada serio. Un senador que quería contratar mis servicios. Pero puedo ir mañana a verlo. Los amigos son los primero.

Marco sonrió, a sabiendas de que tal compromiso con un senador no existía. Los que conocían a Lucio Saturnino sabían que solía alardear de sus relaciones con la alta sociedad romana. Unas relaciones que sólo existían en la imaginación de aquel individuo de rostro agradable y voz dulce. Lucio decía ser un hijo bastardo de Lucio Apuleyo Saturnino, el polémico tribuno de la plebe que había muerto asesinado a mano de un grupo de jóvenes aristócratas por sus radicales proyectos de ley. A pesar de sus reivindicaciones, la auténtica familia de Saturnino jamás había reconocido a aquel arribista presuntuoso que pretendía igualarse con ellos a pesar de haber nacido de una mujer cualquiera de los bajos

fondos de Roma. En alguna ocasión habían llegado a amenazarle por usar aquel *nomen* que, según ellos, no le correspondía y había usurpado. Lucio Saturnino, sin embargo, no sólo se empeñaba en defender que aquel era su auténtico nombre, sino que se comportaba como si cenara cada noche en compañía de la más rancia aristocracia patricia.

Ambos tomaron asiento en la mesa favorita de Marco. Éste hizo una señal a una de las esclavas para que se acercara. Fue la joven de pelo rubio la que una vez más atendió a Marco.

—Tráenos vino. Pero no ese vinagre asqueroso que me has servido antes. Vino de verdad. Con lo que te he pagado antes bastará para un par de jarras.

La joven no protestó. Sabía reconocer cuando un cliente la había sorprendido tratando de colarle un producto de mala calidad. Y sabía mejor aún que no convenía forzar demasiado al cliente que se sentía engañado. Casi al instante regresó con una jarra de vino, por cuyo olor Marco ya pudo comprobar que no tenía nada que ver con el que le habían servido antes.

Lucio Saturnino dio un trago, breve y contenido.

—Buen caldo— dijo—. Se nota que eres un cliente apreciado. A mi sólo me sirven vinos picados.

—Ser generoso con las propinas ayuda a que te traten mejor.

—Prefiero gastarme mi dinero arriba, en las habitaciones, que aquí abajo rodeado de hombres peludos y malolientes. ¿Conoces a Alda, la esclava hispana? Resulta que...

Marco atajó el tema de inmediato. No se sentía con fuerzas para escuchar detalles escabrosos acerca de lo que había ocurrido en el piso de arriba entre la hispana y Lucio.

—En otra ocasión hablaremos de mujeres, Lucio. Tengo un tema importante del que hablarte.

Saturnino, frustrado por no poder explayarse a gusto acerca de las habilidades sexuales de Alda, guardó silencio.

—Necesito tu ayuda para resolver un enigma político.

—¿Marco Lemurio preocupándose por la política?— preguntó, con ironía—. ¿Y todo aquello de que los nobles sólo utilizan al pueblo para conseguir sus votos y su sangre en el campo de batalla? ¿Ahora te interesa lo que ocurre en el Senado y las asambleas?

—Mi opinión sigue siendo la misma, y dudo que cambie nunca. Pero necesito entender algunas cosas para solucionar un problema que tengo entre manos.

Marco le contó a Lucio, sin entrar en detalles, cómo había acabado envuelto en una investigación sobre la muerte de uno de los hombres de Aulo Gabinio, y cómo el mismo Pompeyo el Grande le había contratado para averiguar quién había detrás de aquella muerte. No mencionó su encuentro con la sombra ni sus sospechas de que la muerte de Sexto Pedario podía estar relacionada con elementos sobrenaturales. Lucio Saturnino, como la mayoría de los que conocían a Marco, sabían que éste se dedicaba a actividades extrañas relacionadas con lo sobrenatural y la magia. Pero, también como la mayoría de los que conocían a Marco, creía que era un simple charlatán que se aprovechaba de las necesidades ajenas para hacer negocio.

—Así que trabajas para Pompeyo— respondió Lucio, sin poder evitar que se apreciara en su tono un cierto toque de envidia—. Te pagará bien, supongo.

—No puedo quejarme— respondió Marco—. El problema es que Pompeyo y Gabinio están convencidos de que la muerte de Sexto Pedario está relacionada con sus rivales políticos en el Senado...

—Y tú no tienes ni idea de quiénes son esos rivales políticos— dijo Lucio.

—Exacto. Ni la más remota idea. Para mí todos los nobles son cachorros de Sila que se criaron y enriquecieron durante su dictadura. No sé distinguir entre unos y otros.

—La política romana es un mundo complejo y, sobre todo, cambiante. Las alianzas van y vienen, los matrimonios de conveniencia se acuerdan y se rompen, y las amistades fluctúan como las aguas del Tíber. Y en muchos casos llevan tanta mierda como las aguas del Tíber, por cierto.

—Necesito que me ayudes a navegar por esas aguas llenas de mierda— dijo Marco, poniendo dos monedas sobre la mesa. La sonrisa de Lucio se ensanchó, dejando ver unos dientes blancos y bien alineados—. A ser posible sin que nos ahogemos en ellas.

—Soy el hombre que necesitas— dijo recogiendo las dos monedas. Fingir que uno pertenecía a una clase más alta de la que en realidad le correspondía era algo caro de mantener. Lucio aceptaba cualquier propuesta de negocio que le brindara la oportunidad de ganar algo de dinero, por muy magra que fuera la suma—. ¿Por dónde empezamos?

—¿Quién puede querer causar daño a Gabinio y a Pompeyo?

Lucio se echó hacia atrás en la silla, poniéndose cómodo.

—Acabaríamos antes si me preguntaras quién no quiere hacer daño a Pompeyo hoy en día. Medio Senado finge estar de su lado, pero está deseando verlo caer. El otro medio trata de hacerle caer abiertamente. Pompeyo goza de una inmensa popularidad entre el pueblo. El vencedor de Sertorio, Espartaco y todo eso... Pero su suerte entre los aristócratas parece estar acabándose. Mientras hubo guerras que dirigir, Pompeyo fue un mal útil que todos estaban dispuestos a soportar. Con las provincias occidentales pacificadas y Roma fuera de peligro directo, Pompeyo se ha convertido en un hombre prescindible. Es un general, no un político. Lo suyo es ganar guerras, pero no sabe gestionar la paz. Por eso sus enemigos aprovechan estos momentos en los que no cuenta con un ejército detrás para debilitarle todo lo posible.

—Así que casi cualquiera podría estar detrás del golpe contra Gabinio y sus hombres. La verdad es que no me ha sido de mucha ayuda...

—Vamos por partes. Casi todos quieren derribar a Pompeyo, pero no todos tienen el valor o la fuerza para intentarlo. Sólo hay un grupo de senadores que cuentan con la influencia necesaria para hacer algo así y pretender salir indemnes del asunto. El grupo de Catulo, los Lúculos y Hortensio. Los fieles herederos de Sila y los guardianes de su legado.

—Todos los aristócratas son fieles herederos de Sila...— comentó Marco con desprecio.

—Sí y no. Casi todos los que se opusieron a Sila murieron, o en la guerra o

ejecutados durante la dictadura. Pero algunos consiguieron sobrevivir, de forma más o menos disimulada. Ahí tienes al joven Julio César, sobrino de Mario y yerno de Cinna. Tuvo los cojones de desafiar a Sila y salió vivo de ello, gracias en gran medida a sus contactos familiares. Todavía es sólo un pequeño brote en el bosque senatorial, pero estoy seguro de que ese César llegará a ser un enorme árbol que hará sombra al resto.

Marco comenzaba a sentirse confundido.

—¿Ese César es enemigo de Pompeyo?— preguntó.

—Ni mucho menos. Dicen que fue él quien propició el entendimiento entre Pompeyo y Craso para que ambos ocuparan el consulado hace tres años. César lleva su propio juego político, pero por el momento se conforma con estar a la sombra de Pompeyo mientras gana méritos lentamente. Craso es un caso aparte. Es evidente que odia a Pompeyo, pero dudo mucho que esté detrás del asesinato de uno de sus hombres. A Craso le mueven el dinero y la gloria, pero por el momento está más centrado en lo primero que en lo segundo.

Lucio miró a su alrededor, en busca de oídos indiscretos que pudieran estar escuchando sus palabras. Estaba hablando con más libertad de la que acostumbraba en un lugar público como aquel. Una palabra de más que llegara hasta oídos poco adecuados podían acabar con su carrera de un soplido. Al menos eso es lo que a él le gustaba creer.

—Como te decía, los pocos opositores que se opusieron a Sila y sobrevivieron son demasiado débiles y no están organizados. Los enemigos de Pompeyo hay que buscarlos entre los que antaño compartieron con él los favores del dictador. Tras la muerte de Sila, sus fieles comenzaron a distanciarse. Ahí tienes el caso de Lépido, que trató de montar un golpe de estado por su cuenta y acabó más muerto que Catón el Censor. Pompeyo fue más listo y decidió atacar el legado de Sila donde era más vulnerable: en sus leyes. Cuando llegó al consulado hace tres años hizo aprobar todo tipo de proyectos legislativos que destruyeron la labor que tan cuidadosamente había llevado a cabo Sila durante años. Se devolvieron sus derechos a los caballeros, se restituyeron sus poderes a los tribunos de la plebe, se quitó a los senadores la exclusividad de ejercer como jurados... Todo por lo que los silanos habían combatido durante décadas quedó borrado en tan solo unos meses.

—¿Por qué hizo Pompeyo algo así? Quiero decir que él también se beneficiaba de las leyes impuestas por Sila.

Marco conocía algunas de las medidas que Pompeyo había hecho aprobar como cónsul pocos años antes. La devolución de sus poderes a los tribunos de la plebe había sido recibida entre el pueblo como si el general les hubiera devuelto una libertad arrebatada mucho tiempo atrás. Cualquier habitante de Roma, por mucho que se desentendiera de los temas políticos, había seguido los sucesos de aquellos meses con un mínimo de interés.

—Pompeyo no tiene ideología política alguna. Es un militar, un hombre práctico. Sabía que aprobar aquellas leyes era un medio para ganarse el favor del pueblo, tanto como montar un desfile triunfal con elefantes o celebrar juegos y banquetes por toda la ciudad a costa de su erario particular. Devolviendo a los tribunos de la plebe sus poderes se ganaba al pueblo, y se aseguraba sus votos durante una buena temporada.

—¿No lo hizo por favorecer al pueblo, entonces?

—En absoluto. Como tampoco luchó del lado de Sila porque creyera en sus medidas a favor del Senado. Pompeyo sólo cree en Pompeyo. Lo demás, la política, las alianzas, las leyes, incluso la guerra, son medios para conseguir sus objetivos.

Marco asintió. Lucio demostraba una claridad en su visión política que muy pocos hombres con los que él había hablado antes podían igual. Resultaba difícil encontrar en Roma a alguien capaz de criticar a Pompeyo de forma tan clara y certera. Se preguntó qué le ocurriría a su amigo si esas palabras llegaban a oídos de gente como los miembros del *collegium* del Tritón, en el Aventino, totalmente entregado a Pompeyo.

—Con esas leyes se ganó al pueblo. Pero se creó poderosos enemigos. Y ahí volvemos al grupo del que ya te he hablado: Catulo, Hortensio, los hermanos Lúculo. La rancia aristocracia silana que ha visto cómo Pompeyo destruía todo por cuanto habían luchado.

La esclava rubia se acercó a la mesa y retiró la jarra vacía, tomándose más tiempo del necesario para hacerlo. Lucio guardó silencio en el momento en el que vio que se aproximaba, y no retomó la conversación hasta que ella se hubo marchado.

—¿Quieres un consejo? No te fíes de las putas. Lo que escuchan de boca de los clientes vale más que lo que tienen entre las piernas. Nunca abras tu corazón a una de estas esclavas. Sería tu perdición.

Marco pensó de inmediato en Alda, a la que, tras una noche de pasión, había contado toda su vida. Alda, que en aquellos momentos se encontraba tan cerca de él, descansando en una habitación, después de haber retozado con el hombre que tenía justo en frente... Marco desechó el pensamiento de inmediato.

—Gracias por el consejo. Volvamos al grupo de enemigos de Pompeyo.

Lucio asintió.

—Como te decía, Pompeyo no es un hombre que sepa gestionar la paz. No sabe moverse en el Senado, es un orador mediocre, no sabe fingir aprecio ni aparentar interés. Como político no vale mucho. Él mismo es consciente de sus limitaciones, y busca una guerra que dirigir para poder marcharse de Roma cuanto antes. Ahí es donde entra Gabinio y su propuesta de ley. Ya sabes a lo que me refiero.

—La verdad es que no— confesó Marco. Había escuchado que Gabinio planeaba presentar a la asamblea de la plebe una ley importante de la que todo el mundo hablaba. Algo relacionado con oriente, un mando militar o algo así. Marco no había prestado atención al asunto hasta que se le presentó como una necesidad.

—¿En qué ciudad vives, Marco Lemurio? Los dioses tendría que haberte hecho nacer en una choza en lo más profundo de Hispania...

—Habría sido feliz, cultivando mis tierras y desentendiéndome de la hipocresía de los políticos romanos— respondió, aunque de inmediato se imaginó la escena de una vida lejos de las tabernas y el bullicio y le recorrió un escalofrío—. Continúa.

—Pompeyo quiere una guerra, pero para desgracia suya todos los mandos importantes ya están en manos de generales influyentes. Así que ha puesto los ojos en varios objetivos. El primero de ellos es la guerra contra los piratas de los mares orientales. Un problema que ningún general ha conseguido solucionar hasta el momento y que se ha convertido en un grave obstáculo para la prosperidad. Gabinio planteará a los votantes que se invista a Pompeyo de un

imperium que abarque todos los mares, con poderes para reclutar tantos hombres como necesite y construir flotas en cualquier puerto amigo. Un poder del que ningún general ha disfrutado antes.

—Bien por él. Pompeyo tendrá su guerra y los piratas dejarán de robar los barcos de trigo que llegan a Roma. ¿Dónde está el problema?

—El problema es que los piratas son sólo el primer paso en el objetivo final de Pompeyo. Y aquí entro en el terreno de las suposiciones, porque nadie se atreve a confesar esto... Dicen que Pompeyo ha puesto el ojo en la guerra contra Mitrídates del Ponto. Pero para ello tendrá que conseguir que el Senado o las asambleas le quiten el mando a Lucio Licinio Lúculo. Amigo y aliado de Catulo, Hortensio y el resto de senadores silanos más conservadores.

—¿Gabinio presentará también una ley para quitar el mando a Lúculo?

—Por el momento no se ha dicho nada claro, y tanto el tribuno como sus hombres se centran en dar publicidad al tema del mando contra los piratas. Pero muchos tenemos claro que el objetivo final será arrebatarse el mando de las tropas de Oriente a Lúculo. De este modo, Pompeyo acabará una guerra que el mismo Sila no pudo concluir, convertirá Oriente en una provincia romana y será...

—El nuevo héroe de Roma...— concluyó Marco.

Lucio Saturnino asintió, satisfecho de haber sabido exponer sus ideas de forma clara. No resultaba nada fácil resumir la complejidad de la política romana a alguien que no sabía nada del tema.

—Algunos no dicen héroe. Dicen que se convertirá en el nuevo amo de Roma. Recuerda que Sila se hizo con el poder absoluto al regresar desde Oriente con sus ejércitos. La idea de Pompeyo haciendo el mismo camino resulta inquietante para muchos.

—Al margen de esas suposiciones. Los aliados de Lúculo en Roma temen que se le quite a éste la gloria de la guerra en Oriente— recapituló Marco—, y que esta gloria recaiga en Pompeyo.

—Algo que le convertiría en alguien intocable, capaz de arrancar al pueblo y al Senado cualquier medida o ley que se le pasara por la cabeza. Pero eso sólo ocurrirá si Gabinio consigue que sus leyes sean aprobadas durante su tribunado.

—Eliminando a Gabinio, eliminarían el riesgo— dedujo Marco.

—Ahí tienes la respuesta a tus dudas— dijo Lucio, y de un trago vació su jarra de vino.

Después de llegar a la conclusión de que era a Lúculo y los suyos a quienes les interesaba por encima de todo eliminar a Gabinio, la conversación transcurrió por otros derroteros menos interesantes para Marco. De hecho, había sido Apuleyo el que había llevado casi todo el peso de la charla. Marco apenas prestaba atención a lo que el otro le decía, limitándose a asentir de vez en cuando y sonreír por cortesía. Estaba más pendiente de la puerta por la que Alda había desaparecido que en lo que Apuleyo podía contarle. Sin embargo, la esclava no volvió a dar señales de vida, por lo que al final Marco se cansó y decidió volver a casa.

Consciente de que, a pesar de su sensación de haber avanzado en la investigación, el círculo de personas sospechosas era aún inmenso, Marco pidió a Lucio Apuleyo que se mantuviera atento a cualquier información que pudiera serle de interés.

—Mañana tengo una cita importante que podría resultarte de interés. ¿Sabes lo que es un *nomenclator*?

Marco asintió. El *nomenclator* era un sirviente que acompañaba a un candidato durante la campaña electoral, para susurrarle a éste de forma discreta el nombre de todas las personas que se le acercaban a saludarle o a ofrecerle su apoyo. De este modo, el político en cuestión podía dirigirse por su nombre a sus futuros votantes, ganándose su favor con mayor facilidad. El *nomenclator* era, por regla general, un esclavo entrenado para esta función.

—Voy a ofrecerle mis servicios como *nomenclator* a un noble que presenta su candidatura a cuestor. Nadie importante, por desgracia. Familia casi desconocida. Un abuelo suyo llegó a ser magistrado en un municipio del sur, y poco más. Sin embargo se rumorea que cuenta con el apoyo del grupo de Lúculo. Podría tener conexiones interesantes. Si quieres puedes acompañarme... como mi asistente.

—¿No suele ser un esclavo el que hace el trabajo de *nomenclator*?— preguntó Marco.

—Los que pueden pagar o entrenar a un *nomenclator* propio usan esclavos, sí. Mi cliente sin embargo tiene que conformarse con alquilar mis servicios. Su patrimonio no da para más, por mucho que finja ser descendiente del mismo rey Numa.

Mira quién fue a hablar, pensó Marco. Pero no dijo nada. El plan era tan bueno como cualquier otro para continuar con sus investigaciones. Quedó en reunirse con Lucio al amanecer en aquel mismo lugar. La idea de despertarse antes del alba le resultaba casi tan dolorosa como los golpes que le habían propinado la noche anterior, pero no tenía más remedio si quería acompañar a su nuevo aliado. Los negocios de la gente de bien se hacen por la mañana, una frase que repetía a menudo su madre para afearle su costumbre de dormir hasta tarde.

Capítulo 10

La seguridad del hogar

La conversación con Lucio Apuleyo y, ante todo, la visión de Alda con otro hombre, le habían hecho olvidar la discusión con Antígona y Céfiro aquel mismo día. Marco se encontró con el esclavo en el portal de su casa. El niño estaba sentado en el suelo, jugando con un pequeño caballo de madera y lo que parecía ser un guerrero, hecho del mismo material. Hacía tiempo que no veía a Céfiro con sus juguetes. Marco había llegado a pensar que ya era muy mayor para sentirse interesado por aquellas cosas. Era evidente que Céfiro, a pesar de rondar los diez años, seguía siendo un niño en muchos sentidos.

Marco se acercó a él, sonriendo y trató de revolverle el pelo, como hacía siempre que le pillaba desprevenido. Céfiro le vio venir y se zafó de su caricia. Fue entonces cuando Marco recordó la pelea. Céfiro le miró con el ceño fruncido y apartó el rostro.

—¿Aún sigues enfadado?— preguntó, sentándose a su lado. Las heridas producidas por la paliza de la noche anterior volvían a dolerle. Tendría que volver a untarse el ungüento de su madre en cuanto subiera a casa.

Céfiro no respondió. Siguió jugando con el caballo y el guerrero, fingiendo una conversación entre ambos.

—Céfiro, siento haberte hablado así. Sabes que Antígona es capaz de sacar lo peor de mi, pero tú no tienes la culpa. No debería haber pagado contigo mi enfado. Y entiendo que trates de defenderla después de lo que ella y su padre han hecho por nosotros.

Céfiro dejó el caballo y el guerrero en el suelo, sin soltarlos. Sin mirar a Marco, le respondió.

—También lo mejor— dijo.

Marco arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Céfiro alzó el rostro.

—Has dicho que Antígona saca lo peor de ti. Pero también saca lo mejor. Nunca has sido tan feliz como cuando estabas bien con ella. Y eres un estúpido si no te das cuenta de ello.

Marco suspiró. Céfiro tenía razón. Su relación con Antígona había sido una constante tormenta de celos, peleas y reproches. Pero también habían sido los mejores meses de su vida adulta.

—Te prometo que en el momento que termine el asunto que tengo entre manos, hablaré con ella. Intentaré que seamos amigos, al menos.

—Antígona y tú no podéis ser amigos. Sigues enamorado de ella.

—No, Céfiro. No estoy enamorado de ella.

Pensó en Alda. ¿Estaba enamorado de la esclava? Marco sintió que las sienas empezaban a latirle. Lo último que necesitaba en aquellos momentos eran debates internos acerca de sus sentimientos. Debía centrarse en el asunto del hechicero que había invocado las sombras.

—Sí lo estás.

—No, no lo estoy. Tú no lo entiendes, pero es así.

—¿No lo entiendo porque soy un esclavo?— preguntó Céfiro, con evidente resentimiento.

—No lo entiendes porque eres un niño— dijo Marco.

Ambos se quedaron en silencio un rato. Una vecina pasó junto a ellos, cargada con una cesta llena de manzanas. Les miró sin ocultar su desagrado y continuó su camino escaleras arriba.

La noche cayó sobre Roma. Una noche primaveral, llena de aromas frescos transportados por la brisa. En las pequeñas ventanas que daban a la calle comenzaron a encenderse las tenues luces de las lamparillas de aceite.

—¿Subimos a casa?— preguntó Marco— ¿O nos quedamos aquí toda la noche?

Céfiro se puso en pie.

—Vamos a casa— dijo.

Marco no tenía mucha hambre, pero cenó en silencio lo que Céfiro le preparó. Estaba deseando acostarse para planear sus próximos movimientos. No estaba muy seguro de que el candidato a cuestor que había contratado a Lucio Apuleyo pudiera serle de mucha ayuda, pero era la única pista que tenía por el momento. Necesitaba descansar para poder pensar con claridad.

En cuanto hubo recogido la mesa, Céfiro pidió permiso para acostarse. El niño no solía pedir permiso para hacer las cosas, pero en aquella ocasión lo hizo, de forma exageradamente servil. Marco entendió que continuaba enfadado con él por haberle llamado esclavo de la forma en que lo había hecho. Pasarían días antes de que el enfado se disipara por completo. Marco pensó en pedirle al niño que le ayudara a untarse el unguento antes de irse a la cama, pero decidió no empeorar la situación.

—Acuéstate y descansa. Mañana tengo que despertarme antes del alba. ¿Me avisarás si me quedo dormido?

—Te avisaré, amo.

—Céfiro...

—Que descanses.

El niño se tumbó en el jergón de paja, mirando hacia la pared, y se cubrió con sus mantas.

Marco se levantó de la silla y se dirigió al dormitorio. Tomó el maloliente unguento de una de las estanterías y se lo untó en las piernas, los brazos y el torso, sintiendo un alivio inmediato. No le quedaba mucho. Tendría que fabricar más en algún momento. Aunque para ello tuviera que entrar en la tienda de su madre.

Marco sacudió la cabeza. No quería pensar en aquel lugar. La tienda de Neóbula, el lugar en el que había atendido a sus clientes antes de ser condenada a muerte, se encontraba en la planta baja de aquel mismo edificio. Cerrado con llave. Marco odiaba aquel lugar. Odiaba pensar en él. Odiaba más aún tener que entrar en él. Porque en ese sitio, todos y cada uno de los rincones le recordaban a su madre.

No, no entraría ahí abajo a menos que fuera absolutamente necesario. El unguento tendría que esperar.

Marco se metió en la cama y de un soplido apagó la llama de la pequeña lucerna de barro. Se quedó dormido casi al instante.

Soñó con una mujer. Tenía el rostro de Antígona, pero iba vestida como una prostituta de la taberna de Quelidón, y su cuerpo era rotundo y ampuloso, muy diferente de la esbelta silueta de la hija de Periandro. Él estaba sentado en una mesa de la taberna, que estaba totalmente vacía con excepción de la mujer que limpiaba las mesas. El ambiente era extraño, con una luminosidad que Marco nunca había visto en la taberna real. Marco miraba a la mujer en silencio. Ella se volvió hacia él y le habló, pero Marco no podía entender sus palabras. Era como si hablara en una lengua extraña, que nunca había oído antes. La mujer se dio la vuelta para limpiar una mesa, y cuando se giró de nuevo, su rostro había cambiado. Era Alda, la esclava, la que le miraba ahora con rostro provocativo. Cuando habló de nuevo, Marco entendió lo que decía.

—¿Tienes frío?— preguntó ella.

Marco asintió, cobrando conciencia de que tenía la piel de gallina. ¿Por qué hacía tanto frío en la taberna?

Algo sacudió su hombro con fuerza, sacándolo del sueño y haciendo que la

taberna y la muchacha desaparecieran de golpe. El sueño se desvaneció, pero seguía haciendo mucho frío. Marco se dio la vuelta y trató de arroparse con más mantas para volver a conciliar el sueño. Quería volver a ver a aquella joven. Sin embargo, algo volvió a aferrarle por el hombro y a sacudirle con fuerza.

Marco abrió los ojos. La oscuridad en la habitación era casi total, con excepción de un rayo de la luna que se colaba por la trampilla que daba al tejado. Marco tardó en darse cuenta de lo que ocurría. Céfiro estaba sentado en la cama, junto a él, aferrado a su brazo. Era el niño quien le había despertado.

—Céfiro— dijo, aún somnoliento—. ¿Qué ocurre? ¿Ya tengo que levantarme?

—Hay algo en la puerta de casa, intentando entrar.

Marco se incorporó, despejándose de golpe.

—¿A qué te refieres?

—No podía dormir. Estaba pensando en... Bueno, no podía dormir. Entonces empezó a hacer mucho frío. Como si hubiera vuelto el invierno de pronto. Algo empezó a rascar la puerta... y a murmurar cosas. Creo que todavía sigue ahí fuera.

Marco se levantó de la cama de un salto.

—Quédate aquí— dijo.

—No. Voy contigo.

Marco pensó en insistir, pero decidió que era mejor dejar que Céfiro le acompañara. Tratando de no hacer ruido, ambos entraron en la pequeña sala que hacía las veces de salón y recibidor. La temperatura allí era incluso más baja que en el dormitorio. Marco podía sentir cómo una gélida brisa acariciaba sus pies, deslizándose bajo la puerta de madera.

—Silencio— dijo Marco, y escuchó atentamente.

Había algo al otro lado de la puerta. Algo que rascaba contra la madera, como si tratara de entrar en el interior de la casa. Algo que susurraba, que

siseaba un rumor ininteligible. Un rumor que Marco ya había escuchado antes.

—No te preocupes, Céfiro. No puede entrar aquí.

Marco avanzó hasta la puerta y extendió la mano sobre ella. Estaba helada. Retiró la mano y se giró hacia el niño.

—Enciende una lucerna.

Céfiro obedeció. Con la pequeña llama iluminando la estancia, el miedo del esclavo comenzó a disiparse. Su amo sabría hacer frente a la situación.

La cosa al otro lado comenzó a hacer más ruido. Sus gemidos se volvieron más audibles, y sus intentos de rascar la puerta más fuertes.

Marco miró al esclavo. En el rostro del hombre no había miedo. Sólo una sonrisa traviesa, como si se estuviera divirtiendo.

—¿Quieres ver lo que hay ahí fuera?— dijo.

El niño estaba a punto de decir que no, pero, por algún motivo, asintió con la cabeza. La curiosidad se impuso al miedo.

Marco abrió la puerta de golpe.

Al principio, Céfiro pensó que no había nadie en el umbral. Los siseos, sin embargo, aumentaron de volumen, como si la criatura invisible estuviera ansiosa de lanzarse sobre la presa ahora que la puerta estaba abierta. El niño dio un paso al frente, para ver mejor.

—No te acerques mucho— dijo Marco. Él, sin embargo, estaba frente a la puerta, casi en el umbral.

—No veo nada— dijo Céfiro.

—Retira la luz y fíjate mejor.

Céfiro obedeció, apartando la lucerna y dejando el umbral de la puerta a oscuras. Fue entonces cuando, al caer la oscuridad, el niño pudo ver la silueta informe de una criatura, apenas una sombra que flotaba frente a su amo. La

sombra se movía y fluctuaba, apareciendo y desapareciendo. Un fantasma gaseoso que emitía un furioso siseo y trataba de penetrar en la habitación. En algunos momentos era una simple columna de oscuridad fluctuante. Al instante, la sombra parecía adoptar una forma vagamente humana, con brazos largos y piernas muy cortas.

—¿Qué es?— preguntó boquiabierto.

—Una sombra que alguien ha invocado para matarme. Pero tranquilo, no puede hacernos daño. No mientras estemos en casa.

Céfiro miró mejor a la criatura. La forma gaseosa trataba de entrar en la casa, pero algo se lo impedía. Cada vez que avanzaba, se veía obligada a retroceder, como si una fuerza invisible la repeliera.

—¿Por qué no puede entrar?

Marco sonrió con amargura, como siempre que hablaba de su madre.

—Mi madre supo proteger su hogar y a todos los que vivieran en él. Hay grabados en el marco de la puerta, hechizos poderosos cuyo secreto murió con mi ella. Impiden que criaturas como ésta puedan entrar aquí. Nos protegen de los poderes de la noche, Céfiro.

El niño asintió, todavía con la boca abierta. Marco no hablaba mucho de su madre, la misteriosa Neóbula. La mujer había sido asesinada años antes de que Céfiro fuera recogido por Marco. Céfiro pensó que, si era capaz de hacer cosas como aquella, sin duda había sido una mujer extraordinaria.

—¿Y si saliéramos al exterior?

—Nos mataría de inmediato.

—Entonces... no podemos salir.

Marco volvió a sonreír, esta vez sin resto de amargura en el rostro.

—No tengo las habilidades de mi madre... pero puedo acabar con esta criatura. Acércame un trozo de carbón del dormitorio.

Céfiro dudó unos instantes. No quería entrar en el dormitorio él solo. Imaginaba todo tipo de criaturas acechando en las sombras de la habitación, criaturas iguales o peores a la sombra que acechaba en la puerta.

—Puedes llevarte la lucerna— dijo Marco.

El niño tomó la lámpara y echó a correr hacia el dormitorio. Por algún motivo que no alcanzaba a comprender, la pequeña llama le transmitía seguridad. Una vez en la alcoba, buscó entre las pertenencias de su amo, todas revueltas y tiradas sobre el escaso mobiliario, hasta dar con un pequeño fragmento de carbón. Con él en la mano, regresó a la habitación principal y se la arrojó a Marco.

—Ahora, veas lo que veas, ocurra lo que ocurra, no intervengas. No estoy bromeando, Céfiro. Quédate donde estás.

El niño dio un paso hacia atrás. Tenía una vaga idea de las cosas que hacía su amo durante su jornada laboral, pero nunca le había visto actuar en persona.

Marco mudó su semblante. La sonrisa desapareció. Respiró hondo y murmuró unas palabras con un siseo. Entonces, se puso de rodillas en el suelo y comenzó a trazar, cerca del umbral de la puerta, líneas, círculos y elipses, entre las cuales escribió palabras en diversas lenguas.

Debido a la escasa luz, Céfiro apenas podía ver lo que estaba haciendo su amo en el suelo. ¿Pretendía acabar con aquella criatura haciendo dibujos en el suelo?

Marco se puso en pie. Alargó la mano hacia la mesa, en la que descansaba un pequeño cuchillo de cocina. Con el instrumento en la mano, se hizo un pequeño corte en la muñeca, que comenzó a sangrar de inmediato. Marco extendió el brazo y dejó caer las primeras gotas de sangre sobre el dibujo.

—Hécate, mi sangre por tus favores. Señora de la noche, mi sacrificio por tu ayuda. Dame la luz que revelará a mi enemigo. Concédeme tu favor, Hécate.

Al principio no ocurrió nada. Sin embargo, en cuanto se hubo formado un pequeño chaco de sangre en el suelo, Céfiro observó cómo las losas absorbían el líquido, haciéndolo desaparecer.

—Hécate, mi sangre por tus favores— repitió Marco.

Fue entonces cuando la pequeña esfera de luz se materializó sobre el diagrama del suelo. Una esfera no mayor que el puño de un niño, que brillaba con una luz blanca y pura. La habitación quedó iluminada por completo, más de lo que Céfiro había visto nunca. El niño parpadeó asombrado.

La esfera se elevó lentamente hasta quedar a la altura de los ojos de Marco. Frente a él, la sombra empezó a gemir con más fuerza, como si supiera el destino que la aguardaba. La luz de la esfera comenzó a aumentar su intensidad, hasta que ésta estalló en millones de chispas. La sombra gritó, desesperada.

Y se hizo el silencio y la oscuridad. Con los ojos acostumbrados a la luz sobrenatural de la esfera que Marco acababa de invocar, la pequeña llama de la lucerna apenas permitía ver nada. Céfiro se restregó los ojos con fuerza y contempló la escena. Su amo permanecía quieto, en silencio, mirando al frente, al lugar en el que instantes antes se encontraba la criatura de sombras. No había rastro de ella en el umbral de la puerta.

—¿Las has matado?— preguntó.

Marco se giró hacia él. Al principio, Céfiro vio en los ojos de su amo una mirada confusa, como si no le reconociera, pero al momento volvió a la normalidad. El corte en la muñeca seguía sangrando.

—No sé si se puede matar a estas cosas. Desde luego la hemos enviado al lugar de donde procede, sea cual sea ese lugar.

Céfiro se apresuró a coger unos trapos limpios y a tendérselos a Marco para detuviera la hemorragia.

—Es sólo un corte superficial. Para este tipo de hechizos sólo se requiere un poco de sangre... nada grave. En un rato dejará de sangrar.

El niño asintió, no muy convencido. El trapo que su amo sostenía contra la herida había tomado un color rosáceo demasiado rápido.

Marco cerró la puerta de la casa.

—Espero que los vecinos no se hayan despertado con todo este escándalo.

—Tal vez alguno se haya encontrado con esa criatura por la escalera...

Marco negó con la cabeza.

—Es muy improbable. Hasta donde sé, las sombras sólo matan a aquellos que el brujo que les invoca les señala. Incluso tú habrías estado a salvo si esa cosa hubiera conseguido entrar.

Céfiro reprimió un escalofrío.

—Prefiero no averiguarlo nunca...

El amo sonrió.

—Yo también. Y ahora a dormir. Aún puedo aprovechar unas horas de sueño antes del amanecer...

Marco se dirigió hacia la alcoba, pero al ver que Céfiro permanecía en el centro de la estancia sin dirigirse hacia su propio catre, se detuvo.

—¿Ocurre algo?— preguntó.

—Me preguntaba si... podría dormir contigo esta noche. Por si la herida se pone peor, ya sabes.

Marco asintió. Era evidente que Céfiro tenía miedo de que aquella criatura consiguiera volver y burlara la protección mágica de la casa.

—Claro. Está bien que alguien vigile mi herida mientras duermo.

El niño se adelantó a Marco para coger el hueco en la cama que estaba pegado a la pared. Marco sonrió con ternura. Era el mismo hueco en el que dormía cuando era apenas un bebé y ambos compartían la cama. Marco apagó la llama de la lucerna y se tumbó junto al esclavo y le revolvió el pelo.

—Buenas noches, Céfiro.

—Buenas noches.

Pasó un rato en el que ambos estuvieron en silencio, sin poder dormir. Cuando Marco estaba a punto de quedarse dormido, Céfiro le sacó del sopor.

—Que sepas que sigo enfadado por lo de esta mañana— dijo el niño.

Marco respondió con un bufido.

Capítulo 11

Un nuevo rico

Cuando el sol comenzó a elevarse sobre los tejados de Roma, Marco ya se encontraba frente a la taberna de Quelidón, esperando a la llegada de Lucio Saturnino. A pesar de lo temprano de la hora, la ciudad ya bullía con la actividad. Los comerciantes se apresuraban a montar sus puestos y escaparates, mientras los carros cargados de mercancías cruzaban las calles, formando grandes atascos. Insultos, gritos y risas resonaban en el ambiente, haciendo que Marco diera gracias a los dioses por tener su casa en un calleja alejada de aquel bullicio insoportable. Cómo podían dormir quienes vivían en las calles principales era un misterio para él.

Las puertas de la taberna estaban abiertas, como siempre, fuera noche o día. Algunos clientes, a quienes les había sorprendido el alba todavía aferrados a la jarra de vino o entre las piernas de una esclava, abandonaban el local con los ojos enrojecidos y el paso inseguro. ¿Cuántas veces el propio Marco había abandonado la taberna a aquellas horas? Él mismo era incapaz de contarlas.

Lucio Saturnino llegó puntual, luciendo tan pulcro y aseado como era habitual en él. Marco siempre se preguntaba cómo, con un patrimonio tan escaso, lograba Lucio aparentar tanta riqueza. Observando a su amigo caminar hacia él pensó que se debía tanto a la indumentaria como a sus largas zancadas y su mirada segura. Lucio había conseguido imitar la forma de moverse y actuar de los grandes nobles.

—Buenos días, Marco Lemurio. Reconozco que no habría apostado un as por que vinieras a nuestra cita.

—Qué poca fe tienes en mi...— comentó Marco mientras estrechaba la mano de su amigo.

Marco siguió a Lucio por las calles de Roma, en dirección a la *domus* de su cliente. Tuvieron que esquivar varios carros y enfrentarse a la ira de sus conductores, pero la muchedumbre desapareció cuando salieron de la Subura, atravesaron el foro y tomaron una de las calles que subía hacia el Quirinal. Lucio aprovechó la caminata para poner al día a su amigo acerca de la identidad de su cliente. Era el hijo de un rico caballero de la Campania que había hecho fortuna durante la rebelión de los itálicos, pasándose al bando romano en el momento conveniente y ganándose el favor de algunos oficiales con su hospitalidad. Años después, el hombre en cuestión se había aprovechado de las proscripciones de Sila, haciéndose con las tierras y las riquezas de muchos de sus vecinos. Marco torció el gesto. Otro que se había hecho rico gracias a la sangre derramada por Sila y los suyos. El hombre ya era muy anciano para intentar entrar en el Senado de Roma y ocupar las magistraturas de forma ordinaria, por lo que había puesto todas sus esperanzas en su hijo. Compró una casa en la parte baja del Quirinal, con vistas al foro, y dotó a su vástago de cuantos recursos estaban en su mano para que fuera elegido cuestor. Una de las maniobras que había realizado, dijo Lucio, era ofrecerse al grupo de Lúculo como fiel aliado.

—Se llama Quinto Arrio. Tiene más o menos nuestra edad, pero se comporta como una campesina recién llegada a la ciudad. Sólo piensa en beber y follarse todo lo que no pudo mientras vivía en el campo... En fin, una causa perdida. El dinero de su padre y la influencia del clan de Lúculo le convertirán en cuestor el año próximo. Pero es carne de prestamista, y de aquí a unos años no quedará nada de su patrimonio. La historia habitual de los nuevos ricos de Sila. Acumulan montones de deudas y van cayendo en la ruina... Algún día la República tendrá un problema con ellos.

Marco asintió. Aunque no solía prestar atención a las historias de los ricos y nobles, había escuchado muchos relatos semejantes. Hombres que se habían enriquecido de forma extraordinaria gracias a la guerra civil y a la dictadura de Sila, pero que no eran capaces de conservar su riqueza y adaptarse al modo de vida de las clases altas. Lo habitual era que pidieran grandes sumas de dinero a los prestamistas, con la esperanza de que un cambio de suerte les impulsara de nuevo. La mayoría acababan endeudados de por vida, y muchos añadían condenas judiciales a su total bancarrota. Marco no sentía ninguna lástima por ellos.

—Es bastante estúpido, así que podrás sonsacarle algo de información. Te presentaré como mi ayudante, un especialista en los bajos fondos y las tabernas

de la Subura...

—No sé si sabré hacer el papel— respondió Marco, con una sonrisa.

—Tú haz las preguntas que creas convenientes, pero si notas que te hago algún gesto, entonces cállate. Quinto Arrio es estúpido, pero no quiero perderle como cliente. Los campesinos recién llegados a Roma son siempre los más generosos. Tienen que aparentar ser tan ricos como Craso, y creen que tener la bolsa siempre abierta es la mejor manera de hacerlo.

Finalmente llegaron a la casa. Una *domus* de apariencia modesta, pero lo suficientemente cerca del foro como para haber costado una pequeña fortuna. Era una construcción antigua. Marco supuso que también aquella casa había sido obtenida tras la condena a muerte de su anterior propietario.

Entraron al atrio, que estaba completamente vacío, un síntoma inequívoco de que la casa pertenecía a una familia cuya riqueza era muy reciente. Los antiguas familias nobles tenían en su puerta de forma casi permanente una legión de clientes y otros individuos que solicitaban ser recibidos por el *pater familias* para exponerle sus problemas. Marco y Lucio tuvieron que esperar un rato antes de que alguien hiciera acto de presencia en el atrio.

Un esclavo joven, casi un adolescente, con el pelo rubio y rizado salió a recibirles. Por la hinchazón y el color rojo predominante en sus ojos se veía que acaba de levantarse de un corto sueño después de una noche de diversión. Marco, un experto en ese tipo de resacas, creyó oler incluso restos de vino en su aliento.

—¿Qué deseáis?— preguntó, con un tono altivo, como si el sacarle de su sueño hubiera sido una gran ofensa.

—Soy Lucio Saturnino, el *nomeclator*, y tengo una cita con tu amo.

El esclavo miró a los dos hombres de arriba a abajo, con evidente insolencia. Estaba claro que en aquella casa la disciplina en los sirvientes brillaba por su ausencia.

—Mi amo duerme aún— dijo.

—Fue su padre, el viejo Aulo Arrio quien contrató mis servicios. Supongo

que tendré que dirigirme a él— dijo Lucio.

Como si el nombre de Aulo Arrio hubiera sido un sortilegio, la actitud del esclavo cambió por completo. Se irguió y agachó la cabeza.

—Trataremos de despertar al amo. Pueden esperar aquí unos instantes— dijo antes de desaparecer en el interior de la casa.

Lucio Saturnino sonrió satisfecho.

—Aquí todos hacen lo que les viene en gana. Quinto Arrio es para sus esclavos un compañero de juega más que un amo. Pero es mentar al viejo Arrio, su padre, y todos se cagan de miedo.

Marco no pudo evitar pensar si Céfiro acabaría convirtiéndose con el paso de los años en un insolente joven como el esclavo que les había recibido. Él no podía evitar ver al pequeño esclavo más como a un hermano pequeño que como a un siervo de su propiedad.

Al poco rato regresó el joven de pelo rizado, con actitud mucho más respetuosa.

—Mi amo os recibirá en el comedor pequeño— dijo, dejando muy claro que en aquella *domus* había otra estancia destinada a los banquetes mucho más grande y lujosa que la que ellos iban a ver.

—Si eres tan amable de guiarnos...— dijo Lucio, haciendo un gesto al esclavo para que pasara delante.

Cuando entraron en la parte interior de la *domus*, encontraron un panorama totalmente desolador. Pasillos con suelos pegajosos. Manchas oscuras en las paredes. Trozos de cerámica, jirones de tela, cojines y todo tipo de objetos tirados por el suelo. En un rincón del patio, una pareja de mujeres, muy jóvenes, dormían semidesnudas, con la espalda apoyada contra una columna. Una de ellas estaba abrazada a un cántaro de vino. Un hombre obeso, cubierto por una peluca rubia, roncaba sonoramente, con los pies metidos en un pequeño estanque de aguas turbias.

—Parece que la fiesta se fue un poco de las manos...— comentó Lucio.

—Al amo le gusta recibir a sus amigos en casa— respondió el esclavo—. Su hospitalidad es famosa en toda la ciudad.

Marco miró al hombre y las mujeres que dormitaban en el patio y se preguntó si aquellas serían las amistades habituales para un joven romano que aspiraba a ingresar en el Senado. Parecían sacados de una de las peores tabernas de la Subura. Una de sus amadas tabernas de la Subura... Quinto Arrio comenzaba a caerle simpático.

—Su hospitalidad debería dejar de ser tan famosa si lo que quiere tu amo es convertirse en cuestor— comentó Lucio. El esclavo no respondió.

Cuando llegaron al comedor, el joven les indicó la puerta y se marchó. Lucio y Marco entraron en la habitación. Era una estancia decorada de forma muy lujosa, rallando incluso el mal gusto. Los suelos estaban cubiertos por mosaicos que simulaban los platos de un gran banquete. Aves asadas, pescados sazonados y frutas de todo tipo creados con un sinfín de teselas de colores brillantes. El centro de la estancia había varios triclinios, situados de la forma conveniente para celebrar un banquete. Tumbado en uno de ellos, recostado sobre un montón de gruesos y mullidos cojines, había un joven moreno que rondaba la treintena. Marco observó que los efectos de las fiestas y la buena vida comenzaban a dejar marcas en su físico. Tenía la nariz enrojecida, los ojos hinchados y las carnes fofas. No estaba gordo, pero, pensó Marco, no tardaría en estarlo.

Lucio y él se detuvieron frente al triclinio. El joven, con los ojos cerrados, estaba aplicando un suave masaje con los dedos sobre las sienas. Al sentir la presencia de los dos hombres abrió los ojos y los miró con gesto de hastío.

—Si venís a cenar, llegáis tarde. Si venís a comer, muy temprano— dijo, con voz perezosa y agrietada por la resaca.

—Tu padre me concertó una cita contigo hoy, Quinto Arrio— dijo Lucio, con voz suave, casi servil, sin resto alguno de reproche. Quinto Arrio podía ser un borracho irresponsable, pero también era un cliente al que tenía intención de complacer.

—Mi padre, mi padre... siempre mi padre. Ojalá se limitara a contar sus monedas de oro y sus ovejas en la casa de campo, a perseguir a las esclavas y a escribir sus absurdos tratados de agricultura. ¿Y qué quería mi padre que tratara contigo exactamente?

—Soy el *nomenclator* que te ayudará en la campaña electoral a cuestor, Quinto Arrio. Y este es mi ayudante. Marco Lemurio.

Marco dio un paso al frente y agachó la cabeza, en señal de respeto. Quinto Arrio le miró de arriba a abajo, con una mezcla de lascivia y curiosidad. Marco se sintió analizado. Sabía distinguir cuando un hombre le miraba con deseo sexual, algo que siempre le hacía sentir ligeramente incómodo. Entre los muchos placeres a los que se entregaba con asiduidad, no se incluía el sexo con otros hombres. Quinto Arrio apartó de inmediato la mirada, como si lo que veía no le interesaba en absoluto. Marco pasó de sentirse molesto a sentirse ofendido.

—Falta mucho para las elecciones— dijo con pereza.

—Si queremos tener alguna posibilidad, hay que empezar a trabajar hoy mismo— dijo Lucio con dureza.

Quinto Arrio bostezó.

—El dinero de mi padre ya está trabajando por mi. Esos plebeyos de los barrios bajos me darán su voto en el momento que les arroje un par de ases para que puedan dar de comer a sus bastardos.

—Hay muchos candidatos que harán mucho más que arrojarles un par de ases. Les harán promesas. Charlarán con ellos. Se darán a conocer. Algo que no puede hacerse desde un triclinio.

Lucio Apuleyo mantuvo un tono dulce, para no irritar a su cliente. Marco notó, sin embargo, que él mismo comenzaba a enfadarse lentamente. Si su amigo era capaz de convertir en cuestor a un borracho de esa calaña no había nada que no pudiera conseguir.

Quinto Arrio hizo un gesto de fastidio.

—Debería mandar que os azotaran y os tiraran a la Cloaca Máxima por interrumpir mi sueño. Pero si lo hiciera mi padre vendría a Roma hecho una furia... y me privaría de mis fondos. O peor aún, me obligaría a volver al campo, los dioses no lo quieran. Tomad asiento, por favor. Ya que tenemos que trabajar juntos, seamos amigos.

Marco dudó si recostarse en el triclinio o limitarse a sentarse sin más. Las

costumbres de la aristocracia de comer y cenar recostados resultaban totalmente extrañas para los hombres y mujeres de la plebe. ¿Debía tumbarse o sería aquello una falta de respeto para aquel nuevo rico indolente? Marco vio que Lucio se recostaba sobre los almohadones, con la cabeza cerca de la de su cliente. Él hizo lo mismo, no muy convencido.

—¿Por dónde empezamos?— preguntó el joven, venciendo la pereza. El miedo a la reacción de su padre era mayor que las ganas de retirarse a su dormitorio y continuar su sueño donde lo había dejado.

—Analicemos las alianzas con las que contamos— dijo Lucio, mirando de reojo a Marco, para que estuviera atento. Aquella era la parte de la conversación que le interesaba escuchar—. Tu padre se ha ganado la confianza de la *factio* de Lúculo y Hortensio. Una baza que debemos jugar con inteligencia.

—Sí, esos estirados patricios han prometido darme su apoyo en los comicios. Preferiría aliarme con Pompeyo... sus partidarios parecen mucho más divertidos. Dicen que Gabinio da unas fiestas dignas del mismo Dioniso. Pero no creo que podamos elegir...

—En efecto, no podemos, Quinto Arrio. El apoyo de Lúculo resulta fundamental para que alcances la cuestura. Pero dudo mucho que los aristócratas vayan a intervenir de forma directa en tu candidatura. Lo harán a través de sus redes de clientes entre la clase de los caballeros, que por el momento es a la que tú perteneces. ¿Que contactos tienes con esos grupos?

—No muchos, la verdad. Mi padre organizó un par de reuniones y cenas para darme a conocer. Pero no recuerdo el nombre de la mayoría de los asistentes. Aulo Pediano, de ese me acuerdo porque sudaba como un auténtico cerdo en su cochiguera... Un tal Tito Pomponio y su mujer... esa sí que es una pájara de cuidado...

—¿Tito Pomponio?— intervino Marco.

—Sí, un tipo muy serio, que aparentaba ser más estricto que Catón pero que no podía evitar que se le fueran los ojos detrás de los esclavos. Sospecho que no hay un culo en su casa que esté a salvo de su lascivia... salvo el de su mujer. ¿Le conoces?

—Sólo de oídas— dijo Marco, pensativo.

Quinto Arrio continuó desgranando una lista de nombres, pero Marco ya no le prestaba atención. Tito Pomponio era el hombre para el que había trabajado hacía sólo unos días. Al que había estafado hacía sólo unos días, para ser más precisos. Marco no tenía ni idea de que perteneciera al círculo de Lúculo. ¿Tendría alguna relación con la muerte de Sexto Pedario? Desde luego, si había alguien en Roma de quien no se pudiera sospechar que practicara la hechicería ése era Tito Pomponio. Un hombre aburrido y gris, sin más intereses que contar sus riquezas y rodearse de forma discreta de esclavos jóvenes y atractivos. Había sido tan sencillo estafarle y hacerle creer que su casa estaba encantada que resultaba imposible creer que aquel hombre tuviera la más mínima noción de brujería.

Y sin embargo Tito Pomponio era hasta el momento el único vínculo que había descubierto entre Sexto Pedario y él mismo, las dos víctimas de las sombras. ¿Qué motivaciones podía tener para tratar de asesinarle a él? Tal vez había averiguado que había sido víctima de una estafa... pero en ese caso habría resultado más sencillo enviar a un sicario para que le apuñalara, y no invocar una criatura del Inframundo para que hiciera el trabajo. Aquello no tenía sentido a menos que Tito Pomponio tuviera una doble vida y fuera en secreto un poderoso hechicero. Algo que Marco consideraba muy improbable.

Mientras Quinto Arrio hablaba, Lucio asentía y trataba de memorizar todos los detalles. Marco no volvió a participar en la conversación, absorto como estaba en planear su siguiente movimiento.

—¿Así que desde ahora tengo que dejarme ver con esos aburridos caballeros, ir a sus interminables cenas y sonreír a sus horribles mujeres? Casi preferiría la suerte de Tántalo, por Júpiter.

Lucio Apuleyo tuvo que reprimir un comentario acerca del bien que le haría a aquel gordo petulante verse privado de comida y bebida durante un tiempo al menos. Pero se limitó a sonreír. Aquel iba a ser un trabajo muy difícil.

Cuando Lucio hubo acumulado suficiente información y tras concertar otra cita con Quinto Arrio para el día siguiente, se excusó ante el joven y se levantó del triclinio, seguido de Marco. Quinto Arrio les despidió con un gesto, visiblemente encantado de perder de vista a quienes le habían obligado a

interrumpir su sueño reparador. Lucio y Marco fueron escoltados al exterior por el mismo esclavo que les había recibido. Una vez en la calle, Lucio pudo dar rienda suelta a sus sentimientos.

—Gordo cabrón petulante. ¿Qué Roma es la que permite que un individuo así pueda ser candidato a la cuestura? Todavía le huelen las manos a mierda de oveja y ya se comporta como si hubiera nacido al pie del Capitolio.

—Eres tú el que vas a convertirle en cuestor— dijo Marco, divertido ante la indignación de su acompañante.

—No por mi gusto, te lo aseguro— respondió Lucio, fastidiado—. ¿Has escuchado algo que te sea útil?

—Tengo una pista al menos. Aunque no parece muy sólida... ¿Qué sabes de Tito Pomponio, el caballero?

—¿El que tiene su casa en el Aventino, cerca del templo de Ceres? Un tipo mediocre, enriquecido con el comercio de grano. Tiene participaciones en barcos que hacen la ruta desde Sicilia y África hasta Ostia. Hay quien dice que su principal negocio consistió en asegurar sus barcos y después hacer que se hundieran, con la tripulación incluida. Un tipo bastante gris. Dicen que sólo le emocionan los esclavos jóvenes... y los jóvenes libres a los que puede echar el guante sin llamar demasiado la atención. ¿Por qué te interesa Tito Pomponio?

—Tuve un negocio con él hace unos días. Temo que no quedara satisfecho y que esté intentando vengarse de mi con métodos poco convencionales.

—Le estafaste con tus historias de fantasmas y crees que te ha descubierto— dijo Lucio.

—Podríamos decirlo así, sí.

Marco no quiso dar más explicaciones. Sabía que Lucio, como la mayor parte de los romanos, era un hombre pragmático, que respetaba los rituales públicos y cumplía sus obligaciones piadosas con los dioses de forma mecánica, sin auténtica devoción. No tenía el más mínimo interés en un mundo sobrenatural que no podía ver ni tocar. Marco suspiró. Hasta que ese mundo se les aparecía en todas sus terribles formas. En ese momento todos empezaban a creer.

—Vamos a la taberna de Quelidón— dijo—. Te invito a comer como agradecimiento por haberme presentado a ese gordo cabrón.

—Por los dioses que es una buena idea— respondió—. Y de paso le haré una visita a Alda. Esa hispana es capaz de hacerte olvidar todos tus dolores.

—Respecto a Alda...— comenzó Marco.

Capítulo 12

Disturbios en la taberna

Marco y Lucio comieron en la taberna de Quelidón, atendidos por varias esclavas, sin que Alda, para tranquilidad de Marco, diera señales de vida. Lucio no se privó de pedir todo lo que se le antojó. Buen vino, carne y frutas. Lucio comió como si hiciera tiempo que no probaba bocado. En el momento de pagar, Marco descubrió que su bolsa comenzaba a adelgazar otra vez de forma alarmante. Tendría que recortar el ritmo de los gastos o buscar una forma de ganar algo de dinero antes de que se resolviera el asunto que tenía entre manos. Pedir más dinero a Pompeyo quedaba descartado por completo si quería mantener todos los huesos en su sitio.

Se despidió de Lucio, deseándole suerte en su titánica tarea de aupar a su cliente a la cuestura, y se dirigió a su casa. Las heridas de paliza recibida el día anterior seguían doliéndole, pero poco a poco iban sanando. Al llegar al callejón, se encontró a Céfiro con otros dos niños, jugando en el suelo con unos pequeños huesos de cordero. Marco no conocía las actividades a las que se dedicaba al pequeño esclavo fuera de casa, y no supo decir si sus acompañantes eran libres, esclavos o libertos. Entre los niños de la plebe, aquellas diferencias se diluían hasta hacerse casi invisibles.

—Céfiro, necesito que me hagas un encargo— dijo Marco.

—Cuando acabe la partida— respondió el esclavo, muy atento a la tirada de uno de sus acompañantes.

Marco se agachó y les quitó los huesos de cordero. Céfiro miró a su amo con enfado. Los otros niños protestaron, pero lo hicieron en voz baja. Todos en el callejón conocían a Marco Lemurio y las extrañas historias que se contaban acerca de él y su oficio. Los niños del barrio sabían que era mejor no enfadarle,

no fuera que invocara un extraño demonio que se arrastrara hacia su cama durante la noche. La mayoría de los los padres no creían las historias que se contaban acerca de aquel hombre, como no habían creído lo que se decía acerca de su madre. Las madres, sin embargo, utilizaban el nombre de Marco Lemurio para asustar a sus hijos y obligarles a que se portaran bien y estuvieran en casa antes de la puesta de sol.

—Necesito que lo hagas ahora— dijo él, con voz grave. Marco sabía que los niños sentían cierto temor ante su presencia, y aunque le apenaba un poco tener aquella fama, en ocasiones utilizaba este miedo para imponerse o conseguir que no le molestaran.

Los dos amigos de Céfiro echaron a correr y el pequeño esclavo se quedó de pie ante su amo, con la cabeza gacha, avergonzado por haber sido reprendido ante sus amigos. Antes de girar la esquina, cuando ya se consideraba a salvo, uno de los niños gritó algo. Marco sólo pudo escuchar dos palabras. Brujo y cabrón.

—Simpáticos tus amigos— dijo.

Céfiro no respondió.

—Quiero que vayas a casa de Tito Pomponio, el caballero que vive al pie del Aventino, y hables con uno de sus esclavos. Aristóbulo, un esclavo joven, moreno, con el pelo rizado. Dile que Marco Lemurio necesita hablar con él con urgencia. Es muy importante que no te vea su atriense. No quiero que los amos de la casa se enteren de que Aristóbulo tiene tratos conmigo. ¿Entendido? Dile que le espero esta noche, en la taberna de Quelidón. Que si no puede venir él mismo envíe un mensaje y me indique dónde podremos vernos.

El niño asintió. La nueva misión le hizo olvidarse de inmediato de la reprimenda. Se le ocurrían mil y una maneras de colarse en casa de ese Tito Pomponio sin ser visto y ardía en deseos de poner en práctica al menos una de ellas. Aquel era el tipo de trabajos que le gustaba hacer. No ir a la compra y barrer el suelo de la casa.

—¿Sabrás encontrar la *domus* de la que te hablo?

—Preguntaré por ahí— respondió el niño.

—Recuerda: discreción máxima. Y no te arriesgues más de lo necesario. A esa gente no le temblará el pulso al mandar que te crucifiquen en su patio.

Céfiro asintió, ignorando las últimas advertencias. Para un niño de diez años criado en las calles del peor barrio de Roma, la prudencia era algo que le corría por las venas. Quien no sabía medir los riesgos, quien arriesgaba demasiado, acababa siendo un cadáver flotando el Tíber. El niño echó a correr calle arriba.

Marco se dirigió hacia el portal de su *insula*. Dos bloques más arriba, un porquerizo alimentaba con sobras a sus animales en un local que había convertido en pocilga. Marco le saludó con un gesto de cabeza. El porquerizo no sólo no respondió, sino que se metió en el interior del local, dando la espalda a Marco. Éste sonrió. Estaba acostumbrado a aquel tipo de desprecios por parte de sus vecinos. Lo había vivido desde la infancia.

Subió las escaleras lentamente. El cansancio y los golpes recibidos la noche anterior hacían mella en sus músculos. Tenía intención de dormir una larga siesta hasta que Céfiro regresara.

Al atardecer, la taberna de Quelidón solía estar completamente llena. Era la hora en la que los trabajadores regresaban a sus casas, los comerciantes recogían los puestos de los mercados y algún esclavo conseguía permiso de su amo para escaparse un par de horas después de la cena. Las esclavas se afanaban en atender las mesas y la barra, y alguna desaparecía durante un rato con el cliente que podía pagar sus servicios. Tito, el fornido esclavo de la puerta contemplaba todo en silencio, con su enorme porra de madera en la mano, atento a cualquier altercado o trifulca. En una esquina, un poeta aficionado recitaba versos satíricos que criticaban los vicios de los grandes senadores y generales. Un oficio arriesgado, pues los partidarios de unos y otros estaban dispuestos a hacer pagar cara la osadía de insultar a sus patrones en público. Aquel poeta, sin embargo, sabía disfrazar sus insultos y críticas con humor y picardía, y ninguno de los asistentes se sentía ofendido. Todos reían con ganas, bebían vino y, de cuando en cuando, le arrojaban al artista alguna pieza de cobre.

Gracias a su condición de cliente habitual y a una moneda que depositó en manos de una de las esclavas, Marco consiguió un sitio en una de las mesas del fondo, junto a la chimenea apagada. Pidió vino y algo de comer y esperó a que

llegara el hombre con el que había ido a entrevistarse. Céfiro no había vuelto a casa después de recibir el encargo. Marco no se preocupó en exceso. Conocía al pequeño esclavo y sabía que lo más probable era que se hubiera distraído con cualquier cosa una vez cumplida la misión. Marco miró a su alrededor, tratando de encontrar el rostro de Alda entre la muchedumbre, pero no consiguió dar con la esclava hispana.

Cuando daba el primer trago de vino, un joven se abrió paso entre los clientes para llegar hasta él. Aristóbulo, el esclavo de Tito Pomponio. Con el pelo rizado de forma artificial con tenazas y el rostro sin rastro alguno de barba, unos brazos fornidos y un torso amplio, aquel joven esclavo era el sueño de cualquier escultor. Varios hombres y mujeres se giraron a su paso, y Aristóbulo les sonrió. Marco pensó que era un joven que sin duda sabía explotar sus encantos.

—Marco Lemurio— dijo tras tomar asiento—, ¿ya te has gastado todo el dinero que te pagó mi amo y planeas dar otro golpe en casa de Pomponio? Si es así, sabes que soy tu hombre.

—Nunca trabajo en la misma casa dos veces. Seguro que entiendes los motivos.

Marco sirvió vino para su acompañante.

—Te he hecho llamar porque necesito información.

—Ya sabes que beber conmigo es gratis. Pero mi culo y mi lengua tienen un precio. Así que si quieres hacer uso de cualquiera de los dos...

Aristóbulo no se andaba con rodeos. Marco supuso que aquel esclavo se ganaba algún dinero extra a escondidas de su amo, vendiendo su cuerpo a admiradores secretos. Una práctica arriesgada. Si Tito Pomponio se enteraba de que otros hombres tocaban una de sus propiedades más preciadas, tanto Aristóbulo como sus amantes no tardarían en lamentarlo.

—Tu culo sigue sin interesarme por el momento— dijo—. Pero tus palabras pueden serme de utilidad.

Marco puso sobre la mesa una moneda de bronce.

—Espero que la información que me des valga este precio.

Aristóbulo se guardó la moneda en su propia bolsa y apuró el vaso de vino de un sorbo.

—Piensa que si no fuera por mi, ni siquiera tendrías esa moneda que acabas de darme.

—Lo tendré en cuenta. No hace falta que te diga que necesito absoluta confidencialidad.

—Mis labios están sellados— dijo el esclavo.

Hasta que alguien pague para que dejen de estarlo, pensó Marco.

—Sé que no crees en lo sobrenatural, y que consideras que todo lo que ocurrió hace unos días en casa de tu amo fue una simple estafa...

—¿No fue así?— preguntó el esclavo, echándose hacia atrás en el asiento para ponerse cómodo.

—Bien... hasta cierto punto sí. Aquello fue un teatro que montamos para sacar dinero a tu amo. No me siento orgulloso de ello pero...

—Pero hay que comer. No te excuses conmigo, Marco Lemurio. Vivo de mi culo desde que tenía trece años. Para la estricta moral romana soy poco menos que un animal. ¿Crees que me importa? ¡No! Cada cual nos ganamos la vida como podemos.

—Te agradezco tu comprensión, Aristóbulo, pero lo que quería decir es que mis trabajos no siempre son puestas en escena. En ocasiones hay elementos sobrenaturales que son muy reales.

Aristóbulo abrió los ojos y puso cara de incredulidad.

—¿Hablas de fantasmas y espíritus reales?

—De eso y de otras muchas otras cosas.

El esclavo se echó a reír a carcajadas, haciendo que el taburete en el que

estaba se tambaleara.

—Esta sí que es buena. ¿Pretendes estafarme ahora a mi, Marco Lemurio? No me vengas con cuentos de viejas. Los dioses del cielo están en las alturas. Los dioses del infierno están en el inframundo. Y nosotros estamos aquí. No nos mezclamos. No hay fantasmas, ni brujas, ni perros de tres cabezas. Por Zeus que no lo hay.

—Cree lo que quieras. Para la información que necesito no me hace falta que tengas fe en mí, sólo que me escuches y que tengas los ojos muy abiertos. Tengo sospechas de que tu amo podría estar más familiarizado con la brujería de lo que aparenta. Es posible que todo el teatro que montamos el otro día... es posible que sólo fingiera que no se daba cuenta de que en realidad era todo un engaño. ¿Sabes si Tito Pomponio tiene afición por lo sobrenatural? ¿Alguna vez hace cosas extrañas, como sacrificios que no recuerdes haber visto en otra parte o rituales que te parezcan raros?

—A mi todo lo que hacen los ricos me parece raro. Pero no creo que lo que hace Tito Pomponio sea diferente de lo que hace el resto. Quema sustancias olorosas ante el altar de los penates. Sacrifica un cordero de vez en cuando a los dioses, en las grandes fiestas. Y en ocasiones mientras me folla grita expresiones raras que no entiendo. ¿Pero brujería? No, Marco Lemurio, mi amo no cree en esos cuentos. Como te dije una vez, sólo hay dos cosas que le preocupan. Su dinero y su *mentula*. Así que, salvo que haya fantasmas con forma de efebos sirios o demonios con sacos llenos de oro, no creo que Pomponio haya estado nunca interesado en esos temas.

Marco pensó en los fantasmas que adoptaban la forma de efebos y en los demonios que custodiaban no sacos, sino montañas de oro. Había tanto que aquel esclavo petulante desconocía...

—¿Estás seguro de lo que dices?— preguntó.

—Tan seguro como puede estarlo alguien que ha pasado los últimos cinco años con Tito Pomponio. Tendrás que busca a tu brujo en otra parte, Marco Lemurio.

En ese momento, estalló un tumulto en la entrada de la posada. Marco y Aristóbulo se giraron hacia la puerta y vieron al enorme portero blandiendo su maza de forma amenazadora contra tres hombres, uno de los cuales, un hombre

menudo con una cicatriz en la mejilla izquierda, había desenfundado una larga y amenazadora daga. El silencio cayó sobre la taberna. Todos, clientes y esclavos, contemplaban la escena, divididos entre la curiosidad y el miedo. Marco vio que muchos de los que hasta hacía un instante habían bebido de forma despreocupada se llevaban la mano al interior de sus túnicas, sin duda buscando sus propias armas. Aunque estaba prohibido ir armado en el interior del *pomerium* de la ciudad, eran pocos los que se aventuraban a salir a la calle sin un buen hierro oculto entre sus ropas.

—No queremos líos aquí. Marchad con vuestros discursos a otra parte.

—Escucha, calvito, tengo quince hombres más esperando fuera. Una orden mía y esta taberna será tu tumba. Y la de muchos otros... Si sabes lo que te conviene me dejarás que me dirija a tus clientes. Serán sólo unas palabras. Y nadie saldrá herido.

El enorme portero se cambió la vara de mano. Sus ojos estaban inyectados en sangre.

—Esta no es mi taberna— dijo únicamente.

El hombre de la cicatriz sonrió, mostrando unas encías casi desprovistas de dientes.

—¿Y vas a dejarte matar por una taberna que no es la tuya?— preguntó, y sin esperar la respuesta se dirigió a un rincón de la taberna, al lugar en el que el aprendiz de poeta había estado recitando sus versos satíricos hasta hacía unos instantes. El poeta se apartó a un lado, y el hombre de la daga ocupó su lugar.

—A ese matón lo conozco— dijo Aristóbulo en voz muy baja—. Visita a menudo la casa de mi amo. Es uno de los hombres de Lúculo en Roma. Creo que Tito Pomponio es quien paga a sus hombres.

Hombres de Lúculo en casa de Tito Pomponio, pensó Marco. Brujería de por medio o no, no había duda de que la relación de aquel miembro del orden ecuestre con el asesinato de Sexto Pedario tenía cada vez más visos de ser muy posible.

El hombre de la cicatriz miró desafiante al portero de la taberna. El orondo esclavo, rojo de furia y frustración, dio un paso al frente, pero los dos sicarios se

encararon con él y éste se vio obligado a retroceder. Ninguno de los clientes intervino. Marco supuso que de haber llegado a las manos, muchos de los hombres que bebían y comían allí cada día y habían hecho de la taberna de Quelidón un segundo hogar habrían salido en defensa del Tito.

El hombre de Lúculo hizo una reverencia, siempre con la daga en la mano y comenzó a hablar a los clientes de la taberna.

—*Quirites*, romanos, hijos de Rómulo que hoy ahogáis vuestra sed y vuestras miserias con el vino de esta honrada casa— dijo, e hizo una pronunciada reverencia hacia el portero—. Sé que habéis estado escuchando todo tipo de rumores acerca de lo que ocurre en Oriente. Sé que algunos hombres han tratado de envenenar vuestros oídos con todo tipo de patrañas acerca de lo que un hombre bueno, un general ejemplar, nuestro amado Lucio Licinio Lúculo, está haciendo en su guerra contra el rey Mitrídates. Sí, he dicho Mitrídates, esa puta oriental que ordenó asesinar a todos los ciudadanos romanos de Asia hace unos años. ¿Quién no ha escuchado alguna de las terribles historias que nos llegaron desde Pérgamo, de Éfeso, de Esmirna? Cuántos honrados romanos y aliados murieron aquellos aciagos días por orden de esa zorra del Ponto. Lucio Cornelio Sila, el favorito de los dioses, le hizo esconderse en su madriguera. Mitrídates corrió a ocultarse como una rata, en los oscuros y recónditos rincones de su reino. Pero nuestro amado Sila tuvo que volver a Roma, llamado por asuntos más urgentes, y no pudo completar su tarea.

Los clientes de la taberna se removieron inquietos en sus asientos. El recuerdo del dictador Lucio Cornelio Sila no era especialmente querido en la Subura y los barrios populares de la ciudad. Sila había permitido que sus tropas entraran en Roma a sangre y fuego, asesinando a todos los partidarios de sus enemigos. Los que lograron esconderse fueron proscritos, y sus bienes confiscados. Muchos aún recordaban aquellos días en los que las calles estaban teñidas de rojo sangre. Hacer un elogio de Sila en un lugar como aquel era una jugada muy arriesgada, y Marco se preguntó cuántos hombres tendría aquel personaje emboscados fuera de la taberna para atreverse a hablar con tanta seguridad.

—Fueron unos días duros para todos— continuó—, pero la justicia prevaleció y la República salió fortalecida. Para solucionar los problemas de Oriente, se envió al hombre más noble, a Lucio Licinio Lúculo, para que diera a Mitrídates el golpe definitivo. Largos años ha combatido Lúculo contra el rey

por tierra y por mar. Grandes son las victorias que ha cosechado y cuantioso el botín, que será depositado en el templo de Júpiter Óptimo Máximo cuando nuestros legionarios victoriosos regresen a casa. Pero hete aquí que cuando Lúculo está a punto de rematar su misión, cuando el rey Mitrídates ya no tiene escondite alguno al que retirarse, un grupo de senadores, hombres que no merecerían tal calificativo, tratan de arrebatarse la gloria privándole de su mando. Os han tratado de convencer de que Lúculo alarga la guerra de forma innecesaria, de que sólo busca su enriquecimiento personal, de que ha olvidado que su objetivo es traer a Mitrídates encadenado. Han pronunciado discursos, en las tabernas, en la tribuna de los oradores, en el Foro Boario, y han insultado el nombre glorioso de Lúculo. Incluso se rumorea que esa puta de pelo rizado, ese comepollas depilado que se dice tribuno de la plebe... Sí, ese Gabinio al que todos conocéis bien, propondrá una ley para que le sea arrebatado el mando de Oriente a Lúculo y le sea entregado a otro general. ¿Piratas? ¡Por Júpiter que ése es sólo el primer objetivo de la rata maricona de Gabinio? No, su objetivo real va más allá, y no es otro que privar a nuestro amado Lúculo de sus legiones para entregárselas a otro. ¿Y quién hay en Roma capaz de igualar a Lúculo en las artes de Marte, *quirites*? ¿Quién ha cosechado más victorias que él?

Aquella afirmación fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de muchos de los presentes. Dos hombre se levantaron de sus taburetes. Uno de ellos desenfundó una daga muy semejante a la que portaba el orador de la cicatriz.

—¡Pompeyo!— gritó—¡Pompeyo ha cosechado más victorias que ningún otro romano vivo!

La clientela de la taberna estalló en vítores y aplausos. Muchos otros se pusieron también en pie.

—Yo combatí con Pompeyo en Hispania contra Sertorio y sus traidores. ¡Eso sí fue una guerra y no el paseo de rosas de Lúculo en Asia!

—Pompeyo destrozó a Espartaco y sus esclavos fugitivos cuando trataban de huir hacia la Galia.

—¡Pompeyo y Gabinio tienen más cojones que cualquiera de los hombres de Lúculo! ¡Incluido tú, montón de mierda!

Pompeyo. Pompeyo. Pompeyo. El nombre del general al que Marco había conocido hacía dos días era coreado por casi todos los clientes. El hombre de la

cicatriz se retiró lentamente hacia la puerta. Había tratado de encender los ánimos en contra de Pompeyo y los suyos, pero el efecto de sus palabras había sido el opuesto al esperado. Sus dos compinches sacaron dos espadas cortas de debajo de sus túnicas. El portero comenzó a balancear su porra de forma amenazante.

—¡Ignorantes!— gritó el hombre de la cicatriz— ¡Ratas que vivís en las cloacas de Roma y os alimentáis de la mierda que os arrojan los tribunos de la plebe!

Aquellas palabras hicieron que se desencadenara el tumulto. El portero y varios clientes se lanzaron contra los hombres de Lúculo, que de inmediato recibieron refuerzos desde la calle. La taberna se convirtió en un campo de batalla en el que el que no traía su propia arma de casa echaba mano de las patas de los taburetes para atacar a sus rivales. Las esclavas se refugiaron detrás de la barra, aunque alguna aprovechó tan buen parapeto para lanzar objetos contundentes a todo aquel que se acercaba demasiado a su refugio.

—Esta pelea no va conmigo— dijo Marco, que no estaba dispuesto a derramar su sangre por ningún noble, ya fuese Lúculo, Pompeyo o el mismísimo Rómulo—. Sígueme. Saldremos por la puerta de atrás.

Aristóbulo, con el rostro mudado por el miedo, asintió y se levantó. Un instante después, el cuerpo de un hombre corpulento caía sobre su mesa, sangrando profusamente por varias heridas en el abdomen. El esclavo, más acostumbrado a las batallas de amor entre las sábanas que a las peleas de taberna, siguió a Marco a toda velocidad. Marco Lemurio, más curtido en aquellas situaciones, esquivó a un par de atacantes, golpeó a otro con el puño cerrado, y alcanzó una pequeña puerta que había junto a la chimenea. La abrió de un fuerte empujón y arrastró con él a Aristóbulo.

Llegaron a una pequeña estancia con el techo tan bajo que apenas podían estar de pie. La habitación estaba llena de troncos de madera, apilados contra las paredes, sillas y mesas rotas. Marco cerró la puerta tras de sí, sumiendo la estancia en la oscuridad. Al otro lado, se escuchaba el ruido de la batalla, amortiguado.

—Es la leñera. Hay otra puerta al fondo, por donde meten los troncos para la chimenea y la cocina. Da a un callejón trasero. Saldremos por ahí

Marco le condujo a tientas hasta la puerta, y, tras retirar una pesada barra de metal, la abrió. Ambos salieron al exterior. La pelea se había extendido a la calle, pero en aquel callejón estaban a salvo.

—¿Cómo conocías esta salida?— preguntó Aristóbulo.

—No me gusta emborracharme en sitios en los que me puedan atrapar. Gajes del oficio, supongo— dijo.

El esclavo sonrió, sacudiéndose el polvo de su túnica. El miedo había desaparecido de su rostro.

—Eres un hombre de recursos, Marco Lemurio. Me pregunto si en la cama eres igual.

—Te lo haré saber si en algún momento necesito tus servicios, Aristóbulo. Por el momento me basta con que tengas los ojos abiertos y me informes de todo lo que veas relacionado con el tema que hemos hablado. Y recuerda: máxima discreción.

—Creo que pierdes el tiempo investigando a Tito Pomponio. Podrías gastar tu dinero en cosas más provechosas. Pero en fin, no es problema mío. Te informaré si me entero de algo. Que pases buena noche.

Aristóbulo se echó la capa sobre el rostro y echó a correr por la calle, esquivando las zonas donde el tumulto continuaba. Algunos hombres habían salido de otras tabernas y se habían unido a la batalla. Marco observó que ya había varios cuerpos en el suelo. Algunos se movían, tratando de alejarse o pidiendo ayuda. Otros estaban inmóviles, con los ojos ciegos clavados en el cielo de Roma.

Marco Lemurio chasqueó la lengua. Más vidas desperdiciadas. Más muertes por defender los intereses de unos nobles que jamás sabrían el nombre de los que habían caído por ellos. Cerró los ojos y elevó una plegaria rápida a los dioses infernales para que el tránsito de aquellas almas fuera rápido y seguro.

Capítulo 13

Marco Terencio Varrón

Marco se alejó de la zona en la que habían estallado los disturbios. En su camino se cruzó con varios grupos que, armados con palos y puñales, se dirigían hacia la pelea a la carrera. Aquel enfrentamiento tenía aspecto de estar convirtiéndose en la mayor batalla urbana de los últimos años. Marco supuso que hasta que las calles no estuvieran llenas de muertos los partidarios de Pompeyo y los de Lúculo no se retirarían a sus casas y a sus cuarteles generales.

Cuando estaba cerca de su *insula*, vio una litera, transportada por cuatro grandes esclavos musculosos, que se acercaba hasta él y se ponía a su altura. Las cortinas se abrieron y Marco Lemurio, que de forma inconsciente ya había llevado la mano hacia la daga oculta bajo la túnica, daga que no estaba en su lugar desde dos días atrás, vio un rostro conocido. Una cara delgada enmarcada en un cráneo completamente rapado. Marco Terencio Varrón. El hombre de Pompeyo.

—Buenas noches, Marco Lemurio— dijo—. ¿Puedo ofrecerte transporte hasta tu casa?

—En realidad estoy muy cerca.

Varrón sacó la cabeza fuera de la litera y miró a su alrededor. Un barrio de edificios con fachadas sucias y desconchadas, de calles de tierra con restos de excrementos de animales. Varrón no pudo evitar arrugar la nariz al ver el lugar en el que se encontraba. Era evidente que no estaba acostumbrado a pasear por aquella zona de la ciudad.

—Sí. Supongo que sí— comentó—. Aún así insisto en que me acompañes un rato. Tenemos que hablar.

Varrón se acomodó en la litera de forma que dejó espacio para Marco. Éste tuvo que apartar, con sumo cuidado, una gran cantidad de rollos de papiro y tablillas de cera que Varrón, incansable lector y escritor, llevaba consigo. Otros nobles llevaban en sus literas esclavas o deliciosos manjares con los que deleitarse. Varrón llevaba siempre libros y material de escritura.

Para Marco Lemurio era una experiencia totalmente nueva compartir uno de aquellos transportes con otra persona. De hecho, su único viaje en una litera se había producido dos días antes cuando el propio Varrón le había cedido la suya para regresar a su casa después de que sus hombres le hubieran propinado una tremenda paliza. Se tumbó imitando la postura de su anfitrión, tratando de aparentar una familiaridad con la situación que era completamente fingida. Los esclavos levantaron de nuevo la litera y echaron a caminar sin que su amo les diera orden alguna.

—Parece que ha estallado una trifulca cerca de aquí— comentó Varrón.

—Unos hombres de Lúculo trataron de dar un discurso en una taberna. Sus palabras no sentaron muy bien.

Varrón sonrió. Como hombre de Pompeyo, le agradaba constatar que la *factio* a la que pertenecía tenía grandes apoyos en las calles.

—¿Algún avance en la investigación que te encargamos?— preguntó.

Marco dudó. ¿Hasta dónde debía revelar? Aquel Marco Terencio Varrón no parecía ser un noble romano al uso, sólo interesados por las armas, la política y el coleccionismo de esculturas. ¿Podía ocultar cosas a un hombre así?

—Creo que el caballero Tito Pomponio podría estar implicado. Pero aún no he averiguado el modo en el que asesinó a Sexto Pedario.

Varrón fijó sus ojos, de un color verde muy oscuro, en el rostro de Marco, estudiando sus facciones y sus gestos.

—La otra noche ninguno de los dos fuimos sinceros. Tú ocultaste cosas, y yo oculté que conocía tu ocultamiento.

—Marco Terencio, puedo jurar por los dioses que...

—No jures por unos dioses en los que no crees, Lemurio. Y déjame que termine. Si un hombre al que acaban de secuestrar y apalear no puede mostrar desconfianza... ¿quién puede hacerlo entonces? Los métodos de Pompeyo son eficaces, pero no muy sutiles. Hubo cosas que no contaste ante Pompeyo y Gabinio, y lo entiendo. Pero yo no soy Pompeyo, ni Gabinio.

Varrón se incorporó sobre el amohadón y respiró profundamente.

—La Fortuna me ha situado en un lugar de privilegio. No tengo que trabajar con mis manos, y puedo adquirir tantos libros como deseo. Más de los que mi corta vida me permitirá leer, por desgracia. A cambio de estos privilegios, tengo que cumplir con una serie de obligaciones. Participar en política, jugar a la guerra de cuando en cuando... Cosas que no me interesan en exceso, pero en las que me veo obligado a involucrarme. ¿Sabes qué es lo que me interesa a mi, Marco Lemurio? Son sólo dos cosas. El hombre y el mundo. Dos cosas que, como verás si lo piensas un poco, son en realidad la totalidad del universo. El hombre y el mundo. Por eso me apasiona la lectura. Porque sólo en estos escritos puedo profundizar en las almas de los hombres del pasado y ver el mundo con los ojos de quienes viajaron más lejos, combatieron más guerras y conocieron más pueblos. Leo, y después pongo por escrito mis reflexiones.

Marco asintió, sin tener muy claro a qué se debía aquella confesión.

—Hay, sin embargo, cosas que están vedadas a la mayor parte de los hombres y mujeres. Cosas que sus ojos no saben ni pueden ver. Cosas tan terribles que harían enloquecer al más valiente.

Marco Lemurio asintió. Sabía muy bien de lo que hablaba Varrón.

—Pero hay algunos hombres y mujeres que, sea por su predisposición natural, sea porque han sido instruidos en estas artes, son capaces de ver, entender e incluso enfrentarse a ese mundo vedado para la mayoría de los mortales. Tú, hijo de Neóbula, eres una de esas personas.

Escuchar el nombre de su madre en aquella litera fue para Marco como un jarro de agua fría. Estuvo tentado de agarrar a Varrón por la túnica para hacerle confesar lo que sabía.

—¿Cómo... cómo sabéis el nombre de mi madre?— preguntó, casi tartamudeando.

—Te he investigado, Marco Lemurio. ¿No creerías que iba a confiar una misión de este calibre a cualquier estafador de la Subura que se hubiera interesado por el caso? No, amigo mío. Desde el principio supe que detrás de la muerte de Sexto Pedario había algo más que un simple sicario. Que las mentes simples se conformen con explicaciones banales, pero que no pidan a Marco Varrón que cierre los ojos ante la evidencia. Yo vi el cuerpo de Sexto Pedario. Sin heridas. Sin sangre. Con el rostro desencajado por el miedo. No fue una muerte natural. ¿Verdad que no?

—No. No lo fue— respondió Marco.

—He leído libros que hablan de casos semejantes. Libros difíciles de encontrar. Rollos de papiros muy antiguos. Hablan de extrañas criaturas que surgen de las sombras y matan a sus víctimas con sólo tocarlas. Criaturas que parecen salidas de la boca del Hades. No sé si la muerte de Sexto Pedario está relacionada con estas criaturas o con otras semejantes, pero algo me dice que tú sí lo sabes, y que es esa parte de la historia la que nos ocultaste en casa de Pompeyo. De forma muy sensata, debo añadir. Pompeyo habría hecho que te crucificaran al creer que te burlabas de él.

Marco volvió a asentir.

—Pero, como te he dicho, yo no soy Cneo Pompeyo Magno— dijo Varrón. Entonces sacó la cabeza por las cortinas de la litera y ordenó a los esclavos que se detuvieran. Cuando la litera se paró, Varrón volvió a mirar a Marco—. Tengo planes para ti, Marco Lemurio. Eres el hombre que necesito para un trabajo muy especial. Pero antes debemos solucionar el asunto del asesinato de Sexto Pedario. Todos estos componentes... digamos sobrenaturales, tienen que quedar entre nosotros. Sé que estás acostumbrado a trabajar con discreción, así que no insistiré en este asunto. Si crees que ese Tito Pomponio está detrás del asunto, continúa indagando. No puedo actuar contra alguien tan influyente si no estoy seguro de lo que estoy haciendo. Aunque parezca lo contrario, Pompeyo se encuentra en una situación muy delicada. Ni él mismo sabe cuánto se juega en estos próximos meses. Un movimiento en falso sería fatal para él y para todos los que vivimos amparados bajo su larga sombra. Si consigues pruebas que impliquen a Tito Pomponio en esta muerte, cortaremos el asunto de raíz antes de que la *factio* de Lúculo pueda reaccionar. Ahora, puedes marcharte.

Varrón hizo un gesto, indicando a Marco que se bajara de la litera. Sin

embargo, éste permaneció en el mismo lugar, indeciso.

—¿Hay algo más que quieras decirme?— preguntó Varrón.

—Mi madre. ¿Qué sabéis de ella? ¿Qué habéis averiguado?

Varrón agachó la mirada ligeramente, y Marco supo de inmediato que lo que se disponía a contarle no era la verdad. O, al menos, no toda la verdad.

—Sé que alguien la acusó de ser una hechicera, una de esas que preparaba venenos y filtros amorosos. Las leyes de Sila eran tajantes respecto a estos asuntos, pero rara vez se aplicaron de forma muy severa. El caso de tu madre fue distinto. Alguien poderoso movió los hilos, y Neóbula fue condenada a muerte. No puedo decirte mucho más, Marco Lemurio. Esto es todo lo que sé.

—¿Quién ordenó la muerte de mi madre?— preguntó.

—Lo desconozco. Y no creo que sea seguro que trates de averiguarlo. Sospecho que en este asunto hay gente muy poderosa involucrada.

—¿Hombres de Sila?

—Oh, eso sin duda. Pero todos los políticos de hoy fuimos hombres de Sila en su momento. Los enemigos de Sila fueron ejecutados, todos ellos. No olvides que Lúculo y Pompeyo combatieron juntos a las órdenes del dictador, aunque hoy sean enemigos mortales. Sila ha muerto, pero su legado aún perdura.

Marco no sabía si las palabras de Varrón eran una crítica al sistema político republicano o una simple aseveración objetiva. Aquel hombre era tan frío y analítico que resultaba difícil interpretar sus emociones.

—No remuevas el pasado, Marco Lemurio. Hay monstruos que no tú mismo podrías combatir.

Marco no respondió. Se bajó de la litera y miró a su alrededor. Estaba en la esquina de su propio callejón. La noche comenzaba a cerrarse sobre la ciudad de Roma.

Varrón sacó la cabeza por las cortinas.

—Encuentra esas pruebas contra Tito Pomponio y ven a verme. Tengo muchos negocios que proponerte, Lemurio. Sé que no me fallarás.

Sin esperar respuesta, Varrón volvió al interior de la litera. Los esclavos echaron a andar, casi a correr, como si no quisieran que la noche les sorprendiera en aquel barrio.

Marco se quedó quieto, incapaz de moverse. Varrón sabía algo acerca de la muerte de su madre. Cardixa, la anciana nómada del colegio del Aventino, también le había prometido darle información. Por fin, tras muchos años de silencios, tenía al alcance de la mano la respuesta a todas las preguntas que le habían atormentado desde la adolescencia. ¿Quién había dado la orden de asesinar a su madre y por qué? Marco sentía un fuego en su interior, un fuego que creía haber apagado tiempo atrás pero que sólo se había mitigado. Una necesidad de saber que sólo se apagaría con respuestas. O con venganza.

Pero para alcanzar aquellas respuestas debía resolver el misterio de la muerte de Sexto Pedario. Marco inspiró con fuerza y echó a andar por el callejón. Por primera vez en muchos años, tenía un objetivo en su vida.

Capítulo 14

Cerealia

Marco y Céfiro cenaron en silencio. Marco estaba sumido en sus propias y sombrías reflexiones, y el niño no quiso sacarle de su mutismo. Cuando hubieron terminado, Marco se encerró en su cuarto y, tras pasar un rato en el tejado, contemplando las estrellas y sin conseguir tomar una decisión acerca de qué hacer con el asunto que tenía entre manos, se tumbó en la cama y se quedó dormido.

Marco despertó con las primeras luces del alba. Céfiro se había marchado, como era su costumbre, muy temprano. Sin embargo, le había dado tiempo a bajar a la calle y subir un cántaro con agua fresca para que Marco pudiera asearse. Haciendo uso de este agua limpia, Marco se lavó la cara. Cuando comenzó a restregarse el cuerpo, observó que el agua se teñía rápidamente de un color oscuro que le hizo cobrar conciencia de lo sucio que estaba. En cuanto tuviera un rato libre, tenía que visitar unos baños. En cuanto tuviera un rato y pudiera permitirse pagar lo que costaba la entrada. Con el ritmo de gasto que había mantenido en los últimos días, pronto tendría serios problemas incluso para llenar la despensa.

Como desayuno, comió dos higos secos que encontró en un cuenco. Comprobó desolado que no quedaba vino. Marco echó un vistazo a su bolsa. Tenía dinero para comprar comida para una semana, más o menos. Ya tal vez para hacer un par de visitas discretas a la taberna. Después de eso, tendría que encontrar la manera de volver a ganar dinero. Varrón le había hablado de un negocio, pero sólo si conseguía solucionar el asesinato de Sexto Pedario.

Todo pasaba por encontrar al asesino de Sexto Pedario. Y aquello implicaba entrar de nuevo en casa de Tito Pomponio.

Marco bajó a la calle y comenzó a caminar, sin rumbo fijo, confiando en que el paseo le despejara la mente. No podía irrumpir sin más en casa de Tito Pomponio. Un caballero romano no recibiría a un tipo como él salvo que tuviera negocios que resolver, y no era el caso. El atriense no le dejaría pasar del vestíbulo. Además, no le convenía que Tito Pomponio supiera que estaba detrás de su pista. Si él era el brujo que andaba buscando, ya había intentado asesinar a Marco dos veces por medio de las sombras, y no quería darle motivos para intentarlo con más fuerzas.

Entrar en casa de Tito Pomponio sin que Tito Pomponio se enterara. Una misión imposible. Las *domus* de los nobles eran estructuras sólidas, cerradas hacia el exterior, sin apenas ventanas que dieran a las calles y con muy pocas puertas. La luz y la ventilación la recibían desde uno o varios patios interiores. Esas casas eran como fortalezas inexpugnables, vigiladas por batallones de esclavos.

Marco salió del callejón y se internó en las calles principales del barrio, sorprendiéndose de inmediato al ver la cantidad de gente que iba de un lado para otro, charlando animadamente, y los carros que atestaban la parte central de la calzada. La Subura era un barrio muy concurrido, pero aquella multitud era algo extraordinario. Marco decidió preguntar a una pareja de niños que pasaron corriendo a su lado.

—Hoy es el primer día de las Cerealia— gritó uno de los niños antes de desaparecer en medio de la muchedumbre.

Marco comprendió el motivo de la afluencia de gente. Las Cerealia eran las fiestas más importantes para la plebe de Roma. Unas fiestas que se remontaban a los tiempos de Rómulo, cuando la ciudad no era más que un puñado de cabañas que dependían de los rebaños y las cosechas para sobrevivir a la dureza del invierno. Ceres era la diosa de las cosechas, del grano y la fertilidad. La divinidad a la que los plebeyos habían levantado un gran templo en el monte Aventino que se había convertido en poco tiempo en un símbolo del pueblo llano de Roma. Las Cerealia eran las fiestas de la plebe romana, y el pueblo en pleno se lanzaba a las calles durante días para celebrar los días consagrados a su diosa.

Aunque para algunos la diosa Ceres estaba relacionada con el Inframundo y las fuerzas infernales, Marco no sentía devoción alguna por una diosa de cuya existencia no tenía prueba alguna. Las leyendas decían que Ceres era la madre de

Perséfone, la reina del Inframundo, y desde luego Marco había aprendido desde niño que existían una fuerza femenina en el mundo de los muertos, una fuerza a la que se podía venerar y propiciar y a la que también se podía irritar. Madre de Perséfone o no, Marco nunca había hecho sacrificios a Ceres, ni había realizado ofrendas en su templo. En su mundo urbano, ajeno a los trabajos agrícolas, las buenas o malas cosechas eran algo totalmente indiferente a no ser que se produjeran grandes hambrunas. No era extraño, por tanto, que Marco, que vivía al margen del ritmo y las pautas habituales del calendario romano, se hubiera olvidado de la celebración de las Cerealia. Le ocurría lo mismo con todas las fiestas, con los días fastos y los nefastos.

Marco caminó por la vía principal de la Subura, esquivando carros y grupos de hombres y mujeres que se disponían a disfrutar de un día de fiesta. Muchos vendedores habían instalado puestos en las calles, y las tabernas, a pesar de lo temprano de la hora, servían ya vino a raudales para los clientes más madrugadores. Marco vio a grupos de niños y niñas que curioseaban entre los puestos de los vendedores, llevándose algún pescozón de los tenderos. Al ver a los niños entendió por qué Céfiro había madrugado tanto. No se habría perdido el primer día de las Cerealia por nada del mundo.

Cuando llegó a la explanada que unía la Subura con el Foro, Marco vio que un grupo numeroso de esclavos estaba levantando la estructura de lo que parecía un teatro. Hacía mucho tiempo que las fiestas de Ceres servían como excusa para que los políticos ofrecieran todo tipo de espectáculos al pueblo. Una manera de ganarse su favor, asegurarse sus votos y hacerles olvidar la miseria de la que vivían rodeados la mayoría. A Marco no le interesaba el teatro especialmente, ni las elaboradas tragedias escritas al modo griego ni las supuestamente divertidas atelanas y pantomimas que tanto gustaban a sus compatriotas. Tampoco disfrutaba de las luchas de gladiadores, ni de las carreras de carros en la explanada del Circo Máximo. Si iba en alguna ocasión era por acompañar a Céfiro. Al pequeño esclavo le apasionaba el mundo del espectáculo, fuera cual fuera la variante que se diera en el escenario o en la arena.

Al ver a los esclavos levantando las enormes gradas de madera, Marco tuvo una idea. El teatro no era sólo un espectáculo para el pueblo; era la ocasión en la que los nobles romanos se mostraban al pueblo y dejaban claro, ocupando los mejores asientos, cuál era su lugar en la sociedad. Años atrás, Pompeyo, durante su consulado, se había asegurado de que los caballeros, los romanos ricos que no contaban entre sus antepasados con ningún senador, recuperaban uno de los

privilegios que el dictador Sila les había arrebatado: sentarse en las primeras filas del teatro. Aquel gesto había convertido a Pompeyo en el campeón de la clase ecuestre. Los caballeros, encantados de poder lucirse en el teatro, habían recuperado aquellas primeras filas de la *cavea*, y no dejaban pasar ninguna ocasión para sentarse en ellas ante todo el pueblo de Roma. Si aquel día había representaciones teatrales, Tito Pomponio y su esposa sin duda asistirían. Y eso aumentaría las posibilidades de que Marco pudiera entrar en su casa.

Marco sabía que el plan era muy arriesgado. La casa estaría llena de esclavos deseando delatarlo para congraciarse con su amo. Necesitaba la ayuda de alguien de dentro. Y ahí era donde Aristóbulo entraba en escena. Aquel griego presuntuoso era su única posibilidad de entrar en casa de Tito Pomponio y salir con vida de ella.

Se dirigió a uno de los esclavos que trabajaban afanosamente. El capataz que dirigía los trabajos le echó una mirada de reprobación al ver que se disponía a interrumpir la labor de sus obreros, pero tuvo que atender un asunto urgente cuando un enorme travesaño levantado por una grúa de madera estuvo a punto de caer sobre un grupo de mirones.

—¿Sabes cuándo comenzarán las funciones?

El esclavo, un hombre alto y fornido con el pelo de color rubio, le miró con cara de extrañeza. Era evidente que no hablaba latín.

—¿Cuándo? Teatro— repitió Marco, tratando de hacerse comprender.

El esclavo sonrió, creyendo entender el concepto.

—Sí, teatro— dijo, y se giró para seguir trabajando.

Marco maldijo su fortuna. Había dado con un esclavo recién llegado de las provincias. Decidió probar suerte con otro esclavo. Sólo al tercer intento lo consiguió. Las primeras funciones tendrían lugar aquella misma tarde. Y ese sería el momento en el que tendría que entrar en casa de Tito Pomponio.

Tras dar un largo paseo hasta la explanada del Circo Máximo y contemplar

cómo otro grupo de esclavos preparaban las gradas para las carreras de carros que se celebrarían allí al día siguiente, Marco regresó a casa. Suponía que Céfiro pasaría por allí a comer algo, y no se equivocaba. De hecho, el niño apareció con una bolsa llena de provisiones que al principio hicieron que Marco se pensara lo peor.

—¿Lo has robado? Ya sabes lo que pasa con los esclavos a los que se sorprende robando...

—Sí, me cortarían las manos y todo eso— dijo mientras sacaba los víveres de la bolsa y los ponía sobre la mesa. Había higos, aceitunas, cebollas, dos hogazas de pan, legumbres, aceite y harina. En cantidad suficiente para poder comer al menos una semana—. No lo he robado. Me he ganado unas monedas de forma honrada. ¿Recuerdas el ritual de los zorros con el que se inauguran las carreras de carros de las Cerealia?

Marco asintió. Era una antigua costumbre que, con el paso de los siglos, había perdido por completo su significado original. El segundo día de las Cerealia, antes de las carreras de carros que se celebraban en Circo Máximo, al pie del templo de Ceres, se soltaba un grupo de zorros con ramas secas en llamas atadas a sus colas. Los animales corrían aterrorizados por el recinto, tratando de escapar del fuego que les seguía allá donde iban. La mayor parte de los zorros morían abrasados o linchados por los espectadores si intentaban escapar entre la multitud. Se decía que esta costumbre era un castigo a los zorros debido a que, en la noche de los tiempos, un zorro al que un muchacho había atado una antorcha encendida a la cola había quemado los campos de cereales antes de que éstos pudieran ser cosechados.

—Esta mañana salí temprano con mis amigos a cazar zorros más allá de las murallas. Llevamos varios días poniendo trampas y habíamos localizado algunas madrigueras. Al final hemos cazado cinco, y los esclavos de los ediles nos han dado por ellos una bolsa de monedas. Y como la despensa estaba casi vacía...

Marco sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Pensó en el niño recién nacido al que había recogido en las escaleras del templo de Hércules. La criatura a la que había criado él mismo con leche de cabra y al que había llegado a querer como un hermano pequeño. Un hermano pequeño que por primera vez se mostraba como el adulto que llegaría a ser.

—Gracias— dijo, sin saber cómo continuar.

—No es gran cosa. Pero he tenido una idea. El próximo año capturaré a las crías pequeñas de zorro y las cuidaré hasta que crezcan y tengan más crías. Así podré vendérselas a los ediles y no tendré que salir a cazar cada año. ¿Qué te parece?

Marco sonrió.

—Piensas como un maldito publicano, Céfiro. Llegarás lejos. Aunque no sé muy bien dónde piensas criar a todos esos zorros.

—Oh, había pensado que podría utilizar tu habitación.

Mientras comían, Céfiro siguió desgranando su idea de negocio y Marco se limitó a sonreír y asentir. Sabía que Céfiro, como el viento cuyo nombre llevaba, era voluble e inestable. No habría pasado un mes y ya se habría olvidado de aquel plan. Sin embargo, el niño estaba tan ilusionado con el hecho de haber podido llevar comida por sus propios medios hasta aquella mesa por primera vez que Marco decidió escucharle como si aquella idea de criar zorros fuese lo más genial que había escuchado nunca.

Cuando hubieron terminado de comer, Marco cambió de tema.

—Céfiro, necesito que me hagas un recado ahora mismo. Te prometo que si todo sale bien tendrás los próximos días libres para ver las carreras de carros.

—¿Y me llevarás al teatro?— preguntó.

—Y te llevaré al teatro.

Dado que los esclavos tenían prohibida la entrada en los teatros, la única posibilidad que tenía Céfiro de ver una función era que Marco le acompañara. Los esclavos que iban en compañía de sus amos sí podían acceder al recinto.

—Necesito que vuelvas otra vez a casa de Tito Pomponio y le digas a Aristóbulo que se reúna conmigo en el mismo lugar que ayer. Dile que es muy

urgente. Cuestión de vida o muerte.

—Los esclavos de Tito Pomponio comenzarán a sospechar de verme tanto por allí.

—Pues intenta que no te vean— dijo Marco.

El niño echó a correr sin pensárselo dos veces. Para Céfiro, cualquier excusa era buena para salir a la calle. Marco recogió los cacharros de la comida y salió del apartamento. Aristóbulo tardaría un buen rato en encontrar una excusa para escaparse de la casa de su amo, si es que lo conseguía. Marco tenía tiempo antes de tener que reunirse con él.

Bajó las escaleras con calma y, una vez en el rellano, se quedó muy quieto, mirando hacia la penumbra de un pasillo que se abría a su derecha. No había luz alguna que iluminara aquel lugar, pero Marco sabía muy bien que había al final de aquel corredor. Una puerta de madera, gruesa y envejecida, de aspecto sólido. Una puerta que, a ojos de la mayor parte de los mortales, no tenía nada de especial, pero que alguien que supiera mirar de la forma adecuado podría encontrar de lo más interesante. Pequeños rasguños que parecían fortuitos, producto del desgaste y de golpes, pero que eran más, mucho más. Eran símbolos arcanos, semejantes a los que cubrían el marco del propio apartamento de Marco, pero al mismo tiempo muy diferentes. Aquellos símbolos no sólo estaban pensados para mantener fuera a las criaturas sobrenaturales. Estaban pensados para mantener dentro cosas que no debían salir de aquella habitación.

Aquella puerta que Marco temía y amaba al mismo tiempo, que llevaba años sin abrir, era la entrada al lugar en el que Neóbula, su madre, había trabajado durante los últimos años de su vida. El lugar donde había guardado los ingredientes para sus pócimas y filtros, sus rollos de papiro más secretos. Marco no sabía todo lo que ocultaba aquella puerta. Había secretos que ni él mismo se había atrevido a indagar. Pero, ante todo, tras aquella puerta se ocultaba el doloroso recuerdo de su madre asesinado años atrás. Un recuerdo con el que Marco aún no se había atrevido a enfrentarse.

Se llevó la mano al pecho, al colgante con forma de lágrima negra. Un regalo de su madre. Un objeto que ocultaba un poder que él mismo apenas alcanzaba a entender. Como si ardiera, retiró la mano. Era mejor no jugar con determinadas cosas a menos que fuera estrictamente necesario.

Marco sabía que con toda probabilidad aquella noche tendría que enfrentarse a un brujo tanto o más poderoso que él mismo. Alguien que era capaz de invocar criaturas de lo más profundo del Hades para que sirvieran sus propósitos. En su lugar, Neóbula habría ido preparada. Habría pasado horas en su estudio, memorizando palabras de poder, recopilando ingredientes. Pero él no era su madre. Marco no era poseedor ni de una cuarta parte de la sabiduría que su madre había atesorado a lo largo de décadas de estudio y práctica. Él sabía que tenía el talento necesario para adquirir ese poder, su misma madre se lo había dicho. Pero nunca se había atrevido a desarrollarlo. Enfrentarse a su propio potencial suponía abordar sus miedos, sus recuerdos más dolorosos. Suponía ocupar el espacio que Néobula había dejado, asumir su herencia.

Y Marco, sencillamente, no se sentía capaz.

Marco llevaba años sin entrar en aquel lugar, y no entraría aquella tarde. Se enfrentaría al brujo que había convocado a las sombras con las fuerzas que pudiera reunir. Y si estas fuerzas no eran suficientes... asumiría lo que viniera.

Llegó a la taberna de Quelidón, con el consolador pensamiento de que, al haber llenado Céfiro la despensa con su argucia de la venta de zorros, él no tenía que preocuparse a corto plazo por tener la bolsa repleta de monedas. Podía gastarse una parte de lo que le quedaba en saciar su sed y su ansia de vino. A aquellas horas, la taberna no estaba muy concurrida. Al ser el primer día de las Cerealia, los clientes habituales estaban en la calle, observando los últimos preparativos de los juegos y los espectáculos teatrales que se iniciarían aquella tarde. Marco se sentó en su mesa de siempre, al fondo, desde donde podía observar quién entraba y salía del establecimiento.

Estaba tan sumido en sus pensamientos acerca de lo que tendría que hacer aquella tarde, que no se dio cuenta de que la joven que se acercó a preguntarle qué quería beber no era otra que Alda, la esclava hispana que le había quitado el sueño en los últimos días.

—Buenas tardes, Marco Lemurio. Hacía tiempo que no te veía por aquí.

—Tu presencia se vende cara por lo que parece. Yo no he dejado de venir ni un sólo día—. Marco trató de reprimir el nudo que le agarrotó el estómago al ver a la hispana y fingió una naturalidad que no sentía.

—Ya sabes que las chicas de Quelidón no sólo tenemos obligaciones en esta taberna.

—Algún día descubriré quién es vuestro misterioso amo.

—¿Y qué harás?— preguntó ella burlona— ¿Vas a comprarle la taberna?

—A lo mejor te compro a ti.

—No hay dinero en toda la Subura para comprarme a mi, cazador de licántropos.

Marco sonrió.

—Tráeme vino— pidió.

Alda se marchó y regresó al momento con una jarra de vino.

—¿Quieres compañía?— preguntó.

—Hoy no— dijo él, a pesar de que nada deseaba en el mundo más que pedirle a aquella mujer que se sentara con él y compartiera su vino y sus penas—. Estoy esperando a alguien.

—¿Un hombre? ¿Una mujer?

—Un hombre— respondió.

—No te hacía de esos gustos...

—Tengo muchas sorpresas escondidas.

Alda arqueó una ceja, sonrió y se marchó para atender a otros clientes. Marco la vio alejarse entre las mesas, moviéndose con la gracia de quien se sabía observada. Probó el vino y sintió una oleada de placer recorrer todo su cuerpo.

Terminó la primera jarra y pidió otra. Y una más. La luz que entraba por las ventanas fue pasando de un blanco limpio a un naranja cálido y mortecino. Marco comenzó a ponerse nervioso. Si Aristóbulo no conseguía escaparse de casa y reunirse con él, tendría que modificar su plan. Marco estaba a punto de levantarse, cuando vio al esclavo entrar en la taberna. Preguntó a una de las

esclavas, que le indicó la mesa en la que estaba Marco Lemurio. Aristóbulo se sentó frente a él.

—¿Crees que puedo escaparme de la *domus* de mi amo cada vez que me necesites?

—Hoy es un caso especial. Necesito que me hagas un favor. Cuestión de vida o muerte.

Aristóbulo se sirvió vino.

—¿Otro favor? Parezco más tu esclavo que el de Tito Pomponio... Si te decidieras a follarme, ya estaría más a tu servicio que al suyo.

—¿Sabes si tus amos van a ir al teatro hoy?

—¿Cómo crees que he conseguido escaparme? Tito Pompinio y mi *domina* han salido hace rato de casa. No creo que vuelvan hasta bien entrada la noche.

—Perfecto. Tienes que colarme en la *domus* de tus amos. Esta misma noche.

Aristóbulo tragó de golpe el vino que tenía en la boca.

—¿Colarte en la casa de Tito Pomponio? ¿Estás loco? Tú vas a acabar ante el tribunal del pretor y yo crucificado. ¿No recuerdas al mulo de Áyax? No deja que nadie se acerque a la casa sin su consentimiento.

—Pues tendremos que asegurarnos que Áyax no se entere. Aristóbulo, si no fuera importante no te lo pediría.

—¿Y qué saco yo de todo esto? Si mi amo se entera, soy hombre muerto. No sabes lo que es capaz de hacer...

Marco reflexionó. No había pensado en qué podía ofrecerle a Aristóbulo a cambio de su ayuda. El esclavo tenía razón: era mucho lo que se jugaba. Marco no tenía dinero ni propiedades con las que tratar de sobornar al esclavo. Pensó incluso en ofrecerle sexo a cambio de su ayuda, pero comprendió que Aristóbulo podía conseguir al hombre que quisiera sólo con proponérselo. Acostarse con Marco Lemurio no era un pago suficiente, por más que le doliera en su orgullo.

Fue entonces cuando pensó en Varrón. ¿Estaría dispuesto a poner algo de su parte a cambio de la resolución del asesinato de Sexto Pedario?

—Te ofrezco el dinero suficiente para que compres tu libertad— dijo Marco sin pensarlo dos veces.

Aristóbulo miró a Marco a los ojos.

—Tú no puedes pagar por mi libertad, Marco Lemurio. No intentes estafarme.

—Yo no, pero el hombre para el que trabajo sí. Es alguien muy poderoso, y si consigo entrar en casa de Tito Pomponio y averiguar lo que necesito saber me deberá un favor. Tu libertad será ese favor.

Aristóbulo reflexionó un rato. Tito Pomponio estaba encaprichado de él. Pero si había algo en el mundo que su amo amara más que el culo de su esclavo favorito era una buena bolsa de dinero.

—Comprar mi libertad no será barato— dijo.

—El dinero no es problema. Confía en mi.

El esclavo no terminaba de decidirse. Llevaba años soñando con convertirse en un liberto, un hombre libre que no dependiera de los caprichos y los estados de ánimo de un amo. Tenía una pequeña suma de dinero ahorrada gracias a los regalos puntuales de su amo y a sus escarceos sexuales secretos a escondidas de Tito Pomponio. No le alcanzaba ni de lejos para comprar su propia libertad, pero sí para empezar una nueva vida si otro pagaba por él. ¿Merecía la pena arriesgarse por algo así?

—Sé que acabaré en la cruz por esto. Pero me consuela pensar que tu suerte no será mucho mejor. Te ayudaré, Marco Lemurio. Pero más te vale que cumplas tu palabra.

—Siempre cumplo mi palabra— mintió, pensando en el largo camino de promesas rotas que jalonaba su vida. En aquella ocasión, dependería de la buena voluntad de Varrón. Si éste se negaba a pagar, le sería imposible conseguir el dinero para comprar la libertad de Aristóbulo. Un esclavo así era un objeto de lujo que sólo los potentados estaban en condiciones de adquirir. Él mismo, de no

haber encontrado a Céfiro de niño medio muerto de frío y hambre, jamás habría podido permitirse tener un esclavo a su servicio.

—Tendrás que ser muy rápido en lo que quiera que vayas a hacer. Mis amos regresarán a casa después de la obra de teatro, y si te sorprenden en la *domus* somos hombres muertos. Y nada de robar... Tito Pomponio y mi *domina* conocen todos y cada uno de los objetos que hay en la casa.

Marco negó con la cabeza.

—No pretendo robar nada. Sólo comprobar una cosa.

—Supongo que sigues empeñado en que mi amo es un brujo... Estás loco. No vas a encontrar ninguna prueba en esa *domus*. Te arriesgas para nada. Pero es tu dinero, no el mío.

—Tú límitate a facilitarme el acceso. El resto es cosa mía.

Aristóbulo se echó los rizos del pelo hacia atrás con la mano derecha, pensativo.

—Te diré lo que haremos. Fingiremos que eres uno de mis amantes. No es la primera vez que meto a otro hombre en casa, y el resto de los esclavos están acostumbrados. No me denunciarán por algo así. Pero a ti te conocen, de modo que tendrás que ir cubierto en todo momento.

—No hay problema.

—Y tendrás que obedecerme. Si te digo que no puedes entrar en una habitación, significará que no puedes entrar en esa habitación. ¿Entendido? No quiero juego ni engaños, Marco Lemurio.

—Me basta con echar un vistazo al estudio y las habitaciones privadas de tu amo. El resto de la casa no me interesa.

Aristóbulo resopló fastidiado.

—Es imposible entrar al estudio de mi amo sin que el resto de esclavos de la casa se den cuenta.

—Tendrás que conseguirlo si quieres a cambio tu libertad. Si no puedo entrar al *tablinium* de tu amo no encontraré lo que busco.

El esclavo cogió la jarra de vino y de un largo trago apuró lo que quedaba.

—Te espero en el pórtico frente a la casa de Tito Pomponio— dijo—. Que nadie te reconozca. Dame un rato para que llegue antes que tú. Y que los dioses nos ayuden.

Aristóbulo se levantó y se dirigió a la salida de la taberna a toda prisa. Marco respiró hondo. Había conseguido lo más difícil: encontrar el modo de entrar en la domus de Tito Pomponio. Pasar desapercibido en una casa tan grande y con tantos esclavos no resultaría muy difícil. Al fin y al cabo, no era la primera vez que tenía que fingir ser quien no era. Y no sería la última.

Alda se acercó a la mesa donde estaba Marco Lemurio con una nueva jarra de vino y la dejó junto a él.

—Tu amigo te ha dejado sin vino. Pensé que tendrías sed— dijo.

—Muy amable— respondió Marco, aceptando el vino que, por supuesto, tendría que pagar.

—Es guapo. Veo que tienes tan buen gusto con los hombres como con las mujeres.

Marco dio un trago al vino y disimuló un eructo cubriéndose la boca con la mano.

—No es Venus la diosa que me acompaña hoy— dijo—, sino una más siniestra.

—Tú siempre llevas contigo tus dioses siniestros. Llévame arriba y haremos una ofrenda a Venus.

Alda se sentó en las rodillas de Marco. Éste notó que la sangre comenzaba a arderle. No había nada en el mundo que deseara más que tomar de la mano a aquella mujer y yacer con ella hasta el día siguiente, fingiendo que no había entre ellos un negocio sino una pasión legítima y real. Con un gran esfuerzo, apartó la cara cuando Alda trató de besarle.

—Hoy no— dijo—. Mañana, si los dioses así lo quieren.

Alda sonrió, sin poder evitar que el rubor y la furia de verse rechazada así colorearan sus mejillas. Era evidente que no estaba acostumbrada a los rechazos por parte de los hombres.

—Tal vez los dioses lo quieran mañana, Marco Lemurio. Pero está por ver si yo querré.

La hispana se levantó de las rodillas de Marco y se alejó, sin molestarse en acentuar el contoneo de sus caderas. Marco terminó de beberse el vino, con más rapidez de la que le habría gustado, y dejó una moneda en la mesa. Se levantó, tratando de no seguir a Alda con la mirada, sintiendo el enorme pesar de no poder contarle el motivo por el que se veía obligado a rechazarla aquella noche.

Al llegar a la puerta, se dirigió al portero de la taberna, que aquel día cumplía con su trabajo sentado en un taburete en lugar de estar de pié junto a la entrada como era su costumbre. La reyerta de la noche anterior había acabado con él magullado y con una herida seria en la cabeza. Pero aquel hombre parecía estar hecho de piedra en lugar de carne y huesos, y tras descansar unas horas y lavarse las heridas, se había presentado de nuevo en su puesto de trabajo para cumplir con su cometido. Junto a él, su enorme estaca descansaba, apoyaba contra la pared, con un par de magulladuras y alguna mancha de sangre más de las que tenía la tarde anterior, pero igual de amenazadora.

—Tito, necesito pedirte un favor— dijo Marco.

El portero respondió con un gruñido que podía interpretarse como una afirmación o como una amenaza de muerte. Marco decidió arriesgarse a que fuera lo primero.

—¿Tienes una capa con la que pueda cubrirme? Las noches son todavía frías.

Tito miró a Marco de arriba a abajo, tratando de decidir si se estaba burlando de él. La primavera no era en Roma especialmente calurosa. Pero aquella noche la gente caminaba por las calles con sus túnicas como único abrigo. Sólo las mujeres más frioleras y los ancianos se cubrían con ligeros chales para combatir la suave brisa que llegaba desde el Tíber. O Marco Lemurio se estaba burlando de él, en cuyo caso sólo quedaba darle a probar la dureza de su estaca, o estaba loco. Tras reflexionar unos instantes y a la luz de la fama que Marco Lemurio

tenía en todo el barrio, decidió que se trataba de lo segundo. Era un buen cliente que siempre pagaba lo que consumía y nunca montaba alboroto. Pero era raro como una comadreja púrpura. Sin duda su intención de cubrirse en una noche tan cálida se podía achacar a su extravagancia.

—Mira ahí— dijo señalando un montón de trapos que había en un rincón—. La gente olvida y no vuelve por sus capas. Yo guardo. También ropa de muertos. Pero no mucha sangre.

Marco rebuscó entre el montón de prendas, desechando aquellas que eran demasiado pequeñas o demasiado gruesas. Con una capa de invierno llamaría demasiado la atención. Necesitaba algo ligero que fuera más o menos de su tamaño si quería que su papel de amante de Aristóbulo resultara creíble. Finalmente, encontró una capa fina con capucha que podría servirle. Tenía dos agujeros rodeados de sendas manchas que indicaban que su anterior propietario había pasado a mejor vida tras recibir dos puñaladas. Pero Marco no era escrupuloso. Una capa tan buena como aquella merecía una segunda vida. Se la echó sobre los hombros y se dispuso a salir, cuando la enorme manaza de Tito se cerró sobre su hombro.

—Tú pagas por la capa. En la taberna de Quelidón todo tiene precio. Ya lo sabes.

Marco lo sabía. En aquella taberna podían hacerte sentir como el cliente más especial. Siempre y cuando pagaras tus facturas. Incluyendo el llevarse algo del montón de prendas perdidas. Resignado, echó mano a su maltrecha bolsa y sacó una pieza de cobre de poco valor, confiando en que Tito la aceptara como pago por la capa. El hombretón ni siquiera miró la moneda; se limitó a guardársela en un bolsillo de la túnica. Como si el valor no tuviera importancia y fuera el simple gesto del pago lo que le preocupaba.

—Es una capa bonita— dijo, y soltó el hombro de Marco. Éste se cubrió la cabeza y parte del rostro con la capucha y se mezcló con la muchedumbre que descendía por las calles de la Subura hasta el teatro.

Capítulo 15

El hechicero

Con toda Roma celebrando el inicio de las Cerealia en el Foro y sus alrededores, la zona baja del monte Palatino donde se encontraba la casa de Tito Pomponio estaba casi desierta. No todos los que habían acudido al Foro habían podido entrar en el teatro. Sólo los senadores, los caballeros y aquellos que hubieran hecho cola durante muchas horas habrían conseguido entrar al teatro aquella noche. El resto del pueblo se conformaba con disfrutar del ambiente festivo de los alrededores, con puestos y tenderetes que vendían todo tipo de alimentos y bebidas, y hombres y mujeres que trataban de seducir a los clientes para que adquirieran sus baratijas. Una vez se alejó del Foro y comenzó la subida hacia el , Marco sólo se cruzó con un par de hombres que llevaban el rostro cubierto como él mismo, sin duda con la intención de que no se les reconociera en la actividad poco lícita que se disponían a emprender al amparo de la noche. Las grandes fiestas eran un momento perfecto para que ladrones y criminales de todo tipo llevaran a cabo sus negocios de forma cómoda y segura. Una vez más, Marco echó de menos la daga que los hombres de Pompeyo le habían quitado. En cuanto tuviera tiempo y dinero, tenía que hacerse con un arma.

La casa de Tito Pomponio se encontraba en el barrio noble del Palatino, pero no en la ladera que estaba orientada hacia el Foro, reservada para los grandes senadores y sus familias. Los caballeros, que también contaban con grandes fortunas pero que no tenían la dignidad de los nobles, se conformaban con adquirir casas o construirlas en la ladera contraria, la que miraba hacia el sur y caía hacia el valle del Circo Máximo. Desde aquellas calles, Marco podía ver las hogueras que los plebeyos habían encendido para celebrar la fiesta de su diosa en los alrededores del templo y a lo largo del Aventino, el monte sagrado de la plebe. Miles de romanos que vivían sus vidas, celebraban sus fiestas y olvidaba sus miserias ajenos a lo que ocurría en otros puntos de la ciudad. Por una vez,

Marco les envidió.

Cuando llegó al pórtico que había junto a la casa de Tito Pomponio, se cubrió el rostro por completo con la capucha y se escondió en la parte más oscura de los soportales. Sabía que más que un enamorado que iba al encuentro furtivo de su amante parecía un sicario emboscado a la espera de una víctima. Pero no podía arriesgarse a que alguno de los esclavos de Tito Pomponio le reconociera. Si alguien le veía entrar en aquella casa y era capaz de decirle su nombre a Tito Pomponio, la influencia de Varrón serviría de poco para evitar que su cadáver acabara flotando en la Cloaca Máxima. El pórtico en el que se había ciado con Aristóbulo estaba detrás de la casa de Tito Pomponio, por lo que desde él sólo podía verse la parte trasera de la casa y las entradas de servicio y mercancías.

Aguardó un rato y comenzó a impacientarse. Finalmente, una de las puertas traseras de la *domus* se abrió y Aristóbulo se asomó por ella, portando una pequeña lucerna que iluminaba su rostro. Al ver la figura de la Marco Lemurio, le hizo señas para que se acercara.

—No te quites la capucha hasta que yo te lo diga.

Marco asintió en silencio y siguió al esclavo al otro lado de la puerta. Aquella entraba daba a un pequeño atrio que servía de distribuidor hacia las habitaciones de los esclavos.

—Por suerte, muchos de los sirvientes han conseguido permiso de mis amos para disfrutar de las fiestas esta noche. Yo entre ellos...— dijo Aristóbulo en un susurro—. Pero el atriense sigue por aquí, deambulando y vigilando. Y he visto a Áyax haciendo algo en las cuadras. Así que tendremos que ser cuidadosos. Sígueme.

—Recuerda: sólo me interesa el despacho de tu amo.

—Lo entendí la primera vez que lo dijiste— respondió el esclavo, visiblemente nervioso.

Avanzaron por un pasillo oscuro en el que se cruzaron con una vieja sirvienta que acarreaba un gran balde lleno de agua. Miró a Aristóbulo con ojos burlones y le susurró algo acerca de acostarse con tipos que parecían mendigos. El esclavo amenazó con darle un pescozón a la anciana, pero ésta se escabulló entre

risas ahogadas.

—No diré nada— dijo él—. Sabe que en ocasiones traigo a mis amantes durante la noche.

Marco asintió. Suponía que en una casa como aquella la mayoría de los esclavos desarrollaban una cierta complicidad al margen del conocimiento de sus amos para ayudarse unos a otros y taparse sus pequeños crímenes domésticos. Siguió a Aristóbulo por la zona de la casa dedicada a los esclavos, una zona que él mismo ya había visitado unos días atrás, cuando había estafado a Tito Pomponio con la complicidad de Aristóbulo. Por desgracia para él, Marco no pensaba que tendría que volver a aquel lugar, y no se había fijado en la disposición de las habitaciones ni en qué dirección se encontraban las salidas más cercanas. Aquella zona de la *domus* estaba completamente a oscuras con excepción de la lucerna que el esclavo llevaba en la mano, por lo que Marco apenas podía orientarse en medio de las sombras. Si había algún problema, le sería muy difícil escapar de aquella casa con vida.

—A partir de aquí empiezan las estancias privadas de mis amos. Si nos encontramos con alguien, déjame hablar a mi.

Salieron al gran peristilo en el que Marco había llevado a cabo la pantomima de los espíritus bajo la atenta mirada de Áyax, el esclavo que Tito Pomponio había dejado oculto para vigilarlos. En el centro del *impluvium*, una fuente rompía el silencio con sus aguas cantarinas. En cada una de las esquinas ardían cuatro enormes antorchas que iluminaban con sus llamas el patio. Marco se fijó en la escultura de Mercurio que había en una esquina y representaba al dios en pleno vuelo. Había sido en el pedestal de aquella estatua donde había ocultado la tablilla de plomo que había servido para engañar a Tito Pomponio. Una vez más, Marco se preguntó cómo podía haber caído en aquella estafa alguien que se suponía que era un poderoso hechicero. No tenía ningún sentido. Sin embargo, todas las pruebas apuntaban en aquella dirección.

—El estudio de mi amo da justo a este patio. Es aquella puerta de allí. Creo que es el lugar donde te reuniste tú con Tito Pomponio. Si alguien nos sorprende fingiremos que nos hemos escondido ahí para follar. ¿Serás capaz?

—No te preocupes. Soy un gran actor— dijo Marco.

El *tablinium* de Tito Pomponio era una habitación no muy grande que

denotaba que su propietario no era un gran aficionado a la lectura. Las paredes estaban cubiertas de armarios sin puertas, con sus estantes repletos de rollos de papiro de aspecto pulcro y cuidado, como si nunca hubieran sido leídos. Todo estaba presidido por una gran mesa, sobre la cual había todo tipo de material de escritura.

—Busca lo que tengas que buscar. Pero déjalo todo como está. Y date prisa.

Marco cogió la lucerna de manos del esclavo y, con gran cuidado de no acercar la llama demasiado a los delicados papiros, comenzó a inspeccionar el contenido de las estanterías. No era tan ingenuo de pensar que un hechicero tendría sus preciados volúmenes y tratados de magia a la vista de todo el mundo en el lugar donde recibía a sus amigos y clientes más cercanos. Marco sabía que, de ser Tito Pomponio un nigromante, guardaría sus valiosos instrumentos y papiros en un lugar más seguro al que nadie salvo él mismo pudiera acceder. Tal y como su madre, Neóbula, había hecho durante toda su vida. Todo lo que podía pretender encontrar en aquel lugar era un pista que confirmara sus sospechas.

Sin embargo, no encontró nada. Entre aquellos papiros encontró tratados de filosofía, de historia, alguna comedia... Todos ellos tan bien cuidados que era evidente que su propietario no los había leído jamás. Tito Pomponio había comprado aquella biblioteca como quien compraba una colección de esculturas o dos hermosas esclavas tracias. Para que las visitas pudieran contemplarlas y se hicieran una idea de su enorme riqueza.

No había en aquella estancia rastro alguno que permitiera relacionar a Tito Pomponio con la práctica de la brujería. Marco rebuscó en las estanterías, revisó el material que había sobre la mesa, abrió dos arcones que resultaron estar vacíos.

—Nada...— murmuró.

—Ya te lo dije. Tito Pomponio es demasiado tonto para ser un brujo o cualquier cosa de esas que te hayas imaginado. Ahora termina y vámonos de aquí.

Marco hizo una última búsqueda sin conseguir encontrar nada sospechoso y se dio por vencido. Su madre había sido en vida extremadamente escrupulosa en guardar a salvo de miradas indiscretas sus materiales, sus papiros, los ingredientes de sus pociones y hechizos. Y pese a todos sus esfuerzos siempre

había algo en su casa que la habría delatado a ojos de alguien que supiera buscar. Inscripciones en los marcos de las puertas. Restos de pintura en el suelo en el lugar donde se hubiera dibujado un pentagrama. Láminas de plomo, olor a especias, restos de ingredientes... Pero en aquel estudio no había nada que delatara la presencia de un brujo. O Tito Pomponio era mucho más cuidadosos de lo que había sido Neóbula o Marco tendría que admitir que había buscado en el lugar equivocado.

—Tienes razón— dijo resignado—. Aquí no hay nada de lo que busco.

—Entonces vámonos.

Marco asintió y siguió a Aristóbulo de vuelta al patio.

—Ahora iremos a mi dormitorio para disimular...

Aristóbulo no pudo acabar la frase porque una mano se cerró en torno a su cuello y lo empujó contra la pared. De forma instintiva, Marco se apartó de un salto y pegó la espalda contra una columna, mientras buscaba de forma automática la pequeña daga en su funda vacía y se echaba hacia atrás la capucha.

—¡Tú!— gritó el hombre que había atacado a Aristóbulo—. Sabía que mi amo no debía fiarse de una rata de la Subura.

Era Áyax, el enorme esclavo de Tito Pomponio al que Marco había conseguido burlar con su actuación y la ayuda de Aristóbulo. Lo peor que podía ocurrir, había sucedido. No sólo le habían sorprendido dentro de la casa de un rico caballero con importantes conexiones en el Senado. Aquel esclavo le había reconocido, y eso haría que no hubiera lugar en el mundo donde pudiera esconderse de la ira de Tito Pomponio, fuera éste un brujo o no. Marco sólo tenía una posibilidad, por muy desagradable que le resultara. Silencia a Áyax para siempre.

—Creo que me confundes con otra persona— dijo, tratando de confundir al esclavo a sabiendas de que éste no destacaba por su inteligencia. Necesitaba ganar tiempo para acercarse a él mientras conseguía que bajara la guardia y se confiara. Sin su daga le resultaría muy difícil acabar con aquella mole de músculos. Pero Marco conocía otras formas de matar a un hombre.

—Eres ese brujo que contrató mi amo para que expulsara a los fantasmas. Yo

vi con mis propios ojos lo que hiciste. Tú no lo sabes, pero estaba escondido detrás de esa columna.

A pesar de lo dramático de la situación, Marco tuvo que reprimir una carcajada. Aquel grandísimo patán creía que su presencia había pasado desapercibida.

—Soy un cliente de Aristóbulo. Me ofreció sus servicios y bueno... ¿Quién puede resistirse a esas nalgas?

Áyax bufó enfadado y arrojó al suelo el cuerpo de Aristóbulo, que no había presentado resistencia alguna debido al miedo y la conmoción.

—¿Esta pequeña putita se trae a sus amantes a casa del amo? Por los dioses que esto le va a encantar a Tito Pomponio. Vas a desear no haber usado tu culo para nada más que cagar, pequeña rata griega.

Aristóbulo trató de hablar, pero sólo consiguió echarse a toser debido al fuerte golpe recibido en la garganta.

Marco dio dos pasos al frente. Áyax iba desarmado, con excepción de una enorme porra que colgaba de su cinturón. Antes de que consiguiera sacarla, Marco habría podido usar su daga varias veces. De haber tenido con él la daga, claro. Marco maldijo a los hombres de Pompeyo una vez más.

El principal problema, sin embargo, no era la porra, sino las manos desnudas del enorme esclavo. Con aquellos brazos como troncos era capaz de partirlle el cuello con un solo golpe. Tenía que conseguir que el esclavo no temiera nada de él y entonces... Se llevó la mano al colgante. Hacía mucho tiempo que no recurría a él. Pero la situación no le dejaba más opciones.

—Deja que me vaya, entonces. No tengo nada contra tu amo. Ven, te daré un denario de plata si permites que me marche de aquí.

Áyax negó con la cabeza.

—Tú te quedarás aquí y será mi amo el que decida tu suerte.

—¿Dos denarios?— preguntó Marco, dando un paso al frente y haciendo un amago de abrir su bolsa.

Áyax no cayó en la trampa. Estúpido o no, era un guardaespaldas veterano que conocía todos los trucos de los rateros de Roma para acercarse hasta los ricos y despojarles de su bolsa e incluso de la vida. De una sonora bofetada tiró a Marco al suelo, sin perder de vista a Aristóbulo, que aún seguía gimiendo junto a él.

Marco sintió una explosión de dolor en su cabeza. A punto estuvo de perder la conciencia al caer al suelo y golpearse contra la columna. No le quedaba más remedio que recurrir al colgante de Neóbula. Tendría que actuar si quería salir de aquella casa con vida. Y tendría que hacerlo rápido, antes de que el resto de esclavos acudieran alertados por el ruido y los golpes.

Fue entonces, mientras trataba de encontrar una solución a sus problemas, cuando escuchó el siseo. Un ruido muy tenue, como si el viento se colara por el ojo de una cerradura en una noche de invierno. Marco miró a su alrededor. Las antorchas que iluminaban el patio comenzaron a perder fuerza, como si un soplo invisible tratara de apagar sus llamas.

—Escúchame— dijo, dirigiéndose al esclavo. Su voz cambió por completo el tono. Ya no estaba interpretando al amante de un esclavo sorprendido en casa del amo. Volvía a ser Marco Lemurio. Aquel siseo, aquella forma de atenuarse las luces, no dejaban lugar a duda—. Tienes que salir de aquí. Ahora mismo. Coge a Aristóbulo y sal de aquí.

—¿No me has oído? Nadie va a salir de aquí hasta que regrese mi amo.

Las antorchas se apagaron, sumiendo el patio en una oscuridad sólo rota por la escasa luz de las estrellas y la luna. El siseo comenzó a aumentar hasta convertirse en un silbido que eclipsó incluso el rumor de la fuente.

Áyax miró a su alrededor, tratando de entender qué ocurría. Intentó sacar la porra del cinturón, y giró sobre sí mismo, buscando nuevos intrusos que se hubieran colado en la casa.

Marco se puso en pie, y trató de dar un paso al frente, aún mareado por el golpe recibido.

—Márchate, no lo entiendes...

Áyax no tuvo tiempo de responder. Una sombra reptó desde el tejado de la

domus, se deslizó por una de las columnas como si fuera una serpiente negra y llegó a los pies del enorme esclavo. Áyax reaccionó tratando de pisar a aquella extraña criatura que, pese a sus esfuerzos, comenzó a elevarse y a tomar forma frente a él. El esclavo alzó su enorme porra y golpeó a la sombra, atravesándola sin causarle daño alguno. Demasiado tarde comenzó a comprender que de nada le servirían sus músculos contra aquel demonio.

Marco reaccionó con toda la rapidez que pudo. Saco de su túnica un trozo de carboncillo y comenzó a dibujar los símbolos necesarios para acabar con aquella sombra.

Para Áyax fue demasiado tarde. La sombra extendió sus largos brazos y los introdujo en el pecho del esclavo. Áyax trató de defenderse, sacudiéndose y agitando los brazos. Pero fue inútil. Un frío helador comenzó a adueñarse de su pecho, y al instante se convirtió en un dolor insoportable. La sombra se acercó aún más a él, rodeando todo su cuerpo y envolviéndolo en su espectro de oscuridad. El rostro de Áyax se convirtió en una máscara de miedo y dolor. Sus ojos dejaron de ver y sus miembros se quedaron petrificados. En el momento en el que el corazón del hombre se detuvo para siempre, la sombra abandonó a su presa y se dejó caer de nuevo al suelo, donde comenzó a reptar en busca de una nueva víctima. El cuerpo de Áyax cayó sobre las losas del patio, inerte.

Marco terminó de dibujar los símbolos y se arrodilló junto a ellos. Sin su daga no tenía nada con lo que hacerse el corte del que manara la sangre necesaria para formular el hechizo. Desesperado, Marco se llevó el brazo a la boca y se dio un fuerte mordisco con los dientes, desgarrando piel y carne y haciendo que la sangre manara en abundancia. En el momento en el que empezó a sangrar, sintió un gran frío recorriendo todo su brazo hasta el hombro. Las líneas del diagrama comenzaron iluminarse.

—Hécate, señora de la noche, concédeme tu bendición y muéstrame al enemigo que me acecha.

La sombra reptó hasta él, tratando de impedir que terminara el conjuro, pero el brillo de las líneas se materializó antes en una esfera luminosa que, sin dar tiempo a la criatura a escapar, se lanzó contra ella y estalló en mil pedazos de luz. La sombra desapareció prorrumpiendo en agudos gritos de dolor y rabia.

Cuando la luz de la esfera desapareció, el patio volvió a quedar sumido en

las sombras. Aristóbulo, que había presenciado todo aterrado desde el lugar en el que Áyax le había dejado caer, se arrastró hasta Marco y se apoyó en la columna junto a él.

—¿Qué era esa cosa?— preguntó.

—Sería muy largo de explicar.

—Yo te lo explicaré, esclavo. Mientras cuelgas de una cruz en este mismo patio.

La voz surgió de las sombras del otro lado del *impluvium*. Una voz femenina, pero llena de autoridad. Aristóbulo se puso en pie de inmediato al escucharla. Juntó las manos y agachó la cabeza en gesto servil. Como un esclavo ante su amo, pensó Marco.

La mujer apareció tras la fuente, y Marco la reconoció de inmediato. Iba vestida con gran elegancia, como si se dispusiera a salir a una cena en casa de una familia noble. O como si fuera a asistir a un estreno de teatro. Marcia, la esposa de Tito Pomponio se detuvo a unos metros de Marco Lemurio, que continuaba sentado en el suelo, y le miró sin dejar de sonreír.

—Y en cuanto a ti, Marco Lemurio, reconozco que me ha sorprendido tu resistencia ante la muerte. Escapar de las sombras es algo que no está al alcance de cualquiera. Pero después de lo que he visto esta noche... Ahora lo entiendo todo. No eres un simple estafador, ¿verdad?

—No más que vos una respetable dama romana— respondió él, levantándose lentamente.

—Oh, pero yo soy una respetable dama romana. La dulce e ingenua esposa de Tito Pomponio. ¿Quién pensaría nada malo de mí?

En la cabeza de Marco todas las piezas comenzaron a encajar. La actitud de Marcia cuando él había estafado a su marido, recelosa, consciente de que todo lo que Marco estaba tramando era un engaño, y al mismo tiempo impotente al no poder revelar a su marido cómo había sido capaz de reconocer al estafador. Marcia había sabido la verdad desde un principio. Era una hechicera, capaz de invocar criaturas desde el Hades. Se había tragado la rabia mientras duró la pantomima de Marco en su propia casa, pero esa misma noche había tramado la

venganza contra el estafador. Había invocado una sombra y la había enviado contra él. Sin saber que Marco era también mucho más de lo que aparentaba.

—Reconozco que me habéis engañado con mucha habilidad. ¿Fuisteis vos quien asesinó a Sexto Pedario? Y quien envió a esas sombras a matarme a mí.

Marcia reprimió una carcajada.

—¿Sexto Pedario? ¿Así se llamaba esa rata del Aventino? No fue algo personal, te lo aseguro. Cosas de la política.

Marco apartó con suavidad a Aristóbulo, que temblaba como una hoja a punto de caerse del árbol. Le empujó con la mano para que se situara detrás de él. El esclavo apenas se movió un palmo de su sitio, sin dejar de mirar al suelo. Estaba aterrado. Como si la presencia de Marcia le produjera más pavor que todos los demonios del Hades juntos.

—¿Dónde aprendiste tus artes, Marco Lemurio? ¿Quién fue tu maestro?

—El dios Mercurio dejó caer unas gotas de ambrosía sobre mi cuna. O de pequeño me picó un cuervo de Apolo. Lo cierto es que no lo recuerdo.

Marcia comenzó a caminar en círculos, mientras Marco se alejaba de ella al mismo tiempo, tratando de proteger a Aristóbulo. La mujer iba desarmada, con las dos manos a la vista, pero él sabía que una mujer capaz de invocar a las sombras del Hades podía matarle sin necesidad de una espada.

—Antes de que acabe contigo, suplicarás que te deje contarme tu historia, rata de la Subura. Conocer un par de trucos no te convierte en mi igual.

—Cuando los compañeros del *collegium* de Sexto Pedario sepan que tú estás detrás del asesinato, no quedará de ti ni de esta casa recuerdo alguno.

Marcia volvió a reír.

—Pero para eso tendrían que enterarse, ¿verdad? Y ni tú ni ese esclavo traidor vais a salir de esta casa con vida. Eso— dijo, y separó los brazos al tiempo que abría las palmas de las manos—, te lo juro por la Estigia.

Un potente vendaval se desató sobre el patio, al mismo tiempo que un agudo

silbido llegaba de diversos puntos del tejado. Marco alzó la vista, tratando de ver de dónde vendría el ataque.

—Puedes deshacerte de una sombra, Marco Lemurio. ¿Pero podrás enfrentarte a tres de ellas al mismo tiempo?

Marco vio a una de las criaturas deslizarse por el suelo, junto a los pies de Marcia. Otra se escurrió como una mancha líquida por una de las columnas. No pudo ver a la otra, pero estaba seguro de que estaba allí, en algún lugar.

La parálisis de Aristóbulo se quebró al ver aparecer a aquellas criaturas que se acercaban hacia ellos. Se protegió tras el cuerpo de Marco, y se aferró a su capa.

—Haz algo. Ese truco de las luces de antes...

—No servirá contra tres de ellas.

—Entonces... ¿qué podemos hacer?

—Corre— dijo Marco.

Aristóbulo obedeció. Echó a correr hacia una de las salidas del patio y desapareció en la oscuridad.

—Tu amigo no irá muy lejos. Mis sombras le encontrarán. Después de haber acabado contigo.

Marco observó cómo las sombras se deslizaban hacia él. La tercera criatura había aparecido por fin, rodeando la fuente y uniéndose a las otras dos a los pies de Marcia. No tenía tiempo para dibujar un diagrama lo suficientemente grande como para poder terminar con las tres. Además, aquel hechizo habría requerido tanta sangre que habría acabado con él o lo haría dejado tan debilitado que la hechicera podría haberle matado con sus propias manos desnudas. Tenía que recurrir a otra solución. Otra magia. Más poderosa.

Marcia comenzó a murmurar un ensalmo semejante al siseo de una serpiente, y las sombras, obedientes a su ama, avanzaron hacia él, lentas pero implacables.

Marco dudó. Durante muchos años se había negado a si mismo la posibilidad

de recurrir a aquella magia. A desatar un poder que había consumido a hombres y mujeres mucho mejores que él. Una magia contra la que se propia madre le había advertido. Que la misma Neóbula había renunciado a practicar por los enormes riesgos que conllevaba. ¿Sería capaz de dominar aquellos poderes? ¿Sería capaz de cerrar la puerta una vez la hubiera abierto?

Pensó en la puerta de madera que cerraba el estudio de Neóbula. Aquella puerta cerrada simbolizaba todo aquello que Marco se había negado a si mismo. Su estirpe, su propia naturaleza. Un poder del que, según le había dicho la propia Neóbula, era poseedor. Si abría aquella puerta, si dejaba que lo que había en aquella estancia escapara y que el mundo penetrara en ella, no volvería a ser el mismo. Marco sabía que tal vez era el depositario de aquel poder ancestral. Pero también era consciente de que carecía de la disciplina y el autocontrol necesarios para dominarlo sin que esa fuerza oscura le dominara a él. Él era un borracho de la Subura, no un disciplinado hechicero egipcio capaz de dedicar semanas al estudio de un papiro. ¿Quién era él para jugar con aquellos poderes? ¿Quién Marco Lemurio si no una rata de las cloacas de Roma?

Las tres sombras llegaron a sus pies y se elevaron ante él, tomando forma corpórea. Marco nunca había estado tan cerca de aquellas criaturas. La oscuridad de la que estaban formadas era tan espesa que parecía casi líquida, y fluctuaba como si se tratara de un torrente de agua negra. Marco miró en el interior de una de ellas. Y deseó no haberlo hecho nunca. Había rostros en la oscuridad. Caras de hombres y mujeres atormentados, gritando de dolor y miedo, clamando por una compasión que nunca llegaría. Todas las víctimas a las que aquella criatura había congelado el corazón, atrapadas en su interior por toda la eternidad.

Los demonios comenzaron a alzar sus brazos, y fue entonces cuando Marco tomó la decisión. Se llevó la mano al interior de su túnica y aferró con fuerza el medallón de su madre. Sintió como el frío de la lágrima quemaba su piel... para de inmediato dar paso a un calor abrasador. Marco notó el calor que comenzaba a manar del medallón, pero en lugar de resistirse a él y soltarlo, lo dejó fluir y se abandonó a él.

Entonces se produjo la transformación.

Las pupilas marrones de Marco adoptaron un brillante color púrpura, y crecieron lentamente hasta convertir sus ojos en dos cuencas moradas. Su cabello, castaño claro, se oscureció hasta ponerse tan negro como sus ojos. En

contraste, su piel perdió todo su color, y se volvió blanca como el mármol.

En su mano, la lágrima negra se había convertido en una piedra completamente blanca.

Marco habló, y lo que salió de su boca no fue en absoluto una voz humana. En un tono ronco y agrietado, semejante al rugido de una bestia, se dirigió a las tres sombras, y éstas retrocedieron. Marco dio un paso al frente, y los tres demonios se desvanecieron, como si la oscuridad de la que estaban hechos se fundiera con la oscuridad de la noche. Una vez las sombras hubieron desaparecido, se volvió hacia la mujer que las había invocado.

Marcia miró con terror a la criatura que antes había sido Marco Lemurio. Dio un paso atrás, y tropezó con la fuente. De su rostro se había borrado todo rastro de sonrisa.

—¿Cómo...? No es posible... No puedes tener ese poder. Sólo mi maestro...

Marco Lemurio continuó hablando en el extraño idioma de la muerte. Había dejado que un demonio tomara el control de su cuerpo, y sólo a duras penas conseguía no perder la conciencia. El demonio hablaba por su boca en la lengua del Hades, y se dirigía a Marcia sin que ésta pudiera entenderle. Una voz en su interior, la voz del verdadero Marco, del Marco humano, le gritaba que parara, que se detuviera. Necesitaba escuchar las respuestas que Marcia podía proporcionarle a sus preguntas. Necesitaba a aquella mujer viva si quería llegar hasta el fondo de la muerte de Sexto Pedario. Pero sobre todo la necesitaba viva para averiguar quién la había iniciado en el mundo de la magia. Quién era ese maestro del que había hablado.

Fue en vano. El demonio había tomado el control de su cuerpo, y exigía su tributo de sangre. No volvería a dormir hasta que no estuviera saciado.

La mujer trató de echar a correr, pero el demonio fue mucho más rápido. De un salto, un salto que Marco nunca habría podido dar en su estado natural, cayó sobre ella. Tumbó a Marcia sobre las losas del patio y clavó sus ojos púrpuras en los ojos de la mujer. Marcia trató de gritar, pero el aire había abandonado sus pulmones.

El demonio acabó con su vida, con uñas y dientes, y se sació con su sangre.

Capítulo 16

Las lágrimas de Proserpina

Marco despertó con un sabor metálico en la boca. Por algún motivo, tenía la cara y el pecho empapados. Abrió los ojos, muy despacio, y se encontró con el rostro de un joven, con el pelo moreno y rizado, que le miraba con preocupación.

—Estás vivo. Gracias a los dioses.

—Aristóbulo— dijo, y al hablar sintió un gran dolor. Tenía la garganta muy irritada, como si hubiera estado gritando durante mucho tiempo. Trató de incorporarse, pero ni lo consiguió. Sentía el cuerpo muy pesado. Marco no recordaba haberse sentido tan cansado nunca—. ¿Qué ha ocurrido?

—Volví al patio. No sé de dónde saqué el valor, pero volví. Te encontré desmayado encima del cuerpo de mi ama... de lo que quedaba de él. Y te arrastré fuera de la casa antes de que los otros esclavos descubrieran lo que había ocurrido. ¿Qué voy a hacer ahora, Marco Lemurio? Mi amo me torturará y me crucificará en cuanto regrese.

Aristóbulo continuó lamentándose, pero Marco no le escuchó. Los recuerdos habían acudido de golpe a su cabeza. Las tres sombras. Marcia. Recordó haber recurrido a la magia secreta de Neóbula. Y entonces entendió cuál era la causa del regusto metálico que sentía en la boca. Era sangre. La sangre de Marcia que aún manchaba sus manos, sus ropas y que permanecía en las comisuras de sus labios.

Miró a su alrededor. Aristóbulo le había arrastrado hasta el pórtico frente a la casa de Tito Pomponio. Marco no sabía cuánto tiempo había pasado desde su enfrentamiento con Marcia, pero supuso que el resto de los esclavos no tardarían en dar la voz de alarma al encontrar el cuerpo de su ama en el patio. Tenían que alejarse de aquel lugar cuanto antes.

—Hay que llegar al Aventino— dijo finalmente—. Conozco un sitio en el que podremos ocultarnos.

Aristóbulo le ayudó a levantarse y echaron a andar, con dificultades debido a la debilidad de Marco. Evitaron las calles más concurridas y, a través de estrechas callejas, consiguieron descender del Palatino y comenzaron la subida del monte Aventino. Pasaron muy cerca del valle del Circo, en el que la plebe celebraba el inicio de las fiestas de Ceres con cánticos y bailes. Marco caminaba con el brazo por encima de los hombros del esclavo. Todo el que se cruzó con ellos pensó que eran dos borrachos que regresaban a casa. Marco tenía las ropas, las manos y el rostro cubiertos de sangre seca, pero a nadie pareció llamarle la atención. Muchos pensaron que eran manchas de vino de un borracho patoso.

Tras un rato de caminata, llegaron a la plaza presidida por la fuente del tritón. Marco se dejó caer junto a la fuente y bebió con ansia del hilo de agua que manaba de la boca de la criatura de piedra. Hundió los brazos en la pila y se lavó la cara y las manos. Volvió a beber agua, pero no consiguió quitarse el sabor de la sangre. Aquel sabor tardaría mucho tiempo en irse.

Aristóbulo le ayudó a incorporarse de nuevo y le llevó hasta el patio de la sede del *collegium*. El lugar estaba completamente a oscuras. Sólo la luz de la luna se filtraba entre las hojas de las frondosas higueras. Marco pensó que los miembros del *collegium* debían de estar festejando las Cerealia en algún lugar de la ciudad. Elevó una plegaria a los dioses para que hubiera al menos una persona en el interior para darles cobijo y golpeó con fuerza la puerta de madera.

Casi de inmediato, una de las ventanas se iluminó con la débil luz de un candil. Una voz cavernosa que Marco reconoció de inmediato habló desde el interior.

—¿Quién va?— preguntó la voz.

—Marco Lemurio— dijo él.

Se escuchó un sonido de cerrojos abriéndose, y la puerta se abrió. En el umbral apareció un hombre con una espesa barba negra. En una mano llevaba una pequeña lucerna encendida. En la otra sostenía una enorme daga de aspecto amenazador. Publio, el magistrado del *collegium*, miró a Marco, apoyado sobre los hombros de Aristóbulo.

—Por Venus que no tienes buen aspecto.

—No tengo buen aspecto. Pero tengo respuestas. Sobre la muerte de Sexto Pedario.

Al escuchar el nombre de su amigo asesinado, Publio ayudó a Aristóbulo a sostener a Marco y los introdujo a ambos en el interior de la casa. Dejó a Marco en una silla de madera y se puso en cuclillas frente a él, sin soltar la daga en ningún momento y sin perder de vista a Aristóbulo.

—Habla, Marco Lemurio.

Marco respiró hondo y dio inicio a su relato. Contó todos los indicios que le habían llevado a sospechar de Tito Pomponio, con excepción de todo aquello relacionado con la brujería y las sombras del Hades. Si tenía que contar aquella parte, lo haría. Pero no aquella noche. Habló de cómo se había introducido en casa de Tito Pomponio, convencido de que había sido él el asesino, sólo para descubrir que había sido su esposa Marcia quien había organizado la muerte de Sexto Pedario por orden de alguien cercano a Lúculo.

Publio miró a los ojos de Marco durante un buen rato, en silencio. Entonces, tras clavar el cuchillo con fuerza en uno de los bancos de madera, se puso en pie.

—Si lo que dices es cierto, Marco Lemurio, no quedará en pie una sola piedra de la casa de Tito Pomponio. Él y su esposa no verán la luz de un nuevo día.

Marco pensó en decirle que Marcia no vería tampoco la luna de aquella noche, pero prefirió dejar que fuera Publio el que descubriera que la asesina de su amigo ya estaba muerta.

—Te he contado la verdad. A cambio, te pido protección para mi amigo. Es un esclavo de la casa de Tito Pomponio. Sin él, no habría podido llegar tan lejos en mi investigación.

Publio miró a Aristóbulo con el desprecio con el que los hombres de la plebe solían mirar a los delicados esclavos griegos de los nobles. Por un instante, Marco temió que Publio no sólo se negara, sino que decidiera hundir su cuchillo en la garganta del esclavo como primer paso en su venganza contra Tito Pomponio. Publio, sin embargo, asintió.

—No solemos dar cobijo a esclavos fugitivos, pero haremos una excepción. Nada os pasará mientras estéis bajo este techo. Os recomiendo que paséis la noche aquí. Las calles de Roma no serán seguras esta noche. Nosotros golpearemos primero, pero Lúculo y los suyos también tienen hombres que tratarán de devolver el golpe. Hoy la muerte de Sexto Pedario será vengada con la negra sangre de nuestros enemigos.

Marco suspiró. Sexto Pedario había muerto por orden de un noble que aquella noche dormiría en paz en su mullido colchón. Antes del amanecer habrían muerto muchos, sin duda. Pobres marionetas como el mismo Publio, movidos por unos aristócratas sin escrúpulos que deseaban hacerse con el lucrativo mando de una guerra extranjera. La muerte de Sexto Pedario sólo iba a servir de excusa para engendrar más muerte y sufrimiento.

—Marcho a reunir al resto de los miembros del *collegium*. Al final del pasillo hay alcobas donde podréis descansar. Sólo tengo una pregunta más, Marco Lemurio. ¿Cómo murió Sexto Pedario? ¿Cómo lo mataron?

—Brujería— respondió él—. Una brujería oscura y poderosa.

Publio no necesitaba más explicaciones. Era un hombre temeroso de los dioses, y, como tal, sabía que había fuerzas que se escapaban a su comprensión. Se echó encima una capa y, tras guardar su daga en una funda que colgaba de su cinto, salió de la casa, dejando solos a Marco y a Aristóbulo.

—¿Qué va a pasar ahora?— preguntó el esclavo.

—Eso dependerá de lo rápido que pueda escapar tu amo de Roma o del interés que sus aliados tengan en protegerle. Para serte sincero, yo no apostaría un as por volver a ver a Tito Pomponio en una buena temporada.

—Me da igual Tito Pomponio. Esa *mentula* flácida puede pudrirse en el Hades. Me refería a mí... Bueno, a nosotros.

Marco esbozó una sonrisa.

—Como te dije, mañana hablaré con alguien acerca de tu libertad. Y una vez seas un liberto, serás libre de llevar tu culo depilado donde te plazca. Y en cuanto a mi... creo que necesito dormir unas cuantas horas.

Marco pensó por un instante en Céfiro, que a aquellas horas estaría celebrando las Cerealia con otros niños de la Subura, ignorando que la ciudad iba a vivir una noche de disturbios que acabaría con numerosos cuerpos flotando en el Tíber.

—Perséfone, haz que Céfiro esté bien. Bríndale tu protección.— Al decir estas palabras, Marco se llevó la mano al colgante, que volvía a estar frío como el hielo y negro como la noche.

—¿Has dicho algo?— preguntó Aristóbulo, volviéndose hacia él.

—He dicho que ya he tenido suficiente por hoy. Voy a tumbarme en una de esas alcobas.

Ambos siguieron el pasillo que Publio les había indicado, y encontraron varias habitaciones de pequeño tamaño en las que sólo había un camastro de paja y una banqueta de madera. Marco supuso que eran los cuartos en los que los hombres de *collegium* se quedaban a dormir cuando las celebraciones se les iban de las manos. O cuando tenían que esconder a algún fugitivo, como era su caso. Aristóbulo se dejó caer en una de los camastrros y se quedó dormido casi de inmediato. Marco se tumbó, sintiendo que cada músculo del cuerpo le dolía como si los hombres de Pompeyo hubieran vuelto a apalearle. Cerró los ojos y trató de dormir, sin conseguirlo. En su cabeza, todo tipo de imágenes desfilaban en un torbellino de colores y sensaciones. Recordaba cada momento de su conversación con Marcia, y había palabras en aquella conversación que la inquietaban profundamente. Había hablado de un maestro. Alguien que le había enseñado a aquella mujer toda su ciencia. Un poderoso hechicero desconocido, al que Marco tendría que encontrar en algún momento.

Sin embargo, no era la idea de que en Roma hubiera otro mago capaz de usar las artes oscuras en su beneficio lo que le atormentaba en aquel momento. Marco se llevó la mano al colgante que, apoyado en su pecho, parecía una simple bagatela comprada a un comerciante fenicio. Pero era mucho más que eso. Era la puerta que permitía la entrada a un mundo de poderes inimaginables. Un mundo oscuro, una tierra que bebía cada gota de sangre que se le ofreciera. Era una puerta de doble sentido, a través de la cual te podías asomar, pero por la que también podían deslizarse criaturas de la noche, capaces de adueñarse de su cuerpo. Su madre, Neóbula, le había enseñado a respetar aquella magia, a recurrir a ella sólo en caso de extrema necesidad. Porque cuando uno paladeaba

el verdadero poder, cuando uno abría aquella puerta, era muy difícil de cerrar.

Marco, tumbado en el catre de paja, apenas podía recordar lo que había ocurrido cuando había abierto aquella puerta. Sentía como si hubiera asistido a la muerte de Marcia como un simple espectador que lo veía todo desde detrás de una ventana. Sin embargo, habían sido sus propias manos las que habían desgarrado la piel de aquella mujer, sus dientes y sus labios los que se habían manchado con su sangre. Una sangre cuyo sabor aún podía sentir en la lengua. Marco había dejado que un demonio se apoderara de su cuerpo, otorgándole una fuerza sobrehumana, pero también un ansia de violencia y muerte que estaban más allá de toda medida humana. Había hecho aquello contra lo que su madre siempre le había advertido. Una parte de su ser le decía que había sido un error, que no debía repetir aquella experiencia. Pero otra parte, la más oscura, aquélla que se deleitaba aún con el metálico sabor de la sangre, estaba deseando volver a sentir ese poder.

Incapaz de dormir, Marco se levantó. Regresó a la sala común del *collegium*, sumida en la oscuridad, con la esperanza de encontrar algo de beber. Agua, si no había más remedio. Vino, a ser posible, para tratar de ahogar en los vapores del alcohol los pensamientos que le atormentaban. Había varias jarras sobre las largas mesas de la sala, pero estaban vacías. Marco revisó las estanterías y los armarios de forma superficial, hasta donde su conciencia le decía que era lícito que lo hiciera un invitado.

Fue entonces cuando reparó en la figura que había sentada en uno de los extremos de la mesa más larga. Un bulto oscuro en medio de las sombras. Una figura que apenas se movía, pero que, si se miraba fijamente, se podía ver que respiraba.

—¿Quién está ahí?— preguntó— ¿Eres un hombre del *collegium* del tritón?

—No me preguntes quién soy yo, Marco Lemurio. Dime más bien quién eres tú. Pues el hombre que conocí hace dos días, hoy porta una sombra en su corazón.

Marco retrocedió un paso al escuchar su nombre.

—¿Quién eres?— preguntó.

La figura se puso en pie lentamente, dejando que la escasa claridad

procedente del patio iluminara su rostro. Un rostro de piel oscura y arrugada, enmarcado en un cabello blanco y largo, recogido en unas trenzas apretadas y sucias que rodeaban toda su cabeza. Cardixa, la mujer n mida a la que Marco había conocido en su primera visita al *colegium*. La mujer que había afirmado conocer a su madre.

—Tu silencio me dice que me has reconocido, Marco Lemurio. No has olvidado a la vieja Cardixa. Y seguro que tampoco has olvidado mi promesa. Si encontrabas al asesino de nuestro hombre, te revelar a lo que sé acerca de tu madre.

—Es cierto. Pero comprender e que prefieras hablar en otro momento más apropiado y no en medio de la noche.

—Marco Lemurio, algunos vemos mejor bajo la luna que a pleno sol. Los que somos criaturas de la noche no necesitamos ojos para ver, lengua para hablar ni oídos para escuchar. Hablaremos ahora, si es que te interesa lo que tengo que decirte.

Cardixa se sentó de nuevo. Sus ojos eran apenas dos rendijas medio abiertas que ocultaba dos esferas muertas. Extend o las manos sobre la mesa y aguardó a que Marco se sentara junto a ella.

—Has encontrado al asesino de Sexto— dijo. No era una pregunta.

Marco narró a Cardixa la misma historia que había contado a Publio. Sin embargo, en aquella ocasión, no ocultó ni un solo detalle. Por algún motivo, creyó que no tenía sentido ocultar algo a aquella mujer que, aunque ciega, era capaz de ver mucho más que el resto de los mortales. Cuando habló de la forma en la que había derrotado a Marcia, la anciana frunció el ceño.

—Has sido imprudente, hijo de N obula. Abriste una puerta sin saber si podr as cerrarla.

—Puedo controlar ese poder. Mi madre me enseño a hacerlo— respondió él, a sabiendas de que estaba mintiendo.

—Nadie puede controlar ese poder. Ni el más versado en la magia podr a convertirse en maestro de una disciplina en la que los mortales sólo podemos ser simples discípulos.

La anciana alargó la mano hacia el pecho de Marco, y la posó en el lugar el que la túnica cubría el pequeño amuleto. Dejó la mano un instante en aquel lugar, y la apartó de inmediato, como si algo la hubiera quemado.

—Una lágrima de Proserpina— musitó— Hacía una eternidad que no me encontraba con una. Un objeto poderoso, de tiempos más oscuros.

—¿Una lágrima de Proserpina?— preguntó él.

—Vosotros, los hijos de Rómulo, la llamáis Perséfone. La joven hija de la diosa Demeter, secuestrada por Hades y arrastrada hasta el inframundo. Dicen que Proserpina echaba tanto de menos la luz del sol, que lloró amargas lágrimas negras hasta que su madre la encontró. Alguien o algo recogió aquellas lágrimas y las trajo al mundo de los mortales. La mayoría fueron destruidas o se perdieron con el paso de las edades... Pero unas pocas aún resisten, repartidas por el mundo. Y tú, Marco Lemurio, tienes una de ellas colgando junto a tu corazón.

Marco se llevó la mano al amuleto. Neóbula se lo había entregado poco antes de que aquellos hombres se la llevaran para siempre, pero fue muy poco lo que le dijo sobre el objeto. Sólo que ocultaba un gran poder y un gran peligro si se utilizaba de forma irresponsable. Le enseñó que aquel objeto con forma de lágrima era un camino por el que se podía canalizar aquel poder de forma que inundara todo su cuerpo, llenándolo de magia y de fuerza. Pero también le advirtió de que aquel poder podía corromperle, anularle y hundirle en las sombras.

—¿Dónde puedo aprender más acerca de este objeto?— preguntó.

—No de mi, desde luego. Conocí en el pasado a otros que portaban una lágrima como la tuya. Dos hombres y una mujer, en tiempos y lugares muy distantes. Uno de los hombres la arrojó al mar durante un viaje, para librarse de la carga que suponía. La mujer la guardaba en una caja de metal, pero nunca permitía que entrara en contacto con su cuerpo. El otro hombre... sucumbió al poder de su amuleto y se convirtió de forma permanente en...

—¿En qué? ¿En qué se convirtió?

—En un demonio. Una criatura de Hades a la que no le correspondía vivir bajo el sol.

—¿Qué ocurrió con él?

Cardixa negó con la cabeza.

—No es el momento de contar esa historia. No, cuando tu piel aún hiede a azufre y tus manos chorrean sangre... No, Marco Lemurio. No hablaremos de demonios hoy.

—Háblame de mi madre, entonces.

—Neóbula... Como te dije el día que nos conocimos, te mentiría si afirmara que fuimos amigas. No, no lo fuimos. Pero nos respetábamos. Desde el día en que llegó a esta ciudad, huyendo de algo. Nunca supe de qué huía, pues nunca me lo reveló. Dudo que se lo contara a alguien. Pero algo le ocurrió en su Tesalia natal que la hizo marcharse de allí y venir a Roma, como tantos otros, buscando el anonimato de la gran ciudad. Pero claro, los que estamos iniciados en el mundo de las sombras acabamos por encontrarnos. No recuerdo si fue ella la que vino a mi, o si fui yo la que acudió a su encuentro. Era una mujer hermosa, eso sentía en la forma en la que los hombres hablaban de ella. Hasta una ciega como yo podía hacerse una idea de lo fascinante que debía de ser su rostro. Inteligente, como pocas mujeres que haya conocido antes. Y triste... con una tristeza tan profunda e insondable como el mar más allá de Hispania.

Marco sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Su madre era, en efecto, muy hermosa. Una mujer griega, de pelo largo y negro y piel blanca como el marfil. Recordaba su sonrisa, pura y auténtica, capaz de rasgar en dos el velo de cualquier problema que le acechara de niño. Pero también recordaba la tristeza que había en sus ojos. Tal y como había dicho Cardixa, había en ella un halo triste de melancolía perpetua cuyo origen Marco, ni de niño ni de adolescente, había conseguido desentrañar.

Miles de preguntas se agolparon en su mente, luchando por ser la primera en materializarse en su boca. Aquella mujer tenía las respuestas que durante toda su vida había buscado.

—¿Quién la mandó matar?— preguntó. Porque, al fin y al cabo, aquella era la única pregunta, la que resumía todas las demás.

—Te daré un nombre. Después, todo dependerá de ti. En los días que siguieron a la entrada de Sila y sus hombres en la ciudad, se emitieron tantas

condenas a muerte que pocos se sentían a salvo. Yo misma, de no haber sido porque contaba con la protección de este *collegium*, habría sido asesinada como esclava de Cayo Mario.

—Pero mi madre no tenía relación alguna con Mario y los suyos. Nunca se implicó en asuntos políticos.

—Es cierto, no lo hizo. Pero en Roma es difícil no ganarse algún enemigo. Y tu madre los tuvo. Poderosos a los que no quiso servir. Nobles ante los que no quiso agachar la cabeza. La orden de matar a tu madre salió de uno de ellos. Crisógono. Un liberto de Sila. Si quieres encontrar al que asesinó a tu madre, debes empezar por él, Marco.

Crisógono. Marco había oído hablar de aquel hombre, como lo habían hecho todos los habitantes de Roma. Un antiguo esclavo griego del dictador Sila, liberado y convertido en ciudadano romano como recompensa por los servicios prestados. Como era habitual, el liberto había asumido el *praenomen* y el *nomen* de su antiguo amo, pasando a convertirse en Lucio Cornelio Crisógono desde entonces. Pese a ser un hombre libre, Crisógono siguió a las órdenes de Sila, y fue él quien se encargó de confeccionar las listas de enemigos públicos que quedaban proscritos y a los que cualquier ciudadano podía asesinar de forma impune. Se decía que se había enriquecido hasta límites insospechados, recibiendo sobornos por parte de aquellos que no querían ser incluidos en las listas y por otros que deseaban ver el nombre de sus enemigos reflejados en ellas.

¿Qué había sido de Crisógono tras la muerte de Sila? Marco lo ignoraba. Pero lo averiguaría. Se llevó la mano al amuleto y sintió cómo éste comenzaba a calentarse y a latir.

Cardixa le dio una bofetada que cogió sorprendido a Marco y estuvo a punto de tirarle al suelo. La anciana se puso en pie, mirando a la negrura de la noche.

—Eres un necio, Marco Lemurio. Hijo de Neóbula, pero también hijo de un zoquete romano, con la cabeza más dura que su casco de legionario. Lo que ahora agarras con tanta fuerza es más peligroso de lo que puedes llegar a imaginar. Úsalo de forma irresponsable y pagarás por ello. Hombres mucho mejores que tú sucumbieron ante el poder de las lágrimas de Proserpina. Te la arrebataría si tuviera fuerzas. Y si no confiara en que Neóbula sabía que lo hacía

al dártelo.

—Subestimas mi poder, anciana— dijo Marco, sin soltar el amuleto.

Cardixa rompió a reír. Una risa seca y agrietada, como las tierras desérticas en las que ella había nacido muchas décadas antes.

—Niño engreído. Que Hécate te proteja de tu propia estupidez.

Cuando Marco pensaba que la anciana iba a golpearle de nuevo, ella tomó su cabeza entre sus manos y depositó un beso en su frente.

—Descansa hoy, hijo de Neóbula. Si tus pasos vuelven a traerte hasta aquí, seguiremos hablando.

Volvió a besar la cabeza de un sorprendido Marco.

—Eso es lo que más hecho de menos de tu madre. Su conversación.

Cardixa se marchó de la estancia, andando muy despacio, tanteando los muebles con las manos para encontrar el camino. Marco aún sentía el beso de la mujer en su frente. El amuleto, como si hubiera reaccionado a la cercanía de Cardixa, se había calentado de golpe. Marco lo soltó y lo dejó caer sobre su pecho. La piedra negra volvía a ser un mineral inerte y frío.

EPÍLOGO

Marco cambió de postura por quinta vez desde que le habían invitado a tomar asiento en aquella silla. Frente a él, Marco Terencio Varrón, sentado frente a su escritorio de madera noble, escribía con un cálamo sobre un gran rollo de papiro. Al recibirle, le había pedido que aguardara unos instantes. Pero los instantes se habían convertido en un tiempo incómodamente largo. Marco había llegado a pensar que su anfitrión se había olvidado de él a pesar de encontrarse sentado a un metro de distancia.

Para distraerse, volvió a recorrer con la mirada los miles de rollos de papiro que le rodeaban, pulcramente colocados en estantes de madera, todos ellos etiquetados de forma que el lector pudiera encontrar el volumen deseado con facilidad. Marco nunca había visto una biblioteca tan nutrida como aquella. Él mismo había heredado de su madre una buena colección de papiros, parte de los cuales guardaba en su pequeño apartamento. El resto estaban en el antiguo almacén de Néobula, cerrado bajo llave. Sin embargo, su propia colección no alcanzaba ni a una centésima parte de lo que Varrón atesoraba en su estudio. Marco tuvo que contenerse para no levantarse de la silla y ponerse a rebuscar y ojear entre las estanterías.

Varrón alzó la vista de su escrito, miró a Marco y volvió a escribir.

—Enseguida estoy contigo— dijo.

Marco tuvo que esperar un rato más hasta que, finalmente, Varrón terminó de escribir. Leyó brevemente lo escrito y agitó una pequeña salvadera para dejar caer una fina capa de arena secante sobre el papiro. Sólo entonces, dejó el cálamo sobre la mesa y se dirigió a Marco Lemurio.

—Disculpa la espera. Este tratado de agricultura se me está resistiendo más que cualquier otra cosa que haya escrito antes. Tal vez debería dedicarme a la poesía o el teatro...

—En Roma sobran poetas y faltan agricultores— dijo Marco, sin saber si su opinión sentaría bien a su interlocutor.

—Eso mismo dice Pompeyo— respondió Varrón, con el rostro muy serio. Se llevó la mano a la calva, perlada de gotas de sudor—. Mi problema es que quiero ser poeta, dramaturgo, orador, agricultor, marinero y músico. Y leer y escribir acerca de todo ello. Más de lo que cualquier mortal podría abarcar. Pero no hablemos más de mí, por Júpiter. Hablemos de ti y de tu futuro, Marco Lemurio.

Marco aguardó en silencio. Habían pasado cinco días desde su encuentro con Marcia. Los hombres del *collegium* del Tritón habían asaltado la casa de Tito Pomponio aquella misma noche, asesinando a algunos de los esclavos y saqueando sus posesiones. Tito Pomponio había conseguido escapar, sin duda alertado en el teatro por alguno de sus siervos. Nadie le había visto en Roma en los últimos cinco días. Por lo que Marco había podido averiguar, se había escondido en su villa de la Campania, protegido por un grupo de gladiadores en todo momento.

El cuerpo de Marcia había sido hallado al día siguiente. Su muerte se había achacado a las masas enfurecidas que habían asaltado la casa. Había quien hablaba del robo como motivo del asalto, pero la mayoría de los ciudadanos de Roma sabían que aquel tumulto había sido una venganza más en la eterna lucha entre facciones rivales. La muerte de Sexto Pedario seguía envuelta en el misterio. Algunos hablaban de brujería y venenos, pero la mayoría desechaban aquellas explicaciones como si fueran cuentos de viejas. La explicación oficial era que Tito Pomponio había dado orden de matar a Sexto siguiendo directrices de la *factio* de Lúculo y Catulo, los enemigos de Pompeyo. Todo había sido descubierto y los hombres de Pompeyo se habían cobrado su justa y cruel venganza.

—Antes de entrar en ese tema, me gustaría saber qué ha ocurrido con el esclavo de Tito Pomponio del que te hablé.

—Ahora se llama Marco Terencio Aristóbulo. Hice los trámites ante el pretor para comprarle y liberarle después. Ya no le ata ningún vínculo con la casa de Pomponio. Es un ciudadano romano libre. ¿Satisfecho?

Marco asintió. Hasta aquel momento, Varrón había demostrado ser un hombre de palabra.

—¿Podemos ya hablar de tí?

—Te escucho, Marco Terencio.

Varrón carraspeó.

—Como habrás podido comprobar, soy un hombre de múltiples intereses. En mi biblioteca tengo tratados de astronomía, poesía, teatro, historia, filosofía, física, medicina, botánica... Mis obligaciones como patricio romano me impiden dedicarle a la lectura tantas horas como me gustaría... Y prefiero no hablar del poco tiempo que me queda para escribir mis propias obras. Dirigir ejércitos, asistir a reuniones del Senado, atender a mis obligaciones como magistrado... Tareas muy nobles todas ellas, pero que, a medida que cumplo años, se me antojan absurdas y banales. Hay tanto que leer y tan poco tiempo...

Varrón hizo un gesto para señalar su colección de papiros.

—Tengo ansia por saber, Marco Lemurio. Y no todo lo que deseo saber está puesto por escrito. Hay cosas que hay que ver con los ojos y tocar con las manos. Quiero que tú seas mis ojos y mis manos.

—No te entiendo.

Varrón sonrió.

—Me entenderás. Tú eres un hombre muy especial, Marco Lemurio. Sé que tu madre también era... especial. Supongo que lo has heredado de ella. Tienes capacidad para ver cosas que el resto de los mortales no podemos ni soñar. Vives en el mundo de los hombres, pero sabes que existen cosas y seres que no responden a las leyes de la naturaleza. Algunos te llaman cazador de licántropos. Otros te llamarían mago, hechicero, brujo. Y muchos de los que te llamarían esto no dudarían en entregarte al pretor para que te ejecutaran de inmediato. Me sorprende que aún no te hayan arrastrado hasta un tribunal.

Marco no dijo nada. No sabía si Varrón le estaba amenazando o si estaba haciendo un listado de sus virtudes.

—Un hombre de tus características necesita protección. Y yo puedo brindarte esa protección. Ningún tribunal de Roma te condenará, yo me ocuparé de ello.

—¿Y qué debo hacer a cambio de esa protección?

—Como te he dicho, siendo mis ojos y mis manos. Viendo y tocando lo que sólo tú puedes ver y tocar. Y volviendo para contármelo.

—¿Y qué harás con esa información?

Varrón dio dos golpes con el dedo índice sobre el papiro en el que había estado escribiendo.

—Escribirlo, por supuesto. Una gran obra sobre todo aquello que se escapa de las leyes de los hombres. Esos seres monstruosos cuya existencia ofende a los dioses. Fantasmas, licántropos, brujas...

—La gente te tomará por loco, Marco Terencio.

—Algunos, tal vez. Como te toman por loco a ti. No me importa. Por el momento no pretendo hacer públicos mis escritos sobre estos temas, naturalmente. Será algo entre tú, yo y la inmortalidad de la palabra escrita. A cambio, te ofrezco la protección de un patrón generoso y un sustento que te permitirá dejar la vida de estafador que has llevado hasta hoy. ¿Cuál es tu respuesta?

Marco respiró hondo. De forma inconsciente se llevó la mano al amuleto, la lágrima de Proserpina. Desde la noche de la muerte de Marcia no había vuelto a dar señales de tener poder alguno. Era una piedra especialmente fría... pero nada más. Marco había estado tentado de quitárselo y guardarlo en algún lugar seguro, pero no había sido capaz de hacerlo. Tenía la sensación de que sin aquel objeto estaría desnudo, desprotegido, vulnerable.

¿Qué responder a la propuesta de Varrón? Toda su vida se había mantenido al margen de los nobles y sus sucias maniobras. A diferencia de la mayor parte de la plebe romana, nunca había buscado tener un patrón que le asegurara un sustento. Había vivido libre, con todas sus consecuencias. Comenzar a trabajar para Varrón, aunque fuera en una tarea tan poco habitual como la que le proponía, le ligaba a él de forma irremediable. De hecho, no sólo le ligaba a Varrón: le ataba a toda la *factio* de Pompeyo. ¿Quería renunciar a su libertad a cambio de la estabilidad y la seguridad?

Pensó en Céfiro y en su futuro. Pensó en el viejo Periandro, postrado en la

cama. Cuántas cosas podría hacer por ellos si contara con medios y estabilidad económica. Marco tenía más de treinta años. Tal vez había pasado el tiempo de la libertad y había llegado el de la responsabilidad.

Pensó también en Alda, la esclava hispana. Una bolsa llena de monedas sería la llave perfecta para abrir su corazón. Entrar en la taberna de Quelidón con la seguridad de poder pagar todas las rondas que se le antojaran. No tener que pedir préstamos a los amigos. Aquélla era una vida con la que siempre había soñado.

Por otro lado, si quería avanzar en la investigación de la muerte de su madre, contar con un personaje influyente como Marco Terencio Varrón podría resultar de gran ayuda. Crisógono había sido un hombre poderoso y sin escrúpulos para eliminar a sus enemigos. Marco Lemurio no podía aspirar a enfrentarse a él o a quien quiera que hubiera ordenado el asesinato de su madre sin contar con algún tipo de apoyo.

—¿Y bien?— insistió Varrón. Era evidente que no se esperaba que Marco dudara. Sin duda Varrón había pensado que se arrojaría a sus pies y abrazaría sus rodillas en el momento en el que escuchara su propuesta. Al fin y al cabo, no dejaba de ser un patricio romano. Las dudas de Marco comenzaban a ofenderle.

—Sí, Marco Terencio. Lo haré. Trabajaré para ti.

Varrón ensanchó su sonrisa.

—Pero tengo una condición.

La sonrisa de Varrón se borró de su rostro.

—Si en lugar de Varrón fuese Pompeyo estarías ya colgando de una cruz, Marco Lemurio. ¿Desde cuando la plebe pone condiciones a los senadores? Tiene razón ese pedante de Cicerón. Los tiempos están cambiando. Y no a mejor, desde luego.

Respiró hondo, miró al techo, se pasó la mano por la calva y dijo:

—¿Cuál es esa condición?

—Información. Mi madre fue asesinada, como sabes bien. Alguien me ha señalado a Lucio Cornelio Crisógono como uno de los responsables de su

muerte. Necesito saber más. Es lo único que pido.

Varrón miró a Marco durante unos instantes. Nuevas gotas de sudor aparecieron en su brillante calva.

—Marco Lemurio, escúchame, por Júpiter. Crisógono estuvo detrás de casi todas las muertes que se produjeron en tiempos de la dictadura de Sila. Tu madre fue una víctima más en un mar de muerte que salpicó a todas las familias de Roma. Remover lo que ocurrió en aquellos días sombríos sólo te traerá sufrimiento.

—Creí que podía contar con tu protección.

Varrón resopló con fastidio.

—Mi capacidad de protección tiene unos límites, por los dioses. ¿Sabes cuántos senadores y caballeros se enriquecieron con aquellas condenas a muerte firmadas por Sila y gestionadas por Crisógono?;Cientos, puede que miles! Hombres que hoy controlan los resortes de la República y que no quieren que se les recuerde que si hoy son ricos y poderosos es porque hace años denunciaron a sus hermanos, a sus vecinos, a sus amigos íntimos. Si agitas ese avispero, ni el mismo Júpiter podría protegerte, Marco.

A Marco Lemurio se le pasó por la cabeza recordarle a Varrón que él mismo también había formado parte de los generales y nobles que se alinearon con Sila para atacar Roma y ponerla a los pies del dictador. Calló, haciendo un gran esfuerzo por contenerse, pues supuso que ni un hombre tranquilo y reflexivo como Varrón toleraría un insulto así en su propia casa.

—Sólo te pido que me ayudes en la medida de tus posibilidades. Sólo información. Necesito saber a qué puertas llamar, a quién preguntar. Yo asumiré todos los riesgos. El nombre de Marco Terencio Varrón nunca saldrá a relucir.

Varrón volvió a resoplar. Se levantó del asiento y deambuló por la habitación. Tomó dos papiros, los ojeó, los devolvió a sus anaqueles.

—Está bien— dijo al fin—. Te ayudaré a que busques tu propia muerte. Cuando acabes con un puñal clavado entre las costillas en un callejón de la Subura será demasiado tarde para darte cuenta del error que estás cometiendo.

—Vivo en un callejón de la Subura. No es mal lugar para que un hombre como yo acabe sus días.

—Ese orgullo... Será tu perdición, Marco Lemurio— dijo Varrón, mirando a su invitado con una mezcla de compasión y lástima, como si mirara a un condenado a muerte.

—Me lo dicen a menudo.

Marco se puso en pie. Varrón le estrechó la mano con firmeza.

—Te haré llamar pronto. Recuerda las condiciones. Nadie puede verte entrar ni salir de mi casa. No puedes hablar con nadie de nuestros negocios. Sé fiel a nuestro acuerdo y yo corresponderé con la misma lealtad.

—Has demostrado ser un hombre de palabra, Marco Terencio. Haré honor a esa confianza.

—Por tu propio bien, así lo harás— dijo.

Marco pensó que hasta el más honrado de los nobles romanos era incapaz de acabar una conversación sin dejar clara su superioridad. Ya fuera con amenaza, con un insulto o con un comentario ofensivo. No podían permitir que un hombre de la plebe se marchara pensando que había tratado de igual a igual a un senador de Roma. Era algo inconcebible para ellos, una estirpe de hombres que había nacido en la creencia de que el mundo les pertenecía por derecho de conquista, y de que nadie, desde Hispania hasta Siria, de los Alpes a Egipto, tenía derecho a mirarles a los ojos sin bajar la cabeza humillado.

—Mi atriense te acompañará a la salida. Cuídate, Marco Lemurio. No me gustaría escuchar que un acreedor o una prostituta despechada han acabado con mi cazador de licántropos.

Marco sonrió, hizo una breve inclinación de cabeza, y salió del estudio de Varrón.

Sentado sobre el tejado del edificio, Marco contemplaba el anochecer sobre

Roma. La ciudad más grande del mundo, la urbe que se había convertido en la dueña del Mediterráneo, se preparaba para pasar la noche. A su derecha, el sol comenzaba a hundirse tras la silueta del Quirinal. Frente a él, sobre los tejados de la Subura y los templos del Foro, las ventanas de las casas en la ladera del Palatino comenzaban a iluminarse. Casas grandes, señoriales, hogar de senadores y caballeros. Más allá, la ladera norte del Aventino también comenzaba a iluminarse, de forma más caótica, como correspondía a un barrio plebeyo más densamente poblado. Marco suspiró. Roma podía ser un lugar cruel, terrible, mortal. Pero cuando se mostraba en todo su esplendor, Marco no podía concebir nada más hermoso que su ciudad.

Un sonido a su lado llamó su atención. Céfiro apartó los tablones del tejado y subió al mirador junto a su amo, al que consideraba casi un hermano mayor. El niño se sentó y apoyó su cabeza sobre el brazo de Marco.

—¿En qué piensas?— dijo.

—En nada. En todo. No sé. Sólo miro la puesta de sol.

—Es bonito— dijo el niño.

—Mucho.

Marco pensó en Neóbula, su madre. Por primera vez desde su muerte tenía una pista firme por la que comenzar a investigar el crimen que había marcado su vida. Pensó en Antígona y en su padre Periandro. Pensó en Alda, la esclava de la taberna de Quelidón. Pensó en la vida que había llevado desde que se había quedado solo, una vida de pícaro, estafador y buscavidas. Por fin, tenía oportunidad de dejar todo aquello atrás.

Se llevó la mano a la piedra del amuleto. Lágrima de Proserpina lo había llamado la anciana Cardixa. Marco sabía que apenas había comenzado a entender el poder que albergaba aquel objeto. ¿Por qué se lo había entregado su madre si era tan peligroso? ¿Sabía Neóbula que iban a asesinarla? ¿Qué pretendía que hiciera Marco con aquel objeto? Tantas preguntas que le habían atormentado durante años y a las que finalmente podría dar una respuesta. La piedra estaba fría, muerta. Pero Marco sabía muy bien cómo despertarla.

—¿Sigues sin pensar en nada?— preguntó Céfiro, inquieto ante el largo silencio de su amo.

Marco sonrió y revolvió el pelo del niño.

—¿Alguna vez te he hablado de mi madre?

—Pocas veces.

—Escúchame entonces. Hoy quiero hablarte de Neóbula, mi madre. La mujer más extraordinaria que he conocido nunca.

Marco comenzó a hablar, y no dejó de hacerlo hasta que la noche hubo caído sobre Roma y las estrellas brillaban sobre la ciudad de las siete colinas.



Luis Manuel López Román nació en Madrid en 1982. Tras licenciarse en Historia y Filología Clásica, dedicó algunos años a la investigación histórica, especializándose en el estudio de las instituciones políticas de la República Romana. Posteriormente comenzó su trabajo como profesor de secundaria en varios centros, actividad que ha compaginado con la divulgación de la Cultura Clásica a través de la web Portal Clásico (www.portalclasico.com), en la que ejerce de responsable de contenidos y redes sociales.

En la saga de Marco Lemurio, el autor combina dos de sus grandes pasiones: la historia de Roma y la literatura de terror.

Para saber más del autor, su obra y sus proyectos puede visitarse su página web personal.

www.luismalopez.com